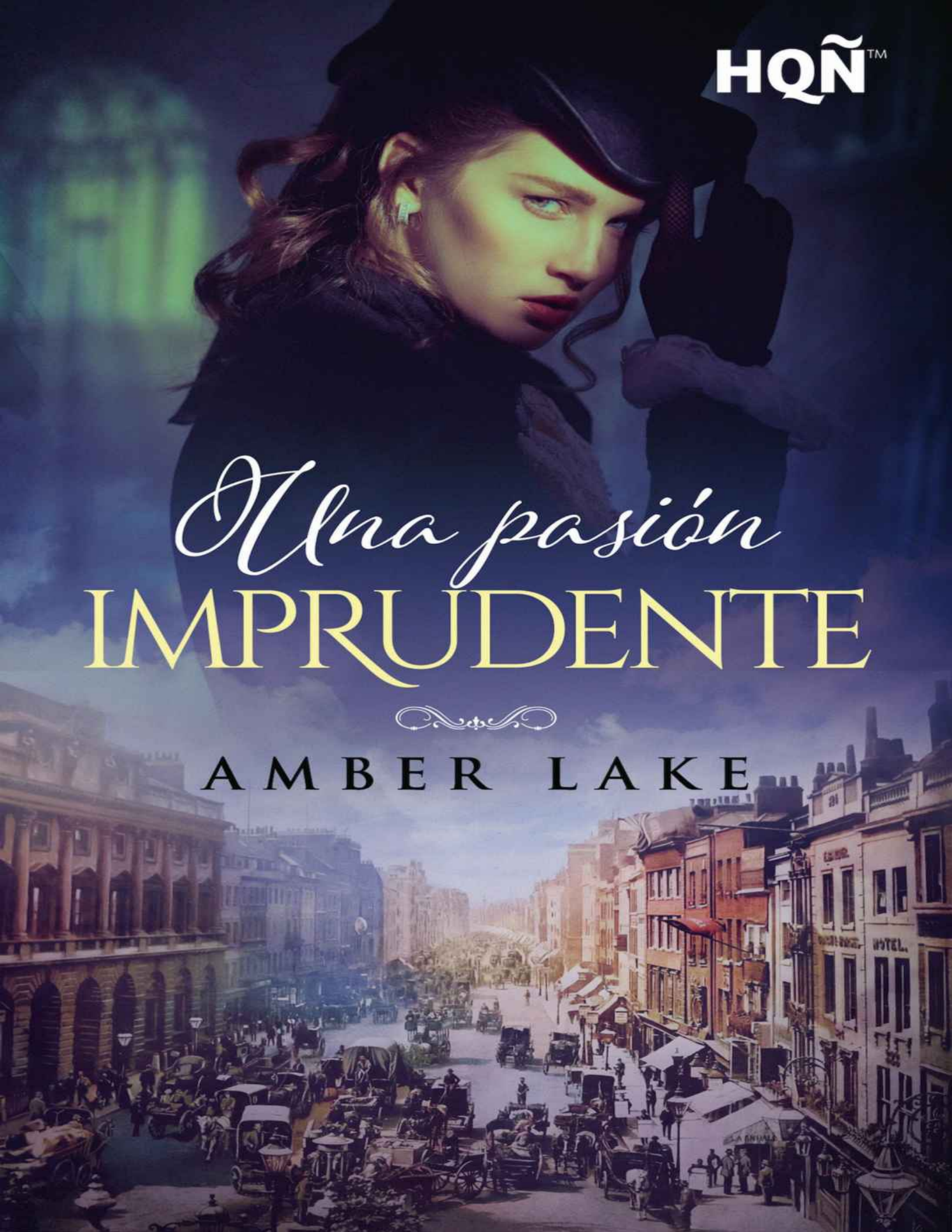

HQÑ™
Una pasión
IMPRUDENTE
AMBER LAKE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2023 Josefa Fuensanta Vidal
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Una pasión imprudente, n.º 375 - diciembre 2023

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788411805445

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Nota de la autora
Si te ha gustado este libro…

Hay pasiones que la prudencia enciende y que no existirían sin el riesgo que provocan.
Jules d'Aurevilly

Capítulo 1

Chamber Street, Londres. Mayo de 1861.

La entrada en el local del joven *dandy* causó expectación. No era inusual que alguno recayera por esos tugurios en busca de diversión y emociones diferentes a las que estaban acostumbrados, pero ese atrajo el interés de los parroquianos de forma singular. Parecía un polluelo recién salido del cascarón, y esa era una oportunidad que algunos no dejarían escapar.

Desde el lugar en el que se hallaba sentado, en una mesa envuelta en sombras de aquella sórdida taberna, Phineas lo vio acercarse al mostrador con pasos inseguros.

—¿Qué puedo servirle, señor? —preguntó el tabernero con una sonrisa guasona y los ojos brillantes de codicia.

El interpelado miró dudoso la fila de botellas cubiertas de polvo, expuestas en los estantes, y torció la boca en un gesto de desagrado.

—Un brandy, por favor —pidió. Su voz sonó forzada, como si pretendiera darle una gravedad que la edad aún no le había concedido.

—¿No desea algo más fuerte? ¿Un vaso de leche, tal vez? —sugirió el tabernero con chanza.

Varias risas corearon sus palabras y provocaron un fuerte sonrojo en el joven caballero, que sacó pecho y carraspeó antes de responder.

—La botella, si es tan amable. —Extrajo del bolsillo del pantalón una bolsita y de ella una moneda de un florín. La puso sobre el mostrador con gesto teatral—. ¿Con esto bastará?

El tabernero cogió el dinero con avidez y lo guardó en un cajón debajo del mostrador. Se giró, cogió una botella de los estantes y le limpió la mugre que tenía.

—Si prefiere sentarse en una mesa, Betsy se lo servirá —indicó, y señaló una que quedaba libre en el centro del local.

El chico asintió y se sentó en ella con la espalda rígida y el rostro serio. Su postura se veía forzada. De inmediato se acercó la camarera, una mujer rolliza de mejillas sonrosadas y boca pequeña. Su provocativo atuendo revelaba bastante de sus encantos y mucho de sus intenciones. En una mano llevaba dos vasos y en la otra la oscura botella. Los dejó sobre la mesa y se inclinó ante el joven, con lo que los pechos casi se desbordaron por el profundo escote.

—¿Quieres que te acompañe, cariño? —preguntó con mirada insinuante, al tiempo que le cogía una mano y la llevaba hacia su exuberante pechera. Su boca, en la que faltaba algún diente, formó una invitadora sonrisa.

Él se envaró aún más y el espanto se reflejó en su rostro. Volvió a carraspear antes de decir:

—Es… es muy amable, señorita. Prefiero estar… solo. En otra ocasión.

Betsy no se ofendió por el rechazo y se marchó contoneando su generoso trasero.

El joven se sirvió en un vaso y bebió un corto trago. Un acceso de tos le sobrevino cuando el

fuerte líquido, que nada tenía que ver con lo que había probado en alguna ocasión, circuló por su tráquea y pareció que lo abrasaba todo a su paso.

Una nueva riada de carcajadas se escuchó a su alrededor, lo que aumentó su apuro. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó las lágrimas que afluyeron a los ojos. No hizo intento de volver a beber y se dedicó a observar todo a su alrededor con mirada curiosa.

El interés por el *dandy* se diluyó y el resto de los parroquianos volvió a sus conversaciones y a ocuparse de sus asuntos.

Phineas continuó observándolo. ¿Qué hacía allí, cerca de los muelles de St. Katharine? A todas luces se advertía que estaba fuera de lugar. No le extrañaría que esa fuera la primera vez que acudía a un local como aquel, tan alejado de su hábitat natural. O se había equivocado o era demasiado imprudente; ambas cosas resultaban igual de peligrosas para él.

Por la calidad de la tela y la perfección de la hechura del traje que llevaba dedujo que se trataba de una persona adinerada, o lo era su familia. Si se atenía a la lisura de su piel, en la que no se advertía el menor rastro de vello, no le echaba más de catorce o quince años. Un mocito ávido de experiencias adultas para regodearse de ellas ante sus compañeros de Eton o de cualquier otro colegio elitista. Pensaría que esa aventura en los bajos fondos le iba a conferir cierto grado de hombría a los ojos de los demás.

Si tenía familia, no estaba al corriente de esa excursión clandestina o le habrían advertido del peligro que suponía adentrarse por los suburbios sin compañía adecuada y con una bolsa tan llena, como parecía llevar. Y si no había un coche esperando cerca, no se libraría de ser asaltado y acabaría la correría nocturna golpeado y robado en alguna callejuela.

Tras un rato, el caballerete se levantó y se encaminó a la puerta con el mismo andar envarado con el que había entrado un rato antes. Parecía que quería aparentar un dominio de la situación que estaba lejos de poseer, como si el haber acudido a aquel lugar fuese una prueba que debía superar. Los jóvenes ociosos y sus caprichos, pensó Phineas con disgusto.

Observó que el tabernero, que no le había quitado ojo al párvulo, hacía una leve señal con la cabeza. De inmediato, un hombre de una de las mesas más apartadas se levantó y salió tras él.

«Lo que me imaginaba. Han olido una presa fácil y van a cazarla», se dijo Phineas.

Era lo habitual en aquellas zonas, en las que la supervivencia no estaba asegurada y el peligro era constante compañero de todo el que se atrevía a adentrarse en ellas. Si el mocito salía ileso de esta visita a los arrabales de la ciudad, se tendría que dar por contento. La próxima vez, debería pensar con más claridad dónde se metía y limitar sus andanzas a los barrios elegantes y más seguros, donde los depredadores no acechaban en cada esquina con una navaja en la mano.

Phineas estaba decidido a dejarlo a su suerte. Tenía trabajo que hacer y no podía dedicarse a cuidar a caballeretes que no medían el riesgo, pero su conciencia se lo impedía. Bufó por lo bajo, dejó unos peniques sobre la mesa con la jarra de cerveza casi intacta y salió. Intentaría evitar que el incauto muchacho recibiera una paliza. Ya dejaría para otro momento la investigación que estaba realizando.

La estrecha calle aparecía solitaria cuando abandonó el local. No se divisaba al chico ni al hombre que lo había seguido. Un farol contribuía a alejar las sombras de la noche, mal iluminada por el resplandor de una luna en fase creciente, y eso no era tranquilizador; tampoco había ningún vehículo.

Phineas supuso que se había dirigido hacia la izquierda para llegar a Leman Street, una calle más transitada donde estaría esperándole su carruaje, si lo había traído. De no ser así, tendría pocas posibilidades de encontrar uno de alquiler a esas horas. Muchos cocheros no se

arriesgaban a llegar a los muelles de noche. Preferían calles más concurridas, cercanas a los clubs de caballeros del West End o las zonas donde abundaban los prostíbulos, en el otro extremo de la ciudad. Y antes de llegar allí debía pasar cerca de un par de callejones oscuros y solitarios donde tenía más posibilidades de ser asaltado.

Con el convencimiento de que había tenido el sentido común de venir en un medio de transporte propio, como él había hecho, Phineas tomó la dirección a su izquierda y avanzó con rapidez hacia la cercana Leman Street. Cuando estaba a mitad de la calle escuchó sonidos de pasos a la carrea en el pasaje de la Magdalena, un estrecho callejón que comunicaba aquella calle con Prescot Street, y se temió lo peor.

Entró en él. La oscuridad era más densa, aunque se distinguían dos figuras unos metros más adelante. Una de ellas estaba pegada a la pared. La blanca pechera de la camisa del joven resplandecía como la luna nueva en el cielo nocturno. Frente a él, otra de mayor tamaño lo tenía acorralado. El brillo de una hoja de acero destelló en una de las manos y Phineas supo que el chaval estaba en peligro.

Avanzó en silencio y pegado a la pared para coger desprevenido al atracador y reducir la posibilidad de que hiriera al atolondrado mozalbete. Cuando estaba a mitad del callejón, y a escasos metros de su objetivo, le llegó el sonido de voces.

—Dame todo lo que llevas encima y hazlo rápido —dijo una voz gruesa con marcado acento *cockney*, característico del East End y otras zonas deprimidas de la ciudad.

—¿Y si no accedo a sus peticiones? —La voz más aguda pretendió sonar relajada, si bien era fácil detectar la fuerte alteración que sentía.

Una sonora carcajada siguió a esas palabras.

—Si tienes tan poco seso de negarte, mi amiga —y movió la mano que portaba la navaja— te afeitará gratis esa sonrosada mejilla, pimpollo. —Las palabras no estaban exentas de hilaridad.

—Está bien, caballero. No voy a discutir por unas míseras libras. Si me permite que baje las manos, sacaré la bolsa y se la entregaré con gusto.

—Cómo no, milord. —Una nueva risotada se sumó a la anterior.

El chico metió la mano derecha en el interior de su chaqueta, palpó durante unos segundos y volvió a surgir con una celeridad que sorprendió a su atacante. En ella no portaba la pretendida bolsa que esperaba. Un revólver de tamaño mediano y brillo metálico lo encañonó.

El matón retrocedió un paso al ver el arma y vaciló ante la nueva situación.

—¡Oh, vaya! Me he equivocado. Esto no es lo que usted quería, ¿acierto? Pero ya que ha aparecido, voy a presentarle a mi amigo. Se llama Colt y apuesto lo que llevo en la bolsa a que nunca ha visto uno tan bonito y eficaz. Porque, para su información, es capaz de disparar seis balas sin recargar y la primera impactaría en el corazón, no le quepa duda. Tengo muy buena puntería, y más a esta corta distancia. Si esa no le mata, la siguiente irá a la cabeza. ¿Desea comprobarlo?

Phineas, que presenciaba la escena con creciente asombro y sin manifestar su presencia, sonrió ante el arrojo que el petimetre demostraba. Dedujo que el agresor estaba valorando la gravedad de la amenaza. Costaba creer que un jovenzuelo al que le sacaba una cabeza fuese capaz de cumplirla; pero un arma siempre imponía respeto, aunque fuese en manos de un imberbe.

El hombre decidió que era demasiado arriesgado intentar abalanzarse sobre él para arrebatarle la pistola sin sufrir daños, y se marchó a la carrera en dirección opuesta a la de Phineas. Cuando lo vio desaparecer, el joven abandonó la postura arrogante y se apoyó en la pared temblando.

Phineas salió de su escondite y se acercó. Él volvió a ponerse en guardia y le apuntó con el

revólver, al igual que había hecho con el malhechor.

—Tienes agallas, muchacho, lo reconozco.

—No se acerque o dispararé —le advirtió. En su voz se apreciaba la tensión que aún padecía y que se manifestaba en el leve temblor de su mano.

—Tranquilo, no pretendo quedarme con tu bolsa. Solo te aconsejo que no tientes tu buena suerte y te marches de aquí antes de que ese maleante decida aunar fuerzas y regrese con compañía. Este no es lugar para ti, ni yendo tan bien protegido.

—¿Acaso cree que no sabría defenderme? —cuestionó con voz ofendida, y adoptó la actitud arrogante que había mostrado con anterioridad.

—Mejor que no tengas que averiguarlo. Lo único que encontrarás en estos lugares son problemas. Seguro que hay muchos otros para divertirte sin tanto riesgo.

—Gracias por el consejo. No necesito que cuiden de mí, como ha visto —añadió en tono altanero, con el que quería camuflar la inquietud que sentía. Guardó el arma en el bolsillo interior de la chaqueta y se marchó con pasos rápidos por el mismo camino que el asaltante había tomado.

Capítulo 2

Phineas estuvo tentado de dar media vuelta y marcharse. Ese gomoso engreído se merecía una lección, pero ¿quién no a esa edad? Él también había sido un chaval insolente que se creía intocable hasta que la vida le golpeó de forma inclemente, mostrándole la cruda realidad. Por mucho que se lo mereciera, no le deseaba ningún mal y decidió seguirle a corta distancia oculto por las sombras.

El ladrón había huido, aunque no creía que hubiese desistido tan pronto. Intentaría tenderle una trampa. Ahora tenía un nuevo aliciente: un arma de fuego como aquella no era fácil de conseguir y le reportaría una buena ganancia. Y si no era él, había muchos otros. Esas calles estaban plagadas de rateros y maleantes y alguien como él representaba una presa muy apetecible. Si salía intacto de allí sería toda una proeza.

Quedaban pocos metros para llegar a Prescot Street cuando vio a dos figuras aparecer al final del callejón. Phineas presintió lo que iba a ocurrir y se lanzó en ayuda del incauto.

—¡Detente! —exclamó en voz alta mientras se acercaba con rapidez. Esperaba que la advertencia disuadiera a los atracadores al comprobar que el mozalbete no estaba solo. No tenía ganas de enzarzarse en una pelea en la que ambos podían salir malparados.

La llamada alertó al joven. Se detuvo y giró la cabeza para descubrir quién la había pronunciado, al tiempo que extraía el revólver y lo empuñaba con decisión.

Los asaltantes, que no estaban dispuestos a perder esa oportunidad, se precipitaron hacia él y lo pillaron desprevenido. Uno de ellos le golpeó el brazo que portaba el arma y desvió el disparo. El revólver cayó al suelo e intentó recuperarlo. El otro lo cogió por el cuello con un brazo y lo redujo. Él intentó desasirse. Gritó, se revolvió y propinó patadas que no tuvieron el menor efecto y consiguieron que el cerco de su cuello se cerrase más.

—Marchaos, así nadie saldrá herido —exigió Phineas a los asaltantes con firme determinación.

—No te metas si no quieres que te haga una bonita raja —le advirtió el que momentos antes había intentado robarle, y se le acercó con la navaja en la mano. Se sentía en superioridad porque Phineas no iba armado.

El chico no movía ni un músculo y Phineas temió que, quien lo tenía inmovilizado, acabara asfixiándole. No sería el primero que había muerto por la maniobra del garrote, uno de los medios más comunes de atraco en las calles de Londres. Se había hecho tan popular que muchas personas recurrían a llevar collares especiales, con púas de acero, para evitar que los delincuentes lo emplearan. Con suerte, solo se habría desmayado al privar de oxígeno al cerebro. Si salía vivo, no olvidaría esa noche en mucho tiempo y lo pensaría bien antes de animarse a frecuentar en solitario esos barrios, en los que siempre encontraría conflictos.

—Llevaos la bolsa y dejadlo en paz —volvió a advertirles Phineas.

—Te he dicho que no te metas —amenazó con tono belicoso el que portaba el arma mientras se acercaba a él con lentitud. Tenía la posibilidad de desplumar a dos pájaros en la misma noche y no iba a dejar pasar la ocasión.

Phineas maldijo por lo bajo. Comprendió que no iba a conseguir solucionar la situación parlamentando y, en un ágil movimiento, sacó el puñal que llevaba en una funda en la bota derecha y se lanzó hacia el hombre. La rapidez de la maniobra cogió desprevenido al matón, que no tuvo oportunidad de reaccionar cuando un fuerte puño se estrelló contra su rostro y lo derribó.

Una vez en el suelo, Phineas le pisó el brazo y le obligó a soltar el arma. Una patada en el costado le hizo doblarse y lanzar un aullido. El otro soltó el cuerpo inerte, que cayó al suelo como un muñeco desmadejado, e intentó atacarle. Al ver el puñal en su mano decidió marcharse antes de salir malherido, y desapareció por el extremo del callejón.

Phineas lanzó una nueva patada al que yacía en el suelo para ahuyentarlo. El hombre se repuso pronto y salió huyendo detrás del otro. Después de dos intentos fallidos, no tendrían ganas de continuar atracando a incautos esa noche.

Cuando el pasaje quedo desierto y se convenció de que no había peligro, Phineas se acercó con temor al cuerpo caído. Esperaba que el muchacho no hubiese sufrido graves daños. La maniobra del garrote podía ser letal.

Se agachó, le puso dos dedos en el cuello y comprobó que la sangre latía por la arteria. Respiró más tranquilo. El estrangulamiento había sido breve y solo estaba desmayado por la falta de riego sanguíneo al cerebro. Recuperaría la conciencia en pocos minutos.

En cualquier caso, tenían que abandonar aquel lugar. Pensaba que había espantado a los atracadores, pero podía haber más. Le dio un par de cachetes en las mejillas y no reaccionó. Dedujo que se había golpeado en la cabeza al caer y tenía una leve conmoción, lo que prolongaba el desvanecimiento.

Le palpó el cráneo y, para su asombro, notó una blandura inusual en el cuero cabelludo. Tanteó con mayor cuidado hasta que comprobó con horror que el pálido cabello corto se despegaba de la cabeza y dejaba a la vista otro más oscuro y mucho más largo, como el de una mujer.

Atónito, se atrevió a confirmar sus sospechas. Le desabrochó el chaleco y la camisa y vio que llevaba una tela en torno al torso. La retiró con esfuerzo y un redondeado seno de rosada aureola surgió agradecido por liberarse de aquella prisión.

Phineas se levantó de un salto y miró en ambas direcciones. Temía que los descubrieran. Una cosa era que un jovenzuelo adinerado hubiese decidido aventurarse por aquellos lares en busca de emociones fuertes, y otra muy distinta que fuese una dama vestida de hombre. Volvió a cubrirla con el vendaje y la camisa y la cogió en brazos. Era ligera como una niña. Se la echó al hombro y retrocedió hacia Chamber Street para llegar lo antes posible hasta donde había dejado la berlina con Walter, su cochero, esperando.

La pequeña berlina no era un lujo para una persona con ingresos medios; era una valiosa herramienta de trabajo, sobre todo cuando tenía que realizar tediosas investigaciones o rápidos seguimientos. Y Walter había resultado un gran aliado, sagaz y arriesgado pese a que le faltaba un ojo y era sordo de un oído, secuelas de su participación en la guerra de Crimea.

Cuando llegó al vehículo, indicó a Walter que se apresurara en llegar a Queen Square, donde vivía. Se acomodó en el asiento y la sentó sobre sus rodillas para protegerla con su cuerpo de los posibles golpes con las paredes y amortiguar el traqueteo sobre el empedrado. No podía hacer más para aliviar su incomodidad. Por suerte, el trayecto era corto y rápido a esas horas, cuando

las calles de Londres no presentaban el ajetreo y las aglomeraciones que se daban durante el día.

Estaba preocupado. Temía que las heridas que presentaba fuesen más graves de lo que en principio sospechó. No era buen síntoma que aún permaneciese inconsciente pese a que la había oído quejarse en un par de ocasiones.

Respiró más tranquilo al enfilar Gloucester Street; ya estaba llegando a su residencia. Llamaría al doctor Banks, que vivía en la misma calle, un hombre amable y educado que siempre estaba dispuesto a ayudar y, por lo que sabía, un gran profesional bien apreciado por sus pacientes y colegas.

Walter se introdujo en la estrecha calleja que daba a la parte posterior de la vivienda, donde estaban las caballerizas. Una vez a resguardo de miradas indiscretas, Phineas la cogió en brazos y la introdujo en la casa por la puerta de la cocina, que solía dejar abierta para no molestar a Mary, la doncella, cuando llegaba tarde. En esta ocasión, no tenía más opción que pedir ayuda. La llevó hasta el salón de recibir y la colocó en el sofá. Encendieron varias lámparas de gas y Phineas envió a Walter en busca de Mary.

Con la luz que aportaban las lámparas pudo verla bien. Tenía unos rasgos delicados, que la inmovilidad acentuaba. Rostro redondeado, boca generosa de labios perfilados, nariz recta y corta, pómulos marcados. No podía verle los ojos por tenerlos cerrados. Debían de ser grandes y estaban enmarcados por unas cejas oscuras en forma de arco y tupidas pestañas. La piel era muy clara y la lividez que mostraba la hacía parecer más etérea. Su largo cabello, de un cobrizo brillante, era un rasgo a destacar. Cogió un mechón entre los dedos y apreció su textura sedosa, su peso y su finura.

No sabría precisar su edad, aunque no era tan joven como en un principio pensó al confundirla con un mozalbete. Le observó las manos de largos dedos y de una suavidad extrema, sin rozaduras. No realizaba trabajos domésticos. Advirtió en los dedos índice y corazón de la mano derecha rastros de tinta. Eso le sugería que, o escribía muchas cartas, o tenía algún tipo de empleo en el que la escritura le ocupaba parte del tiempo. Sería una institutriz, maestra en un colegio, ayudante en algún bufete de abogados o negocio similar donde llevaría el tedioso papeleo…

Como había advertido con anterioridad, las ropas que vestía eran de calidad y estaban poco usadas, excepto las botas, que desentonaban con el conjunto. Eran de montar y de talla demasiado grande para el tamaño que tendrían sus pies. No le extrañaría que perteneciesen a un familiar o a uno de los miembros de la casa en la que trabajaba, si se trataba de una empleada.

Observó la peluca de cabello corto y color pajizo que había llevado. No era difícil hacerse con una en alguna tienda que suministrara artículos para el teatro. Eso le sugirió que pudiera tratarse de una actriz que había querido explorar los bajos fondos para representar con fidelidad algún papel.

Ella volvió a emitir un leve gemido y se removió inquieta en el sofá donde la había tendido. Phineas la sujetó con delicadeza para que no cayera; estaría desorientada.

Mary llegó en pocos minutos, con su habitual apresuramiento. Se recolocó con destreza la cofia que recogía el largo cabello trigueño peinado con prisas, y alisó el frontal del vestido de faena.

—¿Qué desea, señor? —preguntó con voz alarmada. Su patrón solía regresar a casa a altas horas de la madrugada, o no lo hacía en toda la noche, y no la llamaba; que lo hubiese hecho en esta ocasión era síntoma de que algo grave ocurría. Walter le había indicado que acudiera lo antes posible al saloncito, sin más explicaciones.

Miró con extrañeza al hombre tendido en el sofá y no dijo nada. No era su cometido indagar en las actividades de sus señores, mucho menos cuestionarlas.

—Necesito que avises al doctor Banks de inmediato. Dile que venga lo antes que pueda —indicó Phineas con tono apremiante.

—Por supuesto, señor.

Mary salió y Phineas fue hacia la chimenea. Removió los rescoldos con el atizador y añadió una palada de carbón del cubo que siempre había cerca. No estaría de más incrementar el calor pese a que la temperatura era suave para esa época del año y la habitación no acusaba la frialdad que la ausencia de un fuego en la chimenea pudiera acarrear. Había advertido ligeros temblores en el cuerpo de la mujer y quería descartar que se debieran al frío.

Capítulo 3

—¿A qué viene este alboroto?

La conocida voz femenina, cargada de preocupación, hizo torcer el gesto a Phineas. Confiaba en que el revuelo que se había originado no molestara a Adelaide. Se había equivocado. Su madrastra tenía el sueño ligero y resultaba difícil que no hubiese escuchado los pasos de Mary en la escalera al bajar del segundo piso, donde se ubicaban los aposentos del servicio. Intuyó que algo inusual ocurría y quiso averiguarlo.

—Siento haber perturbado tu sueño —se disculpó Phineas con sinceridad. Su madrastra era el único familiar vivo que le quedaba y la quería, por ello detestaba causarle incomodidades; algo que ocurría con frecuencia y que, debido a su buen talante y generosidad, nunca le reprobaba.

Phineas dirigió una mirada preocupada hacia el sofá, donde la joven reposaba aún desvanecida. Adelaide siguió la dirección de su mirada y descubrió el cuerpo, enfundado en un traje negro con la blanca camisa abierta. Se acercó al cuerpo tendido. La confusión se podía leer en su rostro al advertir que el caballero lucía una larga y oscura melena que le cubría parte del rostro.

—¿Quién es este…? —No terminó la frase porque no sabía bien cómo calificar a la persona que ocupaba su sofá. Era consciente de que el trabajo de su hijastro era poco convencional y hasta había colaborado con él en el transcurso de algún encargo. Lo que no solía hacer era llevar a nadie a casa y menos a una mujer vestida de hombre, como su vista le daba a entender.

—No lo sé. Se ha cruzado en una investigación y me he visto en la obligación de socorrerla.

—¿Está herida o… muerta? —El temor de que esto último fuese cierto alteró su tono de voz.

—Su corazón late, si bien no sé el alcance de sus heridas. Eso deberá decirlo el doctor Banks, al que he mandado avisar.

Iba a continuar explicándole cuando escucharon unos discretos golpes en la puerta y esta se abrió.

Mary se hizo a un lado para dejar paso al doctor. George Banks era un hombre alto y de elegante figura. Acababa de cumplir cuarenta y cinco años y su rostro mostraba el paso del tiempo de forma sutil. Su cabellera castaña comenzaba a blanquear y sus ojos, de mirada bondadosa e inteligente, mostraban las arrugas que los años y la experiencia habían depositado en su anguloso rostro, de facciones no exentas de atractivo. Pese a las prisas con las que se le había requerido, vestía un elegante e impoluto traje confeccionado a medida en los mejores sastres londinenses y portaba en la mano un abultado maletín negro con herrajes dorados y una placa en la que figuraba su nombre.

—Señora Moore… —dijo, e inclinó la cabeza. Sus ojos destellaron de admiración cuando la vio. Estaba muy hermosa enfundada en aquella elegante bata de seda morada que cubría el blanco camisón y con el largo cabello, en el que las canas aún no habían ganado la batalla al

caoba original, recogido en una sencilla lazada que le llegaba a la mitad de la espalda.

Pronto su mirada se desvió hacia Phineas y lo saludó con otra leve inclinación de cabeza. No le impresionó el atuendo desaliñado que vestía. Conocía la naturaleza de su trabajo y entendía que, en ocasiones, era necesario camuflarse para realizarlo.

—Sentimos importunarle, doctor Banks —dijo Adelaide ruborizada. La alteraba mostrarse con tanta intimidad ante alguien ajeno a su familia y, sobre todo, la alteraba la presencia de su vecino de una forma que cada vez le resultaba más difícil de ocultar.

—No tiene la menor importancia. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó, y miró a ambos alternativamente en busca de una explicación. La doncella que le había avisado no le dio ninguna información, solo que se le requería en la casa con urgencia. Él intuyó que era por un caso que requeriría de su profesión.

Phineas se apartó de la chimenea, que comenzaba a propagar un agradable calor, y se dirigió al sofá.

—Muchas gracias por acudir a mi llamada. Se trata de esta mujer. Ha sufrido un asalto por parte de dos malhechores. No sé hasta qué punto revisten gravedad las lesiones que le han provocado. No ha despertado desde que ocurrió el hecho, aunque sí se ha quejado en alguna ocasión.

—¿Cuánto tiempo lleva en ese estado?

—No más de media hora —calculó Phineas. Chamber Street distaba a considerable distancia de allí y a una hora más temprana habrían tardado el doble de tiempo en llegar. El hecho de que las calles estuvieran desiertas y que Walter hubiese conducido a toda velocidad, justificaba la rapidez en el trayecto.

Banks se inclinó sobre el cuerpo femenino vestido con ropas de hombre. Si le causó extrañeza aquella incongruencia, se abstuvo de manifestarla. No era la primera vez, ni sería la última, que presenciaba excentricidades de diferentes tipos y que resultaban difíciles de explicar por cualquier persona normal.

Abrió el maletín que había colocado en el suelo junto al sofá y sacó una especie de trompeta pequeña de madera oscura.

—Necesitaré auscultarla —indicó.

Phineas comprendió lo que el doctor iba a hacer.

—Esperaré fuera —dijo. No era decente presenciar cómo la desvestía.

Salió del caldeado salón y estuvo paseándose por el vestíbulo en un intento por calmar su ansiedad y, al mismo tiempo, cavilando sobre las razones que la habían llevado a meterse en tan osado incidente. O eran tan poderosas que merecían poner en riesgo su vida, o se trataba de una alocada que desdeñaba el peligro.

Pasaron largos minutos hasta que la puerta se abrió de nuevo y George Banks salió por ella. Phineas se acercó de inmediato y preguntó con preocupación.

—¿Qué puede decirme, doctor? —Se sentía responsable de lo que le había ocurrido. Si hubiese ido tras ella de inmediato, no se habría producido el asalto o, cuando menos, habría evitado que la agredieran. Ese corto tiempo de vacilación en la taberna fue lo que marcó la diferencia y se reprochaba por ello.

—Quede tranquilo, la señorita Smith ya está consciente.

Phineas expulsó con fuerza el aire que había estado conteniendo.

—¿No tiene ninguna lesión grave o que le pueda dejar secuelas?

—No lo creo. La falta de conciencia que presentaba no ha afectado a sus facultades ni le

causará problemas en el futuro. Responde con normalidad y extraordinaria energía para una persona que acaba de sufrir un suceso traumatizante, según he advertido. En las próximas horas se sentirá cansada y le dolerá la cabeza; nada que un ponche de leche con brandy y unas horas de sueño no solucionen —le explicó con la intención de tranquilizarlo, al igual que había hecho con Adelaide.

La señorita Smith, como había dicho llamarse, le intrigaba y le gustaría conocer los entresijos de ese asunto. Como no era propio de él indagar más allá de lo necesario para dar un diagnóstico, no preguntó.

—Muchas gracias, doctor. Mañana me pasaré por su consulta para abonarle la visita.

—De ningún modo, señor Moore. Ha sido un placer servirle de ayuda. Si no tiene inconveniente, me pasaré mañana a preguntar por ella. No obstante, si observa un empeoramiento en la paciente, no dude en llamarme.

Phineas presumía que el interés del doctor iba dirigido más a su madrastra que a conocer la evolución de la mujer rescatada, pero su natural timidez le impedía expresarle sus sentimientos. Por su parte, Adelaide aparentaba una cordial cortesía con su vecino, aunque no siempre lograba ocultar el brillo ilusionado de sus ojos cuando este aparecía en su puerta con algún pretexto.

Le gustaría que ambos, viudos y sin compromisos, dejaran de un lado tanto formalismo y se decidieran a mostrarse más abiertos. Adelaide, a la que consideraba una segunda madre, merecía ser feliz después de una vida de abnegación, volcada en ayudar a los demás.

Banks se marchó y Phineas entró en la sala. Se sorprendió ante lo que sus ojos le mostraban. La mujer, con la larga cabellera cobriza descansando sobre su espalda, no dejaba de caminar con excitación de un lado a otro de la estancia mientras Adelaide le insistía para que permaneciera recostada.

Elinor estaba muy preocupada, lo que acentuaba su malestar. Había estado luchando durante lo que le parecieron horas por salir del largo túnel en el que había caído. Su mente permanecía sumida en la oscuridad por mucho que ella se esforzara en avanzar hacia el leve resplandor que vislumbraba en la lejanía. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero las piernas le pesaban como grandes losas mortuorias y apenas avanzaba. Quiso gritar pidiendo ayuda y la voz se quedaba atascada en la garganta.

Hasta que sintió un fuerte picor en las fosas nasales que consiguió alejar las negras nubes que ocupaban su cabeza y se encontró con dos rostros que la miraban con inquietud, el serio de un hombre barbudo que se identificó como el doctor Banks y el de una mujer con un leve acento extranjero en la voz que se presentó como la señora Moore. Ante sus preguntas, no supieron darle una respuesta, solo que avisarían a la persona que la había llevado allí. Y al recordar parte de lo ocurrido, su zozobra aumentó. No sabía lo que había sucedido ni el tiempo transcurrido desde que la oscuridad la engulló.

Al percatarse de la presencia de Phineas, Elinor se detuvo y lo miró con una mezcla de desconcierto y temor que sus expresivos ojos, de un castaño tan claro que parecían dorados, no pretendieron ocultar. El aspecto de ese hombre no concordaba con el lugar en el que estaba. Parecía uno de los que la habían asaltado, no su rescatador. Retrocedió un paso guiada por la desconfianza y dispuesta a defenderse. ¿Y si, al querer huir de los ladrones, había acabado entrando en su cueva?

Phineas advirtió su reacción y se apresuró a explicarle. No había tenido tiempo de asearse y cambiarse de ropas y mostraba el aspecto de un trabajador de los muelles después de una larga jornada, disfraz que le ayudaba a pasar desapercibido en la investigación que llevaba a cabo. Ella

imaginaría que estaba ante uno de los hombres que habían intentado robarle.

—No tema, señorita, no corre ningún peligro. Me llamo Phineas Moore. Mi madrastra, la señora Moore, ya se habrá presentado —señaló a Adelaide, que estaba junto a la ventana presenciando con interés la escena—. La he traído a nuestro hogar porque no sabía dónde llevarla ni la gravedad de sus lesiones. ¿Recuerda que fue atacada por unos asaltantes?

La inicial alarma que Elinor sintió se tornó en enojo tras aquella explicación.

—Lo recuerdo perfectamente. También recuerdo que, si no se hubiese entrometido, habría salido de aquel trance sin ninguna dificultad —dijo con irritación.

Estaba convencida de que, si aquel hombre al que no había visto y solo reconocía por la voz, no hubiese aparecido haciéndose el héroe, habría logrado hacer huir a los atracadores, al igual que con el primer intento de robo. Su intervención originó que se distrajera, momento que los ladrones aprovecharon para desarmarla y agarrarla por el cuello con tanta fuerza que perdió el sentido.

Phineas se quedó estupefacto ante aquellas palabras, pronunciadas con claro acento recriminatorio. ¿Cómo se atrevía a menospreciar lo que había hecho cuando era muy probable que le hubiese salvado la vida?

—¿Entrometido dice? ¡He evitado que la hirieran o algo peor!

—Eso es en extremo exagerado, señor. Tenía la situación controlada, como la primera vez —desmintió convencida.

—Ante dos no tenía ninguna posibilidad de librarse del atraco. No habría sido suficiente con mostrarles el arma y asegurar que sabía usarla, como ocurrió con el primero; y, aun así, tuvo suerte de que no decidiera comprobar la veracidad de su amenaza.

—Los habría hecho huir, sin duda. Soy una experta tiradora. Llevo practicando desde jovencita —explicó con orgullo. Su padre era partidario de una enseñanza igualitaria dentro de lo posible y había procurado impartir a sus dos hijos una educación similar; al menos, hasta que su hermano inició los estudios universitarios, algo que a las mujeres les estaba vedado.

—¿Y de qué le sirvió? Según recuerdo, el disparo se perdió en el vacío.

—Porque usted me distrajo —acusó con creciente exaltación.

—Dé gracias de que decidiera no dejarla a su suerte, como me indicó con tanta presunción, o en estos momentos estaría en aquel callejón en peores condiciones de las que ahora se encuentra. Y, si me permite un consejo, no vuelva a aventurarse en esas zonas confiando en su suerte o puede que no encuentre a otro entrometido que la salve —replicó. La indignación crecía en él ante la obcecación de aquella mujer. No pretendía su eterna gratitud, solo que reconociera su error; en vez de eso, lo ofendía con su altanería y su desconsideración.

—Phineas…

La llamada de atención de Adelaide le hizo comprender que no debía seguir discutiendo por mucha razón que llevase. Ella estaría aún confusa y no veía con claridad el gran peligro al que se había expuesto y la forma en la que logró salir de él. Esperaba que acabara comprendiéndolo y le sirviera de lección por si persistía en continuar con aquellas arriesgadas correrías.

Elinor comprendió que aquella discusión estaba fuera de lugar. El disgusto que sentía estaba, en realidad, dirigido más a ella misma que al hombre que tenía delante. Reconocía que su intervención había sido de gran ayuda, por mucho que le fastidiara reconocer que había cometido una estupidez. Tras la marcha de su hermano no debió continuar con sus aventuras nocturnas, y menos a lugares tan poco recomendables.

—Disculpe mi grosería, señor Moore. Le estoy muy agradecida por su ayuda. Y a usted por su

amabilidad, señora Moore —dijo con franqueza—. Ahora debo marcharme.

Se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos. Por el reloj que había sobre la chimenea sabía que eran más de las dos de la madrugada. Si sus padres descubrían que no estaba en casa a horas tan improcedente, se armaría un buen escándalo.

—No está en condiciones de hacerlo, señorita Smith. El doctor ha dicho que descanse —protestó Adelaide—. Tome una taza de ponche de leche caliente y descanse unas horas, como él ha indicado.

—Le agradezco su interés, señora. Estoy bien y no necesito descansar, se lo aseguro. Lo único que deseo es regresar a casa lo antes posible. No quiero que mi familia se preocupe por mí.

Phineas y Adelaide se miraron. Tenía sentido su inquietud. Habría decidido ausentarse de su hogar sin el consentimiento de su familia y no quería que se enterasen. Tampoco les había dicho cómo se llamaba. Lo de señorita Smith sonaba a una evasiva rápida, el primer nombre que se le ocurrió. No insistieron en preguntar porque entendían su reticencia. Le molestaba que la hubieran descubierto en una situación tan comprometida, de ahí su desazón.

—La llevaré a su casa —ofreció Phineas.

—No es necesario. Cogeré un coche de alquiler —eludió ella con rapidez.

Phineas no quiso insistir. Tendría poderosas razones para que nadie descubriera quién era y dónde vivía. Por su profesión, estaba acostumbrado a esas reacciones y nunca pedía datos personales si el cliente se mostraba reacio a proporcionarlos.

Adelaide no opinaba de igual manera.

—A estas horas le resultará difícil encontrar un coche de alquiler, y no es prudente que camine sola por la calle. Phineas la llevará donde le diga —sentenció con su voz más autoritaria, aquella que rara vez empleaba y que Phineas conocía bien. Por lo general, el carácter amable y apacible de su madrastra ocultaba una fuerte determinación que salía a relucir en situaciones de necesitad, en especial cuando tenía que defender a las personas que le importaban, y que le había ayudado a solucionar importantes dificultades que se le presentaron en el camino.

Elinor entendió las razones que la mujer exponía y accedió. Estaba en deuda con aquellas personas y no quería mostrarse desagradecida.

Mientras Phineas avisaba a Walter de que condujera la berlina a la puerta principal, Adelaide pidió a Mary que le trajera una capa que ocultara aquella vestimenta tan reveladora de la travesura nocturna.

Elinor reconoció el gesto, así como su discreción. No había intentado indagar sobre su identidad ni los motivos que hubiera tenido para llegar a aquella situación.

Había simpatizado al instante con la señora Moore, una mujer bella y elegante, amable y discreta. Desde que recobró el conocimiento, no se había apartado de su lado y mostraba preocupación por su salud sin agobiarla con preguntas. Le gustaría corresponder a su cortesía en un momento más oportuno, cuando estuviera en condiciones de explicar la inusual situación en la que se habían conocido.

Capítulo 4

—Cuando usted desee, señorita Smith —dijo Phineas desde la puerta del salón. Había visto la berlina esperando con Walter en el pescante. Él mismo solía conducirla cuando tenía que trasladarse durante la noche porque no le gustaba molestar al cochero si no era necesario; en esta ocasión, prefería ocupar el interior. Tenía curiosidad por saber más de ella y de su extraño comportamiento.

Elinor se despidió de Adelaide y siguió a Phineas. Se había colocado la capa y, antes de salir a la calle, se cubrió la cabeza con la capucha.

—¿Dónde debemos llevarla? —le preguntó Phineas antes de subir al carruaje.

—A Berkeley Street, por favor —dijo. Estuvo tentada de mentirle y darle una dirección diferente. No lo hizo porque había algo en él que le impulsaba a confiar en su discreción. Sin embargo, prefirió ocultarle el número.

Phineas dio las indicaciones a Walter y subió a la berlina. Ocupó el asiento frente a ella y encendió el farolillo interno. Para proporcionarle más privacidad, corrió las cortinillas. Ella mantenía una postura rígida y un semblante serio, poco propicio a la charla, y Phineas se abstuvo de iniciar una conversación.

Se dedicó a observarla con disimulo y ojo profesional. El barrio de Mayfair, donde se ubicaba la calle que le había indicado, era una de las zonas más elegantes de la ciudad y las personas que vivían allí pertenecían a la nobleza o eran poseedoras de grandes fortunas. Eso no era determinante. La señorita Smith podía ser una sirvienta en una de aquellas casas y tener acceso a la ropa que llevaba puesta. Otra cosa era de dónde había sacado el dinero. Debía de ser una cantidad respetable si se guiaba por el grosor de la bolsa, que a nadie en la taberna había pasado desapercibida, y del precio excesivo que había pagado por la botella del infame brandy que servían en el Red Lyon.

Una sirvienta no ganaba mucho al año. ¿Lo habría robado? ¿Tenía a una ladrona frente a él? No lo creía. Su dicción era muy correcta, de la que se aprende en caros colegios o con buenos tutores, y esa confianza en sí misma, rayana en engreimiento, que solían poseer las personas nacidas en una familia con poder o dinero; a no ser que fuera una consumada actriz e imitara con soltura a los que servía.

Y luego estaba la cuestión que más le intrigaba: ¿qué la había llevado a aquel tugurio y a horas tan intempestivas? Una dama de la alta sociedad no necesitaba vestirse con ropas de hombre y acudir a una taberna de mala muerte a media noche. Si deseaba diversión o una cita clandestina podía acceder a mejores lugares para ello, más discretos y sin tanto riesgo.

No debería asombrarle esa insólita conducta, se dijo. Llevaba dedicándose a esa profesión muchos años y había visto cosas extrañas en los clientes o las personas que investigaba para cumplir con su trabajo, pero aquella mujer le desconcertaba. Intuía una historia interesante,

cuando menos, que le gustaría descubrir. Lo malo era que ella no parecía dispuesta a desvelar sus secretos.

Elinor estaba sumida en sus propias cavilaciones, sin ignorar la vigorosa presencia del hombre que tenía frente a ella. Al salir a la calle, había identificado de inmediato el lugar donde se encontraba. Se trataba de Queen Square, y lo sabía porque acudía allí para prestar ayuda en el hogar para paralíticos, que se encontraba al otro lado de la plaza.

Había conocido a sus fundadoras, las hermanas Johanna y Louisa Chandler, en noviembre de 1859 durante el baile que organizaron para recaudar fondos y al que asistió con sus padres. Con el capital que lograron reunir abrieron un pequeño hospicio, que se había ampliado desde entonces gracias al apoyo de los numerosos patrocinadores, entre los que su padre se contaba.

Le impresionó el entusiasmo que las hermanas mostraban y su arraigada vocación de servicio hacia esas personas necesitadas que, por lo general, eran desahuciadas por la sociedad, y ello le movió a implicarse. Durante el último año había acudido con frecuencia al hospital y ayudaba en la medida de sus posibilidades. Como carecía de conocimientos sanitarios, se dedicaba a acompañar a los enfermos. Les leía, charlaba con ellos, les escribía las cartas que querían enviar y los escuchaba. La mayoría eran veteranos de guerra, a los que les gustaba hablar de sus hazañas y vicisitudes en el campo de batalla.

También identificó el British Museum cuando circulaban por Russel Street pocos minutos después. Había estado en él varias veces, llevada por el interés de aprender y observar lo que leía en los libros.

Tras unos minutos de silencio, Phineas extrajo del bolsillo de su gabán el revólver que había recogido en el callejón y se lo entregó.

Elinor mostró sorpresa al verlo. Creía que se lo habían robado. Lo cogió y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Había comprobado que llevaba el dinero y el reloj, uno de su padre, solo había echado en falta el arma.

—Gracias —dijo con alivio.

Lo había cogido de uno de los cajones del escritorio de su padre, donde lo guardaba bajo llave. Era su favorito y, de haberlo perdido, ahora tendría un buen conflicto. Se lo había regalado un buen amigo a su regreso de América unos meses antes, cuando aún no se había iniciado el conflicto armado entre los estados del sur y los del norte. Según le comentó, era el último modelo salido de las fábricas de la Armería Colt.

Había hecho prácticas de tiro con él cuando estuvieron el mes anterior en Cedar Park, la casa de campo en Hertfordshire donde pasaban las Navidades y gran parte del verano, antes de que su hermano se marchara. Su padre opinaba que las mujeres debían saber utilizar un medio de defensa tan eficiente como aquel y, desde jovencita, la había enseñado a disparar con diferentes armas; pese a ello, no era aficionada a la caza, que su padre y su hermano sí practicaban.

—Una pieza magnífica. Los atracadores no tuvieron oportunidad de llevársela. Habrían conseguido una buena suma por ella —comentó Phineas.

Él tenía un revólver, heredado de su padre, de un modelo más antiguo e igual de eficaz, que en varias ocasiones le había prestado un buen servicio. Lo llevaba consigo cuando se adentraba en lugares en los que preveía que iban a surgir problemas, aunque prefería su puñal, más ligero, silencioso e igual de mortífero cuando era empleado por una mano diestra como la suya.

—Tampoco lograron llevarse el dinero ni el resto de los objetos de valor. Ha tenido suerte —añadió.

—Cierto —se limitó a decir Elinor.

Un nuevo silencio siguió a la corta charla, solo alterado por el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines. Conforme se acercaban a las zonas más elegantes de la ciudad, desiertas a esas horas excepto por alguna residencia en la que se apreciaban luces y bullicio propios de un baile, la quietud era mayor al igual que la seguridad. Los rateros no se dedicaban a asaltar a transeúntes por aquellos barrios, en los que siempre encontraban policías haciendo su ronda.

—¿De verdad que sabe usarla? ¿Habría disparado a aquellos hombres de haber tenido la necesidad? —La pregunta le quemaba a Phineas en la garganta y no fue capaz de resistirse a formularla.

—Por supuesto. De haber sido necesario, no lo hubiese dudado. Me habría limitado a partes del cuerpo no vitales, como mi padre me enseñó, o habría disparado al aire para ahuyentarlos —confesó.

—¿Suele hacer esto a menudo? —Era otra pregunta que le intrigaba.

—¿A qué se refiere?

—A vestirse con ropas de hombre, actuar como tal y frecuentar garitos nada recomendables para una mujer, y menos una de su clase —señaló Phineas.

—¿A qué clase cree que pertenezco?

—No estoy seguro; desde luego, no a las que trabajan en lupanares por unos chelines a la semana —dijo convencido.

—¿Qué le lleva a asegurarlo, señor Moore?

—Varias cosas. Comencemos por la ropa, si me permite. Es de calidad, está poco usada y es evidente que no la hicieron a su medida. Los pantalones le quedan estrechos en las caderas y se han acortado porque eran demasiado largos para su estatura, al igual que las mangas de la chaqueta. Las botas no son de su talla. Le quedan grandes y de caña demasiado alta, indicadas para montar, no para una salida nocturna por la ciudad. Las suelas están desgastadas, lo que indica que se han usado mucho. Tiene las manos finas y muy cuidadas, a excepción de la marca de la pluma en los dedos de la mano derecha, en lo que tiene restos de tinta. Todo ello me hace suponer que le gusta mucho escribir o que tiene un trabajo que así lo requiere. Se expresa con corrección, sin restos de acento barriobajero… ¿Quiere que continúe?

A Elinor no le sorprendía la perspicacia de ese hombre. El brillo sagaz de su mirada daba a entender que era una persona a la que no resultaría fácil engañar.

—No es necesario. Es obvio que no trabajo en una taberna, ni nada por el estilo. Lo que no haré es darle explicaciones de mi comportamiento —replicó molesta con la encubierta reprimenda.

—No se las estoy pidiendo. Le he preguntado si es un hábito; de ser así, es uno muy peligroso para practicarlo en solitario. Debería hacerse acompañar por alguien que le cuide las espaldas.

—Haría bien en no dar consejos a las personas que no se los han pedido, señor Moore. ¿Le he preguntado yo la razón de que vaya disfrazado de deshollinador y lo que hacía en aquel lugar tan apartado de su residencia?

Phineas reprimió la respuesta mordaz que se merecía la señorita Smith… o como se llamase. Era irritante. Un poco de amabilidad no le sentaría mal.

—No tengo inconveniente en explicárselo. Estaba trabajando. Soy investigador privado y me llevó allí el encargo de un cliente. Suelo camuflarme para pasar desapercibido, como usted ha hecho esta noche. De todas formas, admito que representaba muy bien su papel de *dandy* despistado… hasta que le abrí la camisa y surgieron ese par de atributos femeninos que, difícilmente, inducen a error.

Elinor se tensó y sintió que se acaloraba. Que él la hubiese desnudado no era muy tranquilizador. ¿Hasta dónde habría llegado?

Phineas advirtió su azoramiento ante sus últimas palabras. Tal vez se estaba excediendo y no era necesario que conociese ese hecho; lo que sí necesitaba era un buen correctivo para que entrara en razón. Debía de ser una niña rica, mimada en exceso y acostumbrada a tratar a todo el que se le pusiera por delante con tanta altanería como lo estaba haciendo con él.

—Digamos que yo también estaba investigando —reveló Elinor tras unos minutos de silencio.

Phineas la miró con sorpresa. Su bonito perfil, con la tez blanca, se recortaba contra las oscuras paredes de la berlina. Ella giró la cabeza y lo miró durante unos segundos, para volver a fijar la mirada en la velada ventanilla.

—Entonces, permítame otro consejo que no aceptará: sean cuales sean las razones que tenga para hacerlo, debe dejar esa tarea a profesionales. Ha sido una temeridad por su parte, vuelvo a recordarle. Esos lugares no son aconsejables, y menos para una mujer, ni simulando ser lo que no es. Creo que la intención de esos tipos era desvalijarla de todo lo que llevase de valor y marcharse sin causarle daño. En el caso de haber descubierto su secreto, no habrían dejado pasar la oportunidad de divertirse un rato con usted.

Phineas sabía que estaba siendo demasiado duro, incluso despiadado. No le importó. Ella debía comprender el gran error que había cometido para que no sintiese la tentación de aventurarse otra vez en esas zonas; ni en ninguna, en realidad, siempre que no fuese bien acompañada. No conocía sus razones ni iba a preguntarle por ellas, solo le gustaría que recapacitara y no volviera a correr peligros innecesarios.

Elinor exhaló un audible suspiro y pareció hundirse en el asiento. Estaba cansada de mantener esa postura de pretendida arrogancia y osadía que distaba de su carácter. Había pasado mucho miedo y no olvidaría esa traumática experiencia.

—Soy consciente de ello, señor Moore, no insista. Ya lo ha puesto de manifiesto con claridad. Si quiere que admita que he sido una tonta o una loca, lo haré. Si pretende que me sienta en deuda con usted por haberme salvado la vida, lo estaré. Y no, no volveré a exponerme a riesgos de esa manera, puede estar seguro —confesó, y se sintió liberada de la carga que había estado soportando desde que recobró el conocimiento. Moore tenía razón y se merecía la recriminación que sus palabras albergaban, las mismas que ella se repetía.

—Me alegra que recapacite, señorita. No deseo que se sienta en deuda conmigo. Con que me garantice que se cuidará de aventuras de ese tipo, y más en solitario, me doy por satisfecho.

Capítulo 5

El silencio volvió a reinar en el reducido habitáculo. Elinor mantenía la mirada esquiva de los ojos censuradores de Phineas, fijos en ella. Se sentía avergonzada. Había cometido una gran imprudencia, que pudo costarle bien caro, y era justo admitirlo.

Hasta esa noche, sus «labores de inspección», como ella las llamaba, siempre habían sido en compañía de Michael, su hermano, que le había facilitado la entrada a muchos lugares vedados a las damas cuando ella le habló de sus inquietudes literarias. Con las ropas de cuando él era un adolescente desgarbado, que aún se guardaban en un baúl en el desván, y algunos artículos adquiridos en una tienda de disfraces, Elinor se hacía pasar por un caballero. La libertad y las oportunidades que ese disfraz le proporcionaban eran asombrosas, y se hizo adicta a ellas.

Durante los tres meses que su hermano permaneció en Londres tras regresar del viaje por tierras americanas, habían acudido a los tradicionales lugares de diversión para caballeros: teatros de variedades, casas de juego, clubs… Ella insistió en visitar un burdel y Michael se negó tajantemente. Solo accedió a recorrer algunas calles del East End o de Devil's Acre, donde las mujeres ofrecían sus servicios por las aceras ataviadas con provocativos atuendos. Salió de allí entristecida y asqueada por las condiciones deplorables de vida de sus habitantes, en especial de los niños que jugaban en sus enlodadas calles cubiertos por mugrientos harapos, tristes y famélicos.

Elinor no volvió a insistir en visitar aquellos lugares y se prometió, a través de sus escritos, denunciar las deplorables condiciones de vida que había visto, al igual que hacía el renombrado autor Charles Dickens, de cuyas novelas y artículos periodísticos era entusiasta lectora.

Desde que Michael volvió a embarcarse para un nuevo viaje a lugares remotos, solo se había atrevido a pasear por calles concurridas o a entrar en algún café vestida con sus ropas de caballero; actividades poco interesantes y que no le proporcionaban material ni experiencias para sus narraciones. Y las necesitaba.

Desde hacía tres meses, colaboraba en *The Morning Chronicle*. Sus relatos cortos aparecían bajo el seudónimo de Robin Goodfellow, nombre tomado de un personaje de la obra *Sueño de una noche de verano* de William Shakespeare, y que había decidido emplear para asegurarse de que su trabajo era tomado en serio. Esos escritos tenían buena aceptación y el señor Broughton, director del periódico, le había pedido que escribiera un folletín detectivesco, tipo de lectura muy demandada en los últimos años entre los lectores, para publicarlo por entregas.

Ese había sido el motivo de que decidiese realizar la salida nocturna en solitario a aquellas zonas tan alejadas de sus habituales recorridos, que se limitaban a las amplias y seguras calles de los barrios acomodados como en el que vivía, y donde no encontraba sucesos que le inspiraran.

Había oído comentar a Harry, uno de los lacayos, sobre un espectáculo de variedades en un local ubicado en Leman Street en el que aparecían videntes. Imaginó que se trataba del

Anfiteatro Albert y Garrick, que había abierto sus puertas unos años antes tras el incendio que lo asoló.

El comentario despertó su interés. El tema del espiritismo y la adivinación estaba muy de moda en la sociedad londinense. Ella no creía en esas prácticas, que consideraba un engaño para cándidos, y nunca había asistido a una sesión, pero quería comprobar a qué se debía tanto interés e ignoró el peligro que suponía la ubicación del local en un barrio poco recomendable porque su intención era acudir a la primera sesión de la tarde. No tuvo oportunidad de salir a esa hora. Su madre no se ausentó después del almuerzo, y tuvo que esperar a que sus padres se retiraran a su cuarto después de la cena para escaparse sin llamar la atención.

Como siempre, evitó utilizar el carruaje familiar y cogió un coche de alquiler. Cuando llegó al teatro, este estaba cerrado y no se anunciaba ninguna función de esas características. Preguntó al cochero si conocía el lugar del que había oído hablar a su sirviente y él la llevó a aquella calle mal iluminada y solitaria, tan cerca de los muelles que el olor fétido que llegaba de las aguas del río le provocó náuseas. Le pidió al cochero que esperara y no obedeció. Cuando ella bajó del cabriolé, azuzó al caballo y desapareció con rapidez.

Pensó en marcharse. Se dirigiría a una calle más concurrida en busca de otro coche de alquiler que la llevara de regreso a su hogar, del que no debió salir a esas horas de la noche. Se recriminó por haber desechado los temores de Maggie, su doncella, que estaba al tanto de aquellas salidas y las encubría, y se prometió que no volvería a suceder. Como estaba allí y era tarde para arrepentirse, decidió continuar. Ella rara vez desistía de un empeño.

Su madre decía que era una tozuda y que esa testarudez le iba a acarrear muchos problemas. Llevaba razón, mas ella no tenía culpa de haber nacido mujer y, sobre todo, de que a las mujeres no se les permitieran las libertades de las que todo hombre disfrutaba desde su nacimiento. Por otra parte, ¿cómo iba a adquirir experiencias para plasmarlas en sus relatos si no conocía de primera mano lo que ocurría a su alrededor? Era sabido que escritores a los que leía y admiraba, como el señor Dickens, se involucraban e investigaban a pie de calle para plasmar sus experiencias con total fidelidad. Eso era lo que ella pretendía.

Se armó de valor y entró en aquella taberna, único inmueble en el que se apreciaba luz y bullicio de gente en toda la calle. El fuerte olor a cerveza agria, serrín y el humo de los cigarros atacó sus fosas nasales cuando abrió la puerta. Estuvo tentada de dar media vuelta y regresar al seguro refugio de su hogar. No lo hizo y se vio de lleno en aquel antro que nada tenía que ver con lo que estaba buscando. Se forzó a mantener el engaño por miedo a que advirtieran que era una mujer. No ignoraba lo que podría ocurrirle si la descubrían.

En cuanto tuvo oportunidad de marcharse sin levantar sospechas, salió y se alejó lo más rápido que pudo. Lo que ocurrió después no la sorprendió y estaba preparada, pero de no ser por la intervención de Moore, ahora no estaría sentada e ilesa en aquel carruaje… y con el orgullo herido.

Todo ello le había servido para aprender una lección que debería haber sabido: si quería continuar acumulando experiencias y aventurándose en territorios desconocidos y peligrosos, tenía que hacerlo acompañada por una persona que le diera seguridad.

Miró con disimulo al hombre sentado frente a ella. Ya había reparado en su alta y sólida figura, en el gesto resolutivo que mostraba su rostro, en la viveza de los ojos, de un color que aún no había conseguido descubrir, y en el tono grave de su voz; rasgos que transmitían la seguridad y confianza que su profesión requería y que ella estaba buscando. De esa convicción surgió una idea que se prometió valorar con tranquilidad más adelante. Era probable que hubiese encontrado

la solución a sus problemas y esa noche no resultase tan nefasta como en principio pensó.

El silencio entre ambos se prolongó hasta que llegaron a Berkeley Street. Elinor le pidió que parara al principio de la calle. No deseaba que descubriera dónde vivía para salvaguardar su identidad. Se sentía avergonzada y le molestaba, de una manera que no llegaba a explicarse, la opinión tan nefasta que ese hombre se hubiese formado de ella.

Antes de que Phineas bajara, Elinor se apresuró a indicar:

—No es necesario que me acompañe, señor Moore; es más, prefiero que no lo haga. Agradezco sinceramente su ayuda de esta noche y la de la señora Moore. Han sido muy amables conmigo.

Sin añadir nada más, bajó del carruaje y se quitó la capa, que depositó en el asiento. Tras ello, caminó unos metros por la acera y se adentró en el jardín de la residencia Strickland, que siempre tenía abierta la cancela, y se ocultó detrás de un macizo de adelfas que había comenzado a florecer.

Phineas aguardó hasta que ella desapareció para tocar en el techo del carruaje e indicar a Walter que iniciara el regreso. Cuando Elinor lo vio desaparecer, abandonó las sombras y salió por donde había entrado. Cruzó la aristocrática calle y se dirigió a su casa, al final de la misma. Ninguna luz aparecía encendida y eso la tranquilizó. Traspasó la valla de madera que limitaba la parte trasera y accedió al jardín posterior. Por la puerta del lavadero que había dejado abierta, se introdujo en la vivienda.

Cuando llegó al segundo piso, donde se ubicaba su cuarto, encontró a Maggie esperando.

—¿Qué haces aún levantada? Te dije que no me esperaras —la reprendió Elinor en voz baja. No deseaba despertar a sus padres, cuyo cuarto distaba pocos metros del suyo.

La sirvienta, que dormitaba en una silla junto a la puerta, se sobresaltó. Todo rastro de sueño desapareció y se levantó de un salto. Había estado tan preocupada por si Elinor sufría algún daño que, al verla ilesa en apariencia, se le saltaron las lágrimas de alegría y elevó una silenciosa plegaria.

En los diez años que llevaba trabajando para los Welby había llegado a apreciar mucho a todos los miembros de la familia, que la trataban con amabilidad. Entró en calidad de lavandera con trece años y cuatro después pasó a ocupar el puesto de doncella personal. En ese tiempo el afecto entre ambas había crecido.

Maggie era una de las personas en las que Elinor confiaba para guardar sus secretos, lo que le ocasionaba cada vez más zozobra y no solo por estar traicionando a sus señores. Si algo malo le ocurría, no podría perdonárselo. Por eso la instaba a que abandonara aquellas escapadas. Cuando iba en compañía de su hermano, estaba tranquila; desde que se marchó y ella decidió continuar en solitario, su desasosiego aumentó. Como esa noche. Nunca había regresado tan tarde y se temió lo peor, hasta el punto de que estuvo tentada de avisar a sus señores. Por suerte, parecía que nada malo le había ocurrido.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Ha sufrido algún percance? —preguntó con aquella melodiosa voz que aún conservaba reminiscencias de su Gales natal. El rostro regordete de perennes mejillas arreboladas mostraba la alarma que sentía.

—Ninguno, Maggie, estoy bien, como puedes apreciar. Ha sido una escapada agradable —mintió para no perturbarla más. «Todo no ha resultado penoso», se dijo al recordar la interesante presencia del hombre que la había auxiliado.

—¿Le ha gustado el espectáculo de adivinación? —preguntó con interés mientras ayudaba a Elinor a quitarse la ropa que llevaba. Ella había acudido a uno en compañía de la señora

Bigelow, la cocinera, y quedó fascinada.

—Mucho. Puede que repita la experiencia —volvió a mentirle. Solía contarle los pormenores de sus aventuras. Esta vez decidió callar.

Maggie se marchó con las ropas que Elinor acababa de quitarse. Las guardaría a buen recaudo hasta que las necesitara de nuevo después de darles un buen cepillado. Estaban llenas de polvo. ¿Cómo era posible que en un teatro hubiera tanta suciedad?, se preguntó con asombro.

Una vez en su habitación y tendida en el lecho, Elinor se relajó. Pese a que estaba agotada, era incapaz de quedarse dormida. Las diversas y excitantes emociones vividas esa noche la mantenían en vela. Se recordó el riesgo que había corrido y la promesa que le había hecho a Moore. Sin embargo, y como no estaba dispuesta a renunciar a sus sueños, tenía que encontrar una solución. Volvió a pensar en la idea que se le había ocurrido un rato antes. Tras madurarla, llegó a la conclusión de que era magnífica.

Con una sonrisa satisfecha, abrazó la almohada y, al fin, se quedó dormida.

Capítulo 6

—Percy, ¿has acabado el informe de la vigilancia de ayer? —preguntó Phineas a su ayudante, que ocupaba la mesa situada en el otro extremo de la oficina.

—Sí, señor Moore. —Cogió una hoja de papel, se levantó y se la dio a su jefe, sentado tras el gran escritorio frente a la ventana.

Phineas la estudió con detenimiento y la guardó en una carpeta.

—Esta mañana continúa durante tres horas. Si no hay ningún hecho relevante, daremos por concluida la investigación e informaré al cliente.

Percy asintió con la cabeza y se dispuso a marcharse.

—¿Cómo llevas las clases con Adelaide?

—Bien, señor Moore. La señora dice que avanzo rápido —explicó con una sonrisa tímida.

—Muy bien, Percy. Sigue así y pronto estarás preparado para el examen de ingreso —vaticinó Phineas. Estaba demostrando más inteligencia y arrojo de lo que en principio supuso, cuando apareció en la puerta tres meses antes con su cándido aspecto y una carta en la mano.

Percy Botons era hijo de un pariente lejano de su padre, dueño de una granja en el condado de Northumberland, cerca de la frontera escocesa. Al joven, de dieciocho años, no le gustaba el trabajo de granjero, y con cuatro hermanos mayores tenía pocas posibilidades de prosperar allí. Desde pequeño se había sentido interesado por ingresar en el cuerpo de Policía y su padre lo había enviado a Londres para que le ayudaran a conseguir su propósito.

Phineas, que en principio estuvo reacio, reconocía que había sido una gran idea y, cuando el joven consiguiese ingresar, echaría de menos su ayuda y se vería obligado a buscar un sustituto. Los encargos no dejaban de aumentar y necesitaba ayuda. Acostumbraba a valerse de colaboradores externos, por lo general chavales con pocos recursos que pasaban la mayor parte del tiempo en la calle, y que siempre estaban dispuestos a ganar unas monedas, pero el contar con un ayudante fijo le restaba trabajo y molestias.

Las rubicundas mejillas plagadas de pecas de Percy se encendieron aún más con el halago. Agachó la cabeza y salió del despacho deseoso de comenzar su trabajo.

A los pocos minutos regresó.

—Señor Moore, una dama aguarda en la salita. No tiene cita y ha pedido ser recibida —dijo con notoria turbación.

Phineas sonrió. La dama debía de haberle impresionado al chico, que aún no se había desprendido de la timidez típica de la adolescencia.

—Veré qué desea —aceptó Phineas. No tenía ninguna cita esa mañana porque no era usual recibir a nadie en domingo. No por ello iba a desechar un nuevo cliente. Era una nueva oportunidad de acreditarse y daba buena imagen al negocio.

Cuando seis años antes decidió abandonar su empleo en la Policía Metropolitana no estaba

seguro de que pudiera mantenerse mucho tiempo. Mientras estuvo de servicio había aprendido mucho y eso lo animó, aunque no resultó fácil.

Su padre, pese a ostentar durante los últimos cinco años de vida el cargo de superintendente de policía, había gastado casi todo lo que ganaba en su educación y a su muerte se encontraron sin recursos con los que hacer frente a los gastos. Durante los primeros meses se mantuvieron con la venta de algunas joyas que su madrastra guardaba y de las que no le importó desprenderse. Así evitaron vender la casa en la que había crecido, en una callejuela del Soho, donde montó su primera oficina.

A él mismo le asombró el rápido éxito que obtuvo, propiciado por la satisfacción de los clientes que hablaban en su favor. Pronto la fama de eficiente y discreto se extendió, lo que le facilitó encargos de personas influyentes. Sus ingresos aumentaron y, junto a algunas inversiones acertadas por su parte, les permitieron conseguir solvencia económica en pocos años y la posibilidad de trasladar su residencia a aquella zona de la ciudad donde ahora vivían, más acorde con su nuevo estatus social.

Cuando Phineas entró en la salita de espera para los clientes que no tenían cita previa, vio a una mujer de espaldas junto a la ventana. Iba elegantemente ataviada, con un vestido de raso con grandes franjas en distintos tonos de amarillo que se oscurecían en la amplia falda. El cabello cobrizo estaba recogido en un elaborado peinado que dejaba rizos sueltos en la nuca y tocado con un sombrerito en raso a tono con el vestido y adornado con unas sencillas plumas verdes. Lo que más le llamó la atención fue el bolso de cuero marrón de grandes dimensiones, más parecido a una cartera escolar, que llevaba cruzado sobre el torso por una larga correa.

—Señora… —se anunció al entrar.

Ella se giró y Phineas mostró un gesto de sorpresa. Se encontró de nuevo ante el rostro que había asaltado sus sueños la última noche: el de la señorita Smith. Estaba muy favorecida con las ropas femeninas, que le daban una apariencia más adulta y muy diferente del jovenzuelo al que había salvado el pellejo. Se trataba de una dama y, por cierto, no carecía de atractivo.

—Señor Moore…

Elinor también estaba sorprendida ante la presencia de aquel apuesto caballero. La apariencia impoluta que presentaba nada tenía que ver con la que mostraba la noche anterior, cuando el desaliño y la sombra de barba que cubría parte de su rostro no dejaban apreciar todo su atractivo. Este nuevo Phineas Moore era un hombre elegante, con un traje oscuro de calidad y perfecta confección que se adaptaba a su alta y atlética figura con exquisitez. El chaleco de damasco en tono borgoña le aportaba un toque de sofisticación que completaba con la perfecta lazada en gris perla que llevaba a modo de corbatín.

Pero lo que más le impactó fue su rostro, de cuadrada mandíbula rasurada con esmero, en el que destacaban un par de ojos de un azul tan oscuro que podían pasar por negros según la luz que incidiera en ellos, y una boca grande que en esos momentos mostraba un amago de sonrisa. El abundante cabello, de un negro brillante y cepillado hacia atrás completaba el soberbio aspecto que presentaba el detective cuando no iba disfrazado para realizar su trabajo. Elinor debió admitir que le resultaba muy interesante, al igual que el tibio calorcillo interior que sintió al verlo.

«Vaya con el señor Moore, ¡quién lo hubiera imaginado!».

Phineas se repuso pronto de la conmoción y se inclinó en un galante saludo.

—Un placer verla de nuevo. ¿Olvidó algo anoche, señorita Smith? —preguntó con leve sorna. No sabía qué tenía esa mujer que sacaba su lado más ácido.

—No. Estoy aquí porque… me gustaría contratar sus servicios.

Phineas no pudo disimular su sorpresa ante aquellas reveladoras palabras. ¿En qué embrollo estaría metida?, se preguntó con expectación y cierta complacencia. Al fin aclararía las razones de su peculiar conducta de la noche anterior.

—En ese caso, sígame, por favor. —La invitó a salir con un gesto y caminó delante de ella los pocos pasos que distaban del cuarto contiguo.

Cuando entraron en el amplio despacho, a Elinor le agradó el aspecto de profesionalidad que se apreciaba en él y se convenció de que había venido al lugar indicado. Por sus lecturas imaginaba la oficina de un investigador privado como un lugar minúsculo, oscuro, sucio y desordenado, lleno de papeles y objetos de todo tipo. Aquella luminosa sala estaba amueblada con sobria elegancia y una distribución eficiente del recinto al dar la opción de dividirlo en dos espacios independientes por medio de un panel de madera plegable. Elinor supuso que allí se había ubicado con anterioridad un comedor formal.

Una ancha mesa de roble teñido y patas talladas con primorosas filigranas ocupaba uno de los extremos, junto a un gran ventanal. Varias carpetas y algunos libros descansaban sobre ella y detrás, una butaca de alto respaldo en cuero oscuro. Frente a la mesa, un par de butacas tapizadas en terciopelo verde menta completaban aquella zona.

En el otro extremo se ubicaba una mesa de tamaño más reducido, otra butaca y varios archivadores de madera. Elinor dedujo que era la zona auxiliar que ocuparía su ayudante, si lo tenía.

Las paredes, excepto en los espacios en los que se situaban los dos grandes ventanales, estaban ocupadas por estanterías acristaladas repletas de libros de variadas materias y por dos planos enmarcados de la ciudad, uno de grandes dimensiones en el que se detallaban calles, plazas, jardines y los principales edificios públicos con sus nombres. El otro fue el que más le llamó la atención. En él aparecía el trazado del nuevo sistema de alcantarillado que aún no se había terminado de construir. Elinor se preguntó para qué lo necesitaría y cómo lo había conseguido.

—Es importante conocer lo que hay debajo de nuestros pies. Londres guarda allí muchos secretos interesantes —dijo Phineas al observar el interés de Elinor por el plano del subsuelo.

Con un gesto la invitó a sentarse en una de las butacas frente al escritorio mientras él ocupaba su lugar tras la mesa.

—Y bien, usted dirá en qué puedo ayudarla, señorita Smith.

Elinor acusó indecisión. No sabía cómo afrontar el tema para no parecer una niña rica y caprichosa con ganas de experiencias insólitas que aliviaran su aburrimiento o con lo que presumir antes sus amigas, así que decidió sincerarse con él.

—Se habrá preguntado qué estaba haciendo en aquella taberna la noche pasada, sola y vestida de manera tan extraña.

—Varias veces, lo que no suelo hacer es indagar en la vida de nadie si no me lo pide. Mi profesión exige discreción y procuro cumplir con esa regla. Comprendo que tendría sus razones, que para usted deben ser muy lícitas; otra cosa es que coincida en el método. No creo que, fueran cuales fuesen, resulten tan importantes como para poner en peligro su vida.

Phineas no se molestó en disimular su enfado. La creía una irresponsable que no valoraba su vida como debería y la ponía en riesgo sin medir las consecuencias que pudiera acarrear a otras personas que se verían implicadas. Si no fuera porque en el desempeño de su trabajo tenía que acudir a ciertos lugares y hacerse pasar por quien no era, no se pondría en peligro de buen grado. Amaba mucho la vida y conocía sus responsabilidades para con otros, como Adelaide o las

personas que trabajaban para él.

Elinor permaneció en silencio unos segundos, que empleó en reprimir la visceral réplica que le quemaba la garganta ante el tono desaprobatorio que Phineas empleaba. Ese hombre continuaba comportándose como un padre irritado dispuesto a castigar con severidad a su díscola hija y resultaba exasperante, lo que no le impedía reconocer que tenía razón.

Al mismo tiempo, se sentía avergonzada de que hubiese descubierto su estúpido comportamiento. Le molestaba que la considerara una frívola ávida de diversiones clandestinas, porque no era cierto. Hasta esa noche solo había sido un juego inocente y divertido. El error que había cometido le pudo costar muy caro y él, al haber arriesgado su vida, se merecía sinceridad.

Capítulo 7

—Me llamo Elinor Welby…

Phineas entrecerró los ojos. Se preguntaba si sería familiar de Gustave Welby, uno de los abogados más importantes de la ciudad y asesor en temas legales del Gobierno.

—… y por si se lo está preguntando, soy hija de Gustave Welby —añadió al observar el gesto de concentración en el rostro masculino.

—Sé quién es su padre, señorita Welby —dijo Phineas con un extraño desencanto. Además de un reputado e influyente legislador, cuyo nombre sonaba para formar parte del nuevo Gobierno, Welby era un hombre rico. Por lo que él sabía, poseía inversiones en diferentes empresas. No debía de hacerle mucha gracia que su hija se dedicase a frecuentar las tabernas del puerto vestida de hombre… si es que estaba al tanto de ello.

—Comprenderá mi situación. Debido a la notoriedad de mi familia y a mi condición de mujer, se me niega la libertad que me gustaría. Envidio a los hombres que pueden hacer lo que les viene en gana sin verse coartados por arcaicas normas y a otras mujeres que gozan de cierta independencia. No me refiero a las casadas, cuyo yugo debe ser mayor, sino a las que pertenecen a estratos sociales inferiores, que pueden moverse con las mínimas limitaciones.

—Le aseguro que, si estuviera en la piel de una sirvienta o trabajadora de las fábricas, por no hablar de las prostitutas, no pensaría de esa forma —apostilló Phineas, incapaz de contenerse ante la puerilidad que rezumaba esa opinión. Era una privilegiada y, aun así, se quejaba de su destino.

Elinor hizo un gesto de pesar con la cabeza y su semblante se ensombreció. No se estaba expresando de la forma adecuada y ello repercutía en que él se había forjado una opinión equivocada. Conocía los prejuicios hacia las mujeres ricas, tan usuales en la sociedad. Esa era otra de las razones por las que quería romper con ellos.

—Es obvio que no me he explicado bien, señor Moore. Estará pensando que soy una egoísta y caprichosa que no sabe nada del mundo real, y no es así. No ignoro que disfruto de una posición favorecida. No paso penurias económicas como muchas mujeres a las que me he referido, tengo acceso a una buena educación y a prerrogativas que a la mayoría les están vedadas, pero a veces cambiaría algo de eso por gozar de más independencia. Me cuesta conformarme con ese anodino lugar que la sociedad tiene reservado a las mujeres, y más a las de mi posición social.

—Imagino que esas mujeres a las que envidia su aparente libertad, darían lo que fuera por ceñirse al yugo que usted soporta con tal de tener asegurado su sustento —continuó Phineas en el mismo tono mordaz. No iba a convencerle con sus lloriqueos de damita mimada.

—Le aseguro que no envidio la situación de esas mujeres. Me apena y procuro ayudar en la medida de mis posibilidades, aunque poco puedo hacer por remediarlo.

La actitud de Phineas se suavizó un tanto ante el sincero pesar que Elinor mostraba. No debía

juzgarla con tanta severidad antes de escuchar lo que tenía que proponerle. Y en parte tenía razón. A lo largo de los años había tenido la ocasión de conocer a damas que, pese a tenerlo todo en apariencia, eran inmensamente desgraciadas. Educadas para guardar las apariencias, se les exigía una perfección que era difícil de mantener y, en muchos casos, eran monedas de cambio en asuntos de negocios. Los maridos controlaban las fortunas que habían aportado al matrimonio, así como todos los aspectos de su vida. Y si se rebelaban tenían la potestad, en connivencia con algún médico falto de ética, de encerrarlas en un manicomio.

Con las solteras ocurría igual. Sus padres les decían con quién tenían que casarse y ellas no podían negarse, o las mantenían en casa para que los cuidasen sin posibilidad de llevar una vida social que aliviase su tristeza. En cambio, las mujeres de clases medias o bajas, pese a las penurias que pasaban, no se ceñían a códigos tan estrictos y solían gobernar mejor sus vidas.

—Puedo entender su postura, señorita Welby, lo que me intriga es para qué necesita mis servicios.

Elinor carraspeó antes de entrar en el tema que quería tratar.

—Verá, soy escritora y me tomo muy en serio esa profesión, que no pretendo convertir en mi medio de vida, y que me proporciona grandes satisfacciones.

—¿Escribe poesía por casualidad? —No le extrañaba que se dedicase a emborronar folios de papel con bonitas palabras y hasta que hubiese publicado algún libro, cuya edición habría pagado su generoso padre para alardear ante sus amistades en las reuniones sociales.

Elinor volvió a ignorar el tono ácido que Phineas empleaba, fruto de la obcecación que tanto imperaba.

—No, señor Moore. Me gusta la poesía y hasta he compuesto algunos poemas, más para contentar a mi familia que por vocación. Mis intereses literarios se dirigen a otros géneros, en concreto a las novelas de casos policiales.

Phineas levantó la ceja izquierda, en un claro gesto de asombro que ella ya le había observado.

—¿No cree que es un ámbito demasiado complicado para una mujer? Está muy lejos de su experiencia y, perdóneme, de su comprensión. Me parece bien que quiera emprender una carrera de escritora, si bien debería hacerlo con temas más… femeninos, como historias bucólicas, sentimentales o góticas. Están proliferando una gran cantidad de revistas para mujeres que tienen mucho éxito; en ellas podrá saciar su pasión por la escritura con artículos más acordes con su condición. Deje los temas lóbregos para los hombres, que somos los que nos desenvolvemos en ellos.

A Elinor no le agradó el tono condescendiente que exudaban sus palabras, típico del género masculino. Pensaban que las mujeres no deberían tener conocimiento de temas escabrosos para que su frágil mentalidad no se viese afectada. Estuvo tentada de revelarle su colaboración en el periódico. Sería agradable borrar esa media sonrisa sarcástica que se había formado en su rostro. Concluyó que no era el momento, por mucha satisfacción que le proporcionara. Solo su hermano y Maggie sabían que ella era la persona que estaba detrás de Robin Goodfellow y quería que continuara el misterio.

Era algo que llevaba en secreto y no porque se avergonzara. Temía que sus padres no lo aceptarían. Deseaba evitarles el disgusto todo el tiempo que fuese necesario y no correr el riesgo de que decidieran prohibírselo. Ya era mayor para tomar ese tipo de decisiones. Hacía unos meses que había cumplido los veinticuatro años, para desesperación de su madre, que veía cómo se estaba convirtiendo en una solterona, algo que comentaba a la menor ocasión.

Escribir era parte de su vida y su madre no lo entendería. Disfrutaba tanto con sus relatos

como en las salidas con su hermano para conseguir información. Al marcharse Michael, y tras la nefasta experiencia de la noche anterior, le había quedado claro que necesitaba otro acompañante, y quién mejor que alguien cuya ocupación fuese resolver casos sobre los que ella podría escribir y, de paso, le explicase de forma pormenorizada cómo desempeñar una profesión que la deslumbraba.

—Sé que tiene escasa fe en mi inteligencia, señor Moore, pero le puedo asegurar que poseo capacidad deductiva, al igual que demostré valentía en la comprometida situación de ayer noche —replicó con gesto ofendido. Se estaba cansando de la actitud arrogante de ese hombre, que mostraba los mismos prejuicios que los de su género.

—Disculpe, señorita Welby. No pongo en duda su inteligencia y, desde luego, valoro el arrojo que demuestra en circunstancias poco usuales para su naturaleza, aunque continúo pensando que debería centrar sus escritos en otros temas.

No quería dar la impresión de ser un retrógrado. Su madrastra le ayudaba a veces en sus investigaciones y su aportación le resultaba muy valiosa. Adelaide tenía un intelecto muy sagaz y sus consejos siempre eran bien recibidos. Y al ser una mujer, era capaz de fijarse en pistas que a un hombre se le escapaban, a la vez que le permitía franquear algunas puertas que a los hombres les eran vedadas. Sin embargo, él conocía el lado menos amable de la ciudad, del que una dama como ella no debería saber que existía y menos introducirse en él.

Su trabajo le llevaba casi a diario por el Londres sucio y cruel, que no dejaba de aumentar de forma desmesurada. En él abundaban personas despiadadas, capaces de las mayores atrocidades por unos peniques o por llevarse un trozo de pan duro a la boca, gentes que apenas lograban subsistir entre pobreza extrema, sin posibilidades de salir de aquellos pozos de inmundicia, resignados a su penoso destino. Los delitos de todo tipo abundaban, desde los simples robos o peleas callejeras, disputas por alguna posesión o causadas por el odio racial, a los asesinatos y perversiones más abyectas.

Las mujeres y los niños eran los que se llevaban la peor parte. La violencia conyugal estaba institucionalizada en todas las esferas de la sociedad y en las clases bajas era más cruenta si cabe. Los niños eran utilizados como mano de obra barata o se vendían a mafias que los adiestraban como carteristas y ladrones, o para disfrute de inmundas pasiones. Ese Londres existía incluso cerca de los barrios más acomodados, como Mayfair o Belgravia.

—Le agradezco la buena opinión que tiene sobre mí, señor Moore, y siento disentir con usted. Esos son los temas que me interesa reflejar en mis escritos pese a que estén tan lejos de mi conocimiento. Por esa razón, y para dotarlos de la mayor verosimilitud posible, es por lo que necesito testimonios de primera mano sobre casos reales que me inspiren para crear mis historias. El problema, como habrá deducido, es que soy una mujer y me resulta muy complicado adquirir la necesaria experiencia. Creo que resultó obvio la noche anterior.

—Interesante. ¿Y en qué estaba pensando? —Phineas dejó que ella se expresara pese a que intuía cuál era su intención.

Ante la aparente buena disposición, Elinor se animó a contarle sus proyectos.

—Deseo centrar la trama de mis relatos en el proceso de investigación que lleva a descubrir el origen del delito y en la forma de solucionar lo que puede parecer un rompecabezas para atrapar al autor o autores del mismo. Es un tema fascinante, ¿no lo cree así?

Elinor lo miró y esperó su confirmación. Phineas se limitó a asentir con la cabeza y ella continuó con el mismo entusiasmo.

—Mi idea es que el personaje principal en mis novelas sea una mujer, una detective

aficionada, que colabore con un investigador privado o con la policía, ya que esta institución se niega a permitir la entrada de féminas en sus filas, lo que juzgo un gran error. Pienso que las mujeres tenemos cierta facilidad para resolver algunos crímenes, en especial los que se producen en el entorno doméstico. Estamos más familiarizadas con él y nos facilita encontrar pistas.

—Esa teoría es muy arbitraria, señorita Welby. Un hombre puede conocer los ambientes domésticos como muchas mujeres, incluso más que las damas adineradas que están rodeadas de servicio y apenas saben cómo se organiza un hogar o lo que ocurre dentro de él. Lo único que les interesa es que no surjan conflictos, que se cumplan sus deseos con rapidez y eficacia y que puedan lucirse ante sus amistades de poseer un hogar perfecto —protestó Phineas. Ella había descubierto sus cartas y no le gustaban.

—Puede que tenga razón en algunos casos, pero le aseguro que la gran mayoría de las damas lleva el control de su hogar, supervisa las cuentas y todo lo que acontece en él. Mi madre es un buen ejemplo, y siempre me insiste en que la dueña de la casa debe ser la que más trabaje para que todo funcione de forma correcta.

—No voy a discutir con usted ese punto. No obstante, aún no me ha dicho para qué desea contratar mis servicios.

—Creo que resulta obvio, señor Moore. Deseo contratarle para que me enseñe su oficio y me deje acompañarle en sus investigaciones.

Capítulo 8

La propuesta de Elinor no cogió por sorpresa a Phineas. Era lo que había imaginado cuando comenzó a hablarle de sus planes escrituriles, con los que pretendía justificar su anómala conducta. Pese a lo tentador que le resultaba, debía negarse, y la razón era sencilla: no le gustaba tener a nadie fisgando tras su espalda, y menos a una mujer tan curiosa. Además, con su temperamento efusivo y poco predecible, no haría más que obstaculizar.

—Siento declinar su ofrecimiento, señorita Welby. No creo que sea la persona indicada —dijo con tiento.

El desencanto se mostró sin reservas en el rosto de Elinor y Phineas sintió una punzada de remordimiento.

—No interferiré en su trabajo, solo le pido que me deje observar cómo investiga y que me hable sobre algunos casos que haya resuelto. Los que considere interesantes o le hayan resultado más complicados. Y, por supuesto, le pagaré los honorarios que acostumbre por las horas que me dedique —se explicó. Intuía sus temores y no deseaba que esa fuese la causa del rechazo.

—La he entendido, y le repito que no soy el adecuado. Las investigaciones que llevo a cabo, por lo general, no se ciñen a los requisitos que usted busca. Son casos poco importantes, como infidelidades conyugales, falsificaciones de documentos, robos en viviendas… —No se estaba ciñendo a la verdad y se sintió culpable por mentirle en su interés por disuadirla. Tampoco le interesaba ponerla en su contra. Si se negaba sin una buena excusa, podría acarrearle fatales consecuencias. Su padre era una persona muy influyente, a la que era poco prudente defraudar.

—No me importa si no se trata de crímenes cruentos en los bajos fondos. De todo puedo aprender —insistió ella. No estaba dispuesta a darse por vencida.

—Esos casos no resultarían interesantes para los lectores, ¿no le parece?

—Ya inventaría tramas más atrayentes, no tema. Lo que me interesa es estudiar los métodos para ser fiel a la realidad y no cometer errores que me avergonzarían.

—Muy loable, señorita Welby. Por ello, debe recurrir a otros investigadores más capacitados que yo y con mucha más experiencia. Si lo desea, puedo recomendarle a alguno de total confianza. —Se estaba quedando sin argumentos para rechazarla sin que se sintiese ofendida.

—¿Por qué no le agrado, señor Moore? Es evidente que esa es la razón de que no desee compartir sus conocimientos conmigo, a pesar de que le pagaría por ello. ¿Es porque soy una mujer? ¿No estima adecuado que las féminas nos dediquemos a otras labores que no sean las del hogar? —exigió Elinor. Se había cansado de tantas excusas y quería que fuese sincero, pese a que le decepcionaría que opinase como la mayoría de los hombres, que negaban a las mujeres libertades y derechos legítimos y las relegaban al cuidado del hogar y de los hijos.

—No tengo ningún prejuicio contra su género ni contra usted en particular, lo que ocurres es…

Phineas se interrumpió al escucharse unos suaves toques a la puerta. De inmediato, esta se abrió y Adelaide entró por ella. Se acercó a Elinor con franca preocupación en la mirada y una acogedora sonrisa en los labios.

—Señorita Smith. Me ha parecido reconocer su voz. ¿Cómo se encuentra esta mañana? —se interesó.

—Siento haberles mentido, señora Moore. Soy Elinor Welby y me encuentro muy bien, sin ninguna secuela destacable. He dormido de un tirón.

A Adelaide no le sorprendió ese cambio de nombre. Había imaginado que no les había dado el auténtico.

—¡Cuánto me alegra! ¿Y qué la ha traído a nuestro hogar?

—La principal razón es agradecerles su ayuda, por si no lo hice con suficiente convicción; y, como le explicaba al señor Moore, porque deseo contratar sus servicios.

—No ha podido acudir a un lugar mejor. Phineas es uno de los más reputados investigadores de la ciudad, como acredita la gran cantidad de clientes satisfechos, y estará encantado de ayudarle en lo que necesite. ¿No es así, querido? —La mirada llena de intenciones que le dirigió a Phineas no dejaba lugar a dudas.

Él sabía lo que pretendía desde que la vio entrar y no le gustaba. Habría estado escuchando tras la puerta y, advirtiendo su reticencia, decidió intervenir para forzarle a aceptar el encargo. Puede que supiera que su padre era una persona importante de la sociedad londinense y no le parecía bien desairar a su hija, pero si las cosas salían mal, como temía, ese hombre podía hundirle. Su intuición le decía que, el relacionarse con ella, le iba a acarrear muchos problemas y pocos beneficios. Aun así, no podía negarse. Disimuló su frustración y dijo:

—De acuerdo, señorita Welby. Puede venir cuando guste y le asesoraré como mejor sepa y hasta donde el secreto profesional me permita —puntualizó. No iba a dejar que metiera su linda nariz en los casos. Algunos eran muy delicados y requerían de la mayor discreción, ni le permitiría que los plasmara en sus escritos o sirvieran de comidilla en las reuniones sociales a las que acudía.

Elinor sonrió complacida. Hasta la llegada de la señora Moore temía que él se negara. No cabía duda de que su intervención había sido decisiva. Debía ejercer una gran influencia en él para que hubiese accedido a algo a lo que era tan reticente minutos antes.

—Gracias, señor Moore. Si no le importa, desearía comenzar lo antes posible. Tengo gran interés en conocer los entresijos de esta profesión, que intuyo más complicada de lo que parece —propuso.

Phineas maldijo interiormente y dirigió a Adelaide una mirada cargada de veneno, a la que ella respondió con una sonrisa animosa.

—Les dejo para que trabajen. Espero que nos honre con su compañía durante el almuerzo, señorita Welby.

—No quisiera abusar, señora Moore.

—De ninguna manera. Será nuestra invitada —decidió. Salió y cerró la puerta antes de aumentar la irritación de su hijastro. Le gustaba la joven y pensaba que Phineas había dado con la horma de su zapato. Los días que estuviera allí iban a ser muy entretenidos, auguró.

Cuando Adelaide se marchó, Elinor volvió a sentarse. Se quitó los guantes y extrajo del bolso un cuaderno y un lápiz.

—Como ve, vengo preparada. Y si tiene que salir a realizar alguna gestión, estaré encantada de acompañarle —añadió con vehemencia.

Phineas suspiró. Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado.

—Esta mañana no tengo ninguna investigación de calle prevista. Es domingo y, como muchas personas, lo dedico a descansar siempre que es posible, aunque si le urge…

Ella no pareció captar el significado de sus palabras y, libreta y lápiz en mano, se dispuso a anotar todo lo que saliera por la boca del detective.

—Perfecto. ¿Por dónde empezamos?

Phineas se sentó tras el escritorio. Le dictaría algunas normas básicas con las que saciar su curiosidad. Esperaba desalentarla ese mismo día para que no regresara más. Lo que menos deseaba en ese momento era hacer de tutor de una damita caprichosa y aburrida que ocultaba a su familia esas aventuras nocturnas y podía causarle muchos problemas.

Se preguntó si estaría prometida. No había visto en sus dedos, una vez que se quitó los guantes, ningún anillo de compromiso. No le extrañaría que lo estuviera. Era bonita, de familia pudiente y, a pesar de que ya no era una debutante, no llegaba a ser una solterona con pocas aspiraciones de casarse.

—Como irá comprobando, gran parte del trabajo se realiza en la oficina —comenzó él, y señaló con la mano extendida la amplia estancia y la mesa cubierta de papeles—. Hay que recopilar la información que se va recabando, ordenarla, estudiarla y sacar conclusiones. También redactar extensos informes una vez que el caso está cerrado, tanto si se ha resuelto como si no, para entregarlo al cliente.

—¿Cuánto tiempo lleva dedicándose a esta profesión, señor Moore?

—Hace seis años que trabajo por mi cuenta; con anterioridad estuve tres de servicio en la Policía Metropolitana. Allí aprendí los rudimentos de este oficio, aunque la mayor parte del trabajo consistía en hacer rondas, arrestar a borrachos y maleantes de poca monta.

Pese a que en un principio se sintió decepcionado, a Phineas le gustaba ese trabajo, por el que abandonó los estudios de leyes en Oxford. Sentía que realizaba una labor importante y tenía la esperanza de que, con el tiempo, llegaría a ocupar un puesto de detective. La muerte de su padre truncó esas aspiraciones.

—¡Qué interesante! ¿Y cuáles son los casos que le suelen encargar sus clientes?

—Han sido muy variados durante estos años y depende de que el cliente sea hombre o mujer. Las señoras encargan investigar asuntos domésticos, como extravíos de joyas u otros objetos valiosos en sus hogares, cuyos responsables suelen ser criados con dedos demasiado largos; o les interesa informarse sobre los pretendientes de sus hijas casaderas para evitar ponerse en evidencia preguntando a sus amistades. Les preocupa que no sean solventes, o que tengan un turbio pasado, con hijos ilegítimos o grandes vicios que puedan ocasionar una posterior ruina. Los hombres plantean casos de más variada naturaleza. Se involucran en los temas domésticos y les interesa conocer el pasado de sus futuros yernos, pero la mayoría de los encargos se centran en dos tipos: intereses económicos y familiares.

—¿Podría ser más explícito, por favor? —pidió Elinor, que se afanaba en anotar lo que él le iba explicando.

Phineas la miró y sonrió con disimulo. Parecía una alumna frente a un exigente profesor. Se la imaginó con pocos años y la misma entrega. Debió de ser una niña muy aplicada, a la vez que fastidiosa por su inquietud y rebeldía.

—Me refiero a sus negocios, inversiones o posesiones. Cuando comprueban o sospechan que les están robando, me piden desenmascarar a los responsables, que acaban siendo socios poco fiables, administradores deshonestos, empleados que intentan aumentar su salario con el

beneficio de los hurtos, o que están resentidos por haberlos despedido… Son muchas las razones y la mayoría se resuelven con rapidez.

—¿Y las cuestiones personales o familiares?

—Esas son muy comunes y se centran en las infidelidades conyugales, disputas por herencias, falsificación de documentos, conflictos en los que se ven envueltos sus hijos… Puede resultar un trabajo tedioso, que requiere de días de vigilancia.

—¿No le han encargado que resuelva algún crimen?

Phineas la miró con reprobación. Se había formado una imagen equivocada del trabajo de un detective, sin duda originada por la lectura de novelas de ese género. Le haría ver que la realidad era muy diferente y que no le merecía la pena perder el tiempo comprobándolo. Si quería escribir sobre crímenes y asesinos que utilizara su imaginación.

—No, señorita Welby, esa es tarea de la policía. Un investigador privado no tiene competencias en ese terreno y su obligación es comunicarlo de inmediato a las autoridades si se encuentra con un caso de ese tipo o presume que se puede cometer un crimen —explicó con tono irritado.

Tras abandonar el cuerpo y establecerse como detective privado, Phineas había colaborado con la policía en la resolución de algunos asesinatos con los que se tropezó en sus investigaciones. El inspector Ulysses McRae, compañero durante el tiempo que estuvo de servicio, era un buen amigo y solía comunicarle cualquier asunto que se excedía de su responsabilidad. Él le ayudó en los primeros años y le enseñó muchas técnicas detectivescas que le facilitaban su trabajo.

Elinor no se desanimó por esa contestación y continuó preguntando.

—¿Puede hablarme del caso, o los casos, que lleve en este momento? Me interesaría, como ya le he comentado, acompañarle en sus investigaciones y observar cómo se desenvuelve un auténtico detective.

Phineas ya había captado el verdadero propósito de Elinor: estaba sedienta de experiencias extravagantes sin el riesgo que entrañaba hacerlo en solitario, y había decidido contratarle con la esperanza de que él se las suministrara. Esta era la ocasión de disuadirla.

—Lo siento, no puedo compartir con personas ajenas a la agencia los casos que me encargan si no es con la autorización del cliente. Se lo he comentado. Tal vez algún colega no tenga esos reparos. En mi caso, y si insiste en continuar con ese proyecto, sepa que me limitaría a darle consejos técnicos.

—Lo comprendo, y no voy a forzarle a que se salte su código ético, señor Moore. Todo lo que pueda enseñarme, será bienvenido —dijo Elinor con una sonrisa inocente.

Sabía que estaba intentando disuadirla. Lo que no sabía era lo obstinada que llegaba a ser cuando algo despertaba su interés; y tanto el señor Moore como el trabajo que realizaba le resultaban muy interesantes.

Capítulo 9

Sentado ante la tosca mesa y con una botella de aquel insufrible brebaje que pretendían vender como aguardiente, Phineas observaba con aparente desinterés lo que ocurría a su alrededor. Como las noches anteriores, había acudido a The Red Fox después de recorrer varias tabernas. Su intuición le decía que en aquella de Chamber Street se realizaban las transacciones fraudulentas. Esperaba no equivocarse. La investigación le estaba llevando más tiempo del habitual y el cliente le presionaba.

Abner Cremer, importador de vinos, venía advirtiendo desde hacía un par de meses la desaparición de parte de sus mercancías y le había encargado que descubriese quiénes estaban detrás de esos robos. Intuía que era alguien de la tripulación y que se efectuaban una vez que el barco llegaba a Londres después de recoger la mercancía en el puerto de Oporto. Como no tenía pruebas para acusar a alguien en concreto, y no quería hacerlo en falso porque la mayoría eran buenos marinos que llevaban con él muchos años, había decidido poner el asunto en sus manos.

Cuando llevaba un par de semanas de vigilancia del Golden Dolphin, el barco de la compañía naviera del señor Cremer que hacía la ruta hacia Portugal, sin descubrir quién sustraía las botellas del preciado vino y cómo lo hacía, decidió recorrer las tabernas cercanas a los muelles donde era probable que compraran esos artículos robados.

La iniciativa dio sus frutos y Phineas, con la ayuda de Percy, descubrió que la misma marca que Cremer importaba se vendía en tres de ellas. Centró sus sospechas en The Red Fox por tratarse de la taberna en la que se ofrecía a precio más bajo que en las demás.

Confiaba en que esa vigilancia le llevara hasta los ladrones y sus cómplices, o tendría que tomar medidas más drásticas que incluían interrogar al tabernero. Recelaba que era un buen truhan que no solo vendía material robado. Por lo que había observado la noche del incidente con la señorita Welby en su papel de *dandy* sediento de aventuras, debía tener una red de asaltadores que desvalijaban a los incautos que acudían a su local y exhibían una bolsa repleta.

Refunfuñó al recordar los días, cinco ya, desde que se vio forzado a aceptar el singular encargo de Elinor. Resultaba turbador tenerla pegada a su espalda casi todo el tiempo, preguntando cualquier cosa que se le venía a la mente para saciar su curiosidad.

Durante las dos primeras mañanas había intentado disuadirla de su interés por el adiestramiento en las labores detectivescas al mostrarle la parte más aburrida y sedentaria de su trabajo. Le había explicado la forma de redactar escritos, cómo consultar planos y mapas, la planificación de las acciones a seguir… Le dejó un par de manuales de leyes para que los estudiase, haciendo hincapié en lo esencial que resultaba estar al tanto de la legislación vigente para no saltársela —algo que él no cumplía en ocasiones—, la instruyó en nociones de contabilidad para llevar un negocio y los impuestos que se debían pagar…

Elinor prestaba atención a todo lo que él decía sin manifestar cansancio o aburrimiento, si bien

mostraba especial interés por los procesos de investigación y resolución de los casos, que era lo que pretendía plasmar en sus escritos. Él le detalló el método que seguía, le habló de la importancia de la observación del entorno, de los objetos, de las personas. Los gestos, la reacción a las preguntas, la forma de mirar o hablar eran muy importantes y decían mucho sobre su carácter y sentimientos.

Pese a todas esas horas de cháchara farragosa, ella no se desilusionaba y seguía las explicaciones con aplicación y tomando notas sin parar. El bolso del que nunca se desprendía tenía una asombrosa capacidad. De él no dejaba de sacar cuadernos y lápices que pronto agotaba.

Elinor mostraba un entusiasmo sin límites y sus preguntas eran sensatas y acertadas, pero a él toda esa inmovilidad le estaba resultando difícil de soportar. Pasaba demasiado tiempo en el despacho y estaba delegando el trabajo de calle en Percy y en un par de pilluelos que colaboraban con él.

Hasta que al tercer día consideró que había descuidado durante demasiado tiempo sus obligaciones con los otros clientes y, con la excusa de entregar un informe, se marchó. Los dos siguientes ocurrió igual. Se ausentaba con cualquier pretexto al poco de llegar ella, siempre puntual a las nueve, y decidía ignorar otra de las razones que le movían a hacerlo: que la presencia de Elinor le resultaba cada vez más turbadora y necesitaba poner distancia entre ellos.

Le proporcionaba manuales con los que estuviese entretenida y él continuaba con la vigilancia en los muelles, de la que Percy se había venido ocupando. Cuando regresaba, la encontraba enfrascada en las lecturas o charlando con Adelaide. Las jornadas se prolongaban hasta la hora del almuerzo y, por mucho que le pesase, admitía que su compañía resultaba muy amena.

Elinor, como insistía en que la llamara y a lo que él se resistía, relataba divertidas anécdotas de su niñez que hacían las delicias de su madrastra y las suyas. Poseía una educación exquisita y siempre acababa agradeciéndoles su amabilidad y asegurándoles que estaba deseando regresar al día siguiente para continuar con el aprendizaje; cosa que a Phineas le satisfacía, pese a que se negara a reconocerlo.

Al menos, algo positivo había surgido de ello: Adelaide se veía feliz. Ella y Elinor habían congeniado muy bien, por lo que podía apreciar. Se contaban confidencias, que su madrastra acababa compartiendo con él, sin dejar de elogiar su inteligencia, altruismo, simpatía y vitalidad contagiosa.

Elinor le había confesado que no tenía prometido ni interés en encontrarlo en un futuro próximo y que sus padres no sabían nada de esta iniciativa ni de sus actividades como escritora. Phineas imaginaba que, si su familia se enterara de lo que hacía, la ingresarían en algún sanatorio mental, de ahí que ella prefiriera que continuasen en la ignorancia.

Para justificar sus ausencias, les había dicho que acudía al asilo para paralíticos, ubicado al otro lado de la plaza, en el que se realizaba una gran labor de asistencia a las personas más necesitadas. En realidad, les mentía en parte, se defendía Elinor. Dedicaba unas horas a la semana a ayudar en dicha institución, que subsistía gracias a la generosidad de los donantes, entre los que su padre se contaba, y de los colaboradores.

También había admitido ante Adelaide que cometió una grave imprudencia al aventurarse por zonas peligrosas de la ciudad en su afán de obtener información y experiencias para reflejar en sus escritos, y que no volvería a hacerlo sin la compañía de un varón que la protegiera. Phineas se alegró de que hubiese tomado esa decisión, aunque no confiaba en que la mantuviera, ni debería importarle. Era una mujer adulta de veinticuatro años, según había admitido, y tenía edad para responsabilizarse de sus actos.

Pese a las contrariedades que le ocasionaba, a Phineas no le resultaba tan ingrata aquella tarea. Elinor era una persona afable y con un gran sentido del humor, que le escuchaba con atención y asimilaba sus enseñanzas con rapidez. No se apreciaban en ella signos de frivolidad o vanidad, tan propios de las jóvenes de su clase. Vestía con práctica elegancia, sin dejarse esclavizar por los dictados de la moda o la imposición social. Le agradaba que no llevase esas enormes crinolinas que las damas utilizaban para dar volumen a las faldas; dificultaban los movimientos y ocupaban tres veces más espacio del necesario con ellas.

Sonrió al rememorar la simpática imagen que presentaba cuando se colocaba las lentes de marco dorado para leer con afán aquellos insípidos manuales que no dejaba de proporcionarle. Parecía un aplicado ratoncillo de biblioteca que le despertaba emociones difíciles de interpretar. Y, pese a no ser una belleza que engendrara irrefrenables pasiones en los hombres, poseía un atractivo especial, ligado a su inteligencia y gracia innata, que seducía a quien decidiese mirar más allá de la envoltura exterior.

Apartó con decisión aquellos gratos pensamientos porque no derivaban en nada bueno para él. Elinor era una clienta, que lo había contratado para un trabajo y, cuando acabase, no volvería a saber de ella a no ser por sus escritos, de llegar a publicarse. Por ello, en los siguientes días y si no decidía renunciar, pretendía continuar manteniéndola ocupada en la lectura de manuales y él permanecería a distancia todo el tiempo que pudiera. Eran muchos los pretextos que podía aducir: ingresar dinero en el banco, cobrarle a un cliente o, en caso necesario, desplazarse a otra ciudad para alguna investigación.

Enfrascado en sus pensamientos, no advirtió la entrada de Percy, al que había dejado vigilando el Golden Dolphin, atracado en el muelle cercano, hasta que lo tuvo ante él.

—Señor… —llamó con apuro.

—¿Que ocurre, Percy?

—Como me indicó, he seguido al contramaestre cuando bajó del barco y me ha llevado hasta aquí. Iba acompañado de otro marinero. Este ha entrado unos segundos y ha vuelto a salir. Ahora están los dos en la calle lateral. Parece que esperando a alguien.

Phineas observó que el tabernero había desaparecido del local y detrás de la mugrienta barra estaba Betsy, la moza que atendía a los clientes.

Se recriminó por la poca atención que había prestado. Si hubiese estado pendiente, y no pensando en la sonrisa de Elinor, se habría dado cuenta de lo que tramaban ante sus narices. El marinero al que Percy aludía habría intercambiado alguna señal con el tabernero y este se apresuró a reunirse con el contramaestre del Golden Dolphin, al que tenían bajo vigilancia porque estaba convencido de su implicación en los robos. Era muy difícil que algo se le escapara a una figura como él, que supervisaba el barco y a sus tripulantes.

Phineas no perdió más tiempo. Salió de la taberna seguido de Percy y, con sigilo, se acercaron al callejón al que daba la puerta lateral del local. Las voces cercanas les impidieron avanzar por temor a ser descubiertos. Hizo una señal al chico para que le esperara al otro lado de la calle. Él sabía que debía seguirle si decidía marcharse tras los dos marineros.

Oculto entre las sombras, Phineas agudizó el oído.

—Una caja de añejo y otra de clarete —dijo una voz que Phineas identificó como la del tabernero.

—¿No quieres unas botellas de *ginja*?

—Esta vez no. Ese aguardiente de cerezas, que tanto gusta a los portugueses, no es del agrado de mis parroquianos, y menos su elevado costo. Si me lo dejaras más barato…

—No puedo hacerlo. Corremos un gran riesgo al traerlo y el precio que te cobro es el justo. Sé que sacas muy buenos beneficios vendiéndolas a tus ricachones.

—Eso es asunto mío. ¿Para cuándo me traerás las mercancías? Los clientes esperan.

—Partimos mañana al amanecer y, si no surgen contratiempos, estaremos de regreso al día siguiente. Bill te lo traerá. Y no le regatees el precio como la última vez o no volveremos a hacer negocios y tendrás que comprar los licores en el mercado al precio que te pidan.

—Entendido.

El tabernero regresó al local y los dos marineros se marcharon juntos en dirección opuesta a la de Phineas. Percy esperó a que se alejaran para acercarse a su jefe.

—Si se separan, sigue al contramaestre. Yo iré detrás del otro —le indicó Phineas.

Él asintió con la cabeza y ambos comenzaron a caminar amparados en las sombras, cada uno por un lado de la calle, sin perder de vista a los dos hombres que les llevaban de ventaja una corta distancia. Cuando llegaron al final, los hombres a los que seguían se encaminaron en direcciones distintas. Phineas siguió al que creía que se llamaba Bill, probablemente el encargado de entregar la mercancía sustraída del barco.

Tras más de quince minutos de transitar por callejuelas oscuras y tenebrosas que los alejaban de los muelles, el hombre al que Phineas seguía se paró ante un edificio de una sola planta en una zona bastante despoblada y adyacente a unas ruinas; parecía un almacén. Abrió una puerta y entró por ella.

Desde el exterior, y parapetado detrás de una cerca de piedras derruida en varios tramos, Phineas observó cómo se encendía una luz en el interior, que se reflejaba en la ventana enrejada situada junto a la puerta por la que el marinero había entrado. Al rato, la luz se extinguió. Esperó unos minutos por si volvía a salir y, viendo que todo estaba tranquilo, decidió marcharse. Dedujo que se trataba del lugar donde el tal Bill pernoctaba cuando no estaba de travesía y donde guardaban los artículos robados; tenía que cerciorarse.

Decidió esperar al día siguiente y aprovechar que el marinero estaría embarcado para inspeccionar el almacén. Si estaba en lo cierto, avisaría a la policía para que procedieran al registro y confiscación de los objetos que allí encontraran. En cuanto a su investigación, estaba concluida al haber desenmascarado a los ladrones, al menos a dos de ellos. Alertaría a su cliente para que impidiera un nuevo robo cuando el barco regresase a puerto y le aconsejaría que reclamara a las autoridades las mercancías requisadas en aquel lugar. El señor Cremer estaría contento y él satisfecho de haber resuelto otro caso.

Capítulo 10

—Date prisa o llegaré tarde —le urgió Elinor a su doncella que, a su parecer, se entretenía demasiado con el peinado.

—Esto lleva su tiempo, señorita —contestó Maggie con aplomo, y continuó arreglándole el cabello con sus pequeñas y regordetas manos.

—No voy a un baile en palacio, sino a ayudar en un hospital. Si algunos rizos no están en su sitio, no creo que a los enfermos les importe —protestó. Le había dado la misma explicación que a su madre cuando le preguntó dos días antes. Pese a la confianza que tenía con su doncella, prefería ocultarle la verdad de momento.

—A mí sí. No me gusta hacer mal mi trabajo.

Maggie era muy tozuda, como Elinor bien sabía, y resultaba una pérdida de tiempo discutir con ella. Lo había aprendido en los años que llevaba siendo su doncella personal, desde que Hester, la que había sido su niñera, se retiró a la casita que una de sus hermanas tenía en la soleada Brighton, junto al mar, algo que siempre había añorado.

Cuando llegó a la casa procedente de Hardwood Hall, el colegio para huérfanos que la prima de su madre regentaba en la finca de su familia cerca de Loughton, aún era una rústica adolescente. Con los meses, la señora Rice, el ama de llaves, se encargó de pulirla y adiestrarla para labores más importantes; lo que no consiguió fue domar su carácter obstinado y voluntarioso.

Elinor le tenía un gran cariño y no cuestionaba su trabajo, pero ese día tenía prisa por marcharse. Estaba deseando continuar con el adiestramiento y, para qué negarlo, pasar unas horas junto a Phineas y su madrastra. Y tenía otra razón: no quería encontrarse con su madre y que esta, muy perspicaz, le preguntara dónde había pasado las últimas mañanas. Como la excusa que había aludido era que acudía al hospital, temía que su madre, de carácter compasivo, decidiese acompañarla. Si no coincidía con ella, no tendría oportunidad de inventar otra mentira.

Sabía que su madre solía desayunar en la alcoba y que su padre se marchaba pronto para el bufete o hacia el Palacio de Westminster, sede de las Cámaras del Parlamento, donde pasaba la mayor parte del día. Era difícil que coincidiera con ellos en el saloncito del desayuno, aunque prefería no equivocarse.

Maggie terminó al fin y Elinor emitió un sonoro suspiro. Se levantó con prisas y se dispuso a salir de la habitación.

—¿No irá a salir otra vez sin crinolina, señorita? La enagua apenas da amplitud a la falda y el vestido resulta poco favorecedor —protestó Maggie. Su señora no se daba cuenta de que los vestidos estaban confeccionados para que todo concordara, y si utilizaba algo inadecuado, arruinaba una prenda tan bella y tan cara. Ni dos enaguas, que no era el caso, serían suficientes para conseguir el aspecto que debía lucir toda dama de su categoría y en cualquier situación.

—Ya te expliqué que voy a trabajar, Maggie, no de paseo. En el hospital no es adecuado utilizar esos artilugios tan engorrosos, se necesita tener libertad de movimientos. Allí, las enfermeras no llevan crinolinas ni dobles enaguas almidonadas; además, ya sabes que no soy partidaria de los excesos, y esas enormes jaulas son un verdadero despropósito y hasta un peligro. ¿No has leído los accidentes que producen a diario? Me niego a correr el peligro de romperme el cuello al caer por las escaleras o acabar bajo las ruedas de un carruaje porque el vestido se haya enganchado, por no hablar de las que sufren quemaduras al incendiarse su vestido, y todo por aproximarse a una chimenea sin calcular la distancia adecuada.

Elinor no exageraba. Casi a diario aparecían en los periódicos casos de ese tipo sin que consiguieran despertar la alarma entre las usuarias. Y esas grotescas jaulas de acero no dejaban de aumentar de tamaño, llegando a incrementar en casi dos metros el diámetro de la falda. Esperaba que pronto se olvidara una moda tan incómoda y peligrosa y se optara por otra más sencilla y cómoda.

En *Punch*, una de las revistas de mayor tirada que, de forma satírica, denunciaba problemas sociales y de la que era asidua lectora por lo acertado de sus críticas, no dejaba de ridiculizar aquella nefasta costumbre que había seducido a las ociosas damas de todos los países. El resto de las mujeres no podían permitirse esos obstáculos en su quehacer diario. Debían realizar su trabajo, aun dentro del hogar, y necesitaban facilidad para moverse.

A ella, después de haber utilizado las ropas de su hermano en algunas ocasiones, le costaba acatar las reglas de la moda femenina. Había comprobado la insensatez de los apretados corsés, que apenas dejaban respirar, y los pesados vestidos, con metros y metros de tela. Ella había cambiado a corsés ligeros, pese a las protestas de Maggie, y a vestidos más sencillos, que le aportaban la libertad y comodidad que deseaba.

Maggie se resignó a verla salir ataviada como una sirvienta. ¿Para qué quería tener fortuna si la mayor parte del tiempo vestía igual que ella? No le extrañaba que aún siguiera soltera a su edad. No paseaba por los sitios concurridos y, por lo general, eludía la asistencia a los bailes y eventos a los que la invitaban. Hasta recordaba que, en un par de ocasiones, vinieron unos caballeros a visitarla y se marcharon a los pocos minutos; nunca regresaron. Parecía que no le importaba nada excepto sus escritos y ahora ese hospital en el que colaboraba. De seguir así, acabaría siendo una solterona como la señorita Hardwood y, al igual que ella, dedicaría su vida a cuidar a los hijos de otras.

Elinor se apresuró a bajar a desayunar. Maggie la siguió con el sombrero, los guantes y el parasol, que siempre se olvidaba. Por ello tenía la nariz salpicada de pecas, que no intentaba disimular con polvos de arroz. Lo que nunca olvidaba era ese horrible bolso escolar lleno de cuadernos y lápices.

Para su sorpresa, Elinor encontró ocupado el saloncito donde solían desayunar. Sus padres estaban allí, charlando. No le dio tiempo de retirarse sin ser vista y se resignó al inesperado encuentro.

—¡Qué gusto reunirnos todos en la primera comida del día! —exclamó Gustave. Los ojos se le iluminaron al ver a su hija, por la que sentía debilidad.

El prestigioso abogado era famoso por su astucia, espíritu competitivo y su humanidad, que le llevaba a defender causas sociales y proteger a los más desfavorecidos en la medida de sus posibilidades. Los que lo conocían no se dejaban engañar por el aspecto bonachón y la sonrisa pronta; sabían de su sagacidad y espíritu competitivo que lo convertían en un adversario muy peligroso en los tribunales, donde había perdido muy pocos casos durante los casi treinta años de

profesión.

—Yo también me alegro, querida. Últimamente es muy difícil que coincidamos, y tengo varios temas que tratar contigo —apuntó Elizabeth, mientras untaba con mantequilla un triángulo de pan tostado.

Elinor suspiró. Pese a la escasa estatura y el delicado aspecto, su madre era una mujer imponente y de fuerte carácter. Había sido educada de forma tradicional y no entendía ni aprobaba las ideas revolucionarias de su hija, tan apartadas de sus convicciones. Tampoco aprobaba que se dedicara a escribir versos e historias para niños, que era lo que les había hecho creer a sus padres, en vez de buscar marido para formar una familia; Elizabeth no perdía ninguna ocasión de reprochárselo. Elinor sabía lo avispada e intuitiva que su madre era y temía que descubriese el engaño en cualquier momento.

—Eso es exagerado, madre. Nos vimos ayer por la noche, ¿recuerdas? Pasaste por mi cuarto antes de marcharte a la velada en casa de los Eaton —replicó Elinor, utilizando la estrategia que solía darle buenos resultados.

—Cierto, y esa es otra de las cosas que quería comentar contigo. La gente ya comienza a murmurar y se preguntan a qué se debe que no hayas aparecido en ningún acto social desde hace más de dos meses, cuando la temporada está en su apogeo.

—Sabes que no me gustan los eventos que se organizan, y menos en plena temporada, suelen ser multitudinarios.

—Lógico, se organizan para que acuda el mayor número de personas, en especial las solteras, con el fin de que se conozcan y se comprometan, ¿qué otra razón tendría? —Elizabeth no pensaba dejarse convencer por las conocidas excusas de su hija.

—Ya he disfrutado de seis temporadas, madre, no me apetece continuar sumando, y menos para encontrar un esposo. Soy demasiado mayor y poco agraciada para competir con las bellas debutantes que acaparan todas las miradas.

Ante la pobre opinión de sí misma que Elinor tenía, Gustave se sintió obligado a responder.

—No digas eso, cariño. Ni eres demasiado mayor, ni poco agraciada. Y posees una inteligencia privilegiada, algo de lo que carecen muchas de las concurrentes a esos eventos. Todo hombre en sus cabales lo apreciaría si les dieras la oportunidad de comprobarlo. Coincido con tu madre: si no acudes a algunas reuniones, no tendrás oportunidad de conocer a un caballero que sea digno de ti.

Elinor se alarmó. Si ambos acababan aliándose, estaba perdida.

—Gracias, padre. No creo que sea imprescindible acudir a bailes para encontrar marido. Caballeros dignos se pueden encontrar en otros ambientes —opinó. Que la imagen de Phineas surgiera con un ímpetu arrollador no tenía nada que ver con el tema. Ni ella estaba interesada en él de esa forma ni él en ella de igual manera. Había sido una coincidencia porque, a pesar de su carácter autoritario y su humor cínico, le consideraba un digno pretendiente para cualquier dama.

No es que Elinor no deseara casarse y fundar una familia. Le encantaban los niños y le gustaría criar los suyos propios, aunque debían darse unas condiciones específicas. Encontrar al hombre adecuado incluía, entre otras cosas, que le amase y por el que se sintiese correspondida, que respetase sus ideas y opiniones y que le concediese la libertad de acción y decisión que requería; demasiados requisitos para un solo hombre, estaba convencida.

—Dudo que encuentres caballeros fuera de los entornos adecuados, querida. Y, a raíz de ello, ¿se puede saber a qué se debe que lleves acudiendo al hospital de paralíticos cinco días seguidos? Nunca habías dedicado tanto tiempo a esa institución. ¿No estarás pensando en unirte a las filas

de la señorita Nightingale?

Elinor sabía que ese tema saldría a relucir y tenía una respuesta preparada. Admiraba a Florence Nightingale por la gran labor que realizaba para mejorar las condiciones sanitarias de los enfermos y sus técnicas innovadoras en el campo de la enfermería, pero no tenía su espíritu de sacrificio.

—No tengo vocación, madre, por mucho que admire la labor que realizan. Puedo ayudar a aliviar su sufrimiento de otras formas, como acompañando a los enfermos. A los más jóvenes les leo cuentos, algunos de los que he escrito, y escucho las historias de los veteranos, que me sirven de fuente de inspiración. Durante esos ratos se olvidan de la triste situación en la que se encuentran y yo me siento recompensada por mi labor. —Era lo que venía haciendo desde que decidió colaborar con la institución—. El hecho de que acuda con mayor asiduidad estos días es porque en la última semana ingresaron a un niño de unos ocho años. Es huérfano y nadie va a visitarle. Las enfermeras me comentaron el caso y me apenó su situación. He decidido acudir a diario hasta que se reponga. Creo que tiene unos tíos en algún lugar de Colchester, con los que vivirá cuando salga del hospital.

—Un gran gesto, Elinor. Estoy orgulloso de ti —dijo su padre, al tiempo que le daba unos golpecitos en la mano en señal de agradecimiento. Su hija era una mujer excepcional, con muchas e importantes virtudes, y le congratulaba que la bondad fuese una de ellas.

—Es muy loable, no lo pongo en duda, si bien confío en que no se convierta en una tarea que te ocupe todas las mañanas. Debido a tu posición social, tienes obligaciones que atender y no puedes descuidarlas. Recuerda de quién eres nieta, y eso te exige no salirte de tu círculo.

Elizabeth Welby era la menor de las dos hijas de sir Michael Rathbone, reputado militar nombrado caballero tras sus heroicas hazañas en el campo de batalla durante las guerras contra Napoleón y su política expansionista, y que llegó a ocupar un alto cargo en el Almirantazgo. Había heredado de su familia la conciencia de clase, que no se desvaneció al casarse con alguien que no pertenecía a la aristocracia. Gustave Welby carecía de esa ventaja, pero poseía buena posición y creciente fortuna. Sin embargo, el principal motivo de aquella unión fue el amor que surgió entre ellos desde que se vieron, cuando el joven abogado acudió a la mansión Rathbone para asesorar al anciano caballero sobre unos asuntos legales.

Elizabeth tuvo que enfrentarse a su familia, que no aceptaba un compromiso tan desigual. Su carácter rebelde, que Elinor había heredado, y su amor por Gustave eran tan intensos que les amenazó con fugarse si no dejaban que se casara con él. Al final, sus padres claudicaron y nunca llegaron a arrepentirse de aquella decisión. Su hija era feliz y habían conseguido un yerno que estaba llegando muy alto en su profesión y era bien aceptado por las clases pudientes.

Aunque Elizabeth había dado un paso fuera de su clase social, esperaba que su hija se ciñese a las normas. Le gustaría que se casase por amor, como ella había hecho; y si el elegido era un caballero de elevada posición, mucho mejor. No creía estar pidiendo demasiado. El problema era que Elinor no quería complacerla y cada vez se apartaba más de la clase social a la que pertenecía al juntarse con personas ajenas a ella y, sobre todo, por esa manía de que el matrimonio no era una cuestión imprescindible para toda mujer. ¿Quién le habría metido esas ideas tan subversivas en la cabeza?

—No se me olvidan mis ancestros, madre. Y prefiero realizar labores humanitarias a perder el tiempo paseando por Hyde Park o cualquier otro lugar concurrido por indolentes.

Gustave intervino antes de que ambas se enzarzaran en otra de sus muchas discusiones por ese tema.

—Elinor, no tardaré en marcharme. Si te apetece, puedo dejarte en el hospital y así evitas coger un coche de alquiler.

Elinor se vio sorprendida por el ofrecimiento. Si lo rechazaba, despertaría las sospechas de su padre; si aceptaba, cabía la posibilidad de que quisiese acompañarla y saludar a la señorita Chandler, con lo que se descubriría su mentira.

—Gracias. No quiero hacerte perder tu valioso tiempo.

—De ninguna manera. Esta mañana no tengo cuestiones urgentes que tramitar y puedo disponer de unos minutos para acompañar a mi hija. No siempre tengo el placer de disfrutar de tu compañía más allá del rato de la cena.

—En ese caso, estaré encantada. —Elinor se vio forzada a aceptar pese a que intuía la verdadera intención de su padre.

Capítulo 11

En pocos minutos, Elinor acabó su desayuno y estuvo lista para partir. En la puerta les esperaba el cabriolé que su padre utilizaba para desplazarse conducido por Briggs, el hábil cochero que llevaba con la familia desde antes de que ella naciera.

Una vez que estuvieron en el interior, Gustave aprovechó la ausencia de su esposa para hablar con su hija, uno de los motivos que le había impulsado a ofrecerse a llevarla. Sabía que Elinor tenía ideas peculiares, más avanzadas de lo que su querida esposa deseaba. Como él, su hija era inquieta, temperamental, pasional y no muy propicia a someterse a las normas impuestas por aquella sociedad tradicional en la que aún imperaban muchas normas arcaicas que él intentaba cambiar con su labor en el actual Gobierno.

Si el país quería seguir progresando y convertirse en el abanderado de las libertades, tenían que dejar atrás viejos prejuicios y encorsetamientos de épocas pasadas, y para ello debía empezar por proporcionar a las mujeres unas prerrogativas que les eran negadas. Ese empeño suyo le había ocasionado discusiones con su esposa, que no concordaba con conceptos tan sediciosos.

Cuando Elinor les comunicó que quería dedicar tiempo a escribir y labrarse un futuro como escritora, lo aceptó y hasta la animó a que realizase sus sueños. Siempre había fomentado las iniciativas de sus hijos, al menos la mayoría. Era partidario de que ellos eligieran su futuro, no que se les fuera impuesto. Con Michael se había cumplido pese a los deseos de su madre, que prefería verlo convertido en abogado u otra profesión respetable y que hubiese permanecido en Londres. Su hijo había decidido llevar una vida de explorador, recorriendo el mundo y siendo dueño de su destino, y él lo apoyaba.

—Cariño, ahora que tu madre no está presente, quiero hablarte de un tema que me preocupa, al igual que a ella.

Elinor suspiró, intuía el tema que quería tratar. Su padre era más tolerante, aunque tenía el mismo interés que su madre en verla casada.

—Tú dirás —respondió con resignación, que a Gustave no le pasó desapercibida.

—No quiero forzarte, ni tu madre pese a que parezca lo contrario. Respetamos tus deseos en lo referente a encontrar un marido que satisfaga tus exigencias. Lo que queremos hacerte ver es que, si no buscas, nunca encontrarás al hombre que te pueda hacer feliz y te proporcione todo lo que mereces.

Gustave cogió entre las suyas una de las enguantadas manos de su hija y la apretó con cariño. Elinor correspondió al gesto con una sonrisa.

—Padre, ya hemos hablado de ello —contestó en tono resignado.

—Solo queremos que no dejes pasar oportunidades. Con el tiempo comprenderás que la compañía de alguien que te quiera y por quien sientas, al menos, un sincero afecto, es uno de los mayores regalos que la vida te puede hacer. Mientras tu madre y yo vivamos, no te faltará todo el

cariño que seamos capaces de darte; cuando no estemos, pese a que quedarás con un dinero propio que te permitirá vivir con las comodidades a las que estás acostumbrada, no tendrás una familia y estarás condenada a la soledad. Me temo que tu hermano no tiene intención de echar raíces, ¿a quién tendrás a tu lado entonces?

Elinor lo sabía. Michael era un aventurero que no deseaba cargos ni responsabilidades y que, por el tipo de vida que llevaba, siempre estaría ausente.

—Entiendo vuestra inquietud; por suerte, la sociedad está cambiando y lo hará aún más. El matrimonio ya no es el único destino de la mujer ni la única forma de crear una familia y asegurarte compañía. Hay muchas mujeres que ejercen profesiones y se mantienen con su trabajo sin tener un marido, o tienen una vocación y se dedican a ella con entusiasmo. Conoces ejemplos como el de la señorita Chandler o la prima Trudy, la gran labor humanitaria que hacen y lo dichosas que parecen. De no casarme, no sería la primera ni la última mujer que se queda soltera y es feliz.

Gustave se tensó. Gertrude Hardwood era una gran persona a la que admiraba por su generosidad y vocación de servir a los más necesitados, mas su afecto hacia otra mujer era bien sabido y rechazado por la gran mayoría. La sociedad no aceptaba esas conductas y apartaba, o castigaba, a quienes las seguían. Lo último que deseaba para su hija era una situación similar.

—No estarás diciendo que…

Elinor comprendió los temores de su padre y se apresuró a descartarlos.

—Ese no es mi problema ni pienso seguir los pasos de Trudy, padre. No me niego a casarme, solo dejadme que lo haga en su momento. Sabes que envidio la pareja que formáis madre y tú. Os amáis y os respetáis; yo no me quiero conformar con menos. Prefiero una tranquila soledad, teniendo libertad para tomar mis propias decisiones, que verme sometida al yugo de un matrimonio en el que no exista nada de eso. De todas formas, no pierdo la esperanza de que mi destino me tenga reservado un hombre con el que llevar una larga vida de felicidad.

Gustave respiró más tranquilo y Elinor sonrió.

—Eso espero, querida, porque te lo mereces. Sin embargo, y para complacer a tu madre, no estaría mal que, de vez en cuando, acudieras a alguna reunión. A ella le gusta que la acompañes —presionó la enguantada mano que reposaba sobre su regazo y la miró con el cariño humedeciendo los iris color avellana, tan parecidos a los de Elinor.

—De acuerdo, padre. Lo haré si es para contentarla —concedió con una sonrisa, en la que dejó fluir todo el amor que sentía por su padre.

Para cambiar de tema, Elinor le preguntó por las nuevas leyes que se estaban tramitando en el Parlamento. Sabía que su padre se explayaría, como así fue. Una de las mayores preocupaciones de Gustave Welby era procurar a los niños una educación gratuita que les permitiera mejorar sus expectativas de futuro, y en eso estaba trabajando.

A pesar de su posición y fortuna, sus ideas se apartaban de las de muchos de sus congéneres que, por nacimiento, pertenecían a una esfera social en la que siempre habían disfrutado de todos los privilegios. Él no nació en una familia noble ni pudiente. Su padre era un comerciante de paños que, con su saber hacer y perspicacia para los negocios, consiguió darle a su único hijo una educación que estaba muy por encima de la que le correspondía; el resto se lo había labrado él mismo con tesón e inteligencia.

Veinte minutos después el carruaje paró frente al modesto edificio de cuatro plantas, ladrillos rojos y altos ventanales en el que se ubicaba el hogar para paralíticos. Elinor temió que su padre insistiera en acompañarla e inventó una excusa para evitarlo. Miró el pequeño reloj que llevaba

colgado al cuello con una fina cadena y exclamó con pesar.

—¡Qué tarde es! La hermana Cordelia se preguntará dónde estoy. Debo darme prisa o la haré enfadar. Hasta la noche, padre. —Le dio un rápido beso en la mejilla, cubierta por la poblada barba, y bajó con rapidez del cabriolé.

—No olvides que le has prometido a tu madre llegar a tiempo del almuerzo. No la decepciones, por favor. Lady Amery tiene interés en conocerte —le advirtió antes de que Elinor se alejara.

—Descuida, allí estaré —respondió mientras se alejaba. Sospechaba que el interés era mutuo entre su madre y lady Amery. No le extrañaría que la baronesa tuviera un hijo soltero al que estuviese buscando esposa.

Gustave observó a su hija desaparecer en el majestuoso edificio, cuyas puertas estaban abiertas. Le había impresionado ese entusiasmo. Su intuición le decía que, pese a ser una persona altruista, le motivaba algo más que la labor que realizaba en aquella institución. Tenía ese brillo exaltado en los ojos, de cuando algo le apasionaba, que tan bien le conocía desde niña y no creía que cuidar enfermos fuese la única razón. Había algo o alguien más que motivaba esa exaltación y debía averiguarlo.

—A Vere Street, Briggs —indicó al cochero. Tenía que pasar por el bufete antes de dirigirse a su encuentro con el primer ministro.

Elinor traspasó las puertas del hospital y enfiló el largo pasillo a su izquierda. Ninguna de las personas que transitaban por allí se extrañó al ver a una dama bien vestida caminar con decisión, ni que se sentara en uno de los varios bancos que había a lo largo de la pared, donde los pacientes y sus acompañantes aguardaban para ser atendidos.

Permaneció varios minutos y, cuando calculó que su padre ya se habría marchado, se encaminó hacia la puerta y salió al exterior. Cruzó la plaza en la que algunos niños jugaban bajo la atenta mirada de sus niñeras y varios pacientes paseaban del brazo de enfermeras y ayudantes. La residencia de Phineas se encontraba en la esquina opuesta, cercana a la travesía con Ormond Street.

Se apresuró. Ese día iba con retraso y era probable que él ya se hubiese marchado. Le habría dejado algún manual para que se entretuviera y no regresaría hasta la hora del almuerzo, como venía haciendo los últimos días.

A Elinor no le apetecía pasarse la mañana en el despacho revisando aburridos volúmenes de leyes mientras él realizaba trámites por la ciudad. Le había propuesto acompañarle y Phineas aducía que se trataba de temas privados, ante lo que no podía poner objeciones. Eran meras excusas para justificar las repetidas ausencias cuando, en realidad, se dedicaba a investigar alguno de los casos que le encargaban sus clientes. Incluso el trabajo que realizaba Percy, un joven encantador y muy atento, era mucho más entretenido que lo que ella venía haciendo en los cinco últimos días.

Phineas quería alejarla de lo que era el verdadero trabajo de un detective y ella no estaba dispuesta a consentirlo. Comprendía que ese oficio requería de gran cautela y que era conveniente acumular el mayor número de conocimientos para un trabajo tan complejo. En los días que llevaba allí estaba aprendiendo mucho de sus métodos, que pensaba utilizar en los escritos. Ahora necesitaba ponerlos en práctica y para ello debía acompañarle en la investigación de algún caso. Nada de lo que había hecho hasta el momento resultaba demasiado interesante para los lectores, siempre deseosos de aventuras, y así se lo exigiría.

No negaba que Phineas le había deslumbrado por su fina inteligencia, su cantidad de recursos

y su mente racional e inquisitiva, por no hablar de su valentía, que la había salvado de un triste desenlace la noche en la que la atracaron. También admiraba el conocimiento que poseía de muchos temas, y que justificaba como fruto del estudio y la experiencia.

Según le había comentado Adelaide, Alfred Moore, el padre de Phineas, era un simple agente de policía que, debido a su valía, fue ascendiendo hasta llegar a ocupar el puesto de superintendente en una de las comisarías del centro de la ciudad. Él quería que su único hijo tuviese un trabajo menos peligroso y más lucrativo. Lo envió a los mejores colegios que se pudo permitir y después a Oxford, donde comenzó a estudiar leyes. Pero Phineas deseaba seguir los pasos de su padre y abandonó los estudios en el primer año para ingresar en la Policía Metropolitana, lo que le ocasionó a Alfred un buen disgusto.

Phineas estaba contento con su trabajo y, debido a su capacidad, tenía grandes esperanzas de llegar a ocupar un puesto de detective inspector. Esas esperanzas se vieron truncadas cuando su padre murió a manos de unos asaltantes en plena calle. El poco interés que sus superiores mostraron por encontrar a los culpables y las trabas que comenzaron a ponerle ante su persistencia en continuar investigando, le llevó a abandonar el cuerpo.

Poco antes de morir, Alfred Moore había informado de la corrupción de varios agentes de su propia comisaría, que fueron expulsados. Phineas estaba convencido de que ellos tenían que ver con su muerte y no cejó hasta descubrirlo, con la ayuda de Ulysses McRae, su antiguo compañero. Le llevó varios meses conseguir que, al menos, dos de ellos fueran juzgados y deportados a las colonias australes.

Le propusieron el reingreso en la policía; no aceptó. Estaba convencido de que había más personas implicadas en la muerte de su padre de forma directa o indirecta y se sentía decepcionado de la desidia de algunos mandos, que toleraban las violaciones de las reglas y el empleo de métodos abusivos por parte de sus agentes. Prefería trabajar por su cuenta, donde no tenía compañeros corruptos ni jefes negligentes y podía ganarse la vida.

Al principio fue difícil y les costó salir adelante. Pronto los clientes comenzaron a llegar, cada vez más importantes, y ya no tuvieron que preocuparse por el tema económico; y no era su única fuente de ingresos. Phineas tenía buena intuición y, aconsejado por algunos clientes satisfechos, había invertido en empresas fructíferas que le daban buenos dividendos y que le permitirían dejar la agencia si lo desease, que no era el caso. Según Adelaide, su hijastro disfrutaba con ese trabajo y no tenía el menor interés en abandonarlo. Lo que sí hacía era seleccionar los casos importantes o los que le resultaban más atrayentes.

A Elinor le sorprendieron esas revelaciones, y aún más que hubiera aceptado tenerla como pupila por la escasa ganancia que le repercutiría. No le cabía duda de que la mediación de su madrastra había sido decisiva y les estaba agradecida, aunque no pensaba consentir que la tuviera encerrada en la oficina leyendo manuales a los que podía recurrir en caso de necesidad y la apartara de lo que realmente le interesaba.

Capítulo 12

Elinor llamó a la puerta del 15 de Queen Square y esta se abrió de inmediato. Mary, la doncella, la hizo pasar con su habitual sonrisa en el bonito rostro.

—Señorita Welby, el señor Moore ha pedido que vaya a verle en cuanto llegara —informó. Se retiró hacia el interior de la vivienda y dejó que Elinor se dirigiera al despacho de Phineas. Como era una asidua visitante, no consideraba que tuviera que acompañarla, al igual que hacía con los clientes.

Elinor tocó en la puerta y entró de inmediato. Phineas estaba sentado tras la gran mesa cubierta de expedientes, mapas y otros objetos que utilizaba para su trabajo; además, ocupaba un cuarto en la parte trasera de la vivienda en el que había instalado un rudimentario laboratorio. En él analizaba muestras cuando era necesario y realizaba sencillos experimentos. Elinor se sintió fascinada con aquel lugar, pero Phineas le prohibió que entrara sin su compañía. Resultaba peligroso para una persona que no tuviera conocimientos químicos, lo que estimuló su interés y se prometió instruirse en esa materia para llevar a cabo sus propios experimentos e investigaciones.

—¿Me esperaba, señor Moore? —Elinor prefería prescindir de formalidades y así se lo había pedido sin éxito. Él continuaba con un trato más ceremonial y ella hacía lo mismo.

Phineas levantó la mirada levemente y volvió a fijarla en el papel que estaba escribiendo.

—Así es. Debo marcharme y quería indicarle sus tareas para hoy. Es probable que esté ausente toda la jornada —contestó.

Elinor frunció el ceño ante la perspectiva de otra larga mañana entre informes y estudio de insípidos manuales. Uno de sus defectos, que reconocía, era la impaciencia, y ese hombre la estaba poniendo a prueba.

—¿Tiene pensado hacer alguna investigación o seguimiento? Si ese es el caso, me gustaría acompañarle. Es hora de poner en práctica una de las actividades más usuales de los investigadores: la vigilancia y seguimiento de personas. Estoy saturada de teoría y quiero aplicar lo que he estudiado; es la mejor forma de avanzar en el aprendizaje, según mi entender —propuso de nuevo.

—¿Está segura, señorita Welby? —cuestionó Phineas.

—Desde luego. No le he contratado para que me explique el manual del buen detective, que puedo leer yo misma. Y si no desea involucrarme en dichas actividades porque son peligrosas, le recuerdo que esa es una decisión que yo debo tomar. Soy mayor para responsabilizarme de mis acciones —declaró Elinor con tono decidido.

No solo la movía el deseo de nuevas experiencias. Sabía que no podría mantener durante mucho tiempo la farsa que había ideado. Sus padres acabarían descubriéndolo y le prohibirían continuar con aquellas actividades antes de haber disfrutado de ellas como deseaba.

Phineas la miró con clara desaprobación. ¿Dónde pretendía llegar? Lo había contratado para que la formara en la profesión de detective, y eso estaba haciendo. Si deseaba correr aventuras como la de la noche en que la conoció, debería buscarse a otra persona con menos escrúpulos que él. Una cosa era escribir sobre el trabajo investigador y otra realizarlo. Una mujer podría llevar a cabo lo primero; lo segundo era demasiado arriesgado. En más de una ocasión se había visto precisado de utilizar la fuerza para salir ileso, o con el menor daño posible, de algún trance. Y Percy, al poco de comenzar su adiestramiento, fue agredido por la persona a la que seguía y que advirtió lo que estaba haciendo.

No iba a consentir que ella corriera riesgos de los que saldría mal parada. Había demostrado que era una mujer valiente y decidida, pero estaría en desventaja a la hora de enfrentarse a un malhechor. Que utilizara la imaginación de escritora para rellenar todos los huecos que la práctica proporcionaba. No había aceptado el encargo por gusto, sino por presiones de Adelaide; hasta ahí iba a llegar.

—Señorita Welby, creo que le expliqué con precisión cuando acudió a mí para que le mostrase los entresijos de este oficio que no iba a participar en ninguno de mis casos, y menos en acciones que conllevasen dificultades por mínimas que fueran. Recuerdo que usted aceptó. Si ha cambiado de opinión, búsquese otro detective que acceda a sus peticiones. Mi intención sigue siendo la misma —contestó en tono comedido—. Y ahora, si me disculpa, debo ausentarme. Tengo una cita con un cliente.

—Déjeme acompañarle. El trato directo con los clientes es otro aspecto del negocio que me interesa conocer.

—No es posible. Le he indicado repetidas veces que la confiabilidad es vital en este negocio. Al no ser usted mi ayudante, como Percy, no puede estar al tanto de los asuntos de los clientes, ¿por qué cree que no he hecho referencia a ninguno de los casos que llevo o he llevado? —Eso no era cierto. Adelaide había ejercido de investigadora ocasional en más de una ocasión, en los casos o situaciones en los que necesitaba una presencia femenina para no levantar sospechas. Él solía disfrazarse con frecuencia, mas nunca lo había hecho de mujer ni pensaba pedírselo a Percy.

—No veo el problema. Considéreme contratada como ayudante sin sueldo y quedan resueltos sus conflictos éticos, si es que los tiene —argumentó Elinor con un toque de ironía. No creía que esa fuera la razón, pese a que le parecía lícito que los clientes deseasen conservar el anonimato dentro de lo posible. Intuía en esa negativa una falta de confianza hacia su discreción.

—Las cosas no se hacen así. No insista en ese tema, por favor. Si no le parece bien el acuerdo al que llegamos y los conocimientos que le estoy transmitiendo, no tiene más que dejarlo. No pienso cobrarle por mis servicios. Con que me regale un ejemplar del libro que escriba me sentiré satisfecho —replicó.

Elinor sintió una profunda decepción, mezclada con otro sentimiento que aún no identificaba, ante las palabras de Phineas. Le dolía que él estuviese deseando librarse de su presencia. Pensaba que estaba a gusto con aquel acuerdo al que habían llegado, al igual que ella. Le entusiasmaba aquel trabajo que estaba comenzando a conocer, el ambiente que se respiraba en aquella casa era muy grato, congeniaba de maravilla con Adelaide, que la había acogido con afabilidad, al igual que el personal de servicio; hasta Percy, al que apenas veía. Se sentía apreciada por todos ellos menos, al parecer, por la persona que más le interesaba.

Su primera reacción fue responderle de forma airada. Recapacitó. Una actitud altanera le acarrearía problemas, y no le interesaba porque perdería la oportunidad de continuar bajo su

tutela. Ya había trazado la trama de su primera novela de detectives y ahora necesitaba continuar aprendiendo y, sobre todo, ejercitarse con casos reales. Si él no quería que le acompañara, ya buscaría la forma de conseguirlo.

—De ninguna manera. Le he contratado por sus servicios, algo en lo que estuvo de acuerdo, y le pagaré —protestó con tono ofendido.

—Como desee. He preparado tarea para hoy. En la hoja tiene los pasos a seguir. Es una especie de cuestionario para comprobar sus conocimientos y poder subsanar los errores, si los tiene.

—Muy bien. Lo terminaré y lo dejaré sobre la mesa cuando me marche.

Phineas se levantó dispuesto a salir de allí antes de cambiar de idea y ceder al deseo de permanecer un rato más a su lado. No había querido reconocer que le gustaba contemplar su bonito rostro cuando estaba concentrada en alguna tarea que le había encomendado o absorta en la lectura de algún manual.

Pese a algunos inconvenientes, esos días ejerciendo de mentor de Elinor Welby, una mujer inteligente, curiosa y pasional, habían sido muy entretenidos y gratificantes. Había conocido a mujeres interesantes, la mayoría en el ejercicio de su profesión, y podía afirmar que ella era una de las más admirables.

En realidad, su experiencia con las féminas fuera del trabajo era escasa. Tenía poco tiempo para pasear por los lugares concurridos, acudir a bailes o eventos culturales…, las típicas actividades que todo soltero solía realizar cuando estaba buscando esposa. La única oportunidad que había tenido fue varios años antes, cuando trabajaba como policía.

El sargento de la comisaría donde estaba destinado lo invitó en una ocasión a su hogar y allí conoció a Rose, su hija. Le agradó y la invitó a pasear. Era una linda y agradable. Se planteó durante semanas el pedirle matrimonio. Él ganaba un sueldo modesto, suficiente para hacerse cargo de una familia. Tal vez se demoró demasiado, o ella optó por otro pretendiente con más solvencia económica, y la relación no llegó a formalizarse. Desde entonces se había centrado en su profesión, que le daba muchas satisfacciones.

Con Elinor sentía la misma afinidad de pensamiento, los mismos gustos comunes que le unieron a Rose, aunque ella pertenecía a la alta sociedad y él era un burgués con una profesión que muchos desdeñaban. Nunca podría pensar en hacerle una proposición.

—Ocupe mi mesa, si lo desea. Así podrá describir en su libro las sensaciones que le provoca —sugirió.

—Muy agradecida, señor Moore.

Cuando Phineas se marchó, ella comenzó a leer el cuestionario. Era muy completo y resumía buena parte de lo que le había enseñado, con un par de casos prácticos que le servirían para refrescar conocimientos.

Pese a su descontento, Elinor tenía intención de proponerle continuar con la colaboración de forma esporádica. Era una magnífica fuente de enseñanza e inspiración para sus relatos y no quería renunciar a ella. Que influyera la atracción que sentía por él era algo que estaba fuera de lugar. Phineas no mostraba atracción por ella, lo que le llevaba a pensar si tendría una enamorada que desconocía.

En realidad, sabía muy poco de su vida y sus relaciones, y la mejor forma de enterarse era preguntando a Adelaide. Ella se mostraba propensa a las confidencias. Buscaría el momento para conseguir información sin que advirtiera el interés que sentía por su hijastro.

Elinor pasó las siguientes dos horas muy entretenida, escribiendo, borrando, rectificando,

apuntando cosas de su cosecha… La llegada de Percy la interrumpió casi cuando había terminado.

—Disculpe que la moleste, señorita Welby. Pensé que el señor Moore estaba aquí.

—Se ha marchado hace un buen rato. Tenía una cita con un nuevo cliente. Si te puedo ayudar…

—Gracias, esperaré hasta que regrese. —Se sentó en su mesa, situada en el otro extremo de la larga sala, la que Elinor solía ocupar cuando Percy no estaba allí, y se dispuso a redactar el informe del seguimiento de esa mañana.

—¿En qué estás trabajando ahora, Percy? —se interesó Elinor.

Él no dudo en responder. Nadie le había explicado que era una clienta y lo que estaba haciendo allí. Creía que se trataba de una nueva ayudante que le llevaba el papeleo o que estaba aprendiendo el oficio como él; lo que le extrañaba porque, que supiera, no admitían mujeres en la policía y tendría poco éxito como investigadora privada. ¿Quién iba a confiar en una mujer para que resolviera un caso? La señorita Welby era voluntariosa y muy amable, pero no podía hacer el trabajo de un hombre.

—El señor Moore me encargó que me cerciorara de la partida del Golden Dolphin y confirmara el día y hora de su regreso —explicó con agrado.

Se sentía muy orgulloso de su labor y sabía que Phineas también. En más de una ocasión le había dicho que iba a ser un gran agente de policía y que, cuando llevara algunos años, llegaría a detective, al igual que el señor McRae, un amigo de su jefe al que conoció en una ocasión a raíz de un caso que estaban investigando. Después, Phineas le comentó que era uno de los policías más inteligentes y honrados que había conocido, y al que podría acudir si se veía en problemas una vez que superara el examen y entrara en el cuerpo.

—¿El Golden Dolphin es un barco?

—Un navío mercante propiedad de un cliente. Se dedica al transporte de licores y otros productos desde las costas portuguesas y españolas.

—¿Y qué problema hay? —Intuía que allí podía haber una buena trama para su novela y no pensaba dejar pasar la oportunidad de enterarse.

Percy vio la ocasión de explayarse y darse algo de importancia ante una dama tan bonita y elegante.

—El cliente detectó que se estaban produciendo sustracciones de mercancías. Como no sabía quién era el responsable, no podía denunciarlo, así que nos contrató —se añadió él en un alarde de superioridad—. El caso ha resultado más difícil de lo que en principio supusimos y ha costado un par de semanas de vigilancia e investigación. Al final, hemos descubierto a los ladrones —concluyó con una amplia sonrisa.

—¡Qué interesante! ¿Y quiénes son?

—El contramaestre, como el señor Moore imaginaba, y otro marinero. Hasta que no hemos tenido pruebas, no se ha podido confirmar.

—¿Cómo las habéis conseguido? Ha debido de ser un proceso muy interesante. ¿Me lo podrías explicar? Seguro que has tenido un papel importantísimo en él —le alabó Elinor para que se soltara.

—Puede apostar por ello, señorita. Yo me encargué de vigilar al contramaestre y avisé al jefe cuando se reunió con sus cómplices.

Percy exageró la importancia de sus pesquisas y, como Elinor esperaba, le relató con detalle todo el proceso que habían seguido para resolver el caso.

—¡Qué valiente eres, Percy! ¿Ya habéis concluido el trabajo?

—Casi. Faltan algunos datos, como inspeccionar el almacén para asegurar que es allí donde llevan las mercancías robadas. El señor Moore ha informado al cliente del resultado de la investigación para que, cuando regrese el barco, detengan a los responsables de los robos.

—¿Y cuándo vais a registrar el almacén?

—Esta noche, aprovechando que el Golden Dolphin ha zarpado y el local estará vacío.

—Espero que tengáis éxito —dijo Elinor con una deslumbrante sonrisa que consiguió colorear con más intensidad las pecosas mejillas del chico.

—Gracias, señorita Welby. —Percy, henchido de satisfacción, continuó redactando con su pareja letra.

Elinor no quiso seguir preguntando para no alertarle. Ya había averiguado lo que deseaba y ahora tenía que trazar el plan.

Complacida con la determinación tomada, continuó con la tarea que Phineas le había dejado y regresó a casa a la hora del almuerzo, como había prometido a su madre.

Capítulo 13

—No es necesario que me acompañes, Percy, yo puedo hacer el trabajo. Descansa esta noche —indicó Phineas.

—Gracias, señor Moore. Si no le importa, saldré un rato. Me gustaría ver el espectáculo del Princess's Theatre, en Oxford Street, que me ha recomendado la señora Moore.

—Espero que te diviertas.

Percy salió del despacho con prisas y una enorme sonrisa, de las que conseguían que el rostro se contrajera y desaparecieran sus vivos ojos azules.

Phineas estaba ultimando un informe antes de marcharse para inspeccionar el almacén. No quería llegar demasiado pronto para no despertar las sospechas de algún transeúnte curioso, aunque sabía que en aquellas zonas la gente se desentendía de lo que ocurriera en las propiedades de los vecinos. Todos tenían algo que esconder y era mejor no descubrirlo.

Acabó el escrito e iba a marcharse cuando Adelaide entró en el despacho.

—Me ha comentado Percy que vas a salir esta noche. ¿No sería más prudente que él te acompañase? No sabes con lo que te puedes encontrar —opinó.

Le preocupaban los riesgos a los que se exponía y se alegró cuando consintió tomar a Percy a su cargo. Era muy joven y no podía ofrecerle una gran protección, pero era algo más de lo que había tenido antes. Ella confiaba en que, cuando el joven ingresase en la policía, Phineas contratase a un nuevo ayudante. Y esperaba que fuese un hombre fornido que le brindase seguridad. Dormiría más tranquila y no con los continuos sobresaltos que ahora le provocaba.

Quería a Phineas como si se tratase de su propio hijo. Cuando lo conoció, aún era un niño de once años alto, delgado y muy inquieto, que ya mostraba la inteligencia y confianza en sí mismo que se acentuaría con el tiempo, así como su carácter íntegro, generoso y protector, tan parecido al de su padre. Le gustaría hacer más por ayudarle. Se lo merecía y le serviría para pagar de alguna forma la gran deuda que tenía con Alfred, al que le debía la paz y felicidad que ahora disfrutaba.

—No es necesario. Será cuestión de un par de horas. El almacén está vacío, y estaré el tiempo justo de comprobar que es allí donde guardan las mercancías robadas antes de dar aviso a la policía.

—No te confíes. Sabes que el peligro puede acechar en cualquier esquina —le aconsejó.

Phineas la miró y sus ojos resplandecieron de cariño por aquella mujer que lo había cuidado en los años que más lo necesitaba con amor y desinterés propios de una madre, y continuaba haciéndolo.

—No te preocupes tanto, Adelaide. Seré precavido, como siempre.

Ella fue a marcharse cuando recordó algo y se giró hacia Phineas.

—¿Cuánto tiempo va a seguir viniendo Elinor…, la señorita Welby? —rectificó al recordar

que no la trataba con tanta familiaridad como ella.

—No tengo ni idea. Espero que desista pronto. Ese empeño suyo está destinado al fracaso. No creo que su futuro esté en la escritura, como pretende —dijo convencido.

—Permíteme dudarlo. La considero una persona muy tenaz y, hasta que no haya adquirido toda la experiencia que cree necesaria para completar su formación, no va a desistir. Por ello, sería conveniente que la dejaras acompañarte en alguna investigación sobre el terreno. Está deseosa de experiencias, y me parece lógico. Por muchos conocimientos teóricos que adquiera, son las acciones las que más enseñan.

«Mujer testaruda», bufó Phineas para sí. Como no había conseguido nada con él, había recurrido a Adelaide para que intercediera. ¿No se daba cuenta de que ese trabajo no era un juego o una distracción para momentos de aburrimiento? Lo peor era que, si se había aliado con su madrastra, acabaría consiguiéndolo. Adelaide podía ser tan tozuda o más que la señorita Welby.

—No comprendes el enorme riesgo que conlleva una actividad de este tipo. No es un juego, como ella parece entender, es un trabajo serio y poco adecuado para una dama de la alta sociedad. Su nula experiencia, unido a su carácter efusivo, podrían arruinar una labor en la que, en ocasiones, invierto semanas. Si a todo eso le sumamos que su nombre se vería mancillado si llegan a conocerse sus actividades, no cabe duda de que es una idea desatinada; cosa que ninguna de las dos habéis valorado —la recriminó de forma solapada.

—No es necesario que sea algo importante y, por supuesto, arriesgado. Yo te he ayudado y no me ha supuesto apuro o menoscabo a mi reputación. Y ya sabes que en determinadas circunstancias la presencia de una mujer es necesaria.

Phineas suspiró. Adelaide tenía razón, había sido una valiosa ayuda en ocasiones. Y teniendo en cuenta que la señorita Welby no iba a desistir en su empeño de involucrarse en una investigación, tendría que acceder a que le acompañase en alguna tarea sencilla de seguimiento. El encargo del nuevo cliente, al que esa misma tarde había ido a ver, sería un buen comienzo. Se trataba de investigar las andanzas de una esposa presumiblemente infiel. Su presencia ayudaría.

—Está bien, le pediré que me acompañe en la próxima vigilancia. Espero que se quede satisfecha con ello y decida no regresar. He desatendido mi trabajo por estar instruyéndola, lo que me ha obligado a sobrecargar a Percy y pagar a algunos colaboradores —se quejó con gesto adusto.

—No creo que te haya supuesto una penitencia, querido. La señorita Welby es muy agradable. Con ella nunca te aburres —dijo antes de salir.

Phineas emitió un sonoro bufido por toda respuesta y Adelaide sonrió. Pese al fastidio que mostraba, su hijastro estaba disfrutando con la compañía de la vivaracha joven. En cuanto a Elinor, le había dado la impresión de que él no le resultaba indiferente. En la forma de referirse a Phineas advertía una entonación ilusionada, propia de un interés que iba más lejos que el profesional.

Phineas abandonó el despacho y se encaminó a su cuarto. Evitaría pensar en la señorita Welby y los problemas que le acarreaba. Tenía que centrarse en el trabajo y las distracciones no eran aconsejables. Eligió del bien provisto guardarropa un traje de faena ajado y una gorra deshilachada. Se calzó unas botas de caña corta y de buena calidad, envejecidas para que no desentonaran con el atuendo, y se aplicó un poco de hollín en el rostro para acentuar el aspecto desaliñado que pretendía. Se revolvió el cabello, que cayó en un grueso mechón sobre la frente, y se miró al espejo. La imagen que le devolvió apenas se parecía a la de minutos antes. Cogió el puñal, lo colocó en la funda que llevaba en la bota y se dirigió a la puerta de salida para

abandonar la casa. Esperaba estar de regreso en dos horas.

Como la distancia hasta el lugar donde se encontraba el almacén era mucha, caminó hasta Russell Street y, frente al British Museum, cogió un coche de alquiler que le dejó en Trinity Square, muy cerca de la Torre de Londres y a dos manzanas de su destino. A partir de ahí, continuó a pie. Quería inspeccionar el lugar y comprobar que nada extraño sucedía.

Llevaba caminando escasos minutos cuando advirtió que alguien lo seguía. Extremó las precauciones. Aquella zona era muy peligrosa y quien se adentrase en ella era firme candidato a que le asaltaran, aunque no fuese una figura que delataba opulencia, como era su caso. Unos peniques y unas botas sin agujeros en las suelas eran buen botín para quien no tenía ni esas mínimas posesiones.

Como faltaba poco para llegar al almacén, decidió comprobar si sus sospechas eran ciertas. No quería llevarlo hasta allí y que se entrometiese en lo que iba a hacer. Giró de forma imprevista en una esquina y aguardó en la oscuridad con el oído atento. En efecto, unos pasos precavidos se escucharon y al poco una figura asomó por la calle. Phineas imaginó que era un mozalbete que había visto una posible víctima.

Cuando se adentró un poco más y se paró indeciso para escrutar en la semioscuridad, Phineas se abalanzó sobre él y lo derribó sin esfuerzo. El chaval lanzó un agudo grito y se revolvió con agilidad. Esa actitud cogió desprevenido a Phineas y estuvo a punto de escapársele. Consiguió agarrarlo de la suelta chaqueta y volvió a derribarlo. No esperaba que se defendiera con tanto vigor, lanzando patadas y puñetazos ciegamente. Phineas evitaba golpearlo para no causarle daño. Se veía demasiado joven y a él no le gustaba golpear a los niños, ni siquiera a los que querían robarle.

—Estate quieto o te dañaré, ¿entendido? —le advirtió con sofoco. Intentaba salvar el rostro de aquellas uñas que parecían garras.

El pequeño cuerpo se inmovilizó y Phineas escuchó cómo lanzaba un resoplido.

—Quítese de encima, señor Moore, me está aplastando.

Phineas, desconcertado, tardó en entender lo que estaba ocurriendo.

—¡¿Qué demonios…?! —exclamó al reconocer la voz que, con notorio esfuerzo, acababa de hablar.

Capítulo 14

Phineas se levantó de un salto y se quedó mirando el bulto que formaba la señorita Welby tendida en el suelo, vestida con ropas masculinas y un gorro que le ocultaba el cabello.

Una vez liberada del peso que la aprisionaba y le impedía respirar con normalidad, Elinor se giró hacia un costado y comenzó a toser.

—¿Piensa quedarse ahí parado o me ayuda a levantarme? —dijo cuando consiguió calmarse.

Él se acercó con rapidez, la cogió de un brazo con delicadeza y la ayudó a incorporarse. La condujo hacia la zona más oscura y alejada de la única farola de gas que iluminaba aquella lóbrega callejuela.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí? —le reprochó. Intentaba contener las caóticas emociones que estaba experimentando, en las que se mezclaban la furia con el temor y algo más que era difícil de identificar, incluso para él.

—Investigar, al igual que usted —respondió Elinor con la voz más firme.

Phineas ahogó una imprecación.

—¿Cómo ha dado conmigo? ¿Ha venido sola? Es usted una insensata. ¿No se da cuenta del peligro que ha corrido y que aún corre?

—Por partes, señor Moore. A la primera pregunta le diré que he dado con usted porque le he seguido desde su casa —reconoció Elinor con suficiencia—. A la segunda no hace falta que responda. ¿Ve a alguien más por aquí?

Era una pregunta retórica, por lo que solo consiguió un gesto de enojo por parte de Phineas, que ella se apresuró a suavizar.

—Soy consciente del peligro que he corrido y que aún puede sobrevenirme. No obstante, y como adulta que soy, estoy dispuesta a asumir mis decisiones. Por otro lado, si hubiese accedido a que le acompañara en alguna investigación como le pedí, no me habría visto obligada a utilizar esta estratagema que, por cierto, he resuelto de forma muy solvente ya que usted no se ha dado cuenta de mi presencia hasta… ¿cuándo?

Elinor estaba contenta con su iniciativa y con la forma en la que la había resuelto. Había ejecutado el plan ideado esa mañana de forma limpia, hasta que él la descubrió.

Cuando Percy le dio detalles de lo que pensaban hacer esa noche, decidió actuar. No sabía el lugar exacto donde se encontraba el almacén, ni la hora aproximada a la que iban a inspeccionarlo. La única opción que le quedaba era seguir a Phineas o a Percy cuando salieran de la casa con la esperanza de que la llevaran al lugar indicado.

Imaginó que no comenzarían hasta que hubiese caído la noche para evitar a las personas que transitaran por allí. Como no quería arriesgarse, después de una cena ligera, y aprovechando que sus padres no se hallaban en casa, se colocó las ropas de su hermano y salió subrepticiamente.

Caminó hasta Berkeley Square y cogió un coche de alquiler. No era prudente que aguardara en

la calle a la espera de que salieran porque llamaría la atención, y de ese modo podría seguirlos si utilizaban la berlina para desplazarse o cogían un vehículo de alquiler.

Poco después de las ocho de la noche estaba apostada dentro del *cab* —el cómodo cabriolé de dos plazas que se estaba imponiendo como coche de alquiler— estacionado a corta distancia para que no repararan en su presencia. Desde allí tenía una buena visión de la puerta principal y del callejón que daba acceso a la trasera. Con todos los posibles ángulos cubiertos, esperó cualquier movimiento que alguno de sus objetivos hiciese. Se sentía eufórica por cómo había organizado lo que ella llamaba «la misión», y estaba convencida de que Phineas la felicitaría cuando se enterase y, tal vez, le permitiría acompañarlo en otras ocasiones.

Cuando había transcurrido casi hora y media y sin advertir ninguna salida ni entrada en la residencia de los Moore, pensó que había cometido algún error en sus cálculos. Puede que hubiese llegado demasiado tarde o, como se temía, que hubieran decidido dejar la incursión para la madrugada, una hora más prudente para ese tipo de actuaciones.

Resignada a pasar allí varias horas más, le dio al cochero unas monedas como pago adelantado y se arrellanó en el asiento. Pertrechada con una petaca de brandy que su hermano le había regalado y unas galletas sustraídas de la cocina en un descuido de la señora Bigelow, se dispuso a esperar el tiempo que fuera necesario. Por suerte, sus agoreros pensamientos no se cumplieron y al poco vio salir a Percy.

Tuvo intención de seguirlo y la disuadió el hecho de que fuera con ropas elegantes. No era lógico ese atuendo para acudir a los barrios bajos y colarse en un almacén mugriento. Decidió esperar y, al cabo de un rato, la puerta se abrió de nuevo y en ella apareció una alta figura vestida con ropas burdas y tocada con una gorra. Si no hubiese presenciado con anterioridad esa transformación, no habría sabido que se trataba de Phineas.

Le pidió al cochero que lo siguiera. Intuía que no iba a recorrer a pie la larga distancia que había hasta los muelles y acabaría tomando un coche de alquiler; así ocurrió. Al llegar a la cercana Russell Street, Phineas subió a uno que esperaba junto a la acera.

Cuando bajó del coche veinte minutos después, ella hizo lo mismo y, con suma precaución, lo siguió. Pensaba que lo había hecho bien y que él no lo había advertido; era obvio que se equivocaba. En un principio temió que no fuese él quien la atacaba y se defendió con uñas y dientes. Un inmenso alivio la invadió cuando reconoció la voz de Phineas.

—Se cree muy lista, ¿verdad, señorita Welby? —dijo él con marcado disgusto—. Sepa que no es así. Le queda mucho por aprender de este oficio. La he descubierto desde el principio. Sus botas sonaban como los cascos de un caballo sobre el empedrado.

Elinor maldijo en silencio. No había querido ponerse las mismas de la vez anterior porque no eran de su talla y le dificultaban el caminar. Llevaba unas de las suyas, las que utilizaba en el campo para largas caminatas. Eran las únicas con tacón bajo, menos femeninas, y tenían las suelas reforzadas con puntas de clavos para adherirse mejor a los suelos, pero no resultaban silenciosas sobre el pavimento de las calles. No volvería a ocurrir.

—No se preocupe, mañana mismo encargaré unas con gruesa suela de caucho para que no hagan ruido al caminar.

—No va a ser necesario, al menos para el empleo que está pensando en darle. Le dije que no la incluiría en estas tareas. Debería respetar mis deseos ya que no es capaz de acatar una orden —rechazó Phineas furioso. Esa mujer lo crispaba con su testarudez y al pretender cumplir su voluntad por encima de todo.

—Lo haría si fueran lógicas. Y no se excuse en que no son tareas propias de mujeres porque

esa es una idea muy anticuada. Sabe que he estado haciendo incursiones nocturnas durante meses y no he tenido ningún problema.

—¿No? ¿Ha olvidado la noche que la asaltaron?

—Eso fue un error por mi parte del que me arrepiento, como le expliqué. No debí salir sin compañía a una zona que no conocía. Por esa razón le he contratado.

Phineas contuvo con esfuerzo la necesidad de gritar para aliviar su exasperación; no era cuestión de delatar su presencia dando voces. Se acercó a ella de tal modo que los alientos se confundían y habló en tono bajo, con el que no logró ocultar la enorme irritación que sentía.

—Señorita Welby, le dije que no pensaba cobrarle por el asesoramiento profesional ni estoy dispuesto a ser su perro guardián cuando le apetezca hacer una escapada por los bajos fondos.

—¿Está insinuando que el interés en mis salidas es otro que el documentarme para mis escritos? —objetó Elinor en el mismo tono. La indignación burbujeaba en su interior y se reflejaba en el brillo de los ojos, que refulgían con claridad en la oscuridad de aquel callejón solitario.

—No lo insinúo, lo afirmo. Búsquese a otro que la complazca en esas correrías nocturnas impropias de una dama.

—¡Es usted un grosero! —exclamó ella elevando la voz.

Phineas se acercó más y le tapó la boca con la mano por temor a que siguiera gritando y alertara a todo el vecindario. Elinor enmudeció, más por el efecto que la proximidad de él causaba en sus sentidos.

Tras unos segundos de tensión, Phineas se separó de ella y le liberó la boca. Había sido un error aproximarse tanto y sentir el leve temblor de aquel cálido cuerpo pegado al suyo. Luchó por apaciguar su ánimo y recapacitó. Su comportamiento era inadmisible. Él siempre procedía con extrema corrección cuando trataba con una mujer, pero ella le sublevaba con su terquedad. ¿Cómo explicarle que no quería exponerla a los peligros que tan bien conocía?

Giró la cabeza y habló sin mirarla.

—Discúlpeme. Lo que le he dicho es impertinente. Comprendo sus motivaciones, que para usted son lógicas, y le pido que comprenda las mías, que es velar por su seguridad. No sabe hasta qué punto es peligroso lo que propone, ni yendo acompañada por un protector. Su hermano estuvo muy desatinado cuando accedió a tales locuras, aunque se limitara a zonas menos peligrosas. Su reputación quedaría arruinada si se supiera lo que ha venido haciendo hasta ahora. El hecho de que alguien la viese vistiendo las ropas que lleva ya sería motivo de escándalo.

—Señor Moore, yo soy la que debería estar preocupada por mi reputación y no es el caso, así que usted no se preocupe por ello. Soy una mujer adulta y puedo tomar mis propias decisiones. Por lo tanto, o me deja que le acompañe o buscaré a otro que tenga menos escrúpulos que usted.

Phineas sabía que era capaz de hacerlo y, a regañadientes, comprendió que era mejor acceder; al menos, estaría tranquilo mientras él la acompañara.

—Acepto si se compromete a acatar mis órdenes en todo momento. No le permitiré que tome iniciativas por su cuenta. Me arruinará el trabajo y nos pondrá en peligro a ambos.

—Entendido. Usted dígame lo que tengo que hacer y yo obedeceré como un manso corderito —respondió Elinor sin ocultar el tono irónico.

Phineas gruño. Ella no dejaba de tomarle el pelo.

—No se despegue de mi lado y procure hacer el menor ruido posible al caminar. Y oculte el cabello bajo ese gorro. No es prudente que alguien descubra que es una mujer.

Elinor obedeció. Se colocó bien el gorro, del que habían salido varios mechones, e intentó

acomodarse a los largos pasos del hombre a cuyo lado caminaba.

Phineas no perdió más tiempo y tomó la dirección hacia el almacén, que estaba al final de aquella calle, sin dejar de prestar atención a cualquier sonido que llegara a sus oídos. Esa parte de la ciudad estaba poco habitada y la mayoría de las construcciones se dedicaban a almacenes o cobertizos donde se guardaban los carromatos con los que transportaban las mercancías desde los barcos.

Capítulo 15

En pocos minutos llegaron hasta el edificio de reducidas dimensiones donde Phineas había visto entrar al marinero la noche anterior. Se paró en seco y Elinor tropezó con su espalda y estuvo a punto de caer. Él se giró y la sujetó por los brazos.

—Procure estar atenta, por favor. No me dificulte más la tarea —la recriminó en voz baja.

Elinor sintió el cálido aliento en el rostro y la proximidad de aquel cuerpo grande y el pulso se le aceleró. Phineas la soltó y ella se apoyó en una pared medio derruida del edificio adjunto.

—Quédese aquí y no haga ningún ruido. Voy a comprobar que no hay nadie dentro.

Se acercó con sigilo e inspeccionó el almacén. La construcción era robusta, con gruesas paredes de mampostería y una puerta de recios tablones. La cerradura parecía firme, de pasador interno, según le pareció. Le llevaría tiempo abrirla. Cerca de ella había una amplia ventana acristalada y protegida por una reja de hierro. Observó a través de ella y no escuchó ningún ruido ni vio luz en su interior.

Buscó otro medio de entrada y lo único que encontró fue un respiradero situado en la parte más alta de la pared lateral, que daba a un descampado. Era demasiado angosto para que él pudiera entrar y no tenía forma de alcanzarlo por sí solo. Estaba trabado por una hoja de madera abierta en parte para facilitar la aireación.

Phineas se arrepintió de no haber llevado a Percy consigo. Al ser de menor estatura y complexión que la suya, cabía por el ventanuco y podía alcanzarlo si le ayudaba. Una vez dentro, abriría la puerta con facilidad y sin dejar marcas que delataran la intrusión.

Un movimiento a su izquierda le alertó de que alguien se acercaba y se puso a la defensiva. Al descubrir que se trataba de Elinor, se encaró con ella.

—Le he dicho que no se moviera del lugar en el que la he dejado. ¿Tanto le cuesta obedecer? —la regañó en un murmullo furioso.

—Esta zona está solitaria y cerca de usted correré menor peligro; además, necesita mi ayuda.

—¿Y por qué cree eso, señorita Welby? —cuestionó con sorna.

—Porque si esa trampilla es el único medio de acceso, como habrá comprobado, usted no puede acceder. Queda demasiado alta y dudo que quepa por ella; en cambio, yo sí lo conseguiría si me subo sobre sus hombros. Una vez dentro, abriré la cerradura. Le aseguro que soy muy buena en esa tarea. De niña me escapaba del cuarto de estudio cuando mi institutriz me encerraba en él por no haber acabado las tareas, que era casi siempre.

—No me sorprende. Debió de ser una indisciplinada desde la cuna.

—Piense lo que quiera. Lo cierto es que no veía la ventaja de aprender de unos insulsos libros cuando podía hacerlo de las experiencias que la vida me brindaba, al igual que he intentado hacerle comprender. Esta noche estoy aprovechando mucho más el tiempo que en los días anteriores, permítame que se lo diga.

Phineas bufó con disimulo. Ella estaba en lo cierto. Era la única de los dos que podía entrar por aquel hueco. Volvió a mirarlo mientras cavilaba qué hacer. No quería exponerla a ningún riesgo. No estaba seguro de que el interior estuviese vacío. ¿Y si se encontraba con alguien?

—Y bien, ¿piensa dudar durante mucho rato?

—Déjeme pensar en otra solución —musitó Phineas con impaciencia.

—Es la única opción que tiene, convénzase. A no ser que decida posponer la inspección para otro día; algo que está fuera de lugar porque el barco, según tengo entendido, regresa mañana.

Phineas se dio cuenta de que ella sabía demasiado de aquella investigación y que Percy o su madrastra se habían ido de la lengua. Tendría que hablar con ellos para que no se repitiera. Elinor era una clienta como los demás, no colaboraba con él.

Después de valorar todas las posibilidades y comprender que era la única solución, se decidió a permitir que entrara.

—De acuerdo. La izaré hasta alcanzar la abertura, observará si hay alguien y, de no haber ningún problema, entrará y abrirá la puerta. No creo que tenga problemas porque, si no me equivoco, esa cerradura es sencilla de abrir desde el interior. Si no puede hacerlo, saldrá enseguida por donde ha entrado. Seguro que encontrará algo a lo que subirse para conseguirlo. Ya veré la forma de acceder al almacén en otro momento. ¿Ha entendido, señorita Welby?

—Perfectamente, señor Moore. No perdamos más tiempo o amanecerá antes de que logremos nuestro objetivo —propuso de forma imperiosa.

Phineas masculló una imprecación. Esperaba no tener que arrepentirse de esa precipitada decisión. Se agachó y juntó las manos para facilitarle un estribo con el que elevarla. Elinor puso el pie y se agarró a sus hombros. Sintió el fuerte impulso hacia arriba con el que consiguió agarrase al vano del ventanuco y solo tuvo que empujar la madera para que el hueco se abriera por completo. Pese a la estrechez, comprobó que cabía por él. Sintió otra vez las fuertes manos de Phineas agarrándola por los tobillos para darle un nuevo impulso con el que logró introducir medio cuerpo.

Se quedó inmóvil, observando con atención. La oscuridad no era tan intensa como esperaba. La luz de la luna entraba por la ventana enrejada de la fachada con abundancia. Cuando los ojos se acostumbraron, distinguió algunos bultos y cajas diseminadas por el interior, una mesa en el centro con un par de silla y, en un rincón, un catre con mantas arrugadas. Se giró con dificultad y consiguió cambiar la postura para introducir los pies. Había visto que debajo de la trampilla había algunas cajas apiladas que le facilitarían la bajada, de más de dos metros de altura.

Cuando la vio desaparecer, Phineas se dirigió a la fachada para esperar que ella abriera la puerta. Se acercó a la ventana e intentó vislumbrar el interior. Aguardó durante largos minutos sin ver ni oír nada, hasta que escuchó un fuerte golpe, como si algo hubiese caído al suelo con estrépito, y unos pasos a la carrera.

—¿Qué ocurre, señorita Welby? ¡Abra la puerta! —exigió en voz baja para evitar alertar a los moradores de las casas cercanas.

Al no recibir contestación, fue hacia el tragaluz. Repitió la llamada por allí sin el menor resultado. El temor lo sobrecogió y decidió entrar. Regresó a la puerta y cargó con todas sus fuerzas contra ella. No consiguió que esta cediera e insistió sin resultado. Lo único que logró fue un fuerte dolor en el brazo. Cargó otra vez, en el mismo instante que la puerta se abría, y entró dando trompicones en el interior.

Cuando pudo recobrar el resuello, se encaró con Elinor, que aguardaba con los brazos cruzados y gesto reprobatorio.

—¿Por qué no ha abierto de inmediato, como le indiqué?

—No vocifere, por favor, van a escucharle en toda la ciudad —le increpó ella exasperada.

Sin contestar a su pregunta, Elinor se dirigió a la mesa que había en un rincón y encendió la vela que descansaba sobre ella. Cuando la débil llama iluminó la reducida estancia, señaló con la mano un rincón y Phineas descubrió un pequeño bulto en él. Dio unos pasos en esa dirección y el bulto se encogió aún más.

—No se acerque. Tiene miedo —le advirtió en voz baja. Ella se aproximó con lentitud—. No temas. No vamos a hacerte daño. ¿Cómo te llamas?

Poco a poco, la cabeza de claro y encrespado cabello fue emergiendo de las sombras y se vislumbró un rostro sucio en el que destacaban la brillantez de unos ojos recelosos.

—Jimmy.

La vocecita apenas se dejó oír para que ambos la escucharan.

—Hola, Jimmy. Yo soy Elinor y él es Phineas. Hemos venido a hacer una comprobación. ¿Vives aquí?

El niño, que seguía agazapado, asintió con la cabeza.

——¿El dueño es tu padre o algún familiar?

El niño volvió a asentir y se atrevió a moverse. Se puso a gatas y avanzó hacia la luz que proyectaba la vela.

—Es mi padre.

Elinor miró a Phineas con una expresión de horror e incomprensión. ¿Cómo era posible que un niño, que no debía tener más de cinco años, viviese en aquel agujero acompañado de ratas?

Phineas adivinó las emociones que la sacudían. No estaba acostumbrada a esos escenarios. Había vivido toda su vida en un mundo privilegiado, en el que no se concebían crueldades de ese tipo, tan comunes para muchos habitantes de esa ciudad. Niños que vivían solos, sin nadie que los cuidara, en lugares más inmundos aún, como las alcantarillas, que se dedicaban a robar para vivir, que eran explotados de todas las formas imaginables por los adultos a cuyo cargo estaban. Y cuando no les servían, se desentendían de ellos o algo peor.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Phineas.

—No lo sé. Se ha marchado hace mucho rato.

Phineas imaginó que se trataba del marinero que había visto entrar la noche anterior. El niño debía permanecer solo mientras él estaba embarcado, que era la mayor parte del tiempo.

—¿Y tu madre? —se interesó Elinor.

—Murió —respondió con voz apenada, la primera emoción que le advertían. Era evidente que la echaba de menos.

—¿Tienes hermanos, algún familiar? —siguió preguntando ella.

El niño negó con la cabeza.

Phineas tocó en el hombro a Elinor y le indicó con un gesto que se separara del niño.

—No tenemos tiempo. Vamos a hacer el trabajo por el que hemos venido y nos marcharemos.

—No podemos dejarlo aquí. ¿No ve que está desamparado? —Elinor no podía creer que él quisiese desentenderse.

—Tiene un padre. No debemos intervenir.

—¿Un padre que lo abandona durante días y lo tiene viviendo en estas condiciones? ¡No tiene ni una cama donde acostarse!

Phineas miró hacia el rincón que le señalaba. Había un jergón tirado en el suelo y cubierto con una manta raída. Un trato inhumano, y más por parte de su propio padre.

—No lo voy a consentir. Lo llevaré conmigo —resolvió Elinor ante la cara de estupefacción de Phineas.

Capítulo 16

Phineas intentó conservan el dominio de sus nervios, que estaba perdiendo ante la terquedad de Elinor.

Sabía que era una mala idea desde el mismo momento que le permitió acompañarle y no la obligó a regresar a su casa, de donde no debía haber salido; ahora lo confirmaba. El plan que había trazado, de inspeccionar el almacén sin levantar sospechas y marcharse lo antes posible, se estaba derrumbando como un castillo de naipes ante un soplo de aire.

Si se lo llevaban, sería imposible ocultar su presencia allí, y eso podía alertar a los ladrones antes de que fueran arrestados. Echó un rápido vistazo a las cajas y comprobó que muchas eran de botellas de vinos y licores portugueses y españoles. También descubrió varios baúles que contenían telas y encajes, cristalería, loza y cubiertos. Su cliente no le había comentado que echase de menos ese tipo de mercancías, y dedujo que había más ladrones implicados y que aquel era el lugar donde guardaban el botín.

—No puede llevarlo consigo. El niño no está abandonado, tiene un padre y un techo donde cobijarse. Sería ilícito privarle de su familia por muy malas que sean las condiciones en las que vive —protestó Phineas con calor. Lo que ella pretendía era un despropósito que les podía acarrear muchos problemas. Y de llevárselo, ¿qué pensaba hacer con él?

—Claro que puedo y lo haré. Es nuestro deber rescatar a este ser indefenso de la mísera situación en la que se encuentra. Si el padre es el mismo que usted está investigando por robo, ¿qué será de él cuando regrese y lo detengan?

—Las autoridades se harán cargo, no tema. Lo enviarán a un orfanato, donde llevará una vida mucho más cómoda y saludable que…

Enfrascados en la discusión, Phineas y Elinor no vieron que la puerta se abría a su espalda. Fue el movimiento del niño, que volvió a agazaparse en el rincón con rapidez, lo que los alertó. Ambos se giraron, pero no con la suficiente rapidez como para evitar que un hombre fornido se abalanzase sobre Phineas con una porra en la mano.

El fuerte golpe en el hombro le pilló desprevenido y trastabilló hasta estrellarse contra la pared y caer al suelo. Elinor emitió un leve grito y buscó en uno de los bolsillos de la chaqueta con apresuramiento. El hombre la ignoró y se acercó a Phineas con la intención de repetir el golpe. Había atacado al de mayor envergadura por considerarle el más peligroso, sin prever que el más bajo, al que había tomado por un mozalbete, se encarara con él y con un arma en la mano.

—Quieto o disparo —dijo ella con la voz más potente que pudo vocalizar.

El hombre la miró y evaluó la posibilidad de que el peligro fuese real o un farol. No tuvo tiempo de decidirse porque Phineas se levantó y le asestó un contundente puñetazo que lo derribó. Una vez en el suelo, lo inmovilizó con su cuerpo.

—Busque algo con lo que atarlo —le indicó a Elinor.

Ella encontró un trozo de cuerda en un rincón y se lo acercó. Phineas le ató con habilidad las manos a la espalda y, con la misma cuerda, los pies para impedirle la huida.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Él le dirigió una mirada asesina y permaneció en silencio.

—Es Tom, el socio de mi padre —dijo Jimmy desde el rincón en el que se ocultaba.

—Cállate, mocoso, o te daré una buena tunda —le amenazó el ladrón.

El niño se encogió más en su rincón y Elinor imaginó que había cumplido su amenaza con anterioridad.

Phineas se convenció de que no iba a obtener ninguna información de él y lo amordazó con el mismo pañuelo que el hombre llevaba al cuello.

—Daré aviso a la policía para que lo detenga y se encarguen de interrogarlo. Creo que hemos dado con la guarida de un grupo de ladrones. Mientras, lo dejaremos aquí. Si desea llevarse al niño, hágalo. Le encontraremos un lugar donde quedarse.

Elinor sonrió satisfecha por la buena disposición de Phineas. Le habría resultado muy complicado de no contar con su colaboración. Se acercó a Jimmy y le tendió la mano.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó con voz dulce y una sonrisa alentadora. Se le encogía el corazón ver aquel cuerpecito escondido en un rincón temblando de miedo. ¡Cuánto habría sufrido en su corta vida!, se lamentó.

Jimmy asintió y se incorporó. Asió la mano que le tendía y hasta se atrevió a corresponder a su sonrisa curvando la boca y dejando ver unas encías en las que faltaban varios dientes.

Salieron de aquel lóbrego lugar y cerraron la puerta con la llave introducida en la cerradura que había utilizado el hombre para abrir. Phineas se recriminó por no haber contado con la posibilidad de que hubiera alguien vigilando el almacén. La inspección podía haberles resultado muy cara si no hubiesen podido contener al intruso.

Caminaron hacia Leman Street, donde les sería más fácil encontrar un coche de alquiler. Phineas no solía llevar la berlina cuando acudía a zonas peligrosas de la ciudad por el riesgo que Walter corría al quedarse esperando.

Mientras avanzaban por la calle, aún transitada por noctámbulos que acudían a los diferentes lugares de diversión que allí se ubicaban, Elinor extrajo el envoltorio con las galletas del bolsillo de su chaqueta y se lo dio a Jimmy. El niño la miró agradecido y las devoró con ansia. Del otro bolsillo sacó la petaca y le ofreció a Phineas.

—Observo que ha venido bien pertrechada para la ocasión. ¿Lo ha leído en algún manual del buen detective? —ironizó. Dio un buen trago al excelente brandy que contenía la petaca, que debía proceder de las existencias de su padre.

—No ha sido necesario, he empleado el sentido común. No sabía cuánto tiempo iba a estar esperando ni en qué condiciones. He pensado que un poco de licor para ahuyentar el frío y algo de alimento no estaría de más —respondió Elinor con satisfacción, y bebió un poco del fuerte brandy.

Un acceso de tos le sobrevino y Phineas sonrió a su pesar.

—¿Se dirige a su residencia o quiere que los lleve a otro lugar? —le preguntó, mientras buscaban un coche de alquiler.

Elinor carraspeó. Sentía apuro por tener que pedirle el favor. Si lo llevaba a su casa, ¿cómo lo explicaría? Sus padres eran magnánimos y nunca dejarían de acoger temporalmente al niño. El problema era que descubrirían toda la trama y se le acabarían sus sesiones de aprendizaje con Phineas y las salidas nocturnas.

—Verá, señor Moore. Como ya sabe, en mi casa no conocen estas… peripecias y, si llego con Jimmy, me va a resultar difícil explicarles de dónde ha salido. Si no le importa que pase la noche en su casa, mañana a primera hora yo me haría cargo de él.

A Phineas no le sorprendió esa petición. Desde que se empeñó en llevarse al niño, se había estado preguntando cómo iba a explicarlo a su familia.

—Por supuesto, puede quedarse con nosotros hasta que le encuentre un lugar donde quedarse.

Tras una corta espera, lograron encontrar un vehículo que los llevara. Phineas le dio al cochero la dirección de Queen Square.

—¿Qué piensa hacer con él, señorita Welby? —le preguntó una vez seguros en el carruaje y con el niño dormido en brazos de Elinor. Ofrecía una bonita imagen maternal, una cualidad que no hubiera sospechado en ella.

—Lo llevaré a un hogar de niños huérfanos cerca de Loughton. Allí estará bien atendido. Si encarcelan al padre, y al no tener más familia, no creo que las autoridades tengan inconveniente en que permanezca en aquella institución. Yo sufragaré los gastos e intentaré que su vida sea más feliz a partir de ahora.

—Es usted muy bondadosa. No obstante, pienso que son las autoridades las que deberían hacerse cargo de él.

—No dudo que conoce las condiciones que se disfrutan en esos hogares para niños regentados por el Consistorio Municipal, las juntas vecinales y algunas instituciones religiosas. Al que yo pienso llevarlo es diferente. Se encuentra en una finca propiedad de una prima de mi madre. Es un lugar espacioso y los niños disfrutan de unas condiciones excelentes, en contacto con la naturaleza. Es un hogar, en el sentido amplio de la palabra, donde vivirá y le darán una formación para crearle un futuro mejor que el que le depararía su paso por alguno de esos hospicios.

Phineas sabía que era cierto. Esos lugares que se dedicaban a hacinar niños y vivían con pocos recursos no eran lo más adecuado para hacer futuros hombres de bien. Los que lograban sobrevivir o no se escapaban a la menor ocasión, llegaban a la edad adulta convertidos en delincuentes o resentidos con la sociedad.

—Una labor muy loable la que realizan en ese lugar. No dudo de que Jimmy será feliz allí.

—Eso creo yo. Si no fuera tan tarde para emprender el viaje hacia Hardwood Hall, lo haríamos esta misma noche, de ahí que le haya pedido que lo albergue hasta mañana.

—Como le he dicho, podremos acoger a Jimmy el tiempo necesario para que usted haga los trámites pertinentes.

—Gracias, señor Moore. Presentía que un corazón caritativo latía en ese amplio pecho, y lo está confirmando.

Las palabras, pronunciadas con una cálida entonación, consiguieron entibiar el corazón al que Elinor aludía. Phineas se sintió confundido y halagado a partes iguales. Ella lo conmovía a cada paso que daba. Era demasiado voluntariosa y muy obstinada, pero no había conocido a ninguna mujer de su clase social tan humanitaria y con esa acentuada dedicación hacia los más necesitados. Por lo general, se dedicaban a languidecer a la espera de un esposo que las mantuviera y solucionara todos los problemas para evitarles desvelos que afectaran a su delicada salud.

Cuando llegaron al 15 de Queen Square, Phineas le explicó a su madrastra lo ocurrido, dio orden a Walter de que llevara a Elinor de regreso a su hogar, y se marchó hacia la comisaría de policía del distrito de Islington, donde se encontraba el almacén, para denunciar los hechos al

sargento de guardia. Habría preferido dirigirse a la oficina central de la Policía Metropolitana, en el número 4 de Whitehall Place, donde prestaba servicio Ulysses McRae, al que acudía siempre que necesitaba que le echaran una mano. En esta ocasión no le molestaría. Solo tenían que detener al hombre que estaba retenido en el almacén y confiscar la mercancía robada que allí había.

En cuanto al resto de los implicados en los robos en el Golden Dolphin, presentaría un informe al señor Cremer a primera hora de la mañana. Él se encargaría de denunciar a los ladrones ya que eran sus empleados y el barco de su propiedad.

Adelaide estuvo encantada de hacerse cargo del pequeño. Le dio un baño y una comida decente, por ese orden, y lo acostó en una confortable cama. Jimmy, que no había disfrutado de esos lujos en su vida, y tras el pánico experimentado con los sucesos de esa noche, se quedó dormido de inmediato.

Tranquilizada por dejarlo en buenas manos, Elinor se marchó con la promesa de regresar a primera hora de la mañana para conducirlo hasta Hardwood Hall. No tenía intención de decirles nada a sus padres. Sabía que su madre no pararía de tirar del hilo hasta llegar al meollo de la cuestión, y aún no era el momento de explicarle todo lo que estaba haciendo.

Capítulo 17

Cuando Elinor llegó al día siguiente a Queen Square, Phineas ya se había marchado. No le importó. A quien quería ver era a Jimmy.

El niño se encontraba junto a Adelaide, desayunando en el saloncito que solían utilizar a esa hora. Tenía un aspecto muy cambiado, vestido con ropa nueva, peinado con esmero y el rostro libre de suciedad, no parecía el mismo que había dejado menos de doce horas antes.

—Buenos días, Adelaide —saludó Elinor al entrar con familiaridad en la cálida y femenina estancia.

—Elinor, ¿deseas acompañarnos en el desayuno? —preguntó con cortesía.

—No, gracias, ya lo he tomado en casa. Hola, Jimmy. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

El niño tragó el gran bocado de gachas de avena que llevaba en la boca antes de contestar.

—Bien. ¡He dormido en un colchón de plumas! —explicó con los ojos brillantes de emoción.

Ambas mujeres sonrieron ante el entusiasmo y la expresión de felicidad que mostraba.

—Entonces estarás descansado para emprender el viaje. Te llevaré a tu nuevo hogar.

—¿No me puedo quedar aquí, con la señora? —preguntó con tono esperanzado.

A Adelaide le conmovió el fervor del niño. Le había tomado afecto en esas pocas horas y no le importaría que se quedara allí, al menos por un tiempo, pero no podía hacerse cargo de él mientras tuviese un padre que era su tutor legal.

—Vas a ir a un lugar muy bonito, en el campo, donde hay muchos niños. Y podrás venir en vacaciones de verano y Navidad —prometió Adelaide, y le acarició con cariño la cabeza de cabellos dorados.

El niño mostró un gesto apesadumbrado y a ambas se les partió el corazón.

—En tu nuevo hogar podrás ir al colegio y aprender muchas cosas —dijo Elinor con el fin de animarlo.

—Nunca he ido al colegio. ¿Qué se hace allí?

—Estudiar para que puedas ejercer una profesión importante cuando seas mayor. Querrás ser un hombre instruido, ¿verdad Jimmy? —añadió Adelaide.

—¿Como el señor Moore? —preguntó más animado.

—Igual que él. —Elinor contuvo una carcajada. Era obvio que Phineas había causado buena impresión en Jimmy.

El niño sonrió y continuó comiendo las gachas.

—Partiremos en cuanto termine de desayunar. Es un viaje largo el que nos queda hasta llegar a Hardwood Hall —explicó Elinor.

—¿Me permites que os acompañe? Me gustaría pasar un rato más a su lado —pidió Adelaide.

—Por supuesto, ven con nosotros. Nos agradará a ambos.

—Gracias. Voy a prepararlo todo mientras él acaba. —Sugirió Adelaide, y dirigiéndose a

Jimmy—: Toma todo el vaso de leche, así pronto serás tan alto como el señor Moore.

El niño cogió el vaso y lo bebió a grandes tragos; cuando terminó, lo dejó sobre la mesa y le sonrió, dejando ver su boca desdentada y el gran bigote blanco que la leche había depositado sobre el labio superior.

Adelaide sonrió y le limpió con la servilleta los restos. Después le dio un beso en la cabeza y se marchó con prisas. Poco después regresó con un bolso en la mano. Jimmy había terminado el desayuno y charlaba con el cochero, que cepillaba al caballo en el patio trasero al que el saloncito daba acceso.

—Le he puesto alguna ropa, libros y juguetes de Phineas. Lo he estado guardando todos estos años y ahora es el momento de darles un buen uso —le explicó a Elinor, interesada por el contenido del bolso.

—Seguro que le encantará poseer cosas propias. En el lugar donde lo encontramos no tenía nada más que el jergón en el que dormía.

—¿No habrá problemas con el padre?

—Es un ladrón y acabará con sus huesos en prisión. Poco podrá hacer allí, si es que su hijo le importa.

Elinor había traído uno de los carruajes de su familia, una elegante berlina que su madre solía utilizar en las salidas. Como esa mañana no había encontrado a nadie a la hora del desayuno, le había explicado a Harris, el competente mayordomo, que necesitaba el coche y que procuraría regresar para el almuerzo.

En poco más de una hora llegaron a Hardwood Hall. La gran mansión de estilo georgiano estaba rodeada de jardines y arboledas, con un estanque en las cercanías que hacía las delicias de los pequeños en época estival.

Trudy, como solían llamarla familiarmente, los recibió con agrado y acogió con cariño a Jimmy. Era una mujer alta y enérgica. En su juventud fue una belleza y rehusó a varios pretendientes para refugiarse en su labor al cuidado de enfermos y niños. Ahora, tras más de veinte años dedicada a esas tareas y habiendo creado aquella institución a la que dedicaba su vida, se la veía feliz y recompensada con cada niño o niña que conseguía rescatar de las calles y hacer de ellos personas honradas y responsables.

Adelaide se quedó en el jardín observando a Jimmy. Se había acercado a un grupo de niños y pronto comenzó a compartir juegos con ellos. Elinor fue a saludar a la señora Spurr, la amiga y colaboradora de Trudy, que se encontraba en la sala donde impartían clases.

Edna Spurr era una mujer menuda y delicada que había enviudado muchos años antes y que, como Trudy, decidió dedicar su vida a labores humanitarias. Elinor sabía desde hacía tiempo que el vínculo entre ellas trascendía la simple amistad y camaradería. Por la forma en la que se miraban y la gran unión que se advertía entre ellas, era fácil imaginar que había una relación más íntima e intensa. Todos en la familia lo sabían y lo aceptaban; no así la sociedad en general, que rechazaba a las personas que decidían vivir su amor al margen de los convencionalismos.

A ella le sublevaba la hipocresía de sus congéneres, y lamentaba que no pudieran expresar sus sentimientos con total libertad. En aquel lugar paradisiaco, apartado de una sociedad que imponía unos dogmas arcaicos, se las veía felices y no necesitaban dar cuentas a nadie.

—Muchas gracias por haber contado con nosotras, Elinor. Será un placer cuidar de ese jovencito. Espero que esté a gusto en este hogar, que será suyo mientras lo desee.

—Gracias a ti por acogerlo. Este entorno es el más adecuado para crecer sano y feliz. Te haré llegar todos los meses un pago para los gastos y vendré a visitarlo siempre que pueda —le aseguró.

—No es necesario. Tu madre ya es muy generosa con nosotras. Lo menos que podemos hacer es corresponder acogiendo a Jimmy.

—Mis padres no saben nada aún, por lo que te agradecería que no lo comentaras si vienen de visita —le explicó sin entrar en detalles; Trudy tampoco se los pidió.

—Como desees.

Una vez que dejaron, no sin pena, a Jimmy al cuidado de Trudy y Edna, Elinor y Adelaide regresaron a Londres. Durante el trayecto, la madrastra de Phineas se sinceró con la que consideraba su amiga y a la que admiraba por su gran honestidad.

—Sentía un gran cariño por Alfred, el padre de Phineas, y lamenté profundamente su pérdida. Era un hombre bueno y paciente, al igual que su hijo, y no dudó en acoger a la mujer enferma que mendigaba por las callejuelas del East End y a la que encontró una noche haciendo su ronda. No era una prostituta, ni crecí en esa zona de la ciudad, como habrás imaginado. Las circunstancias de la vida fueron las que me llevaron a verme en la calle de un día para otro —reconoció con voz pesarosa y la mirada se le perdió en sus penosos recuerdos.

Elinor no quiso interrumpirla pese a intuir que Adelaide estaba a punto de relatarle una historia que le causaba gran dolor. Comprendía que necesitaba hacerle esas confidencias, aunque ella no había hecho la menor intención de indagar en su pasado.

—Nací en un pueblecito de la campiña francesa, cerca de Burdeos. Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años y, al no tener más familia ni recursos para mantenerme, me fui a vivir con unos parientes de mi madre que residían en esa ciudad. Me acogieron bien y me trataron como uno más de la familia. Tenían tres hijos, dos varones y una chica, Juliette, varios años menor que yo. Nos hicimos amigas y, cuando contrajo matrimonio con un caballero inglés con el que el padre tenía negocios de vinos, me trasladé con ella a Londres como su dama de compañía.

»Los primeros meses fueron maravillosos. Juliette era feliz, al igual que yo de verla tan enamorada de su marido. Visitamos los lugares más bonitos de la ciudad, asistíamos a bailes y reuniones, paseábamos por Hyde Park… A los seis meses se quedó embarazada. Tuvo problemas desde el primer momento y debía permanecer mucho tiempo en cama o se exponía a perder al bebé. Joseph, su esposo, continuaba con el mismo ritmo de vida, salía casi todas las noches y muchas no regresaba o lo hacía muy bebido. Soportaba mal las quejas de Juliette, que veía como su marido se distanciaba. Sabía que otras mujeres le proporcionaban lo que ella no podía darle y su carácter, por lo general alegre y bondadoso, cambió debido a los celos. Yo intentaba mediar entre ellos, pero era difícil. Ella no se atenía a razones y a él ya no le importaba su esposa, si es que en algún momento la había llegado a querer.

Calló y fijó la vista en la ventanilla. Miraba el exterior sin ver el paisaje que transcurría al paso veloz del vehículo, como si estuviera muy lejos de allí. Elinor advirtió su contención. Debía de ser una parte de su pasado de la que se avergonzaba. Después de meditarlo, Adelaide continuó:

—Una noche que Joseph llegó borracho a casa, entró en mi habitación y… me forzó. Mis gritos alertaron a Juliette, que se presentó en el cuarto y nos vio. No me creyó cuando le expliqué que no había accedido de buen grado, que su esposo me había sometido contra mi voluntad. Los celos le nublaron la razón y me acusó de haberle seducido, de apartarle de ella con sucias mañas. Me gritó, me insultó. No me escuchaba por mucho que yo intentaba defenderme… —Un sollozo

truncó sus palabras. Inspiró e intentó serenarse para continuar con el relato—. Él no admitió su culpa. Se limitó a marcharse para dormir la borrachera en su cuarto.

»Juliette me ordenó que me marchara. Le supliqué que no lo hiciera. No tenía dinero ni dónde ir, apenas conocía el idioma… Fue inútil y me resigné. Tenía algunas joyas de mi madre y pensé en empeñarlas para pagar el pasaje y regresar a mi país. Abandoné la casa esa misma noche con lo poco que tenía. Cogí un coche de alquiler y le pedí al cochero que me llevara a una pensión económica porque no quería dormir en la calle. Allí me robaron lo poco que tenía y tuve que mendigar durante varias semanas para subsistir. Cuando había perdido toda esperanza y me dejaba morir en un rincón de alguna maloliente callejuela, una mano me auxilió.

Se permitió sonreír entre lágrimas y Elinor, que había estado escuchando sobrecogida, sonrió también. No llegó a conocer a Alfred Moore, pero ya lo apreciaba.

»Alfred me llevó a su casa y llamó a un médico para que me atendiera. Entre él y Phineas, que por entonces era un niño de once años que había perdido a su madre dos antes en una epidemia de cólera, me cuidaron con ternura todo el tiempo que necesité para recuperarme sin pretender nada a cambio y, cuando tuve fuerzas para marcharme, me ofreció dinero para que regresara a Francia. Lo medité y me di cuenta de que, en las semanas que había pasado en aquella casa, pese a mi dolor y amargura, había sido feliz… y me quedé. No me empujaba el deseo de corresponder a la hospitalidad y el aprecio de aquellos dos seres entrañables, ni el saber que en mi país no iba a ser bien recibida por la poca familia que me quedaba. Había comenzado a sentir por ellos un afecto genuino y no deseaba abandonarlos. Allí me apreciaban y me necesitaban. Ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida.

»Le propuse a Alfred quedarme en calidad de sirvienta. Había notado la carencia de una mano femenina en aquel hogar que los cuidara como se merecían, pese a que había hecho una gran labor con el niño, consiguiendo que creciera sano y feliz y procurándole una buena educación. No aceptó. No quería que mi nombre se viese envuelto en habladurías y me propuso matrimonio. Fue otro acto de nobleza por su parte. Ninguno de los dos estábamos enamorados, pero nos profesábamos un mutuo cariño y respeto. Phineas continúa con la labor que su padre inició, de protegerme y cuidarme, y lo hace porque sé que me quiere como hubiera querido a su madre de haber vivido.

Se le volvieron a empañar los ojos de lágrimas, que retiró con un fino pañuelo de encaje, y giró la cabeza para mirarla a los ojos.

—Aunque pueda parecer estricto y hasta déspota a veces, no te dejes engañar. Es una gran persona, a la altura de su padre y de todos aquellos a los que he amado y respetado a lo largo de mi vida. —Le cogió una de las manos entre las suyas y la miró con un brillo de afecto en las claras pupilas—. Ten paciencia con él, por favor. Ha sufrido muchos sinsabores en su vida y eso le hace aparentar lo que en realidad no es.

Las últimas palabras de Adelaide tenían un claro propósito: había advertido una gran afinidad entre su hijastro y la dama aventurera, como ella llamaba a Elinor, y albergaba la esperanza de que fuese a más, pese a las importantes diferencias sociales que los separaban.

Elinor se limitó a asentir y fijó la mirada en el frente. No adivinaba la intención de Adelaide al pedirle aquello, mas pensaba cumplirlo. Algo dentro de ella la impulsaba a hacerlo, y no solo el deseo de aprender.

Capítulo 18

Phineas miraba por la ventana de su despacho hacia la poco concurrida plaza a esas horas de la mañana, mientras meditaba sobre el procedimiento a seguir en la investigación que le había encargado un nuevo cliente.

Le costaba centrarse en el trabajo, sin concretar la razón de esa dispersión; ¿o sí lo sabía y no deseaba admitirlo? Llevaba dos días sin ver a Elinor y la echaba de menos. Y se temía que no iba a volver a verla, al menos con la asiduidad que habían mantenido durante la semana anterior.

Tas la noche del rescate de Jimmy, no tendría interés en continuar con la tutoría. Había tenido la ración de aventuras que deseaba y, gracias a su inteligencia y voluntad, los conocimientos que deseaba adquirir, ¿para qué continuar con una tarea que poco más podía aportarle y donde pensaba que no era apreciada?

Si eso ocurría, él era el único responsable y lo tendría merecido. Su conducta había sido ruda, hasta grosera en ocasiones, algo impropio de su carácter y que se justificaba por el temor que sentía hacia su seguridad. Ella no lo entendía. Elinor estaba convencida de que no la quería a su lado, que era un estorbo y que la había admitido porque le pagaría el tiempo invertido. No negaba que todo eso era cierto en un principio, hasta que comenzó a valorar sus grandes cualidades.

Adelaide también lo pensaba y le increpaba a la menor ocasión por su negativo comportamiento. Elogiaba con frecuencia las muchas virtudes de Elinor, sobre todo tras los últimos acontecimientos. El afecto que le profesaba había aumentado con la determinación y altruismo demostrados al hacerse cargo de Jimmy. No dejaba de hablarle de cómo lo había rescatado de aquel lóbrego e infecto almacén, de la rapidez con la que había tramitado su acogida en un lugar en el que el niño nunca hubiera soñado estar, de que se había comprometido a hacerse cargo de su manutención pese a que su familia ya donaba grandes sumas a aquella institución que regentaba un familiar de su madre…

Phineas no se atrevió a objetar nada de lo que decía su madrastra porque, en su fuero interno, estaba de acuerdo con todo y con más. Aparte de lo que le contaba sobre la vida y las aspiraciones de Elinor, él había descubierto que era una dama singular, adelantada a su época, a la que admiraba por sus férreos principios y su carácter bondadoso, con un singular coraje que le había llevado a enfrentarse a matones que la superaban con creces en tamaño.

Adelaide le había referido con detalle el viaje a Hardwood Hall del día anterior. El precioso entorno en el que se encontraba el hogar de acogida, la amabilidad de la señorita Hardwood, la propietaria, y la ilusión con la que el niño había aceptado quedarse. Su madrastra, que en las pocas horas que había permanecido con Jimmy le había tomado un gran afecto, quedó convencida de que estaba en un lugar inmejorable y que allí sería feliz mientras su padre no lo reclamara.

Phineas le aseguró que eso era poco probable y por varias razones. En primer lugar, porque cabía la posibilidad de que no fuera su progenitor o no tuviera medios para demostrarlo — no podía creer que un padre que apreciara a su hijo lo tuviera viviendo en tan malas condiciones como las que habían constatado—, y porque pasaría una larga temporada en la cárcel; si no perecía en ella o era deportado a las colonias del sur.

El sábado por la mañana Phineas había acudido a las oficinas de la naviera y le había presentado a su cliente un informe pormenorizado del resultado de la investigación. El señor Cremer alertó de inmediato a la policía para que detuvieran a los ladrones una vez que el Golden Dolphin llegara a puerto y a su abogado para que reclamara el material requisado del almacén la noche anterior, que consideraba de su propiedad. Cuando el navío llegó esa misma noche, la policía detuvo al padre de Jimmy y al contramaestre. Si había alguien más implicado, se cuidaría de continuar con los robos a la vista de lo que les iba a suceder a sus compinches.

El señor Cremer quedó muy satisfecho con el trabajo. Le prometió que le recomendaría a quien le preguntara y le liquidó los honorarios, que ascendían a quince guineas, más una bonificación por la feliz resolución del caso. Una gran satisfacción para Phineas, que quedaba empañada por el resquemor que sentía al pensar que Elinor se había olvidado de él. Y esa era la razón de que le perturbara el verla descender de un carruaje frente a la puerta a las nueve de la mañana, su hora de llegada de los días anteriores.

Un calorcillo se extendió por su interior al observar el caminar decidido y ese aire de vitalidad que desprendía, tan inusual en las ociosas damas de la alta sociedad, dedicadas a languidecer en espera de un matrimonio ventajoso.

Se sentó en el sillón tras el escritorio y simuló estar ocupado en sus asuntos. A los pocos minutos, unos suaves toques a la puerta le anunciaron su llegada.

Elinor entró sin esperar la orden, como solía hacer. La sonrisa que mostraba su rostro le causó a Phineas un delicioso cosquilleo en el vientre. Esa mañana estaba muy bonita, con un vestido en tono verde musgo que le favorecía y un sombrero en el mismo color adornado con un ramillete de flores de tela, del que se desprendió al entrar.

—Señor Moore… —saludó, y se sentó en el asiento frente al escritorio

—No la esperaba, señorita Welby —quiso sincerarse.

—¿Y por qué ha llegado a esa conclusión?

—Pensé que ya había acumulado experiencias para su libro.

—Nunca son suficientes, a mi entender. La incursión de noches pasadas fue muy estimulante y no me importaría repetirla, pese a que usted ponga objeciones.

—Y con razón. Debe admitir que la situación se tornó arriesgada y corrió un gran peligro. El hombre que entró en el almacén pudo herirla, por no contar con los innumerables peligros que se cruzaron en su camino —le recordó.

Elinor soltó una carcajada ante los reproches de Phineas.

—Es usted un hombre demasiado asustadizo para tener una profesión tan expuesta —dijo con sonrisita guasona—. No se preocupe, señor Moore, que no le haré responsable si me ocurre algún mal mientras le acompaño en otra de sus investigaciones. Como le he comentado en alguna ocasión, soy una persona adulta y asumo las dificultades que se deriven de mis decisiones.

—¿Y su familia? ¿Ellos están de acuerdo con sus andanzas? —preguntó Phineas, aun sabiendo la respuesta.

Elinor eludió la mirada inquisitiva. Sus padres le prohibirían continuar con esas correrías si se enteraban, así que mejor mantenerlos en la ignorancia.

—Mi familia no le pedirá responsabilidad, no se inquiete —contestó, y cambió de tema con rapidez—. Y ahora, cuénteme las novedades sobre el caso del robo de licores. ¿Han detenido al padre de Jimmy?

—En efecto. Anoche, en cuanto el navío atracó, fue arrestado junto con su cómplice. Pasará varios años en prisión.

La tranquilidad que le originaban esas palabras se mostró en el rosto de Elinor. Había temido que, por alguna razón, el hombre hubiese escapado de la justicia y reclamase al niño.

—Me alegro. Espero que Jimmy sea mayor cuando salga y no vuelva a su custodia.

—No es probable que vuelva a verlo —comentó con agrado—. Ya me ha contado Adelaide que al niño le gustó su nuevo hogar.

—Así es. Confraternizó de inmediato con otros niños y parecía feliz de quedarse allí. En unos días iré a visitarle para comprobar cómo está y si desea continuar en aquel lugar, como espero; en caso contrario, le buscaré otro alojamiento. Adelaide ha prometido acompañarme.

—Si no tengo un caso urgente en ese momento, me gustaría ver cómo sigue el pequeño rescatado.

Phineas temió que su madrastra insistiera en acogerlo. Parecía haberle tomado mucho cariño en las pocas horas que pasó con él y le habría gustado que se quedara en la casa, lo que les causaría problemas y a Jimmy no le beneficiaría. El orfanato era mejor lugar para él, donde crecería con otros niños de sus mismas condiciones.

—Por supuesto. A Jimmy le gustará verle. Le causó una grata impresión y creo que le ha tomado como modelo masculino. —Sonrió al recordar la carita ilusionada del niño cuando hablaba de lo valiente que era el señor Moore—. Y bien, ¿tiene algún caso interesante? Imagino que sí, ya que el anterior parece haber concluido de forma satisfactoria para todos excepto para los ladrones, obviamente.

Phineas se quedó prendido de aquellos ojos ambarinos que refulgían con un brillo entusiasta y demoró la respuesta. Cuando advirtió que ella fruncía el ceño en un gesto interrogativo, volvió a la realidad. Se aclaró la garganta para darse tiempo a procesar una respuesta. Se debatía entre la conveniencia de hablarle del nuevo encargo o mantenerla apartada como en los anteriores; con escaso éxito, reconoció.

No debería involucrarla por el riesgo que conllevaba, pero ya había tomado la decisión de no excluirla si ella se presentaba y eso pensaba hacer. Siempre que no pusiese en peligro su integridad física, le permitiría acompañarlo. Aun así, intentó disuadirla. No sería la primera vez que una investigación en apariencia fácil acababa complicándose y tornándose peligrosa.

—Me han encargado una vigilancia. Algo rutinario que solventaremos en unos pocos días entre Percy y yo. No creo que sea de su interés.

Los ojos de Elinor lanzaron un destello alborozado e inclinó el cuerpo hacia delante, como siempre que se sentía interesada por alguna explicación de Phineas.

—Cuénteme, por favor, y yo decidiré si me parece interesante.

—Creo que aprovecharía más la mañana estudiando el código de señales telegráficas, tan práctico para leer y emitir mensajes, que apostada frente a la residencia de la persona a la que debemos seguir, si decide salir de ella.

—No se preocupe por si me aburro durante una vigilancia. Ya he tenido esa experiencia y admito que fue algo tedioso, aunque lo acepto como parte del oficio y como una experiencia de la que puedo aprender. Dígame el plan a seguir y lo realizaré con gusto.

Elinor estaba exaltada. Parecía que Phineas había cambiado de actitud y ahora tenía intención

de contar con ella. No le cabía duda de que se debía a lo ocurrido la noche del registro del almacén. Le había demostrado que era una persona válida, que podía brindarle una gran ayuda y no se atemorizaba con facilidad.

Capítulo 19

Phineas comprendió que no iba a disuadir a Elinor de su interés por la nueva investigación y decidió incluirla. Al menos, tendría compañía durante el rato que le tocase vigilar, algo de por sí fastidioso. Limitaría las explicaciones para evitar comprometer la privacidad de su cliente, al igual que ocurría con Percy y Adelaide. Su trabajo exigía ocultar cierta información, y este nuevo encargo así lo requería.

El día anterior, Phineas había recibido una nota firmada por sir Nigel Naumburg en la que le pedía que acudiera a las cuatro de la tarde a The Athenaeum, un club de caballeros en Pall Mall, cerca de St. James Park. Como tenía por costumbre, antes de acudir a la cita se informó de su posible cliente. Conrad Lytton, uno de sus antiguos compañeros de Oxford, hijo de un rico burgués propietario de varias fábricas en Manchester y un libertino incorregible, era la persona que mejor conocía a la mayoría de los miembros de la alta sociedad londinense, con los que compartía eventos. A él recurría cuando quería información y Lytton nunca le defraudaba.

Sir Nigel era un reputado médico, miembro de la Academia de las Ciencias, con consulta en Harley Street, donde se ubicaban buena parte de los médicos especialistas y cirujanos atraídos por la proximidad de varios hospitales. Allí atendía a su distinguida clientela y, hasta un año antes, tenía su residencia. En la actualidad vivía en Chester Square, en Belgravia, una de las zonas más lujosas de la ciudad y de las preferidas por las clases altas. Estaba casado y tenían dos hijos. Lady Diane Naumburg, con la que se había casado diez años antes, tras enviudar, era una dama agraciada y jovial, a la que Lytton le calculaba unos treinta y cinco años, bastantes menos que sir Nigel. La pareja hacía poca vida social y no sabía de ningún *affaire* relacionado con ellos.

Esa bonanza económica se debía a que sir Nigel se había convertido en uno de los médicos de la Corona. Se rumoreaba, según Lytton, que la reina estaba angustiada por el estado de salud de su marido, enfermo desde hacía un par de años. Había hecho llamar a innumerables profesionales de dentro y fuera del país para que dieran una solución al mal que le aquejaba. Sir Nigel había repetido visitas a palacio, lo que daba a entender que iba por buen camino.

De altura considerable, figura elegante embutida en un costoso traje hecho a medida y modales refinados, sir Nigel presentaba una apariencia solemne, propia del gran prestigio social de que gozaba. Durante la entrevista que mantuvieron en uno de los saloncitos privados de The Athenaeum, comentó a Phineas que había acudido a él por recomendación de un amigo que le había hablado de su eficiencia y discreción, y esperaba que pudiera ayudarle. Desde que se hizo cargo de atender al consorte de la reina, tenía que cuidar al máximo las apariencias y las personas con las que se relacionaba, y no podía permitirse ningún desliz. El desasosiego que sentía se reflejaba en su serio y enjuto rostro, y no le pasó desapercibido a Phineas.

A sir Nigel le costó admitir que le perturbaba el comportamiento de su esposa. En las dos últimas semanas su temperamento había cambiado. La notaba inquieta y había aumentado las

salidas. En varias ocasiones, cuando regresaba a su residencia a la hora del almuerzo, no la encontraba allí. Había quedado con una amiga y regresaría por la tarde, según la doncella. Y unos días antes, una paciente le comentó que la había visto en compañía de un caballero paseando por Kensington Gardens. No desconfiaba de ella. Debía tratarse de algo inocente, algún conocido con el que habría coincidido. No obstante, y para su tranquilidad, quería cerciorarse.

No solo temía que le avergonzara y perder el favor de la Corona. Si se relacionaba con personas que no debía, estas podían aprovechar la información que les facilitara para perjudicar a la reina. Él no comentaba nada de su trabajo, aunque en un par de ocasiones fueron invitados a eventos privados en palacio y pudo escuchar algo que no debía divulgar. Era una mujer muy vehemente y, con frecuencia, se olvidaba de su posición social y de que no podía permitirse que su nombre se viera relacionado con nada deshonroso.

En el retrato que sir Nigel le mostró de su esposa aparecía una mujer de rasgos elegantes no carentes de atractivo, formas voluptuosas y franca sonrisa, como Lytton la había descrito.

Phineas recelaba que lady Naumburg tenía un amante, si bien no quería adelantar suposiciones hasta que no tuviera evidencias de la infidelidad. Le prometió a sir Nigel que comenzaría de inmediato a investigar y le informaría en cuanto tuviera algo que comunicarle.

—Se trata de seguir a la esposa de un cliente y anotar todo lo que hace: sus horarios, con quién se relaciona y, si es posible, escuchar sus conversaciones —explicó Phineas a Elinor, que lo miraba expectante.

—¿Tiene un amante? —aventuró ella, coincidiendo sin saberlo con las sospechas de Phineas.

—Es lo más probable, pero no podemos hacer suposiciones. Un detective tiene que guiarse por los hechos. Mantendremos la vigilancia por la mañana, ya que suele estar acompañada por el marido a partir de las cinco de la tarde, cuando él regresa a casa.

—¿No hacen salidas nocturnas?

—Tengo entendido que llevan una vida social poco activa y acuden juntos a los eventos. Lo que le preocupa al cliente son esas horas en las que él está en sus ocupaciones y su esposa no le acompaña. —Phineas se decidió a contarle algo más sin llegar a dar nombres—. Le han llegado noticias de que la han visto acompañada por un hombre en una zona poco concurrida. Él ocupa una alta posición social y teme que las habladurías le perjudiquen hasta el extremo de verse implicado en un delito.

—Por supuesto. No le importa que su esposa tenga un amante siempre que no sea de dominio público. En cambio, él podrá tener las que quiera y nadie se escandalizaría —opinó Elinor con sarcasmo—. Y se lo tendría bien merecido por hipócrita, si así fuera —apostilló.

Phineas sonrió ante el gesto de exasperación de ella.

—No adelante hechos y centrémonos en el caso que nos ocupa. Primero, tenemos que determinar si son ciertos los temores del marido. Esa es la primera premisa que debe tener en cuenta todo investigador. Si ya va predispuesta a juzgar o con una opinión anticipada, no será objetiva y su trabajo se verá contaminado.

—Cierto. Me he precipitado. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Cuando usted ordene. Percy ya se ha adelantado y está vigilando por si se marcha antes de que lleguemos.

—¿Y cómo le avisaría si eso ocurriera? —se interesó.

—Comprobará que tengo una buena red de comunicación —dijo él con un esbozo de sonrisa.

Elinor no lo dudó. Ese hombre era inteligente y previsor. Estaba aprendiendo mucho con él y, como había comprobado, la diversión a su lado estaba garantizada.

De camino hacia la residencia de sir Nigel en la berlina conducida por Walter, Phineas le fue ampliando a Elinor la información hasta donde creyó oportuno. Era una norma que no solía saltarse, ni siquiera con sus colaboradores más cercanos, mientras no resultaba necesario.

—Mi cliente alude a que su esposa sale por las mañanas desde hace un par de semanas, algo que no era habitual. Le preguntó en una ocasión y ella comentó que iba a visitar a una buena amiga que está impedida tras haber sufrido una caída. Al no poder salir de casa, ella acude a diario para hacerle compañía. Él desea comprobar si es cierto. No puede permitirse un escándalo.

—¿Puedo saber el nombre del cliente? Es probable que le conozca.

En los seis años transcurridos desde su presentación en sociedad Elinor había conocido a muchas personas, en especial durante los tres primeros, cuando tuvo que acudir a innumerables bailes y eventos de todo tipo para complacer a sus padres. Hasta que se cansó de esa frenética e inútil actividad y se negó a continuar.

Le costó un buen disgusto con su madre, tan aferrada a las normas sociales. Por suerte, contó con el apoyo de su hermano, al que acabó sumándose su padre, cansado de sus continuas protestas. Elizabeth se resignó a que su hija limitara las salidas, sin renunciar al deseo de verla casada. Si no salía a buscar marido, ella le encontraría uno; y no había dejado de intentarlo.

—Puede que así sea. Lo comprobará cuando la vea. Yo no puedo facilitarle ese dato. Lo exige la confidencialidad con nuestros clientes, se lo expliqué desde el principio y debe tenerlo en cuenta si desea ser fiel a la realidad en sus escritos.

—Le comprendo y aplaudo su honradez, que no será general. Imagino que no todos los investigadores tienen tantos escrúpulos como usted.

—No dudo que habrá quien no respete esas normas. Yo intento cumplirlas, a menos que deba saltármelas por una causa mayor. —Era algo de lo que se sentía orgulloso y que dejaba satisfechos a los clientes, de ahí que lo recomendaran.

En esta ocasión, y como le había confesado el nuevo cliente, fue sir Gerald Winslow quien le había recomendado. Conoció a sir Gerald tres años antes, cuando estaba comenzando en la profesión. Él le confió un encargo y quedó satisfecho con la pronta y eficaz resolución del mismo. A partir de entonces, había sugerido su nombre a quienes solicitaban su consejo, todas ellas personas importantes de la sociedad.

Apreciaba y admiraba a sir Gerald por la gran labor que desarrollaba como miembro de la Cámara de los Comunes, en la defensa de una mejor salubridad en la ciudad y promoviendo leyes que favorecían a los más necesitados. Él había sido uno de los diputados que más luchó por conseguir un nuevo sistema de alcantarillado, que había comenzado a construirse dos años antes, y que ayudaría a evitar las terribles epidemias de cólera y otras enfermedades endémicas que asolaban Londres desde hacía años, una de las cuales causó la muerte de su madre.

Tardaron casi una hora en llegar a su destino, en el prestigioso barrio de Belgravia. A esas horas, el tránsito por las calles de Londres era intenso, dificultado por los problemas que estaban causando las numerosas obras que se desarrollaban en la ciudad. Cuando llegaron a Chester Square, Walter se situó a corta distancia de la residencia, una mansión de cuatro plantas y semisótano. El edificio, de líneas armoniosas y fachada revestida de estuco blanco, era similar a los que había a su alrededor.

Percy se acercó a la berlina e informó a Phineas de lo que había ocurrido desde que comenzó la vigilancia dos horas antes. Al no existir puerta trasera, ya que el edificio tenía adosados, se había apostado en la acera de enfrente, desde donde tenía una completa visión de las entradas y salidas.

A Elinor le sorprendió el aspecto que presentaba. Parecía un golfillo de los muchos que deambulaban por las calles en busca de algún trabajo rápido. Llevaba el cabello despeinado, con mechones que le cubrían la frente, y una gorra raída, al igual que el resto del atuendo, que le quedaba muy ajustado, como si lo tuviera desde hacía años.

—A las ocho y media de la mañana ha abandonado la residencia un caballero que, por la descripción que me facilitó, coincide con el cliente. Ha cogido un coche de alquiler al final de la calle. El resto de la actividad se ha limitado a los sirvientes. Un par han salido por la puerta del subsuelo, uno de ellos pocos minutos después del caballero, y otro, una doncella, a las nueve y diez minutos; aún no han regresado. También ha venido un proveedor de verduras, a las nueve y doce minutos. Entró por dicha puerta y se marchó a los diez minutos —explicó, mientas leía las notas tomadas en una libreta.

Phineas lo envió de vuelta a la casa para que pusiese por escrito el informe y él se hizo cargo de la vigilancia.

En la amplia calle había varios carruajes detenidos en espera de que sus dueños los utilizaran, por lo que no resultaba extraño ver uno allí durante horas. Con la cortinilla abierta, tenían una buena visión de la puerta principal de la residencia. Y si se despistaba, Walter cubría toda la calle desde su puesto en el pescante. Al ser cerrada, la berlina les facilitaba privacidad y contribuía a que su presencia pasase desapercibida. El inconveniente para Phineas eran las reducidas dimensiones del habitáculo, por la apurada intimidad que propiciaba. Cuando iba solo, solía prescindir del carruaje. Una pareja era difícil de camuflar y llamarían demasiado la atención si permanecían durante mucho tiempo deambulando por el mismo lugar.

Agradecía la presencia de Elinor, que le hacía más llevadero el trabajo, pero su cercanía le alteraba el ánimo. El tenue aroma a jazmín que desprendía ocupaba el recinto y saturaba sus fosas nasales, a lo que se unía el leve calor que emanaba su cuerpo. El hecho de mantener el silencio o hablar en susurros para no delatar su presencia hacía más intensa esa sensación de aislamiento que resultaba muy incitante. Phineas intentaba que no le afectase y se esforzaba por mantener la cabeza despejada de aquellas imágenes que acudían cuando pensaba en otras circunstancias más placenteras. Tuvo que reconocer que había sido una mala idea traerla con él y se prometió que, en otra ocasión, lo evitaría.

Capítulo 20

Transcurridos unos quince minutos, y viendo que la situación se hacía casi insostenible, Phineas decidió aliviar la tensión que le estaba provocando la presencia de Elinor en aquel reducido espacio.

—Voy a inspeccionar los alrededores por si detecto algo inusual. No salga de la berlina, por favor. Esta no es una calle comercial y resultaría extraño ver a una dama merodeando por aquí. Dedíquese a vigilar la puerta y anotar todas las incidencias que se produzcan, como ha visto hacer a Percy. En cualquier momento puede salir la persona a la que tenemos que seguir y no podremos perder tiempo.

—Lo he entendido, no se preocupe —le aseguró ella con seriedad, concentrada en la vigilancia. Tenía razón, en aquellas calles la presencia de una mujer parada en la acera levantaría sospechas. No así la de un hombre, que podía estar aguardando sin más. Elinor pensó que, la próxima vez, se pondría el atuendo masculino, que parecía más adecuado para ese trabajo.

No muy convencido de que cumpliera su palabra, Phineas bajó del carruaje e informó a Walter de su intención. Con pasos rápidos y seguros, caminó a lo largo de la calle observando todo a su alrededor. Si seguía la rutina que el cliente le había explicado, la dama no tardaría en marcharse. Al cabo de un rato, advirtió que un elegante landó cubierto se detenía en la puerta de la residencia.

Se dirigió con rapidez a la berlina y subió.

—¿Cree que ella va a salir? —preguntó Elinor, pendiente de la puerta.

—Eso espero.

Tras unos minutos, la puerta se abrió y salió por ella una mujer que, pese a la distancia y que portaba un *drawn bonnet* de amplia ala, Phineas identificó como la esposa de su cliente. Se veía más voluminosa de lo que se apreciaba en el retrato que le había mostrado, probablemente por lo aparatoso de la vestimenta, de amplia falda cubierta de volantes y mangas abullonadas adornadas con encajes y lazos.

A Elinor le pareció reconocer los rasgos de la dama, sin llegar a ponerle un nombre. Sin duda, habría coincidido con ella en algún evento.

Lady Naumburg bajó la corta escalinata, se introdujo en el carruaje que aguardaba y partieron de inmediato. Phineas tocó en el techo con el bastón, lo que indicó a Walter que debía seguirle.

—Espero que el cochero no lo pierda de vista si nos adentramos en calles más concurridas —comentó Elinor cuando se pusieron en marcha.

—Confío en la pericia de Walter; aunque no resultará una proeza seguirlo, habida cuenta del vistoso atuendo que lleva el lacayo.

Elinor sonrió. La librea en tonos rojos con abundancia de adornos dorados y el tricornio con plumas blancas que llevaba en la cabeza eran un buen reclamo para quien lo siguiera.

El carruaje en el que la dama viajaba circuló por las tranquilas calles del barrio residencial en dirección al río y se adentró en una zona menos poblada. A las pocas manzanas, paró frente a una hermosa residencia, apartada de las demás y rodeada de altos parterres. La dama bajó del coche, traspasó la puerta enrejada y caminó por el corto sendero hacia la casa. Llamó a la puerta y esta se abrió de inmediato.

Desde el interior de la berlina, estacionada unos metros antes, Phineas y Elinor la observaron introducirse en la casa.

—Es extraño que el carruaje se marche sin su ocupante —comentó Elinor al verlo desaparece calle arriba.

—Puede que tenga orden de regresar a una hora determinada —respondió Phineas con tono resignado. Se recomendó entereza para resistir el tiempo de espera, que presumía largo. Sabía que las visitas sociales solían durar varias horas.

Para Elinor, aquella experiencia estaba resultando inquietante, y no por las razones que esperaba. Ya había comprobado en otras ocasiones que la cercanía del detective le provocaba un calorcillo interno nada desagradable, y la razón era evidente: se trataba de un hombre cautivador. Cuando lo comparaba con otros que había conocido en algún evento social, siempre salía ganando. Poseía un gran atractivo físico y, sobre todo, una personalidad muy atrayente. Era enérgico y directo. La afectación presente en muchos caballeros no aparecía en él. Actuaba con naturalidad y confianza en sí mismo, lo que resultaba tan atractivo como su indiscutible gallardía. Lástima que no mostrara el menor interés por ella. Era una clienta y por esa razón la toleraba. Suspiró. Si hubiesen coincidido en otras circunstancias…

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elinor tras unos minutos en los que el silencio comenzó a crear una embarazosa atmósfera.

—Esperar y observar, señorita Welby. Le dije que era un trabajo aburrido y usted se empeñó en acompañarme —le recordó con un matiz de ironía con el que quería disimular su incomodidad. Para una persona tan impaciente como Elinor, esa tarea debía de ser una tortura.

—No me estoy quejando, señor Moore, solo recabando información. No todo va a ser tan entretenido como la otra noche en la guarida de los ladrones.

—Me alegra que lo comprenda. La mayor parte del trabajo del detective es de este tipo y resulta tedioso; por suerte, cuento con la ayuda de Percy y con alguien más que me relevan tras un tiempo. En ocasiones, la vigilancia se ha extendido durante todo el día o la noche.

Elinor pensó que se necesitaba una naturaleza especial para ese trabajo, y Phineas parecía poseerla. Tenía un carácter muy paciente y, al mismo tiempo, resuelto, preparado para saltar a la acción cuando la situación lo requería.

Sacó un cuaderno y un lápiz del bolsito que llevaba colgado del brazo por una cadena plateada. Phineas se alegró de que hubiese decidido prescindir de la cartera que solía llevar consigo y que llamaba la atención. Durante un seguimiento era importante pasar lo más inadvertido posible.

—Explíqueme esa parte, señor Moore —pidió Elinor, y se dispuso a tomar notas de todo lo que dijese.

Él lo agradeció. De esa forma no centraba su atención en la tentadora compañía con la que sus rodillas se rozaba cuando inclinaba el cuerpo para mirar por la ventanilla.

—Contrato a chavales que conozco desde hace tiempo y en los que confío. Su principal cometido es realizar recados, llevar mensajes de un lugar a otro y vigilar e informar. Son idóneos para este trabajo porque pasan desapercibidos. Nadie repara en un pilluelo que vaga por las calles

a la espera de ganar unos céntimos realizando algún trabajillo.

Ese era su medio de comunicación entre Percy y él cuando estaban de vigilancia. En casi todas las calles de la ciudad los encontrabas bien dispuestos a llevar mensajes de un lugar a otro a cambio de unos peniques. Y para asegurarse de que cumplían con el encargo, les pagaban solo la mitad de lo acordado y el resto a la entrega si llegaba en condiciones. Cuando el asunto era de urgencia, les prometían unos peniques extra.

Eran muchachos muy espabilados, que se conocían las calles de la ciudad tan bien como las líneas de su mano y no dudaban en subirse a la parte trasera de los carruajes que circulaban para evitar las largas caminatas y hacer las entregas en el menor tiempo posible, lo que les aseguraba clientes contentos.

En los años que llevaba ejerciendo esa profesión, Phineas había conocido a muchos chicos, algunos poco honrados a causa de las circunstancias en las que se veían obligados a vivir. Los escasos ingresos que entraban en una familia, por lo general numerosa, los obligaban a robar para comer ese día. Otros, más afortunados, lo hacían para incrementar esos ingresos o tener algo de dinero para caprichos. Solo unos pocos lo veían como medio de trabajo y para aprender una profesión. Esos establecían un negocio propio y acababan empleando a otros.

—Muy ingenioso. ¿Y cómo los localiza cuando los necesita?

—Sé dónde encontrarlos y les envío un recado con hora y lugar de encuentro.

—Ajá. ¿Algo más que deba saber?

—Sí. Que no todos son de fiar y no pueden realizar cualquier tipo de servicio. En casos complicados recurro a Walter o a algún colega de la profesión; incluso Adelaide me ha ayudado en alguna ocasión.

—¿Ella le ha acompañado en las investigaciones? —preguntó Elinor con los ojos brillantes de asombro. La madrastra de Phineas le parecía una mujer demasiado apacible. Nunca hubiera imaginado que intervenía de forma activa en las pesquisas.

—Solo en casos extremos, cuando he necesitado de alguien con cierta presencia que pueda introducirse en círculos sofisticados y no desentone. Es muy sagaz y sabe buscar el medio de conseguir la información que necesito.

En el tono con el que Phineas se refería a su madrastra, Elinor apreció verdadera admiración. Ella coincidía en que Adelaide era una gran mujer.

—Reláteme alguno de esos incidentes, señor Moore. Serán de mucha ayuda en mis escritos. Las experiencias de una dama detective es lo que necesito, y la figura de su madrastra es perfecta para mi protagonista —admitió. En su cabeza comenzaron a tomar forma algunas ideas que estaba deseando concretar por escrito.

Phineas le refirió un par de aventuras en las que Adelaide había hecho de sabueso con muy buenos resultados y que Elinor anotó en el cuaderno. Estaba a punto de relatarle otra hazaña cuando la puerta se abrió y lady Naumburg salió por ella. Caminó unos metros hasta que paró un coche de alquiler y subió a él.

La sorpresa se reflejó en el rostro de ambos, que no esperaban una visita tan corta. Solo habían transcurrido unos quince minutos, algo insólito a no ser que la persona a visitar no estuviera y, en ese caso, se habría marchado de inmediato.

Phineas indicó a Walter que siguiera al carruaje que la dama había tomado y que procurara no perderlo. Al ser más modesto y sin lacayo con librea llamativa en la parte posterior, resultaba fácil de confundir. Walter se puso en marcha de inmediato y procuró avanzar pegado al vehículo que seguía, la mejor forma de no perderlo de vista.

El carruaje hizo el recorrido inverso, pero el trayecto fue largo. No paró en Chester Square, como Phineas y Elinor imaginaron. Siguió en dirección a Hyde Park, tomó por Piccadilly Street y después se adentró en New Bond Street. ¿Ese sería el lugar de encuentro con su amante?, se preguntaron ambos.

Aquí Phineas temió que acabaran perdiéndolo. El tráfico en aquella concurrida calle dificultaba el seguimiento. Por suerte, no se introdujo por alguna de las calles perpendiculares y se detuvo al poco. La dama bajó del vehículo y entró en la joyería frente a la que había parado.

—Va de compras —señaló Elinor.

Phineas abrió la portezuela y bajó.

—Veré qué adquiere. No abandone el coche.

—Me gustaría acompañarle —ofreció Elinor.

—Es conveniente que permanezca aquí por si advierte algo sospechoso mientras yo estoy en la tienda —indicó él con el fin de convencerla.

Elinor se conformó a regañadientes y se mantuvo atenta mientras Phineas desaparecía en el interior del comercio en el que la dama había entrado minutos antes.

Capítulo 21

En el establecimiento de reducidas dimensiones solo se encontraba lady Naumburg y, tras el mostrador, un hombre de cabello canoso y rostro surcado de arrugas que miraba a través de unas gruesas lentes.

—Señor, si es tan amable de esperar, le atenderé cuando termine con la señora —indicó a Phineas cuando lo vio entrar.

Phineas inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se acercó a ella. La observó de reojo mientras simulaba prestar atención a los vistosos brazaletes que se exponían en el mostrador contiguo. La dama miraba varios relojes de caballero, colocados en una bandeja forrada de terciopelo sobre el mostrador acristalado.

—Me llevaré este —indicó al dependiente, con una voz suave y bien modulada. Le entregó el reloj de oro con larga leontina.

—Tiene buen gusto, señora. Es uno de los más bonitos. ¿Desea que le añadamos alguna inscripción, una dedicatoria…?

—Sí, por favor. Ponga: *Con todo mi amor*, y la letra D. ¿Para cuándo estará? —preguntó. Abrió el pequeño bolso de terciopelo bordado que portaba y extrajo de él varios soberanos de oro que dejó sobre el mostrador.

El joyero se apresuró a cogerlos y los guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—La inscripción no me llevará más de quince minutos. Si desea aguardar… —Le indicó una silla junto a la amplia ventana.

—Lo haré en el carruaje que está frente a la puerta. Puede llevarlo cuando acabe.

—Por supuesto, señora.

La dama se marchó sin mirar a ningún lado y el empleado tocó una campanilla. Al momento se personó una joven. Llevaba el cabello recogido bajo una cofia y el sobrio vestido en tono grisáceo cubierto por un delantal de faena.

—Disculpe la tardanza, caballero. Mi hija le atenderá, si no le importa —sugirió el vendedor.

La dependienta se acercó y Phineas le pidió que le mostrara uno de los brazaletes expuestos bajo el cristal del mostrador. No quería salir de inmediato para no levantar sospechas, pese al temor de que lady Naumburg decidiera no aguardar y se marchara. Tras un par de minutos contemplando la joya, se la devolvió a la dependienta con la promesa de regresar con su prometida para que ella eligiera.

Salió de la joyería y se dirigió a la berlina. Elinor esperaba impaciente. Phineas le explicó lo que había ocurrido y ambos aguardaron sin dejar de observar.

El joyero salió del establecimiento unos quince minutos después y fue hacia el carruaje que aguardaba frente a la puerta. Llevaba en la mano un saquito de terciopelo en tono burdeos que contenía el reloj con la inscripción acordada. Tras un breve lapso de tiempo, volvió al interior y

el carruaje partió.

—¿Está seguro de que no ha indicado ningún nombre? —preguntó Elinor.

—Lo estoy. La D debe ser por su nombre. Es un regalo para su amante, con el que habrá concertado una cita esta misma mañana.

Elinor lo miró con curiosidad.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Hay indicios que lo sugieren. En primer lugar, pienso que es un regalo para su amante porque, si fuese para su marido, habría puesto el nombre completo. Que solo aparezca la inicial es una forma de protegerse. Y deduzco que va a verse con él por la dirección que ha tomado. Si se dirigiera a su residencia, habría tomado la contraria. Y tenía prisa por recoger el objeto, lo que sugiere que quiere estregarlo hoy. Sería demasiado arriesgado llevarlo consigo a su hogar. Su marido podría descubrirlo.

—Eso son solo suposiciones.

—Este oficio se basa en suposiciones, señorita Welby, que se convierten o no en indicios cuando se investigan.

El coche de alquiler en el que viajaba lady Naumburg tomó por Oxford Street y continuó por Uxbridge Road, bordeando Hyde Park y Kensington Gardens hasta llegar a la zona más occidental de los jardines. Walter demostró su pericia al no perderlo de vista pese a la cantidad de vehículos similares que circulaban por aquellas concurridas calles a esa hora.

El carruaje se detuvo junto a la puerta de entrada y la esposa de sir Nigel bajó de él. Llevaba el rostro cubierto por un fino velo que partía del sobrero, lo que le confería cierto anonimato. A ellos no les resultó difícil localizarla cuando se adentró en los jardines con pasos presurosos porque la identificaron por el atuendo, el mismo que había llevado desde que salió de su residencia.

Elinor se negó a permanecer en el carruaje y acompañó a Phineas. Ambos caminaron cogidos del brazo como si se tratase de una pareja y entraron por la misma puerta que la dama. La siguieron a media distancia cuando se adentró por un camino secundario que ofrecía numerosos rincones para disfrutar de privacidad, con frondosos árboles y bancos de madera o piedra donde sentarse.

Un hombre aguardaba en un templete semioculto entre la arboleda. Se levantó del asiento que ocupaba y se dirigió al encuentro de lady Naumburg con los brazos extendidos. Era de estatura mediana y complexión delgada. Tendría poco más de veinte años y el rostro desprovisto de vello dejaba apreciar sus hermosos rasgos. Los grandes ojos eran de un tono claro, el cabello de un dorado brillante y la boca de labios sensuales. Elinor entendió la fascinación que la dama sentía por aquel adonis bajado a la tierra. Vestía un traje de paseo de *tweed* en tonos ocres y se cubría con un sombrero bajo.

El abrazo fue fugaz y temeroso, por si alguien los veía, y pronto se refugiaron en el templete.

Phineas indicó a Elinor con un gesto que guardara silencio y ambos se introdujeron entre los arbustos de laurel cerezo que cerraban el pabellón en su parte trasera. El alto seto los cubría por entero y dejaba algunos huecos por los que la visión era buena y podían escuchar la conversación.

Elinor estaba tensa. La vigilancia, el seguimiento y ahora la expectativa por lo que pudieran descubrir eran muy estimulantes, una experiencia enriquecedora que le aportaba conocimientos y emoción. La presencia de Phineas junto a ella influía de igual modo en su estado de efervescencia. El hueco que ocupaban para no delatar su presencia era tan estrecho que tenía la

espalda apoyada en el pecho masculino y podía sentir los fuertes latidos de su corazón, por lo que le costaba concentrarse en lo que la pareja decía, que no era mucho. Durante los primeros minutos apenas se dedicaron palabras, ocupados en prodigarse caricias.

Hasta ellos llegaban los suspiros y gemidos de los amantes. Elinor sentía un creciente acaloramiento y Phineas reprimía con esfuerzo la agitación que sentía.

Tras largos minutos, el intercambio amoroso cesó y ella extrajo del bolso el saquito que el joyero le había entregado y se lo ofreció a su acompañante. Él contempló el valioso reloj con admiración no exenta de codicia. Miró arrebolado a su amante y acercó su rostro para besarla con pasión. Ella lo apartó con una risita feliz. Estaba ansiosa de que leyera la dedicatoria.

—Mira el interior.

Él obedeció. Cuando acabó, volvió a dirigirle otra mirada llena de agradecimiento.

—No te merezco, Diane. ¡Eres mi diosa! —Volvió a besarla con ardor, a lo que ella respondió de igual modo.

Tras otros intensos momentos de pasión. Él se levantó y sacó de su bolsillo un papel.

—Yo también tengo un regalo para ti, mi amor. Te he escrito unos versos.

Diane ahogó un grito de entusiasmo.

—Léelos, por favor. Quiero escucharlos de tus labios —le urgió.

Él acató la orden con una sonrisita de suficiencia y procedió a leer con voz clara y forzada entonación.

Si tu mirada fuera agua
Bebería de ella.
Si tu mirada fuera fuego
Me abrasaría en él.
Si tu mirada fuera aire
Perecería gustoso entre tus pestañas.
Si tu mirada fuera mi perdición
Me dejaría arrastrar hasta el averno.
Si tu mirada fuera amor
Me encadenaría a ella
Para el resto de mi vida.
Todo lo que deseo
Y a lo que aspiro
Está en tu mirada, mi dulce Diane.
No me la niegues nunca
O mi vida se eclipsará
Como el sol en el ocaso.

Diane gimoteó emocionada y los ojos se le humedecieron.

—¡Oh, Charlie, soy tan feliz! Nadie me había dedicado unas palabras tan bonitas —repuso, y se lanzó a sus brazos.

—Y yo, cariño mío. ¡Te amo!

Elinor giró la cabeza para mirar a Phineas. Estaba más cerca de lo que imaginaba y dio un respingo de sorpresa al rozarle la barbilla con la frente. Cuando serenó la emoción que le provocaba esa cercanía y el calor que sentía en su espalda, susurró:

—¿Es necesario continuar presenciando esto? Es de una ridiculez que da horror —opinó, e hizo un expresivo gesto con el rostro.

Phineas sonrió ante aquella reacción. Él tenía las mismas ganas de marcharse y ahorrarse la bufonada. No podía hacerlo porque cualquier ruido que hicieran los alertaría, y necesitaba saber quién era el enamorado para entregar un informe completo a su cliente. Estaba muy incómodo con el cuerpo de ella pegado al suyo y teniendo que contener a duras penas el deseo de abrazarla y prodigarle las mismas atenciones que el joven amante tenía con lady Naumburg.

—Me temo que sí. Faltan datos por averiguar —murmuró muy cerca de su oído.

Elinor suspiró para calmar los ánimos y Phineas sintió un latigazo en el estómago cuando notó cómo la esbelta espalda de ella presionaba sobre su pecho.

En los siguientes minutos tuvieron que presenciar nuevas demostraciones de afecto y confidencias entre los enamorados, lo que supuso una auténtica tortura para ambos, hasta que largos minutos después dieron por terminado el encuentro.

—Me marcho. Mi esposo me ha comunicado que regresará pronto y debo estar allí. No podemos permitir que recele —indicó Diane con voz apesadumbrada.

—¿Cuándo volveré a verte? ¿Mañana? —preguntó con anhelo.

—Imposible. Mi esposo va a visitar a un importante paciente, que se encuentra en su finca de Surrey. Me ha pedido que le acompañe y no he podido negarme. Estaremos allí dos o tres días, según evolucione. Nos veremos a mi vuelta. Te enviaré un mensaje —explicó mientras, de pie, se arreglaba las ropas.

—¡Dos días! No sé cómo aguantaré tanto tiempo sin tenerte en mis brazos, amor mío. Va a ser una tortura, una auténtica agonía. Al menos, prométeme que la siguiente vez nos citaremos en mi estudio, donde tendremos intimidad. Necesito saborearte entera, beber de tu manantial secreto, adentrarme en ti y perecer allí si es preciso.

—Yo te deseo con un ansia que me desborda, mi Apolo. La próxima vez que nos veamos será en tu estudio, te lo prometo. Iré allí y seré tuya por primera vez y para siempre —repuso con vehemencia. Lo miró con los ojos húmedos de emoción y le cogió el rosto entre sus manos para prodigarle pequeños besos, hasta acabar requiriendo su boca con voracidad.

—¡Te adoro, mi amor! Aguardaré impaciente tu regreso. Quiero amarte como nunca te han amado y plasmar tu hermosura para retenerla siempre, siempre…

Un nuevo abrazo interrumpió las fogosas palabras del apasionado amante. Tras varios minutos más, la pareja se alejó por el apartado camino. Phineas y Elinor se apresuraron a salir de su escondite y seguirlos.

—Iré tras él. Necesito saber quién es. Usted puede regresar. Dígale a Walter que la lleve a su residencia o donde desee ir, yo cogeré un *cab* o el ómnibus si es necesario —planeó Phineas, mientras seguían a la pareja sin levantar sospechas.

—¿No sería conveniente continuar con la vigilancia de la mujer? ¿Y si va a algún lugar que debamos saber?

—No lo creo. Ya ha oído que tiene prisa por regresar a su casa para que su marido no sospeche.

—Iré con usted. Puede necesitar mi ayuda —propuso Elinor.

—No lo creo, y es una tarea que me puede llevar todo el día. Y si va a pie, como me temo, no podrá seguirle el ritmo y acabaríamos perdiéndole.

—¿Cómo que no podría seguirle el ritmo que marque? Sepa que suelo caminar con frecuencia. Cuando voy a Hardwood Hall salgo de excursión con los niños y recorremos varios kilómetros a

paso rápido —replicó con calor. Le indignaba que dudara de su capacidad.

—Puede que sea capaz, pero seguir a una persona no es tarea fácil y menos a plena luz del día. Por otra parte, resulta más difícil camuflar la presencia de dos personas que de una. Acabaría por darse cuenta. Por favor, obedezca y márchese. Ya le informaré de lo que descubra —la apremió Phineas.

Elinor no insistió. En ese último punto podía tener razón. Ella aún no había perfeccionado el arte de seguir a una persona sin que lo advirtiera. Se prometió que practicaría hasta conseguir ser indetectable.

Capítulo 22

Cuando Phineas y Elinor llegaron a la puerta de entrada a los jardines, la pareja a la que seguían ya se había separado. Lady Naumburg subió a uno de los coches de alquiler que aguardaban en aquella puerta de entrada y partió. Su acompañante, que había esperado a que el vehículo desapareciera, volvió a introducirse en los jardines y se adentró en ellos con paso rápido.

Elinor se marchó en la berlina y Phineas comenzó a seguir Charlie a una distancia prudencial para no alertarle. No era usual que los caballeros recorrieran a pie y solos aquellos lugares, solían ir a caballo o en carruajes que ellos mismos conducían. Solo los que no tenían riqueza para poseer alguno de ellos caminaban por Kensington Gardens o por Hyde Park.

Tras recorrer las casi dos millas que distaban hasta llegar a la entrada este de Hyde Park, Charlie salió a Oxford Street por Cumberland Gate y continuó caminando hacia el este, hasta que giró por una de las calles que se adentraban en el barrio de Marylebone. Phineas temió perderlo por alguna de las laberínticas y estrechas callejuelas, por lo que se arriesgó a acortar la distancia.

El joven continuó caminando en dirección norte durante varias manzanas hasta Paddington Street y se detuvo en la puerta de una estrecha vivienda de dos plantas en cuyo bajo aparecía el letrero *Charles Lowden. Fotografía y retratos*. Abrió la puerta con una llave que extrajo de su bolsillo y entró.

Phineas continuó con la vigilancia frente al edificio por si salía. Quería recopilar el mayor número de datos para presentarle a sir Nigel un dosier completo. Al rato, y viendo que no hacía ningún movimiento, cruzó la calle y entró en el establecimiento.

Al abrir la puerta sonó una campanilla sujeta al marco. Phineas se encontró con una salita en la que había un par de sillas junto a la ventana y un mostrador donde se exhibían algunos retratos y otros objetos propios de un negocio de ese tipo, que tanto se estaba popularizando.

Desde que unos años antes comenzaron a utilizase nuevas técnicas de revelado, como el colodión húmedo y la copia a la albúmina, los daguerrotipos y calotipos de décadas anteriores cayeron en desuso. Estos procedimientos conseguían reducir el tiempo de exposición a solo unos segundos sin mermar la calidad y ofrecían la posibilidad de realizar varias copias de una misma instantánea. La proliferación de los estudios fotográficos y el abaratamiento de los costes propició que los bolsillos menos pudientes tuvieran la oportunidad de quedar inmortalizados en un trozo de papel, algo que antes solo se podían costear las clases adineradas.

El individuo al que había seguido apareció de inmediato. Se había desprovisto de la chaqueta y aparecía en mangas de camisa.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Pasaba por la calle y me he fijado en el rótulo. ¿Es usted el fotógrafo?

—En efecto, soy Charles Lowden, y tengo más de cinco años de experiencia en esta profesión

—dijo con orgullo.

Phineas imaginó que estaba exagerando.

—Perfecto. Verá, dentro de un mes es mi aniversario de boda, el primero, y deseo regalar a mi esposa un retrato de ambos. Sé que a ella le hará mucha ilusión.

—No lo dude. Será un bonito recuerdo que podrá legar a sus hijos y nietos. La imagen conserva la calidad durante muchos años.

—Esa es la intención —coincidió Phineas con una sonrisita pícara—. Y podría informarme de lo que necesitaría para hacer un buen retrato, el tiempo que tardaría en realizarse, el coste…

—Por supuesto. Solo necesita venir con su esposa. No llevará demasiado tiempo. En menos de una hora habríamos acabado si no surge ningún problema, que no suele ser el caso. En cuanto al precio, depende de cómo lo desee. El tamaño es lo que más influye, junto al número de copias. Cuanto más grande sea el retrato, más caro le saldrá. Si les apetece utilizar uno de nuestros disfraces, tendrá un suplemento. Y si lo desean coloreado, el coste se incrementa. Cuando lo haya decidido, podré ajustarle un precio y el tiempo que se tardaría en entregarlo, que nunca suele ser más de dos o tres días.

—Perfecto. Lo hablaré con mi esposa y le comunicaré la decisión para que me facilite un importe aproximado.

—Como usted desee. El horario para las sesiones es a partir de las dos de la tarde. Durante la mañana suelo hacer encargos a domicilio —especificó.

Phineas imaginó que esos encargos a domicilio debían incluir los encuentros con su amante o amantes. Dudaba de que lady Naumburg fuese la única. El interés que mostraba por ella no le pareció sincero, solo una representación teatral poco convincente.

—¿Le importaría que viese el estudio, para hacerme una idea de lo que mi esposa se encontrará? Es muy pudorosa y no quiero que pueda sentirse incómoda.

—Desde luego. No tendría ninguna razón para ello, como comprobará. Es como si estuviera en el estudio de un pintor. Adelante, por favor —accedió. Le indicó con un gesto que le acompañara y comenzó a caminar.

Phineas lo siguió por un estrecho pasillo, al final del cual había una escalera que llevaba al piso superior. No se escuchaban voces ni otros sonidos que alertaran de la presencia de alguien más, por lo que dedujo que vivía solo.

Llegaron a una amplia sala con dos grandes ventanales altos por los que entraba luz en abundancia. Muebles y objetos de diferentes formas y tamaños se amontonaban junto a las paredes, el *atrezzo* que utilizaba para los retratos. Varios apliques de gas se distribuían por las paredes y añadían luz a la que entraba del exterior.

—Esta es una de las cámaras que empleo, de las últimas del mercado. Ofrece una calidad excepcional a los retratos y rapidez en la toma de imágenes. La nitidez es mayor y resulta más cómodo para la persona retratada. Hace unos años, el tiempo de exposición era de varios minutos y resultaba difícil permanecer completamente estático, sobre todo en el caso de los niños —explicó Charlie.

—El mundo de la fotografía me apasiona. No concibo cómo las imágenes quedan plasmadas en un papel con tanta perfección y rapidez, cuando un pintor tarda días y hasta meses en realizar un cuadro. Debe ser magia —comentó Phineas con entusiasmo para conseguir ganarse su confianza.

—Es un proceso apasionante, cierto, y causa asombro para quien no conoce la técnica. Lo importante es el resultado.

El joven fotógrafo no parecía muy interesado en desvelar más información y Phineas, temiendo que sospechara, decidió que ya tenía bastante por el momento. Había observado todo lo que abarcaba la vista y no veía nada sospechoso. Aun así, y antes de dar por concluida la investigación, prefirió indagar un poco más sobre Lowden por si no era lo que aparentaba. Había cumplido con el encargo de su cliente de descubrir si su esposa tenía un amante, pero su intuición le decía que allí había algo más que un tórrido idilio y la ética profesional le impedía ignorarlo.

—Muchas gracias, señor Lowden. Regresaré cuando hable con mi esposa —prometió y se dirigió a la salida.

—Cuando desee, señor…

—Strudd —respondió. Era un alias que solía emplear cuando no deseaba revelar su identidad.

Phineas inclinó la cabeza a modo de despedida y salió. Se alejó por la acera buscando algún lugar donde ocultarse para observar el estudio. No estaría de más informarse sobre el negocio por los propios vecinos.

Caminó unos veinte metros en dirección oeste y vio una taberna en la acera de enfrente. Cruzó la calle y entró en ella. Desde allí podía vigilar ambas puertas, la principal y la que daba a un estrecho y corto callejón sin salida.

Se sentó en una mesa junto a la ventana desde donde tenía una magnífica visión del número 28 y, de inmediato, se acercó el tabernero.

—¿Qué va a tomar, caballero? Tenemos buena comida casera y los mejores pasteles de carne que pueda encontrar en toda la ciudad —dijo con una sonrisa que ocupaba casi todo su rostro, orondo y sonrojado. El hombre había reparado en la ropa de calidad del cliente y en la actitud confiada, propia de gente adinerada, y quería que se fuera contento.

Phineas estaba hambriento, así que pidió un trozo de pastel de carne con una pinta de cerveza. Comió con ganas. El tabernero no había exagerado demasiado y el pastel estaba jugoso. Pidió otra pinta y otro trozo de pastel y continuó la vigilancia, agradecido de descansar durante un rato después de la caminata desde Kensington Gardens.

Mientras centraba la vista de su objetivo no pudo evitar que sus pensamientos se dirigieran a lo ocurrido esa mañana. Tener a Elinor tan cerca de él le había supuesto un verdadero suplicio. Su perfume, su calor, la respiración agitada, la excitación que ella mostraba y que, con toda probabilidad, no respondía a las mismas razones que causaban la suya… Demasiadas emociones. Tendría que evitar otra situación similar o podría hacer algo de lo que se arrepentiría.

Transcurrida casi una hora, y viendo que no había movimientos, Phineas decidió marcharse. Cuando pagó lo que había consumido añadió una buena propina para asegurarse la buena disposición del tabernero.

—He visto que hay un estudio de fotografía cerca, ¿podría decirme algo sobre él? Verá, soy fotógrafo y estoy buscando un local para establecerme. No sé si esta zona es adecuada para ese tipo de negocio.

—No sabría qué decirle, señor. No es mala zona, como habrá podido comprobar. Hay muchos negocios de diferentes tipos y eso aumenta el valor, aunque a mí me da que ese no debe ganar mucho —dijo con una mueca que reforzaba su opinión.

—¿Qué le ha llevado a esa conclusión?

—Porque no lo atiende como debería. Está casi siempre cerrado y así no se puede llevar un negocio. Si yo hiciera lo mismo, nadie entraría. El señor Kassel, el dueño anterior, sí era trabajador. Él y su esposa llevaban el estudio y ganaron sus buenos dineros. Le hizo un retrato

mortuorio a mi chico, que parecía vivo. Lo conservo como un tesoro —sonrió con añoranza.

Phineas asintió. Las fotografías de difuntos eran un negocio lucrativo y se estaban popularizando.

—¿Por qué lo dejó el señor Kassel?

—Murió el año pasado, después del verano. Al poco, la viuda lo alquiló al señor Lowden, que ahora lo lleva. Como le digo, el negocio no va bien y no creo que renueve por otro año el alquiler.

—¿Sabe dónde vive la viuda del señor Kassel?, por si decido hacerle una oferta.

—Desde luego, vive en el 21 de Portland Road, a unas dos manzanas de aquí.

—Muchas gracias.

Phineas salió a la calle y cogió un coche de alquiler. Ya tenía suficiente información para redactar el informe en cuanto llegara a su casa. Le enviaría a sir Nigel una nota para quedar a la hora que le viniera bien y entregárselo. Que el doctor hiciera lo que creyera conveniente con lo que había averiguado y le pusiera fin antes de que su esposa se enredara más en aquella relación clandestina que acabaría en escándalo. Si deseaba evitarlo, no tomaría medidas contra Lowden que pudieran revertir en su contra y se limitaría a vigilar a su esposa.

Pero Phineas no se sentía satisfecho y se prometió seguir indagando por su cuenta. Por el interés que había mostrado en llevar a la dama a su estudio, intuía que se estaba gestando una sórdida trama. Si había cometido algún delito, o tenía sospechas de que fuera a hacerlo, su obligación era averiguarlo y ponerlo en conocimiento de las autoridades.

Lo que en un principio creyó un trabajo fácil y rápido de resolver se estaba tornando en algo más intrincado e interesante, y a él siempre le habían atraído los retos.

Capítulo 23

Elinor no estaba dispuesta a permanecer inactiva y, desoyendo las indicaciones de Phineas, indicó a Walter que siguiese al carruaje en el que había visto subir a lady Naumburg tras abandonar Kensington Gardens.

El cochero no se cuestionó la petición y se puso en marcha de inmediato antes de perder de vista su objetivo. Como Elinor imaginaba, la dama no tomó la dirección idónea que la llevaría a su residencia y siguió el mismo camino que había hecho un rato antes, de vuelta a New Bond Street, donde se ubicaban muchas de las mejores tiendas y las modistas más importantes.

El carruaje que llevaba a la dama paró frente a Chez Monique, una de las tiendas de complementos para la mujer más celebradas de la ciudad, y entró en ella. Sus artículos, traídos de París, según aseguraban, eran muy demandados entre su selecta clientela. Elinor la siguió al interior del establecimiento, que estaba muy concurrido. Con esfuerzo, consiguió situarse cerca de donde se encontraba para que las numerosas conversaciones no le impidieran escuchar lo que decía.

Lady Naumburg examinaba varias prendas de ropa interior que la dependienta le mostraba: camisola y pololos cortos en delicada seda color marfil combinada con atrevidos encajes, unas medias de raso blancas y ligas de puntillas.

Quería estar bella y seductora para el encuentro íntimo con su enamorado, pensó Elinor. Ella nunca había dado importancia a esos adornos interiores. Los consideraba poco prácticos, teniendo en cuenta que no se exhibían, aunque reconocía su belleza y el efecto favorecedor que otorgaba a toda mujer; tampoco tenía un marido o enamorado a quien mostrarlos. Desechó el sibilino pensamiento que la asaltó por improcedente e irrealizable. ¿Para qué preguntarse lo que pensaría Phineas si la viera con prendas como aquellas?

—Son demasiado atrevidos. Me sentiría desnuda con ellos puestos —comentó Diane, acariciando los pololos con embeleso. No debían de cubrir más allá de medio muslo, algo escandaloso hasta para mostrar a un amante.

—Esa es la intención, señora. No hay nada como unas finas prendas íntimas para volver locos a los caballeros. Este conjunto es la última moda en París. Todas las damas lo llevan y dicen que sus enamorados pierden la cabeza cuando las ven. —Las últimas palabras fueron pronunciadas casi en susurros, seguidas por una risita pícara.

—Me las llevaré —se decidió, una vez superadas sus iniciales dudas. Quería estar bella y sugerente para él. Charlie se lo merecía.

—Y si las complementa con este corsé que moldea el busto de forma exquisita, su esposo enloquecerá de deseo —añadió la sagaz dependienta con tono cómplice.

Los ojos de Diane se iluminaron al ver la elegante prenda en tono ámbar bordada con flores en hilo de oro.

—¡Es una maravilla! Envíenlo todo a la residencia Naumburg, en Chester Square.

—Por supuesto, señora. Lo recibirá esta misma tarde.

Al escuchar el nombre, Elinor supo de quién se trataba. Era la esposa de sir Nigel Naumburg, un médico de renombre que trataba al príncipe Alberto, según le había comentado su madre en una recepción en la que coincidieron con la pareja.

Lady Naumburg se marchó y Elinor, tras decidir que no le convencían los guantes de raso en color verde musgo que había examinado, abandonó también el local. La dama regresó a su residencia y Elinor optó por abandonar la vigilancia. Le indicó a Walter que la llevara a Queen Square. Antes de regresar a su casa quería que Phineas le contase lo que había descubierto sobre el enamorado y que la pusiera al tanto de sus inquietudes.

No habían tenido ocasión de cambiar impresiones por lo rápido que se habían separado y necesitaba hablar con él. Había detectado falta de sinceridad por parte de Charlie y se convenció de que ocultaba alguna intención poco honrada. La dama estaba muy enamorada e ilusionada con aquel amor, que la había devuelto a la juventud, y no advertía que estaba siendo engañada por su amante y que esa pasión acabaría perjudicándola.

Phineas llegó a Queen Square pasadas las dos de la tarde. Como ya había comido en la taberna, indicó a Mary que no le preparara nada. Antes de dirigirse a su despacho, revisó las cartas que había en una bandeja sobre la mesita del vestíbulo y junto a un jarrón con rosas recién cortadas. Adelaide se encargaba del pequeño jardín situado en el lateral de la casa y que proveía de flores frescas la mayor parte del año.

Escuchó voces en el saloncito privado de Adelaide y sintió curiosidad. Su madrastra no solía recibir visitas ni las hacía. En realidad, apenas tenía amistades y llevaba una vida retirada y tranquila de la que nunca se quejaba. Se acercó hasta la habitación que daba al lateral del inmueble. Una salita acogedora y cálida por recibir los rayos del sol durante buena parte del día y desde la que se divisaba el jardín. No le extrañó encontrar allí a Elinor.

—¿Qué te ha retrasado, Phineas? Esperaba que almorzaras con nosotras —dijo Adelaide al verlo entrar.

—Asuntos de última hora que no podía posponer. Y no te preocupes, ya he comido —la tranquilizó. Se dirigió a Elinor—: Señorita Welby, pensaba que regresaría a su casa después de abandonar Kensington Gardens.

—He creído conveniente continuar con el seguimiento, por si me llevaba a descubrir algo más —explicó con tiento. La expresión del rostro de Phineas le decía que no estaba contento con su iniciativa.

—Le pedí expresamente que no lo hiciera. Ha podido poner en peligro la investigación, ¿no se da cuenta?

Adelaide emitió una ligera tosecilla de advertencia para que Phineas moderara el tono recriminatorio.

—No tiene nada que temer. He llevado mucho cuidado y no se ha percatado de que la seguía —contestó muy ufana con su proeza.

—¿Dónde le ha llevado su seguimiento? ¿Algún dato relevante que deba conocer? —preguntó con mordaz entonación.

—Me temo que lo que he averiguado no va a aportar más datos. De camino a su residencia ha parado en una tienda de complementos de moda y ha comprado varios artículos de ropa interior

—explicó con viveza. Había sido una mañana de emociones y aún estaba alterada.

—Como bien dice, eso no nos aporta más información de la que ya habíamos averiguado. La dama tiene un amante, con el que piensa encontrarse en unos días, cuando ella regrese de su excursión campestre. Que haya comprado ropa interior no es relevante y, por lo tanto, no lo incluiré en el informe —concluyó—. Ahora, si me permiten, tengo que redactarlo. Esta tarde veré si me puedo reunir con el cliente. Caso cerrado —añadió, y comenzó a caminar hacia su despacho.

Elinor lo siguió.

—¿Ha conseguido descubrir quién es el amante?

—Así es. Se trata de Charles Lowden, fotógrafo, que tiene un estudio en el 28 de Paddington Street.

—¡¿Un fotógrafo?! —exclamó Elinor. Ahora se explicaba algunas cosas y daba pie a imaginar otras, como sus verdaderas intenciones con respecto a la dama.

Phineas asintió con la cabeza.

—He visitado el establecimiento y he indagado sobre él.

—¿Y qué ha averiguado? —preguntó ansiosa. No quería expresar sus temores hasta que tuviera más datos para no parecer maliciosa.

—Que lleva allí menos de un año y que el negocio no debe de ser muy rentable. No creo que le dé para vivir y tiene que recurrir a los favores de amantes acaudaladas. El reloj que le ha regalado le dará para comer y pagar el alquiler algún mes. —No quiso ponerla al tanto de sus sospechas porque era un terreno escabroso que ella no debería conocer.

Ante esa explicación, Elinor se decidió a hablar. Desde el principio había intuido que el joven no era honrado. Al conocer a qué se dedicaba y recordar sus palabras de contemplarla en toda su belleza e inmortalizarla, se le ocurrió que quería ir más allá de conseguir regalos de una mujer con dinero. Por el cargo que ostentaba sir Nigel, temía que Lowden tuviese intenciones más perversas.

—¿Y si quisiera obtener otro tipo de beneficio? —planteó Elinor en tono suspicaz.

—¿A qué se refiere?

—Puede que desee hacerle fotografías comprometedoras para chantajear a sir Nigel.

Phineas no se sorprendió de que conociera el nombre del cliente. Elinor se movía en la alta sociedad y era fácil que coincidieran.

—Es más, tal vez ya se las haya hecho —añadió ella.

Phineas ya había valorado y descartado esa posibilidad, lo que no descartaba era que hubiese otras damas involucradas. Ya había constatado que el negocio no era boyante y que Lowden debía recurrir a otros medios para subsistir, si bien apostaba por la producción y venta de imágenes atrevidas, penada por la ley, que por la extorsión. El chantaje a sus amantes era un tema mucho más grave y el fotógrafo le había parecido demasiado pusilánime como para llevarlo a cabo, a no ser que tuviera un socio.

—Por las palabras de él, no creo que hayan llegado a ese extremo, y la ocasión se le ha esfumado. Cuando hable con el doctor, tendrá bien vigilada a su esposa.

—No tenemos la certeza de que no las posea, u otras pruebas del idilio que la comprometan. Una mujer enamorada es capaz de cosas inverosímiles. Si no es el caso de lady Naumburg, está en nuestra mano impedir que lo intente con otras. Nuestra obligación es descubrirlo y denunciarle ante las autoridades.

—Señorita Welby, le recuerdo que me ha contratado sir Nigel para descubrir si su esposa tiene

un amante, no para salvar a las futuras damas descarriadas de las poco nobles intenciones de los amantes que deciden tener —contestó con exasperación.

Él ya había tomado la decisión de continuar con las averiguaciones y, de descubrir algún delito o negocio ilícito, denunciarlo a la policía, lo que no quería era que ella se implicase. Ya no se trataría de una esposa infiel, serían delincuentes sin escrúpulos, y eso convertía la investigación en peligrosa.

—Me parece una actitud poco honrada por su parte, señor Moore. Según me explicó, la obligación de todo detective es denunciar cualquier delito del que tenga conocimiento, sea o no en detrimento de los intereses de su cliente —replicó indignada.

A Phineas no le gustó que le acusara de poco profesional. Al contrario, su sentido del deber con sir Nigel le obligaba a ponerle al tanto de lo que había descubierto.

—Yo no tengo conocimiento de que se esté cometiendo un delito. Que sepa, el adulterio no lo es, así como el aceptar regalos de las amantes. Mi única obligación es con mi cliente. Que él se encargue de denunciar a Lowden si es su deseo. En cuanto a su esposa, también es competencia suya lo que piense hacer con ella.

—Cierto que no lo sabemos y deberíamos investigarlo. Si lo descubrimos y se le pone fin, podemos salvar a otras mujeres de las sucias maquinaciones de ese embaucador. Lady Naumburg es una víctima y tenemos la obligación moral de protegerla, no de cargarla con toda la culpa. Esa pobre mujer está enamorada de su amante y se merece saber qué tipo de persona es para que mitigue el dolor que pueda sentir por su pérdida. ¿Qué se cree que va a hacer el marido cuando le presente sus conclusiones y se entere de que su esposa tiene un amante? Pedirá el divorcio o, como poco, convertirá su vida en un infierno. De no tener esa intención, no le habría pedido que investigara. Aceptaría lo que ella hiciera porque la amaba y no deseaba causarle sufrimiento.

—Señorita Welby, me apena el futuro incierto que le espera a la dama y coincido en que es una víctima de ese desaprensivo, que la ha seducido y engañado, pero esa no es una razón para que decida falsear el informe y traicione la confianza que el cliente ha puesto en mí al encargarme el trabajo.

—No le estoy pidiendo tal cosa, solo que lo demore hasta que averigüemos más datos. Si es cierto que es un extorsionador y lo demostramos, será gracias a la esposa de sir Nigel. ¿No cree que se merecería evitarle la ruina familiar y social?

Phineas tuvo que darle la razón. No le satisfacía arruinarle la vida a la dama, por muy crédula que fuese. Investigaría al fotógrafo antes de dar por terminado el asunto y decidiría qué ocultaba a su cliente cuando lo descubriera.

—Está bien. No hablaré con sir Nigel aún y seguiré investigando para ver qué más puedo descubrir —admitió a regañadientes.

—Gracias, es lo justo. ¿Qué hará ahora? Yo podría vigilar el estudio de fotografía —se ofreció esperanzada.

Phineas resopló de forma sonora.

—Señorita Welby…

—Elinor, por favor. ¿No le parece que va siendo hora de que nos tratemos con más familiaridad, Phineas?

El escuchar llamarle por su nombre le causó una grata complacencia, al igual que la sonrisa que ella le dirigió.

—Elinor, deje ese trabajo a los expertos.

—Ha comprobado que puedo realizarlo —protestó con calor.

—La vigilancia de esta mañana, desde un sitio cubierto, no tiene nada que ver con apostarse frente a un edificio y pasar horas observando los movimientos que se producen en él. Una dama no puede hacer eso, se descubriría de inmediato. Es labor para Percy o alguno de nuestros colaboradores, que pasan desapercibidos. No dude de que habrá ocasión para que demuestre sus habilidades recién adquiridas, tal vez cuando los Naumburg regresen.

Elinor se conformó con esa promesa.

—De acuerdo. Aprovecharé para hacer una visita a Hardwood Hall y ver a Jimmy. Si no hay ningún cambio, en un par de días estaré aquí para que me cuente cómo ha ido la vigilancia de Lowden. Espero que descubran algo antes de que lady Naumburg regrese para que podamos advertirla.

Phineas sonrió. Había hecho suyo el caso con total naturalidad y, pese a que debería, esa intromisión no le molestaba.

En cuanto Percy regresase, le enviaría a vigilar el 28 de Paddington Street. Él le avisaría cuándo Lowden abandonara el local para registrarlo.

Capítulo 24

Elinor regresó a su casa con la esperanza de que su madre se hubiese marchado a alguno de los muchos compromisos sociales a los que estaba invitada. No había llegado a tiempo para el almuerzo, como le prometió antes de marcharse por la mañana, y se temía un nuevo y exhaustivo interrogatorio.

No tuvo suerte. Elizabeth no había salido esa tarde, según le comunicó Harris. Estaba en su saloncito privado atendiendo a lady Clairmont, que había venido a visitarla. Elinor hizo un gesto de fastidio al enterarse de la noticia y pidió al mayordomo que ocultara su presencia hasta que se marchase la dama o su madre insistiría en que fuese a saludarla. Lady Clairmont, que residía en esa misma calle, era una persona que no le agradaba porque tenía fama de chismosa y entrometida. Sospechaba que a su madre tampoco y que solo la correcta educación y el decoro le impedían negarse a recibirla.

Decidió refugiarse en la biblioteca, donde podría repasar las notas que había tomado y transcribir lo ocurrido esa mañana antes de que algún detalle importante se le olvidara. También quería ordenar sus ideas en cuanto a los sentimientos que Phineas le originaba y que crecían por momentos. Se daba cuenta de que estaba corriendo el riesgo de enamorarse de él y, como persona sensata y realista que era, debía tomar una decisión antes de que ocurriera y le hiciera sufrir.

Después de meditarlo durante largos minutos decidió que, una vez resuelto el problema de lady Naumburg y cuando estuviese a salvo de las garras del desaprensivo Charles Lowden, rompería la relación que le unía a Phineas. Ya había aprendido mucho de los métodos detectivescos y se sentía capacitada para emprender la redacción de la novela que el señor Broughton le había pedido para el periódico. Incluso tenía la trama casi trazada, que se basaría en el mismo caso que estaban investigando cambiando nombres y situaciones para no delatar a los verdaderos protagonistas.

Cuando habían transcurrido casi dos horas y calculó que lady Clairmont se había marchado, salió del despacho y se dirigió a su cuarto. Su padre no tardaría en llegar y quería vestirse para la cena.

Había subido varios peldaños de la escalera cuando la puerta de la salita privada de su madre se abrió y Elizabeth asomó la cabeza por ella.

—Qué bien que hayas llegado, Elinor. Pasa, por favor, quiero hablar contigo —requirió con gesto serio.

—Iba a cambiarme para la cena, madre. ¿Puedes esperar hasta que termine o es urgente?

—Ahora, Elinor. No admito demoras —insistió con tono más enérgico, el que solía emplear cuando estaba enojada.

Elinor sintió un resquemor interno. Temía que su madre hubiese descubierto, por boca de lady

Clairmont, que sus ocupaciones mañaneras no eran las que les decía y comenzó a preparar una excusa creíble.

Entró en el saloncito y cerró la puerta. La soleada estancia era el territorio exclusivo de su madre, donde solía pasar las mañanas entretenida con sus labores de punto, una de sus grandes aficiones. Estaba amueblada con cómodos y mullidos sillones y decorada con tonos lavanda, los favoritos de Elizabeth. Sobre las mesas bajas siempre había jarrones de cristal o porcelana con flores de temporada que perfumaban aquella habitación tan femenina, fiel reflejo de su principal moradora.

—Tú dirás.

Elizabeth se había sentado en su butaca favorita, junto a la chimenea. Tenía entre las manos un bastidor con la labor que estaba realizando y a su lado una gran cesta con ovillos de seda de múltiples colores.

—Como sabes, Wilhelmina Clairmont ha venido esta tarde. Una visita muy breve, ya que tenía un compromiso previo.

Elinor supuso que su madre había preguntado a Harris sobre la hora de su llegada.

—¿Y qué era tan importante que no podía esperar? —preguntó con precaución.

—Venía a felicitarme. Parece ser que ha visto a mi hija del brazo de un caballero esta mañana en Kensington Gardens.

Elinor se quedó sin respiración. Creía haber pasado desapercibida. Maldijo su mala suerte. De las pocas personas que había a esas horas paseando por allí una de ellas tenía que ser la cotilla de la vecina.

—Y bien, ¿qué tienes que decir a eso? —demandó Elizabeth.

—Es cierto que he estado esta mañana en los jardines. El caballero que me acompañaba era… —Elinor pensaba a toda velocidad en una excusa creíble para justificar la presencia junto a Phineas en ese lugar tan apartado de donde se suponía que debía estar— un doctor que trabaja en el hospital. Hace unos días le dieron el alta a uno de los pacientes más longevos y queridos y tenía interés en saber cómo seguía. El doctor… Jones —improvisó al recordar una de sus novelas favoritas, *La historia de Tom Jones, expósito,* de Henry Fielding— iba a visitarle y le he acompañado. Después de la visita, y como estaba cerca de los jardines, ha querido visitarlos ya que no los conocía.

Elizabeth la miraba con atención para detectar si le estaba contando la verdad. Era algo que hacía desde que era pequeña, por eso Elinor había perfeccionado tan bien el arte de parecer sincera y, por lo general, conseguía engañarla. No disfrutaba haciéndolo, al menos desde que su hermano y compañero de aventuras ingresó en Eton. Tenía trece años y comprendió que debía dejar de protagonizar las historias que tanto le gustaba inventar y plasmarlas en papel.

—¿Ese caballero es soltero?

—No, madre. Es casado y con dos hijos. No comiences a imaginar nada impropio, que es lo que lady Clairmont se ha figurado —defendió con calor. Sabía que, si le decía que Phineas era soltero, su madre no dejaría de preguntar.

—No es correcto que pasees con un hombre del brazo si no es tu prometido e, incluso si lo fuera, también sería cuestionable. ¿Has olvidado los más elementales preceptos de la decencia? ¿Quieres que tu nombre se vea manchado y nos traigas la deshonra?

Elinor suspiró. Su madre siempre había tenido tendencia a exagerar.

—No veo nada deshonroso en pasear junto a un caballero por un sitio público y a la luz del día. Creo que esas formalidades están muy anticuadas. Estábamos realizando una visita

profesional, como si hubiéramos visitado a un paciente en la sala del hospital. Quien quiera atribuirle otros significados es que tiene la mente sucia, como ocurre con lady Clairmont. —Fue una velada recriminación que exasperó a Elizabeth.

—No te atrevas a decirme lo que debo pensar, jovencita. No está bien lo que has hecho y no hay más que decir. Si no eres capaz de comportarte como deberías, tu doncella te acompañará cada vez que salgas de casa o dejarás de asistir a ese hospital.

—Eso no es justo. Estoy haciendo una buena labor —protestó con impotencia.

—Y podrás continuar siempre que tu comportamiento sea el adecuado. No eres una sirvienta que puede hacer lo que le venga en gana porque nadie va a fijarse en ella. Eres una dama de la alta sociedad y debes comportarte como la etiqueta te exige. ¿Me he expresado con claridad?

—Mucho, madre. Puedes estar tranquila que no se volverá a repetir —le aseguró Elinor. Una nueva mentira que añadir a las muchas que ya llevaba diciendo. Era la única forma de que le dejara algo de libertad para continuar colaborando con Phineas en la investigación.

—Ahora, ve a prepararte para la cena y recapacita sobre lo que te he dicho. Informaré a tu padre sobre tu comportamiento y me aseguraré de que no sea tan benévolo contigo, como acostumbra.

Elinor no quiso enfurecer más a su madre con réplicas y se retiró. Si de verdad supiera a lo que se dedicaba, la encerraría en su habitación y tiraría la llave. Cruzó los dedos mentalmente para que no llegara a saberlo. Sería más cuidadosa en el futuro. Camuflaría mejor su aspecto para que no la identificaran y, si era necesario, volvería a disfrazarse de hombre. No iba a renunciar a lo que estaba haciendo y que tantas satisfacciones le procuraba solo porque su madre, y algunas personas más de ideas anticuadas, pensaran que estaba mal.

Ella opinaba lo contrario. Tenía la oportunidad de realizar buenas acciones, como el haberle procurado a Jimmy un hogar donde estaba feliz y recibía buenos cuidados. En cuanto a lady Naumburg, estaba convencida de que podían aliviar su pesadumbre si le desvelaban el verdadero rostro del hombre al que amaba y, con ello, podía evitar el escándalo que suscitaría la revelación de esa infidelidad. Por la forma de comportarse, poco cuidadosa en sus encuentros, pronto el rumor correría por una sociedad ávida de ellos. Se alegraba de que Phineas hubiese estado de acuerdo en conseguir la información para desenmascarar a Lowden antes de informar al marido.

—Tenía pensado pasar los próximos dos días en Hardwood Hall para echar una mano a Trudy —dijo Elinor antes de salir del saloncito.

—Me parece bien siempre que regreses el jueves. Los señores Pettigrew han organizado un baile esa noche y quiero que nos acompañes —impuso Elizabeth. Era una forma de forzar a Elinor a asistir y acallar los rumores que corrían.

Wilhelmina le había comentado, con la buena voluntad que la caracterizaba, que en algunas reuniones se hablaba sobre lo extraño que resultaba que Elinor, con casi veinticinco años, permaneciera soltera, así como su ausencia de los eventos sociales. Elizabeth comprendió que ese comportamiento lo achacaban a la posibilidad de que tuviera alguna lacra que la familia intentaba encubrir o que hubiese perdido la virtud.

—Sabes que no me gustan los eventos multitudinarios, madre —protestó. Si hubiese sido una velada cultural o una cena, no pondría tantos impedimentos. Los bailes eran aburridos, se prolongaban hasta la madrugada y solían estar abarrotados. Se desenvolvía mal en esos ambientes, en los que debía alternar con demasiada gente y se veía forzada a aguantar charlas insustanciales. Le gustaba poco bailar, pese a que no se le daba mal. Su hermano se había encargado de enseñarle.

—A mí no me gusta que pases las mañanas en un hospital cuidando de andrajosos y lo consiento. Creo que un poco de colaboración por tu parte sería lo justo.

Elinor suspiró. Su madre tenía razón. No la forzaba y ella tenía que corresponder de alguna forma.

—Está bien. El jueves estaré de regreso y os acompañaré.

Capítulo 25

Percy llegó a Queen Square poco después de que Elinor se hubiese marchado. A Phineas le sabía mal enviarle otra vez a la calle, pero no tenía opción. Pasaba más desapercibido, y esa era la razón de que le encomendase la mayoría de las vigilancias durante el día; de las noches, más largas y peligrosas, procuraba encargarse él mismo. Intentaba protegerle dentro de sus posibilidades, aunque Percy era consciente del riesgo que entrañaba la profesión que había elegido.

Mientras comía en la gran mesa de la cocina bajo la atenta mirada de Kate, la habilidosa cocinera y esposa de Walter, Phineas lo puso al tanto de la situación y le indicó lo que tenía que hacer.

—El lugar a vigilar es el 28 de Paddington Street, al norte de Marylebone y cerca Regent Park, es un edificio de dos plantas con puerta principal a la calle y otra lateral a un callejón corto y sin salida. En el bajo hay un estudio de fotografía a nombre de Charles Lowden y en el piso superior debe de estar la vivienda. Me ha parecido que vive solo, pero hay que comprobarlo antes de inspeccionar la vivienda.

Percy estaba atento a las explicaciones sin dejar de comer con apetito el delicioso asado de cordero.

—Anota todos los movimientos de entradas y salidas de personas, en especial los de Lowden. Se trata de un hombre de entre veinte y veinticinco años, estatura media, complexión delgada, cabello rubio abundante y rizado. Rostro rasurado, ojos claros. Es bien parecido. Cuando le vi llevaba un traje de *tweed* en tonos marrones de buena confección y un sombrero bajo. Puede que haya cambiado de indumentaria. Los botines se veían usados.

Percy hizo un alto en la comida para anotar en su cuaderno la dirección del estudio y las características de la persona a vigilar. Phineas prosiguió.

—Si ves salir a alguien con ese aspecto, le sigues y después me informas de lo que hace. Envía a algún mensajero con la ubicación en caso de que entre en algún lugar y debas quedarte de vigilancia allí. Yo iré… —miró el reloj y comprobó que eran las tres de la tarde— dentro de cuatro horas, cuando haya oscurecido. Si no ha salido, te relevaré: si lo ha hecho, entraré a revisar el local. He visto que la cerradura de la puerta es sencilla y fácil de abrir.

—¿Qué sospecha?

—No parece un negocio lícito. Debe de tener otros ingresos ya que en el estudio apenas entra clientela y está cerrado la mayor parte de la mañana. El alquiler no debe ser barato, porque el equipo es de calidad. Algo no me cuadra. Tiene que obtener ingresos de otra forma. —Phineas ya había sacado sus propias conclusiones, aparte de que expoliara a la amante de turno, e iba a cerciorarse.

Kate puso frente a Percy un plato que contenía una buena ración de bizcocho relleno de

mermelada de frambuesa y crema de leche, uno de sus favoritos.

—Cómelo todo, que tienes que reponer fuerzas para seguir trabajando —le instó la rolliza mujer. Sus claros y vivaces ojos lo miraban con cariño.

—Está delicioso, Kate. Si queda, guárdeme un trozo para la noche, por favor —pidió. Él también se había encariñado con la afectuosa cocinera, que tanto le recordaba a su madre.

—Ya está guardado. Y te he preparado unas galletas para que las lleves, por si se alarga la vigilancia. —Sabía que era muy goloso.

Percy le agradeció el gesto con una enorme sonrisa.

—¿Hay algún lugar donde pueda ocultarme? —preguntó a Phineas cuando tragó un bocado y antes de introducirse otro. No quería perder demasiado tiempo.

Había una estrecha callejuela a poca distancia del estudio, recordó; en esta ocasión era mejor situarse a la vista de todos. Un mozalbete como él podía estar varias horas en plena calle sin que se fijaran.

—No será necesario. Utiliza el disfraz de vendedor de cordones y colócate en la acera de enfrente, junto a una sastrería. Tendrás una buena visión de la fachada principal y del callejón al que da la puerta lateral.

El atuendo de vendedor callejero, cuyo material podía llevarse en una pequeña maleta, era uno de los que más utilizaban para largas vigilancias en calles comerciales. Nadie desconfiaba de un jovenzuelo que quería ganarse unos peniques para ayudar a su familia. Al abrir la maleta se transformaba en una bandeja sobre la que se exponía el material, que quedaba elevada del suelo cuando desplegaba las patas de madera que llevaba incorporadas.

Percy dio rápida cuenta del bizcocho y subió a su habitación para vestirse con las ajadas ropas, que le daban un aspecto desaliñado propio de un chaval pobre que se ganaba el sustento.

Phineas le dio las últimas instrucciones y, como Paddington Street no estaba lejos, decidió ir caminando. Localizó pronto el estudio de fotografía y desplegó el tenderete junto a la tienda de ropa que exponía en su escaparate algunos trajes masculinos. Se acuclilló a su lado y fijó la mirada en el inmueble que tenía enfrente dispuesto a no dejar pasar ningún detalle hasta que su jefe le reemplazara.

Después de una cena temprana, Phineas partió a pie hacia Paddington Street. Iba vestido con las ropas de faena que solía utilizar cuando realizaba vigilancias y que camuflaban su aspecto al confundirlo con un obrero o un vendedor: atuendo raído, gorra calada y rostro ensombrecido con toques de hollín en las mejillas para alterar su semblante.

Percy no había mandado ningún mensaje, lo que le hizo pensar que Lowden permanecía en el estudio o no le había dado tiempo de enviarlo. Decidió ir caminando e indicó a Walter la dirección donde estaría por si en su ausencia se recibía un mensaje.

Cuando llegó, el chico estaba en su puesto de vigilancia. Se acercó a él y simuló interesarse por la mercancía que exhibía.

—¿Novedades? —le preguntó.

Percy no pudo disimular la alegría de verle allí. Suponía un relevo o, al menos, la posibilidad de ausentarse durante unos minutos para tomar una pinta en la taberna que había en esa misma calle. Cuando estaba de vigilancia, no se atrevía a abandonar su puesto ni por unos minutos, de ahí que solo había comido un trozo de pan de jengibre comprado a un vendedor que pasó a su lado y las galletas que Kate le había preparado.

—No ha salido ni entrado nadie por ninguna puerta, señor, y se ve luz desde el lateral.

Phineas torció el gesto. Confiaba en que se hubiese marchado para hacer un registro del local. Tendría que esperar por si se decidía a salir más tarde. A un hombre joven como él le gustaría frecuentar los lugares de diversión.

Le entregó a Percy una moneda de medio chelín y le sugirió que fuese a comer algo y después regresase. Él se dirigió al callejón sin salida para observar. No necesitó adentrarse mucho para advertir luz en una ventana del piso superior que daba a esa corta y estrecha calle. Volvió al otro lado y se apostó en la esquina de una oscura calleja a unos metros de donde Percy había estado de vigilancia.

No habían trascurrido más de treinta minutos cuando la puerta del 28 se abrió y Lowden salió por ella. Cruzó la calle y caminó en dirección hacia donde Phineas se encontraba. Por un momento, temió que lo reconociera y retrocedió hasta ocultarse entre las sombras.

Lowden pasó a su lado sin reparar en él y continuó hacia el oeste. Phineas hizo una señal a Percy, que aguardaba unos metros más adelante. Él sabía lo que tenía que hacer y no necesitó darle nuevas instrucciones.

Aguardó unos minutos por si el fotógrafo decidía regresar y se acercó al estudio. Pensó en intentar abrir la cerradura de la puerta delantera, pero aún había gente transitando por la calle y eso llamaría la atención. Decidió intentarlo por la puerta lateral. La oscura calleja, en la que se acumulaban la suciedad y los excesos de líquidos de los borrachos, era una entrada más discreta, estaba desierta y no se apreciaba ninguna luz en la casa desde esa zona. La cerradura era sencilla y la abrió sin esfuerzo con el juego de ganzúas que siempre llevaba en el bolsillo. Era una habilidad que había consumado a lo largo de los años de práctica.

La puerta daba a una cocina en la que aún se apreciaba el calor del hogar. Debía de haber encendido los fogones para calentar la cena. La atravesó y llegó a un estrecho pasillo. En un extremo se divisaba el vestíbulo, por cuya ventana se filtraba la luz de la farola que había en la acera, en el otro estaba la escalera que subía al piso y a un lado la puerta que daba al estudio que había visitado esa mañana.

Subió las escaleras con precaución, procurando hacer el menor ruido por si sus cálculos le fallaban y había alguien allí. Cuando llego al piso superior aguardó y agudizó el oído. Todo estaba silencioso. Apenas entraba algo de la luz que la luna nueva proyectaba esa noche por una ventana que iluminaba el final de la escalera.

En esa planta había tres puertas. Entró en la que estaba abierta y que daba al lateral del edificio, de donde debía salir la luz que había visto un rato antes. Las cortinas que cubrían la estrecha ventana estaban descorridas y pudo apreciar que se trataba de una habitación de reducidas dimensiones y con pocos muebles. Contenía una cama estrecha, una mesilla de noche con una lámpara de aceite, un escritorio con una silla a su lado y un armario que ocupaba gran parte de una de las paredes. La cama aparecía con la colcha arrugada. Lowden se había tendido allí antes de marcharse.

Abandonó ese cuarto y se dirigió al que había junto a él. Era más pequeño, no había cortinas en la estrecha ventana y solo contenía un par de baúles grandes, una maleta, dos sillas apiladas en la pared y un catre con un colchón sin cubrir. Phineas imaginó que era una habitación en desuso.

Se dirigió a la de enfrente, que daba a la calle principal. Tenía la puerta cerrada con llave y eso disparó su curiosidad. No obstante, dudó en abrirla por si había alguien durmiendo en ella. Desechó sus recelos y se decidió a entrar. No le costó abrir la sencilla cerradura y traspasó la

puerta con cautela. La oscuridad era casi total, solo se filtraban algunos haces de luz por los huecos que dejaban las corridas cortinas de las dos ventanas que daban a la calle principal. No se atrevía a descorrerlas por miedo a delatar su presencia de alguna manera.

Lo poco que llegaba a vislumbrar le indicaba que era una sala muy espaciosa y amueblada. Tendría que registrar la casa durante el día, cuando no hubiera peligro de que viesen luz desde la calle y se asegurase de que nadie iba a interrumpirle durante un buen rato.

Salió por el mismo lugar por el que había entrado y esperó en la calleja frente al estudio a que Percy regresara o enviara noticias sobre su ubicación. La tarea que tenía que cumplir era seguir a Lowden e informarle de su paradero.

Casi una hora después, Percy apareció.

—He seguido al individuo hasta la estación de Paddington. Allí ha comprado un billete para Liverpool y ha tomado el tren de las diecinueve cincuenta, que llega a su destino pasada la media noche, si no tiene demoras. No se ha encontrado con nadie en el trayecto y ha subido solo al tren; lo que no he podido ver es si alguien le esperaba en el interior. He aguardado hasta que el tren ha partido por si bajaba de él, y no ha sido así.

—Bien hecho, Percy —le felicitó Phineas. Era perspicaz y concienzudo en su trabajo. Sería un buen policía—. Vamos a dormir unas horas. Mañana realizaremos el registro a fondo.

—¿No mantenemos la vigilancia esta noche, señor? ¿Y si regresa o entra otra persona?

—No creo que regrese tan pronto. Aunque Liverpool no sea su lugar de destino y se apee en alguna de las estaciones de tránsito, calculo que no lo hará esta noche ni en todo el día siguiente. Eso nos deja margen para registrar la vivienda con suficiente luz a primera hora de la mañana. No creo que entre nadie en nuestra ausencia. Todo indica que vive solo.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, cuando el sol emergía por el horizonte, Phineas y Percy se pusieron en camino hacia Paddington Street. La calle comenzaba a retomar el familiar bullicio mañanero. Carros con mercancías que distribuían a los comercios de la zona, vendedores callejeros que ocupaban sus puestos en las aceras, parroquianos que entraban a las tabernas…

Percy se colocó en el mismo lugar que el día anterior con su disfraz de vendedor de cordones. Tenía el encargo de dar aviso mediante un silbato si veía aparecer a Charles Lowden o si cualquier otra persona entraba por alguna de las puertas.

Phineas giró hacia el callejón para entrar con sigilo por el lateral, que daba a la pequeña cocina. Estaba desierto y no tuvo ningún problema. La vivienda estaba fría y en silencio. Nadie parecía haber entrado desde que él la abandonó la noche anterior. Subió al piso superior para inspeccionar a la luz del día la habitación que le había llamado la atención; fue cuando apreció con nitidez la suntuosidad con la que estaba decorada.

Ese cuarto no tenía nada que ver con el dormitorio que debía ocupar Lowden. La decoración era opulenta y con un estilo exótico. Una gran cama con dosel ocupaba casi la mitad del dormitorio, con sendas mesillas a los lados, un par de butacas acolchadas, un gran espejo de cuerpo entero en una de las paredes, que debía reflejar la luz de la gran lámpara de cristal colgada en el centro de la habitación y de los varios apliques que se distribuían por todo el cuarto. Una gruesa alfombra con motivos florales cubría el pulido suelo de madera casi en su totalidad, las paredes estaban forradas de telas, largas cortinas de raso velaban los ventanales… Demasiado ostentoso para aquel modesto hogar. Pero lo que más le impactó fueron los cuadros que decoraban las paredes, cuatro en total, que representaban escenas eróticas muy explícitas.

Aquella habitación desentonaba con el resto de la casa, modesta en general. Imaginó que debía utilizarla como lugar de encuentro para sus conquistas y, tal vez, para algo más. Sabía que el negocio de las imágenes sensuales era muy lucrativo y ese decorado era el marco adecuado para ellas. La profusión de luz que entraba por las ventanas y la luminosidad que las lámparas añadían, sugería que ese cuarto no estaba pensado solo para dormir.

Ese hallazgo confirmó sus sospechas de que Lowden, o alguien más, no solo se dedicaba a los retratos familiares. Hacía fotografías impúdicas que vendería a buen precio, de ahí que pudiera mantenerse con un negocio al que apenas prestaba atención.

Convencido de que esa era la explicación, calculó que en algún lugar guardaba las muestras de su trabajo más oscuro. Su intuición le decía que debía de ser en una zona poco expuesta, en esa misma planta, y dudaba de que fuera fácil encontrarlas.

Comenzó a registrar de forma concienzuda y sistemática la lujosa habitación en la que estaba. La experiencia le dictaba que tendría un lugar oculto para esconder aquel material, un doble fondo en algún mueble, bajo el entarimado del suelo, en los cuadros…

Durante casi dos horas revisó a conciencia la casa y no encontró lo que buscaba. Los armarios y cajones no tenían dobles fondos, no detectó ninguna tabla suelta en los suelos, los colchones, cojines o tapizados de sillas y sillones estaban intactos, sin resquicios por los que introducir objetos, tampoco las cortinas. Revisó los cuatros enmarcados, los bajos de las mesas… Llegó a pensar que se había equivocado hasta que un hallazgo reforzó su creencia.

Al retirar un medallón floral que estaba colgado en la pared del estrecho pasillo que daba a la habitación suntuosa, observó que se filtraba luz a través de un agujero a la altura de los ojos de un hombre casi de su misma altura. Se acercó y miró por él. No le sorprendió comprobar que tenía una buena visión de la habitación contigua. A alguien le gustaba observar de forma clandestina lo que allí ocurría.

Al no encontrar nada en el exhaustivo examen pensó que, de existir las imágenes que buscaba, las guardaría fuera de la casa. No le convencía esa idea porque se trataba de un material muy sensible, que podía llevarle a prisión si lo descubrían, y querría tenerlo siempre bajo vigilancia.

Se forzó a evaluar de nuevo la situación y pensar como lo haría el delincuente. Si él tuviera unas imágenes de ese tipo en su casa, que podían causarle muchos problemas si las descubrían, ¿dónde las escondería? En el lugar más inesperado, alejado de zonas transitadas, y cercano a él por si las necesitaba: su cuarto.

Volvió a inspeccionar la sencilla habitación que debía de ser el dormitorio de Lowden. Tenía tan pocos muebles que solo podría estar en las paredes o bajo el suelo de madera. Lo revisó todo con mayor atención. Caminó por el suelo y no notó nada extraño, ninguna tabla suelta. Miró debajo de la estrecha cama. Ya había registrado el colchón, la mesilla, un baúl grande que solo contenía una manta y el armario en el que guardaba un par de trajes elegantes, uno de paño y otro más ligero para el verano, un grueso gabán de invierno, ropa interior y unos botines de piel algo desgastados; nada más, ni dobles fondos ni paneles ocultos detrás del armario…

Decepcionado, decidió abandonar el registro. Llevaba allí demasiado tiempo y no podía demorarse más. Desde la puerta echó una última mirada al dormitorio, convencido de que algo se le había pasado por alto. ¿Qué era?, ¿qué había de incongruente en aquella habitación? De pronto lo vio. Todo había sido revisado a conciencia… ¡excepto el cabecero de la cama!

Phineas se acercó con el corazón acelerado. Se trataba de un cabecero de madera de nogal oscurecido, con incrustaciones de otras más claras formando un gran dibujo floral en el centro. Un grueso marco del mismo color enmarcaba tres de los cuatro lados. El cabecero debía tener un grosor de unos ocho centímetros, demasiado para una cama sencilla. ¿Cómo no había reparado antes en ello?

Ladeó la cama de la pared para revisar la parte posterior. Allí la madera era lisa, sin adornos y sin barnizar. La golpeó con los nudillos y advirtió el sonido de oquedad en algunas zonas, lo que demostraba que era una fina lámina que cubría el hueco del marco y que parecía haber sido añadida con posterioridad. Ningún clavo que la sujetara a la parte delantera, solo iba encajada para que fuera fácil retirarla. Pasó los dedos por el reborde interior y no encontró ningún resorte ni anilla o tirador. Probó en una de las esquinas con la punta del puñal que llevaba consigo y se desprendió sin problemas. Tiró con cuidado y el fino panel fue saliendo y dejó ver la parte posterior del cabecero y algo más.

Un sobre de papel oscuro cayó al suelo cuando Phineas retiró casi todo el tablero. Comprobó que no ocultaba nada más y revisó su contenido. Había cuatro fotografías de tamaños similares, algo más grandes que las tarjetas de visita que se solían llevar en la cartera y más reducidas que los usuales retratos que la gente enmarcaba para mostrarlos a sus visitas o colocarlos sobre la

chimenea. Estas no se habían hecho para ser expuestas, estaban reservadas para los ojos de su poseedor.

Una de ellas tenía como marco la misma habitación suntuosa que estaba al otro lado del pasillo. En ella aparecía una mujer madura, de rasgos muy bellos y con el cabello de un blanco níveo. Estaba semidesnuda, echada en la cama en una forzada actitud sensual, con el rostro tenso y los ojos semicerrados. Esos detalles le hicieron pensar que no se trataba de una profesional. Debía ser una de las amantes de Lowden a la que había convencido para posar con la intención de vender las imágenes o utilizarlas para chantajearla.

Las otras eran diferentes y tenían escenarios distintos. Era el tipo de fotografías que se vendían muy caras en ciertos círculos. En todas aparecía Charles desnudo y en actitudes obscenas, dos de ellas junto a mujeres jóvenes y bonitas, que miraban a la cámara de forma provocativa. No le cabía duda de que eran prostitutas o modelos. En la otra, la pareja de Charles era un hombre.

Phineas sintió una inmediata repulsión hacia lo que esas imágenes mostraban y le confirmó el sucio asunto que Lowden llevaba entre manos, y que debía tener un socio que tomaba las fotografías en las que él aparecía.

Con lo que había ido a buscar en su poder, dejó todo como lo había encontrado y salió de la casa. Pensó en ponerlo de inmediato en conocimiento de la policía. Desistió; de hacerlo, se arriesgaba a que Lowden no delatara a su compinche y este continuara con el negocio en otro lugar. Intentaría descubrir de quién se trataba y si tenía en su poder imágenes de otras damas incautas a las que estuviera extorsionando o tuviera pensado hacerlo. Se sentía en la obligación de librarlas de ese yugo.

Una de las cosas que más soliviantaban a Phineas era el maltrato de cualquier tipo a las mujeres por parte de hombres desalmados. Había conocido el sufrimiento de las víctimas en una persona muy cercana y querida: Adelaide. Él era un niño para comprender lo que ocurría cuando su padre la trajo a casa. Años después, cuando tuvo edad para entenderlo, se lo explicó. Su reacción fue buscar al desalmado que había violado a la que quería como a una madre y hacerle pagar por ello. No tuvo ocasión. Su padre había tenido la misma intención, le confesó, pero descubrió que el desalmado había fallecido durante una reyerta en un burdel antes de tener la oportunidad de vengarse.

Lo que Phineas siempre había hecho, y continuaba haciendo, era cuidar y proteger a su madrastra al igual que su padre hizo mientras vivió.

Phineas mantuvo la vigilancia durante los siguientes dos días por si el socio de Lowden se acercaba al estudio en su ausencia. Se alternaron en la tarea Percy y Bertie, un chaval de unos trece años, muy inteligente y voluntarioso, al que recurría con frecuencia para ese tipo de trabajos porque sabía que podía confiar en él.

El miércoles, pasadas las once de la noche, llamaron a la puerta del 15 de Queen Square. Phineas, que aguardaba esa visita, se adelantó a Mary para abrir.

—Pasa y cuéntame, Bertie —invitó.

—Un hombre con la descripción que hizo entró en la casa poco antes de las diez de la noche. Iba solo y parecía cansado. Esperé un buen rato y no hizo ningún movimiento ni llegó nadie más. Antes de marcharme, he echado un vistazo al callejón y había luz encendida en una ventana del primer piso.

—Buen trabajo. Te has ganado una propina —le felicitó y sacó del bolsillo de su chaleco

media corona de plata.

Bertie recibió la paga con alegría y le dedicó una enorme sonrisa en su pícaro rostro.

—Gracias, señor Moore. Si necesita que haga algún otro trabajo, avíseme.

—No lo dudes. Márchate a casa que es tarde y saluda a tu madre de mi parte.

Bertie se marchó feliz a su hogar, donde le esperaba su madre, viuda, que se ganaba la vida como remendadora, y sus tres hermanos, todos más jóvenes que él. Sabía que con ese dinero tenían el sustento asegurado durante una semana, al menos.

Phineas quedó pensativo. ¿A qué habría ido Charles Lowden a Liverpool? Debía de ser algo importante porque era un viaje largo para estar solo dos días. ¿Estaba su socio allí? ¿Habría ido a entregarle material para la venta? Aquella era una gran ciudad, con hombres pudientes que pagarían un buen dinero por esas imágenes. Si no conseguía obligarle a que se lo dijera, tendría que investigar esa vía.

Había trazado un plan que esperaba diese buenos resultados. Seguiría a lady Naumburg y, cuando se viese con Lowden, le revelaría lo que había descubierto y lo que pretendía hacer. Si él lo negaba, le mostraría las pruebas que estaban en su poder. Si la dama pretendía continuar con la relación, tendría que ponerlo en conocimiento de su marido y denunciar al fotógrafo ante la policía. Ulysses le haría confesar. Él solo podía presionarle para que no continuara con sus perversas tretas. No tenía autoridad para nada más.

Capítulo 27

A las nueve de la mañana del día siguiente, Elinor se presentó en Queen Square. A Phineas le costó dominar sus emociones y mostrar la tibieza que acostumbraba porque el regocijo que sintió al verla después de casi tres días fue grande, al igual que el esfuerzo para permanecer impertérrito.

Esa mañana la encontraba aún más bonita. Debía de ser el tono sonrosado que mostraban sus mejillas por haberse expuesto al sol en Hardwood Hall, o el primaveral vestido de fina muselina en tono amarillo claro y bordado con flores en malva, que hacía destacar el cobrizo de su cabello y, sobre todo, esa alegría y vitalidad contagiosa que hacían resplandecer sus ojos y a él le elevaban el ánimo.

Después de saludar a Adelaide, que había acudido a recibirla, y ponerla al tanto de cómo se encontraba Jimmy, lo feliz que era en su nuevo hogar y lo rápido que estaba asimilando las enseñanzas que impartían, Elinor pasó al despacho de Phineas.

—Y bien, ¿qué progresos ha hecho? ¿Ha descubierto algo importante que confirme nuestras teorías? —preguntó esperanzada. Ignoraba con fiereza la calidez que sentía en su interior ante la visión de aquel hombre sentado frente a ella.

En los días que había permanecido fuera de la ciudad, la imagen de Phineas no se había apartado de su mente excepto en los momentos que pasaba con Jimmy. El niño lograba acaparar toda su atención y monopolizaba sus pensamientos. Habían sido dos días de auténtica relajación, disfrutando con los alumnos de caminatas por el campo, canciones, risas…

Trudy se mostró encantada con su presencia y agradecida de que pudiera echarle una mano. Elinor le prometió que volvería en más ocasiones para ayudarle en su gran labor. Ya conocía de ocasiones anteriores la obra que realizaba con los más desfavorecidos, tanto ella como Edna, su fiel compañera, y el cariño con el que lo hacían.

En los últimos años se habían incorporado dos jóvenes de Loughton, la localidad cercana. Ayudaban en la cocina y las tareas domésticas, así como un jardinero jubilado, de la misma aldea. El hombre era un anciano viudo y sin hijos que había encontrado en aquel lugar una familia. Cuidaba de los jardines y del huerto que suministraba alimentos al colegio. A la mayoría de los alumnos les gustaba trabajar en él y aprendían un oficio que podía servirles en el futuro.

Phineas tenía buenas noticias para darle. Se alegraba de haber investigado más a fondo a Lowden, cediendo a su petición, porque presentía que había descubierto un negocio ilícito y, probablemente, la extorsión a mujeres que solo habían cometido el error de enamorarse de un embaucador.

—El lunes por la noche, cuando Lowden abandonó el estudio, me introduje en su casa y efectué un breve registro que despertó mis dudas. No pude profundizar por la ausencia de luz y el temor a delatar mi presencia desde la calle si encendía alguna lámpara; tampoco sabía cuándo iba

a regresar o si iría alguien más. Cuando Percy me confirmó que había tomado un tren con probable destino a Liverpool, calculé que tardaría. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, volví a entrar y realicé un registro a fondo con la ayuda de la luz diurna —le explicó sucintamente.

Phineas dudó en revelarle todo lo que había encontrado. Le resultaba embarazoso tratar ese tema con una dama que no estaría al tanto de la sordidez que dominaba a ciertos individuos y porque no tenía pruebas. Solo había encontrado fotografías que Lowden podía guardar como un recuerdo. No obstante, su olfato le decía que esas sospechas eran ciertas y se decidió a contárselo.

—¿Y…? —lo urgió ella al ver que dudaba.

—Descubrí que, casi con seguridad, aquel es el lugar de un negocio de imágenes menos inocentes que los retratos, y que implican… acciones íntimas entre personas.

Elinor contuvo la respiración y abrió los ojos de forma desmesurada cuando comprendió a qué se refería. Un intenso rubor le cubrió el rostro e inspiró varias veces con fuerza para calmar la efervescente indignación que la invadió y que amenazaba con ahogarla.

—Es… es… repugnante —declaró cuando logró despejar la garganta de la náusea que le sobrevino.

—Y no solo eso. Puede que Lowden se dedique a extorsionar a sus amantes.

Un gesto de repulsa cubrió el rostro de Elinor.

—Hay que denunciarlo de inmediato a la policía para que meta entre rejas a ese individuo. No podemos permitir que continúe cometiendo esos delitos —propuso con calor.

—Esa es la intención. Antes quiero descubrir quién es su socio o socios.

—¿Por qué cree que los tiene?

—Porque alguien ha tenido que tomar las fotografías en las que él aparece.

—¡¿Sale en ellas?! —se escandalizó aún más. No quiso ceder a las imágenes que su imaginación le sugería porque era vergonzoso.

—En la mayoría. Le habría resultado complicado hacerlas, aunque puede que no sea imposible. Tendré que investigar ese tema —reflexionó Phineas—. Lo que más me induce a pensar que tiene un socio es el hecho de que ese tipo de imágenes son muy codiciadas y nada baratas. Quien las adquiere, aparte de tener una moral depravada, posee solvencia económica. Imagino que esas personas no se cuentan entre las amistades de Lowden, ni él parece que tenga la infraestructura para sacar adelante ese servicio.

—A mí también me pareció poco apto para moverse entre la alta sociedad. Le descubrirían enseguida como un timador, a no ser que oculte una doble personalidad —opinó Elinor. Le pareció bastante inocente, una marioneta dirigida por mano diestra.

—No lo creo. Lowden es solo el ejecutor y hay alguien más que es el cerebro. Una persona influyente que se mueve en esas altas esferas y que se encarga de vender las imágenes y de poner en contacto a Lowden con sus futuras amantes.

—Resulta difícil creer que un miembro relevante de la sociedad tenga esas inclinaciones.

—Un título o fortuna no hacen a las personas mejores, ni la honradez es una norma entre los caballeros —le recordó Phineas. Él lo sabía bien y no solo porque en su trabajo había tratado con personas sin escrúpulos que pertenecían a la alta sociedad, tan orgullosa de sus valores morales.

—Cierto, y no por ello resulta menos repulsivo —se quejó con desconsuelo—. Confío en que Lowden acabará delatando al socio cuando la policía le interrogue.

—O no lo hará y seguirá suelto. Se buscará otro joven atractivo que le sirva de modelo y

seduzca a las mujeres. Tal vez Lowden le tema más a él que a la policía y no lo delate.

—¿Y cómo vamos a desenmascararle?

Phineas sonrió. Elinor ya se había involucrado en la operación y no conseguiría apearla de ella. Ni lo deseaba. Su presencia sería beneficiosa para el objetivo que pretendía.

—Es probable que lady Naumburg acuda esta mañana a su estudio como prometió. Anoche estuve de vigilancia en su residencia y los vi llegar poco antes de las doce. Si lo hace, intentaremos destapar los verdaderos motivos de su amante y, por supuesto, evitar que le tome cualquier tipo de fotografía. Ella se desencantará de su amante cuando vea lo depravado que es. Si es necesario, le mostraremos algunas fotografías para que no le quepa duda. En especial, una en la que aparece una mujer medio dormida. Es el tipo de imágenes que utilizará para chantajear a sus víctimas.

—¿La conoce?

—No, y la recordaría de ser así. Aunque yo no suelo moverme por los altos círculos sociales a los que ella debe pertenecer.

—Muéstremela. Puede que la haya visto en alguna reunión —pidió con decisión.

Phineas volvió a dudar. Era el tipo de retratos que no se solían enseñar a una dama. La mirada incisiva de Elinor le decidió. Abrió con llave uno de los cajones de su escritorio y extrajo el sobre oscuro. Seleccionó la fotografía que quería mostrarle y se la entregó.

Elinor volvió a ruborizarse. No era una imagen muy lasciva. La mujer mostraba parte de su anatomía: los blancos senos y unas largas piernas, el resto estaba cubierto por un fino velo que insinuaba sin mostrar. Era muy bella, con un rostro pálido y sin mácula, difícil de olvidar. Pese a no ser una jovencita, tenía un cuerpo armonioso y emanaba de ella una elegancia innata. Como Phineas había deducido, debía tratarse de una amante de Lowden a la que convenció para que posara, y era probable que hubiese utilizado las imágenes para conseguir dinero o favores.

—No creo que hayamos coincidido —dijo Elinor, y le devolvió el retrato.

Phineas lo introdujo en el sobre con el resto y lo guardó en un bolsillo interior de su chaqueta, confeccionado para ocultar objetos.

—Por ella no podemos hacer nada, la extorsión ya se habrá consumado, pero sí por lady Naumburg.

—Pues no perdamos tiempo —le urgió ella, y se puso de pie con brío y una firme determinación en el rostro.

Durante el trayecto a Chester Square, Phineas y Elinor debatieron sobre si era conveniente abordarla antes de que entrara en el establecimiento o después. Ambas opciones tenían sus ventajas e inconvenientes, lo más sensato era no demorarlo. Cabía la posibilidad de que el socio estuviese dentro y, entre ambos, les causaran problemas.

Phineas no quería poner en peligro a Elinor. Había decidido contar con ella al presumir que la afectada se sentiría más proclive a creerle si estaba acompañado de una mujer, y más si era de su clase social. El tema era delicado. Para convencerla, tendría que mostrarle pruebas de su amante que la disuadieran de continuar la relación y la presencia de Elinor sería reconfortante para ella. Prefirió ocultarle las imágenes, muy explícitas y demasiado groseras, para evitarle un nuevo sofoco; esperaba no tener que exhibirlas ante lady Naumburg tampoco.

Capítulo 28

La berlina conducida por Walter, con Elinor y Phineas en su interior, se situó cerca de la residencia de sir Nigel, desde donde podían observar la puerta. No tuvieron que esperar mucho tiempo.

A las diez y media de la mañana apareció el ostentoso landó por el otro extremo de la calle y paró frente a la puerta principal. Lady Naumburg apareció a los pocos minutos y montó en él. Lo siguieron durante un corto trayecto, el mismo que la vez anterior, en dirección al río. Phineas imaginó que iban a Gloucester Street, a la residencia de la señora Emily Falkner, cuya identidad había averiguado. Se trataba de una dama mayor, viuda e impedida que, conocedora o no, le servía de celestina en esa infidelidad.

El carruaje dejó a la dama en el lugar esperado y se marchó de inmediato. La visita fue muy corta. A los pocos minutos, salió y cogió un coche de alquiler. Esta vez ninguno de los dos dudó de hacia dónde se dirigía. Cuando paró frente al número 28 de Paddington Street, la dama bajó y permaneció inmóvil en la puerta durante largos minutos.

—Parece que duda en el último momento —comentó Phineas desde el interior de la berlina, estacionada a unos metros en la acera de enfrente. Para no descubrir su presencia antes de lo necesario, no habían querido bajar de ella hasta comprobar que la mujer entraba en el establecimiento.

—Espero que recobre la cordura y comprenda la gran estupidez que está a punto de cometer —comentó Elinor, que contenía la respiración.

No fue así y, tras esa corta indecisión, se encaminó con rapidez hacia el estudio y entró. Phineas y Elinor no dejaron pasar más tiempo y la siguieron. Cuando llegaron, la puerta estaba cerrada. Phineas no se desanimó. Era lógico que pretendieran tener intimidad. La golpeó con insistencia varias veces hasta que se abrió. El rostro enojado de Charles apareció en ella.

—Señor Lowden, he venido con mi esposa para hacernos los retratos —dijo Phineas. Elinor, a su lado y cogida del brazo, sonreía con ilusión.

—Lo siento mucho, caballero. Esta mañana no atiendo otros encargos. Estoy muy ocupado.

—No se preocupe. Podemos esperar, ¿no es así, querida? —dijo Phineas mirando a Elinor.

—Por supuesto. No vamos a marcharnos ahora que nos hemos decidido.

—Perdonen. Como les digo, es imposible. Tengo todo el día ocupado.

—¡Qué decepción! —exclamó Elinor en tono pesaroso—. Al menos, permítame que vea el estudio y alguna muestra de su trabajo —insistió y, con decisión, se introdujo en el interior.

Charles, cogido por sorpresa, reaccionó tarde. Cuando lo hizo, ella ya estaba dentro.

—Oiga, no puede pasar. Estoy con un cliente.

—Imagino que se trata de lady Naumburg, a la que acabo de ver entrar. Es una conocida. Su marido es el médico de la familia —comentó Elinor en voz alta. Continuó avanzando por el

pasillo mientras la llamaba.

Phineas la siguió. Elinor le sorprendía con sus arriesgadas iniciativas. El socio podía estar dentro y buscarse problemas.

Lady Naumburg bajó por las escaleras confusa y sofocada. Elinor la vio y se dirigió con rapidez hacia ella. Había pensado explicarle allí mismo los motivos de su intromisión. Cambió de idea al ver el rostro arrebolado y culpable de la dama. Se compadeció de ella e intentó evitarle el mal trago de enterarse de la verdad en presencia del hombre al que amaba.

—Querida señora, qué gusto encontrarla aquí. Mi madre espera en el coche. Le encantará saludarla e intercambiar impresiones. Acompáñeme, por favor —la instó en tono eufórico mientras la cogía del brazo y se encaminaba con ella hacia la puerta.

Lady Naumburg, que parecía aturdida, se dejó hacer sin oponer resistencia. No así Lowden, que intentó impedirlo.

—Señora, no se marche. Aún no hemos acabado —pidió con voz estrangulada.

Ella no lo miró ni contestó a su llamada, lo hizo Elinor.

—Si nos disculpa, debo informarle de algo importe. Y, cuando termine, me temo que no va a querer continuar con lo que estuvieran haciendo. —El tono intimidatorio que había empleado no dejaba lugar a malinterpretaciones.

Diane gimoteo, consciente del significado de esas palabras. Sabía que la habían descubierto y estaba asustada de lo que vendría a continuación.

Charles intentó seguirlas y Phineas le bloqueó la salida.

—Deje a las damas que hablen. Después mantendremos una conversación nosotros dos. Y no se le ocurra escurrir el bulto. Estaré vigilando —le advirtió.

Había enviado esa mañana a Percy a que montara guardia frente al establecimiento con instrucciones precisas de informarle de cualquier movimiento que se produjese. El chico se encontraba en su puesto de vendedor de cordones en la acera de enfrente. Al llegar, Phineas miró en su dirección antes de bajar del coche. Con un significativo gesto con la cabeza, Percy le indicó que no había ocurrido nada destacable.

Los tres salieron del establecimiento. La dama se dejó llevar sin oponer resistencia hasta la berlina y subió a ella seguida por Elinor y Phineas. Era un lugar que ofrecía protección y resguardado de oídos curiosos.

El rostro congestionado y los ojos bajos de la dama indicaban el gran bochorno que sentía. Elinor miró a Phineas, en una clara invitación para que iniciara él las explicaciones.

—Señora, soy Phineas Moore, investigador privado contratado por su esposo. La señorita Welby es mi ayudante en este caso.

Diane levantó la cabeza y lo miró con gesto de alarma. Hasta ese momento pensaba que se trataba de conocidos que, al descubrirla allí, habían querido advertirle de lo impropio de acudir sola a un establecimiento de ese tipo; que su marido la hubiese hecho seguir era una auténtica catástrofe. ¡Estaba al tanto de su infidelidad y la repudiaría! ¿Qué iba a hacer ahora? Charlie no podía cubrir sus necesidades, fue lo primero que pensó.

Elinor advirtió el espanto en su rosto y quiso aliviarla. Comprendía el sufrimiento por el que estaba pasando. De pronto se veía abandonada por su esposo, condenada por su familia al haber propiciado ese estigma, apartada de la sociedad y sin medios económicos… Y todo eso por haber cometido el error de enamorarse de un desaprensivo que aprovechaba su encanto para engañar a mujeres vulnerables.

—No tema; su esposo aún no está al tanto de esta… equivocación. Y si promete no volver a

ver al hombre que la ha seducido, no lo sabrá por nosotros. —Elinor miró a Phineas para que confirmara sus palabras.

Él estaba serio y fruncía el ceño con disgusto. Sabía lo que pretendía y, en parte, estaba de acuerdo con ella. No le agradaba arruinarle la vida a aquella mujer, pero el marido le había contratado y tenía que darle una respuesta. Elinor se estaba tomando prerrogativas que no le concernían. Si seguía así, arruinaría su negocio.

Diane miró a Phineas para comprobar que confirmaba las palabras de Elinor. Por mucho que quisiera a Charlie, él no tenía medios para mantenerla como estaba acostumbrada ni posición social. Tendría que resignarse a vivir con austeridad y no creía que lograra soportarlo.

—Así es. Aún no he informado a su esposo del resultado de las investigaciones. Y, pese a que mi deber es hacerlo, lo eludiré porque este es un caso singular. Es cierto que usted ha cometido una grave falta, aunque la disculpa el hecho de que ha sido engañada y no se merece que un farsante como Lowden sea la causa de su desgracia.

—¿Charlie un farsante? No le entiendo, señor Moore. Él me ama, me lo ha dicho y demostrado… y yo a él —reconoció muy a su pesar. Una lágrima escapó de sus ojos y se apresuró a secarla con el pañuelo que llevaba en su bolsito de mano.

Elinor tomó la palabra. Sería menos traumático para ella que otra mujer se lo explicara.

—Señora, ese individuo no la ama, al menos como usted se merece. Tenemos fundadas sospechas de que embauca a mujeres para hacerles fotografías comprometidas con el fin de extorsionarlas. No nos cabe duda de que acaban accediendo para evitar el escándalo que supondría divulgar esas imágenes.

—No es cierto. No voy a consentir que mancillen el nombre de Charlie y lo vilipendien en mi presencia. Es honrado y generoso, digno del mayor amor que se le pueda profesar. Les juro que, si no fuera porque sé que acabaré perdiendo a mis hijos, abandonaría a mi marido y me marcharía con él —replicó con fiereza a las acusaciones que creía insidiosas.

Phineas suspiró. Estaba enamorada y, como cualquiera en ese caso, se negaba a aceptar las verdades que le contaban; era necesario recurrir a las evidencias. Elinor estaba de acuerdo y, con un gesto de la cabeza, le dio a entender que había llegado la hora de mostrarle alguna prueba del tipo de persona que era el hombre al que tanto defendía. Giró la cabeza hacia la ventanilla. No le interesaba contemplar imágenes escabrosas.

—También sabemos que se dedica a actividades poco lícitas, encubiertas por la tapadera de legitimidad que le proporciona el estudio fotográfico, y por las que podría ir a prisión. Se trata de imágenes… impúdicas que se venden a muy buen precio y en las que él participa de forma activa, como comprobará.

Phineas sacó el sobre marrón del interior de su chaqueta, seleccionó las dos fotografías en las que Lowden aparecía con mujeres en actitud íntima, y se las entregó a la dama. Conservó la más depravada, en la que su acompañante era un hombre. Esperaba no tener que hacer uso de ella.

Diane se horrorizó ante lo que aparecía en las imágenes, y una intensa palidez cubrió su rostro. Las miró con los ojos muy abiertos, incrédulos, y sintió una repentina náusea. Se las devolvió de inmediato, como si fuesen carbón incandescente que le abrasara las manos. La fina venda del amor cayó de sus ojos al ver el rostro risueño de su amado Charlie en actitud libertina con otras mujeres; un duro golpe para su corazón enamorado y su puritana educación. Las lágrimas de desengaño desbordaron sus ojos como un torrente y se llevó las manos al rostro para ocultar su vergüenza y dolor.

—No puedo creerlo…, no puedo… —se lamentó amargamente.

—Hay más, por si no la convencen las que ha visto —sugirió Phineas, al creer que se negaba a aceptar lo que veían sus ojos.

Elinor comprendió el significado de sus palabras y lo miró con desaprobación.

—No se sienta culpable. Ese tipo de individuos abundan y son letales. No adviertes sus intenciones hasta que es demasiado tarde —quiso consolarla.

Ella negaba con la cabeza, incapaz de dejar de sollozar.

—Necesito saber si usted… Si Lowden tiene en su poder alguna imagen, escrito u objeto de algún tipo que la comprometa y pueda utilizar para perjudicarla. Tengo que protegerla, y a su marido, en caso de que acabe denunciándole ante las autoridades —dijo Phineas con urgencia.

Diane lo miró con un brillo de esperanza. Advertía que ese hombre no quería perjudicarla y que podría evitar el lúgubre futuro que se le presentaba ante sus ojos.

—No creo. Solo me hizo unos retratos. Son castos. Los tengo en casa, a la vista de todos, y mi marido los aprobó —dijo entre sollozos.

Phineas recordó el reloj que le había entregado días antes.

—¿Algún regalo o una nota manuscrita con su nombre?

—Le he hecho algunos regalos, al igual que él a mí, aunque no los relacionarán conmigo, y le he enviado alguna nota que firmaba con mi inicial. No soy tan tonta como parecen creer —se quejó con los restos de orgullo que le quedaban.

—Ha sido prudente, y eso reduce los riesgos —comentó Elinor.

—¿Qué va a pasar ahora? Cree que… él intentará… —No se atrevió a verbalizar lo que imaginaba. En su voz se filtraba el temor que sentía. Una vez superado el enamoramiento a la vista del tipo de persona en la que había depositado su afecto, solo le interesaba salir indemne o con el menor daño de aquella aventura que no volvería a repetir.

—Es difícil porque no tienen nada para extorsionarla, según nos dice. Puede que él o su socio se vean tentados de hablar con su marido o de divulgar rumores sobre este romance. Si eso ocurriese, usted debe negarlo ante todos, su marido incluido. En mi informe no desvelaré nada de lo que he averiguado. Le diré que, tal y como usted afirmaba, iba a visitar a una amiga, o de compras… lo normal que hacen las damas. —A Phineas no le contentaba esa solución, que contrariaba sus principios, pero había momentos en los que debía saltárselos para conseguir un bien mayor, y este era uno de ellos.

Elinor lo miró con un brillo de agradecimiento en los ojos. No había estado segura de que él decidiera ocultar la verdad a su cliente.

—¿Y si no le cree? ¿Y si da crédito a las murmuraciones? —cuestionó Diane con angustia.

—Me creerá, no lo dude. Por otra parte, hablaré con Lowden y le haré saber que, si se le ocurre divulgar algo contra usted o contra alguien más, le denunciaré a la policía. Y tiene muchas razones para callar, créame. Poseo pruebas más comprometidas que las imágenes que le he mostrado y que le llevarían a una celda durante años.

Elinor lo miró con un gesto interrogativo ante aquella revelación que desconocía. Phineas permaneció callado. No quería desvelar ante ellas lo que guardaba.

—Quede tranquila. Haremos todo lo posible para que su reputación no se resienta —la animó ella. Confiaba en que la nefasta experiencia le sirviera de lección y no se dejase deslumbrar por atractivos jóvenes y sus bellas palabras.

Capítulo 29

Mientras Elinor acompañaba a la atribulada dama a su residencia, Phineas volvió al establecimiento. Sabía que Lowden continuaba allí. Percy le habría avisado si se hubiese marchado.

Cuando entró, el fotógrafo le esperaba en el recibidor visiblemente nervioso.

—¿Dónde han llevado a la señora? —preguntó con irritación. Imaginaba que se habían esfumado sus planes de un negocio redondo al ver partir el carruaje al que subió.

—De vuelta a su hogar, como ella nos ha pedido.

—Han ahuyentado a una buena clienta. ¿Qué le han contado? —protestó furioso.

—Todo lo que necesitaba saber para darse cuenta del tipo de persona que eres: un estafador y un degenerado… y nos ha creído. —Su voz no ocultaba el desprecio que sentía por aquel sujeto.

—No tolero que me insulte. ¡Salga de mi establecimiento! —exclamó Lowden, y dio un paso hacia Phineas con actitud beligerante. Pronto abandonó al comprender que no podía ganar. El hombre que tenía delante le intimidada con aquella sonrisita guasona y el brillo peligroso de sus sombríos ojos.

—No son insultos, es la simple verdad, y me he quedado corto. Seduces a mujeres para obtener beneficios, como has hecho con lady Naumburg. Imagino que las convences para que accedan a hacerse retratos comprometidos que utilizas para chantajearlas, o a sus maridos.

—¡Miente! —protestó airado.

Phineas no le creyó. La actitud temerosa que mostraba su rostro delataba que había acertado.

—No miento. No solo eres un canalla que engaña y expolia a mujeres, tienes un negocio de fotografías obscenas, actividad que está prohibida por la ley y que es suficiente para llevarte a prisión.

—Usted se ha vuelto loco. Mi negocio es honrado. —Otra nueva protesta, esta con menor convicción.

—¿Estás seguro? ¿Tan honrado como esto? —Phineas, cansado de sus refutaciones, le mostró las pruebas que tenía en su poder.

El apuesto rostro evidenció la sorpresa, mezclada con pavor, al verse descubierto. ¿Cómo las había conseguido?, se preguntó. ¡Las tenía bien guardadas!

—Ya comenzamos a entendernos, ¿verdad? —Phineas sonrió. Se estaba divirtiendo y no intentaba ocultarlo.

Charlie tragó saliva de forma apurada y asintió con la cabeza.

—Bien. Si quieres seguir con ese inmoral negocio, allá tú. Entiendo que es lucrativo, aunque muy arriesgado. Lo que no voy a permitir es que continúes abusando de tus víctimas. Si no quieres que cuando salga por esa puerta me dirija a la primera comisaría de policía y les explique lo que he descubierto, debes convencerme de que nadie va a saber lo que ha ocurrido con lady

Naumburg y, ya puestos, con cualquier otra dama a la que hayas seducido y engañado, ¿entendido? Ante el menor rumor de algo por el estilo, ya sabes dónde irán a parar estas imágenes.

Él volvió a asentir. Un creciente pánico se había apropiado de su cuerpo ante el temor de que acabara denunciándole.

—Y eso atañe a tu socio o socios. Quiero sus nombres para tenerlos vigilados, como haré contigo.

—No… no tengo ningún socio. Yo soy el único en este negocio.

—¿Me tomas por tonto? —explotó Phineas—. Alguien ha tenido que tomar las imágenes mientras tú posabas con tanto regocijo.

—Es cierto que tuve un ayudante hace meses. Lo despedí cuando decidí dejar el negocio de las imágenes sensuales y dedicarme solo a los retratos lícitos —explicó con ahogo.

—Y a seducir, engañar y aprovecharte de mujeres indefensas, no te olvides —le acusó en un tono que hizo dar a Lowden un paso involuntario hacia atrás—. Espero que hayas entendido bien lo que acabo de decirte porque no te daré otra oportunidad.

Phineas no añadió nada y se marchó. Lowden no había admitido su participación en los chantajes, pero no era necesario que lo hiciera porque no creía que quisiera continuar. Tampoco le creía cuando afirmaba que no tenía cómplices. Tanto para vender las imágenes lujuriosas como para las extorsiones, necesitaba a alguien que se moviera con soltura y sin levantar sospechas en los círculos adecuados. Ese no era un tema que se anunciase en los periódicos o fuese argumento de conversación en las reuniones sociales.

Un joven fotógrafo recién instalado en aquella zona alejada de los barrios pudientes, de los que debían proceder la mayoría de sus víctimas, no era el lugar al que una dama acudiría si no era por recomendación. Y la persona que lo recomendara debía de ser de su misma esfera social, acudía a los mismos eventos y sabía lo que ocurría en los matrimonios y cuáles eran las candidatas más accesibles. Lowden solo era el galán que las enamoraba y las convencía de que posaran, del resto se encargaba su cómplice.

Como no había convencido a Lowden, Phineas pensaba vigilarle durante unos días. Si tenía un socio, acabaría poniéndose en contacto con él. Por ahora se daba por satisfecho. Había amedrentado a uno de los implicados, que no continuaría con sus sucios engaños a mujeres sugestionables, y seguiría investigando hasta encontrar algo que los llevara a prisión, donde debían estar.

Phineas esperó en la misma puerta del estudio hasta que paró un coche de alquiler y le pidió al cochero que se detuviera al final de la calle, fuera de la vista de Lowden. Aguardó en el coche. Sabía que le estaba observando y quería que creyera que abandonaba la vigilancia para darle libertad de acción. Confiaba en que intentara ponerse en contacto con su socio de alguna forma, incluso que fuese a verle.

Mientras esperaba, envió dos notas con uno de los pilluelos que merodeaban por allí. Una era para Percy, que continuaba en su puesto de vigilancia frente al estudio de fotografía. En ella le daba instrucciones de que siguiera a Lowden cuando saliera o le informara si alguien entraba. Le indicaba el lugar en el que se encontraba por si tenía que avisarle. La otra nota tenía que llevarla a Queen Square y era para Adelaide. Le pedía que enviara a Walter a Paddington Street, esquina con Baker Street, donde le estaba aguardando en un cabriolé y que le diera al chaval que la llevaba un penique por su trabajo.

Walter se presentó media hora más tarde. Phineas despidió al *cab* en el que aguardaba y subió

a la berlina. Durante el tiempo de espera se dedicó a reorganizar sus pensamientos, que se volvían dispersos porque estos se empeñaban en rememorar el expresivo rostro de Elinor, en el que se podían leer las emociones que la sacudían en todo momento.

Casi dos horas más tarde, Percy llegó apurado y jadeando por el esfuerzo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Phineas alarmado.

—He visto salir a alguien por la puerta lateral del estudio de fotografía. Le he seguido por Nottingham Place hasta Marylebone Road y allí le he perdido. No sé cómo ha ocurrido. Caminaba a unos pocos metros de mí y de pronto se ha esfumado. He mirado por todos lados y no le he vuelto a ver.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace unos quince minutos, señor. He venido rápido a informarle.

—¿Lo has visto entrar?

—No he visto entrar a nadie por ninguna de las dos puertas desde que comencé la vigilancia esta mañana —le aseguró.

—¿Estás seguro, Percy? ¿No te despistarías? —insistió Phineas. Otra explicación era que se encontrarse en el inmueble desde antes de su llegada.

—No puedo asegurarlo con absoluta certeza, a esa hora había bastante gente paseando por allí. He estado muy pendiente, como usted me indicó, y redoblé los esfuerzos desde que me envió la nota. Pienso que debía de estar dentro cuando yo comencé la vigilancia.

Ante el convencimiento que mostraba, Phineas no tuvo otra opción que aceptar que esa persona ya se encontraba en el interior del estudio. Pudo entrar durante el espacio de tiempo que la casa estuvo sin vigilar, que fueron muchas horas. Durante la noche era más fácil colarse por la puerta lateral, cuando la oscuridad se adueñaba de aquel estrecho callejón. O sabía que estaban observando y fue muy hábil para introducirse en la casa sin que lo advirtiera aprovechando cualquier despiste de Percy.

—Describe a la persona que has seguido.

—Solo lo he visto unos segundos de perfil y desde lejos. Era un hombre alto. Llevaba un largo gabán de color claro y un sombrero de copa negro. Las solapas del gabán las llevaba subidas y una bufanda oscura le cubría la parte de la mandíbula y la boca. El sombreo calado le tapaba buena parte del rosto, por eso no puedo describirlo. Me ha parecido raro porque hace buen tiempo, así que he pensado que estaba ocultándose. Lo he seguido y en Marylebone Road ha cruzado de forma temeraria la calle; ahí es donde le he perdido. He recorrido los alrededores sin resultado. Es como si se hubiese esfumado en el aire —dijo contrito. Era la primera vez que fallaba en una vigilancia y se sentía mal por haber defraudado la confianza depositada en él.

Phineas imaginaba lo que había ocurrido. Era uno de los trucos más frecuentes, del que debió advertir a Percy: aprovechando el bullicio a su alrededor, el delincuente se había desprendido del llamativo gabán claro, bajo el cual llevaría una prenda de otro color, y del alto sombrero de copa, que habría sustituido por una gorra o similar, fácil de ocultar en un bolsillo. Así, en pocos segundos, desaparecía la persona y surgía otra nueva. A él le ocurrió al principio de su andadura en esa profesión.

—No te preocupes, ya lo atraparemos —dijo con confianza. Al habérsele escapado la mejor oportunidad de descubrir al socio de Lowden, como imaginaba, solo le quedaba volver a interrogar al fotógrafo; y en esta ocasión no le daría la opción de negarse a hablar.

Indicó a Percy que regresara a su puesto y a Walter que le llevara hasta el estudio de fotografía. Una vez frente al establecimiento intentó entrar. La puerta estaba cerrada y llamó

varias veces. Al no conseguir que le abriera, fue hacia la puerta lateral. Esta no estaba cerrada con llave y entró.

—¡Lowden! —llamó.

No obtuvo respuesta y se adentró en la cocina. Le sorprendió el desorden que encontró en ella, con armarios y cajones abiertos y su contenido esparcido por el suelo. Se asomó al pasillo y repitió la llamada. No tuvo éxito y se convenció de que algo grave ocurría. Con el puñal en la mano se adentró con precaución. Tanto el recibidor como el estudio presentaban el mismo desorden, con muebles y objetos derribados. Habían registrado con urgencia y sin cuidado, buscando algo con desesperación.

Subió a la planta alta. La puerta de la habitación suntuosa estaba abierta y en el centro de ella aparecía el cuerpo de Charles Lowden tendido en el suelo, sobre la costosa alfombra y entre un charco de sangre; le habían rebanado el cuello. Los ojos fijos y la lividez que estaba adquiriendo el cuerpo no dejaban dudas de que estaba muerto. La sangre que comenzaba a secarse en el suelo le indicaba que llevaba, al menos, una hora muerto.

El asesino lo había matado poco después de que él se hubiese marchado y luego se dedicó a registrar a fondo. ¿Buscaba las fotografías que Lowden guardaba y que él había descubierto un par de días antes? Si se trataba del socio, como presumía, las necesitaba para continuar con el inmundo negocio que llevaban entre ambos.

Calculó que debió entrar después de marcharse él o habría escuchado la conversación que mantuvo con Lowden y sabría que, lo que buscaba, estaba en su poder. ¿O había algo más?, algo muy importante, teniendo en cuenta el frenesí con el que lo buscaba y el riesgo que había corrido de que lo descubrieran.

Pese a que estaba convencido de que el asesino del fotógrafo era la persona que Percy había visto salir por la puerta del callejón, extremó las precauciones por si aún permanecía allí y revisó a fondo el resto de las habitaciones de esa planta, que presentaban el mismo desorden que las anteriores. No había nadie más.

Salió a la calle y envió a Percy a Whitehall Place con una nota para entregar en mano al inspector Ulysses McRae. Con un asesinato de por medio, la investigación que estaba realizando excedía su competencia y era hora de que las autoridades tomasen el relevo.

Capítulo 30

Phineas vio acercarse la alta y fornida figura de Ulysses McRae y sonrió. Llevaba sin verle casi medio año, cuando en el transcurso de la investigación que realizaba para un cliente se topó con una muerte violenta, como ahora, y le avisó para que él se hiciese cargo. Entendía que no debía inmiscuirse en el trabajo policial y, sobre todo, que la pericia y constancia de su amigo acabarían dando con el responsable de aquel asesinato. Había muy pocos policías en cuyo talento confiara, y él era el mejor.

—Me alegra que sigas entre los vivos, Moore. Temía que tu empeño por meter las narices en cosas de mayores te hubiese obligado a abandonar este mundo —dijo McRae al llegar a su lado. La socarronería de sus palabras no ocultaba la alegría que sentía al verle.

—Me regocija tu preocupación, aunque ya deberías saber que sé cubrirme las espaldas; aprendí del mejor… que no eres tú —replicó Phineas, siguiendo con las pullas que tanto les satisfacían a ambos.

—Cierto. Lástima que tu padre no consiguiera inculcar algo de sensatez en esa cabeza hueca que tienes; te parecerías algo más a un buen detective. Por suerte, tuvo un alumno aventajado.

—¿Y conozco a ese portento?

—Por supuesto, lo tienes delante. Si quieres continuar aprendiendo, te busco un hueco entre mis ayudantes —replicó. La sonrisa de medio lado indicaba lo que se estaba divirtiendo.

Phineas soltó una carcajada.

—Lo tendré en cuenta, amigo. Y si ya has dejado de fanfarronear, como buen escocés, te pongo al tanto de lo que ocurre.

—Soy todo oídos.

Ulysses era un año mayor que Phineas y utilizaba esa ventaja para burlarse cariñosamente de él. Se conocían desde hacía ocho años. Ambos ingresaron en la Policía Metropolitana al mismo tiempo, él después de dejar el ejército, en el que sirvió durante seis años, y Phineas tras abandonar Oxford. Fueron compañeros de ronda durante los tres años que Phineas permaneció en el cuerpo, y las continuas visitas al hogar de los Moore, un hogar del que Ulysses carecía, fomentaron la amistad y camaradería entre ambos.

McRae, de constitución robusta y carácter más belicoso, siempre tomaba la iniciativa cuando la situación se volvía peligrosa o se metían en una reyerta con la intención de proteger al que consideraba más que un compañero. Cuando Phineas abandonó la institución y se estableció como detective privado tras la muerte de su padre, Ulysses le ayudó en la resolución de los primeros casos y le facilitó algunos clientes.

Los sagaces ojos de McRae, con unos iris castaños claros que lanzaban destellos dorados cuando se enfurecía, observaron con detenimiento todo lo que encontraban a su paso mientras que Phineas le hacía un resumen adulterado de las pesquisas realizadas hasta el momento. No

quiso involucrar a Elinor para evitar que su familia se enterase de la aventura en la que se había embarcado, ni dar el nombre del cliente que le había encargado el trabajo, así como la naturaleza del mismo. McRae no lo preguntó. Sabía que tenía derecho a la confidencialidad y que, solo en caso de que fuese indispensable para la investigación y captura del asesino, podía obligarle a hacerlo.

—Si no he entendido mal, un fotógrafo rival te ha contratado porque tenía indicios de que este local era la tapadera de un negocio de fotografías libidinosas. Mantuviste la vigilancia y, cuando se dio la oportunidad, lo registraste y hallaste las pruebas que me has entregado. Esta mañana has hablado con Lowden y le has exigido el nombre de su socio o socios. No ha querido dártelo y has mantenido la vigilancia por si aparecía. Un rato después, tu ayudante ha visto salir a un individuo y lo ha seguido sin éxito. Te ha alertado, has entrado aquí y lo has encontrado muerto —resumió McRae. Intentaba centrar las ideas con los datos que Phineas le había proporcionado, y que solo debían ser parte de la realidad.

Phineas asintió con la cabeza. Había aportado como prueba de su relato las fotografías en las que aparecía Lowden, mas no le había hecho partícipe de sus sospechas sobre los chantajes ni le había entregado la fotografía de la mujer de cabello níveo, al imaginar que era una de ellas. No tenía la certeza de que fuese cierto y, de comentarlo con Ulysses, este se vería obligado a descubrir quién era, la interrogaría y saltaría el escándalo. Si le hacían chantaje, o se lo habían hecho en el pasado, no se merecía sufrir una nueva afrenta.

—¿Estás convencido de que ese hombre era el socio en el negocio?

—A esa conclusión he llegado. Y creo que debe ser una figura notable en la sociedad, o tener muy buenos contactos en ella. Esas imágenes se venden caras —opinó Phineas.

—Cierto. Es un negocio muy lucrativo. Puede que Lowden estuviese vendiendo material por su cuenta y se pelearan. Después de matarlo, el socio se dedicó a buscar las imágenes. Si ya estaba aquí antes de que tú llegaras, debió escuchar la conversación y saber que estaban en tu poder.

—No creo que estuviera. Percy se debió distraer algunos minutos, los justos para que entrara al local.

—O estaba buscando otra cosa —dijo en tono reflexivo.

—Es una posibilidad —contestó Phineas con poco interés. No quería incentivar la curiosidad de Ulysses y que llegara a las mismas conclusiones que él.

—Sea como sea, lleva cuidado. Si no ha encontrado lo que buscaba y piensa que tú lo tienes, intentará obtenerlo. No tiene escrúpulos a la hora de actuar con contundencia.

—Estaré prevenido.

—Pásate por la comisaría a partir de las seis para redactar y firmar la declaración. Llévate a tu discípulo para que dé la descripción al dibujante y consigamos una imagen que nos lleve a identificarle.

Llegaron varios policías más para llevarse el cuerpo a la morgue. Phineas se marchó. Estaba cansado y hambriento. Eran casi las tres de la tarde y solo había ingerido una empanada comprada a un vendedor callejero. Subió con Percy a la berlina, que esperaba en la puerta, y se dirigieron a casa.

Elinor llegó a Queen Square una hora después. Ardía en deseos de conocer lo que Phineas había descubierto. Lo encontró en su despacho, redactando la declaración que entregaría a la

policía. Cruzó la puerta con la misma energía que solía emplear y que provocaba en él un suspiro de resignación.

—Phineas, ¿qué novedades tiene? ¿Conoce el nombre del socio? —preguntó con anhelo cuando estuvo frente a él.

—No conseguí que me lo confesara, aunque no volverá a su sucio negocio.

—¿Cómo está tan seguro? Ese hombre es un delincuente. Por mucho que le haya prometido que no lo hará, puede marcharse a otro lugar y continuar con sus impúdicas actividades —le reprochó.

A Phineas le hubiera gustado evitar que se enterara, pero era algo que acabaría ocurriendo.

—Lo estoy porque Charles Lowden está muerto. Alguien lo ha asesinado poco después de que nos marcháramos del local.

Elinor abrió mucho los ojos, impresionada por la noticia. No le deseaba ese trágico final pese a que era un desaprensivo que se aprovechaba de las mujeres.

—¿Quién? ¿Alguien a quien extorsionaba?

—No lo creo. Apuesto por el socio. Percy vio salir a un individuo del local y lo siguió; por desgracia, lo perdió poco después. Cuando entré, Lowden llevaba muerto un buen rato y la casa estaba revuelta, señal de que alguien había estado buscando algo, probablemente las imágenes que yo descubrí.

—Eso es un gran contratiempo. ¿Ha avisado a la policía?

—En cuanto lo he descubierto. Mi amigo, el inspector McRae se ha hecho cargo del caso. Es una persona muy sagaz y acabará dando con el asesino. Esta misma tarde iremos a comisaría para entregar las declaraciones y hacer un retrato con la descripción del individuo, que va a ser una tarea inútil porque Percy apenas lo vio.

—Permítame acompañarles. Puedo aportar algún dato que sea útil y ayudar en la investigación —ofreció ella de forma impetuosa.

Phineas la miró con estupor que pronto cambió a severidad. ¿Era consciente de lo que decía?

—Elinor, he ocultado su implicación para protegerla y evitar que su familia y la sociedad en general se enteren de sus acciones. ¿Imagina la conmoción que suscitaría el que usted acuda a una comisaría?

Ella no replicó, sabía que era cierto. Phineas continuó con sus argumentos ante esa silenciosa conformidad.

—Dejemos que la policía se encargue de dar con el socio de Lowden y descubra a su asesino, en el caso de que no sean la misma persona.

—Sabe que tardarán en hacerlo y urge encontrar al socio, que es el cerebro que dirige desde la sombra. No le ha importado matar a su acólito porque pronto encontrará a otro joven hermoso que sirva de cebo, o tiene material con el que seguir saqueando a las mujeres que hayan caído en sus redes, ¿no se da cuenta?

—Creo que con la muerte de Lowden se acaba ese tema. Él era una pieza clave en ese tinglado. Le va a resultar muy difícil encontrarle sustituto, y menos en poco tiempo.

—Discrepo. Estoy convencida de que lo asesinó porque Lowden no quería continuar con ese cruel negocio y él no está dispuesto a prescindir de una lucrativa fuente de ingresos. Pronto encontrará a otro adonis que haga el trabajo sucio. Y puede que no solo demande dinero; tal vez consiga favores o privilegios que de otra forma no obtendría. Si el extorsionado es una persona influyente, conseguirá librarse de la cárcel si lo descubren.

—En eso último estoy de acuerdo, y por ello debemos dejarlo en manos de la policía y no

interferir —insistió Phineas. No podía permitir que ella se enredara en aquel asunto; era demasiado peligroso.

—Si usted se deja amedrentar, yo no lo haré. He visto el sufrimiento de lady Naumburg y no quiero que otras mujeres pasen por lo mismo. Intentaré descubrir a ese monstruo con o sin su ayuda.

Phineas hizo un esfuerzo por apaciguar su alterado ánimo ante la tozudez de Elinor. Esa mujer era insufrible y no medía los riesgos, si bien llevaba razón. Confiaba en la sagacidad de Ulysses para resolver el caso, pero no le vendría mal la ayuda que pudieran prestarle para dar con el asesino y presunto cabecilla de la trama. Era su deber evitar que ese rufián continuase aprovechándose y lastimando a más mujeres.

—¿Y por donde piensa comenzar a investigar? El principal implicado está muerto y con él se extingue esa vía de investigación.

Elinor frunció el ceño, un gesto característico que denotaba concentración.

—Creo que hay varios puntos por los que comenzar. Por ejemplo, dice que Lowden fue a Liverpool. ¿Sabemos qué hizo allí? Sería interesante averiguarlo. Por otra parte, alguien debió poner en contacto a lady Naumburg con él. ¿Quién y por qué lo hizo? ¿Participa en el negocio o es inocente? Y de no estar implicado, ¿quién se lo sugirió? Creo que hay varios hilos de los que tirar, ¿no le parece? Puede que nos lleven a dar con la persona que estamos buscando —concluyó muy satisfecha de sus deducciones.

Phineas se sentía orgulloso de aquella mente inquisitiva y brillante. Él coincidía en que era crucial saber qué le había llevado a Lowden a Liverpool. Pensaba comentárselo a Ulysses, aunque la opción que Elinor planteaba era interesante.

—Me parece buena sugerencia. Le preguntaré a lady Naumburg por la persona que le recomendó a Lowden e iré a Liverpool a ver qué averiguo allí —propuso Phineas.

—Disculpe. No creo que sea adecuado ni beneficioso para ella que se presente en su casa y la interrogue sobre un tema que desea ocultar. Sería mucho más discreto que lo hiciera yo. Puedo presentarme como una amiga y preguntarle cuando nadie escuche. Y le resultaría menos violento que lo hiciera una mujer. Y aprovecharé para informarle del fallecimiento de Lowden antes de que se entere por otros medios. Le va a suponer una gran pena. Cuando la he dejado en su residencia esta mañana, se veía muy afectada. No esperaba descubrir qué tipo de persona era el hombre del que se había enamorado, y no lo habrá superado aún. Si a eso le añadimos la noticia de que lo han asesinado, el golpe será terrible. Un hombro de mujer siempre es más cercano.

Phineas admiró la empatía que demostraba y su lucidez. Elinor, que ya conocía a la dama, era la persona idónea para realizar esa tarea. Había demostrado mucho tacto e inteligencia al comunicarle lo que Lowden pretendía. Lady Naumburg confiaba en ella.

—De acuerdo. Cuando lo crea conveniente, interróguela sobre ese tema. Cabe la posibilidad de que lo escuchara en alguna reunión y se sintiera interesada. Cuando tenga la información, veremos cómo la abordamos —accedió Phineas.

—Esta misma tarde le enviaré una nota para ver si puede recibirme mañana por la mañana, cuando su esposo no esté en casa y le resulte más fácil sincerarse. ¿Cuándo irá a Liverpool?

Phineas reflexionó. Debería ir de inmediato, antes de que se enfriara el rastro que Lowden hubiese dejado, lo que suponía retrasar varios días el informe que debía entregar a sir Nigel y en el que no iba a incluir lo que había descubierto, como le prometió a su esposa.

—Esta tarde. Cogeré el mismo tren que Lowden a Liverpool e investigaré sobre la marcha. Puede que no llegara hasta la ciudad y se bajara en algún lugar del trayecto —decidió.

—Le llevará varios días dar con alguna información, si es que llega a conseguirlo.

—Eso me temo. No va a ser fácil descubrir algo que nos sea útil. Hasta que regrese, haga el favor de no tomar iniciativas por su cuenta que la pongan en riesgo. ¿Me lo promete?

—Por supuesto, Phineas —contestó con seriedad, como una niña que promete no volver a hacer una travesura.

El destello ilusionado que desprendían sus ojos desmentía las palabras y Phineas sintió un temor que muy pocas veces había experimentado.

Capítulo 31

Después de salir de comisaría, donde Percy y él redactaron la declaración, Phineas pidió a Walter que le llevara a la estación de Paddington. Allí cogió el tren de las diecinueve cincuenta a Liverpool, el mismo al que el difunto Charles Lowden había subido tres días antes. Llevaba un retrato suyo, de los varios que tenía en el estudio. En el despacho de billetes no le pudieron dar información. Eran muchas las personas que tomaban ese tren, la mayoría hombres, y resultaba difícil memorizar todas las caras. Phineas lo esperaba y no se desanimó.

Compró un billete hasta final de recorrido, la ciudad industrial costera del noroeste, en vagón de segunda clase. Pensó que Lowden no pagaría el sobrecoste de un billete para los vagones de primera clase y él quería seguir sus pasos con la mayor fidelidad posible. Se resignó a acabar con los pies helados por la falta de hornillos en los compartimentos y con los huesos entumecidos por las cuatro horas sentado en los duros asientos de madera sin acolchar.

Cuando el revisor acudió a verificar su billete, aprovechó para enseñarle el retrato del finado.

—¿Recuerda a este hombre? Cogió el mismo tren el lunes pasado.

El revisor se atusó el gran mostacho con la mano izquierda en un gesto de concentración y lo miró.

—¿Es usted policía? —No le gustaban los policías. Se creían muy importantes con sus uniformes azules con botones de latón dorados y sus sombreros de copa, aunque ese no tenía pinta de serlo. Vestía un traje de calidad y no había enseñado su acreditación, como era habitual cuando no llevaban uniforme.

Phineas no tenía intención de contarle la verdad, si bien su experiencia le decía que no era conveniente mentir demasiado.

—No, señor. Soy investigador privado. El padre de su novia me ha contratado. Quiere saber con quién se va a casar su hija y si lo que el novio le cuenta es verdad. Estoy indagando para presentarle un informe completo. Entenderá que la obligación de un padre es velar por la seguridad de sus hijas.

El revisor lo miró con intensidad y decidió que le creía. Él tenía tres hijas y le gustaría que se casaran con hombres honrados, si bien no podría permitirse contratar a un investigador que se lo confirmara. Además, el joven por el que preguntaba le caía bien. Era simpático y nunca daba problemas. No quería perjudicarle.

—Le he visto varias veces en los últimos meses. Suele coger este mismo tren cada tres o cuatro semanas.

—Así que es asiduo. ¿Sabe dónde baja?

—Siempre lleva billete completo, hasta Liverpool. Me comentó en una ocasión que iba a ver a su madre, que está enferma. Él vivía en esa ciudad antes de trasladarse a Londres.

Phineas tomaba notas en una libreta de todo lo que decía, como se esperaba de un

investigador.

—¿Solía viajar solo o le acompañaba alguien?

—Siempre le vi solo y no hablaba con otros pasajeros, que recuerde.

—Entiendo. ¿Y dijo algo más o hizo algo que le llamara la atención?

—No suelo pararme a hablar con los pasajeros, caballero, excepto que me lo pidan, como ahora estoy haciendo con usted. Recuerdo que era un joven educado, que siempre saludaba y con el que intercambié pocas palabras; lo que le he referido de su madre y algún comentario sobre el tiempo.

Phineas comprendió que no iba a obtener más información.

—Gracias, señor, me ha sido de mucha ayuda. —Antes de que el hombre saliese del compartimento, añadió—: Disculpe, ¿sabe qué estación de Liverpool es la más céntrica?

—La Lime Street, caballero.

Las cosas le estaban yendo bien, pensó Phineas. Había averiguado que Lowden tenía una madre viviendo en esa ciudad y que el visitarla era la probable causa de sus viajes, sin descartar que aprovechara para continuar con su negocio de imágenes obscenas. Tendría que localizarla y hablar con ella.

El tren llegó a su destino poco antes de la media noche. A esa hora no estaba abierta la taquilla de venta de billetes porque no salía ningún tren hasta las cinco de la mañana. Tampoco tuvo suerte con los dos maleteros que encontró. No le proporcionaron ningún dato ni reconocieron al hombre del retrato.

Como no eran horas de seguir investigando, buscó un hotel cerca de la estación y alquiló una habitación. La cocina estaba cerrada desde horas antes y el recepcionista le envió a una taberna de la misma calle en la que podría tomar algo antes de acostarse.

Una hora más tarde, tras cenar un jugoso bocadillo de carne regado con una excelente sidra, Phineas ya estaba en la cama, bastante cómoda para su sorpresa. Quiso hacer planes para el día siguiente y el cansancio le pudo. Cayó de inmediato en un sueño agitado, como todas las noches desde que había conocido a Elinor. Ella aparecía como una figura lejana a la que nunca llegaba a alcanzar por mucho empeño que pusiera y la frustración se adueñaba de él.

Como les había prometido, Elinor acompañó esa noche a sus padres al baile organizado por los señores Pettigrew con motivo de la inauguración oficial de su nueva residencia en Belgrave Square, a la que se habían trasladado dos meses antes.

La mansión era magnífica, los jardines acogedores y la música aceptable, pero llevaba dos horas allí y estaba deseando marcharse. Estaba cansada de disimular su incomodidad con una forzada sonrisa y de aguantar las atenciones de algunos caballeros, pocos por suerte, que su madre le había presentado con la esperanza de que se sintiera interesada por alguno.

El último de ellos, Peter Lloyd-Harrold, era un caballero que le llevaba unos meses, alto, atractivo y de pésima conversación. Durante los veinte minutos que disfrutó de su compañía, no dejó de hacer gala de sus amplísimos conocimientos en materias tan interesantes como las carreras de caballos y las grandes apuestas que en ellas se hacían, las peleas de gallos —donde también se podía apostar— o lo estimulante que resultaba cabalgar por Rotten Row luciendo la última montura adquirida en una subasta de Tattersall’s. Hasta aceptó bailar en una ocasión con él y la experiencia fue tan mala que se negó a aceptar otra invitación.

El problema no era sir Peter, que resultó un buen bailarín, sino el exceso de personas en el

salón que impedía dar un paso sin chocar con otras parejas. Cuando acabó, con los pies milagrosamente intactos, se excusó con su acompañante y se perdió entre los invitados, deseosa de hallar un tranquilo y discreto rincón donde refugiarse hasta que llegara la hora de regresar a la calma de su hogar.

Como intuía que no iba a encontrarlo en el resto de las salas de aquella planta, en la que se refugiaban los que huían del bullicioso salón de baile, decidió buscar ese rincón que ansiaba en el jardín. Allí disfrutaría de relativo silencio y aire fresco, que aliviara el acaloramiento que comenzaba a sentir.

Cuando se encaminaba a la salida tropezó con una mujer que parecía tener la misma intención.

—Disculpe, iba distraída —se excusó.

—Yo prestaba poca atención. Discúlpeme —respondió Elinor con amabilidad, y le cedió el paso.

La dama se adelantó y comenzó a bajar la escalera con lentitud y agarrada con fuerza a la barandilla. Parecía agotada. Elinor se rezagó y le dejó espacio. Iba pensando en Phineas, en lo diferente que sería si él estuviese allí, y no reparó mucho en ella. Fue casi al final de la escalera, cuando dio un ligero traspiés y ella se apresuró a auxiliarla, que pudo observarla con detenimiento.

Lo primero que le llamó la atención fue la extrema delgadez de su figura y la lividez de su rostro, con las mejillas y los ojos hundidos, que le daban un aspecto cadavérico y desvirtuaban la indudable belleza que debió poseer en el pasado.

—¿Se encuentra bien, señora? —le preguntó. Parecía que iba a desmayarse.

La dama se repuso con esfuerzo, agarrada con fuerza al pasamanos.

—Sí, gracias. Ha sido un leve mareo. El bochorno del salón, imagino. Espero que me alivie el aire fresco del jardín —se excusó con una atribulada sonrisa. Irguió la espalda y continuó bajando la escalera.

En ese momento Elinor reparó en sus cabellos, tan blancos como la nieve que cubría los campos de Cedar Park en invierno, y recordó la imagen de la mujer ligera de ropa que Phineas le había mostrado. ¿Sería ella?, se preguntó. Los rasgos eran similares, aunque en la fotografía parecían más armoniosos. ¿El sufrimiento por la extorsión a la que la sometían le había provocado esa delgadez que la desfiguraba?

El convencimiento de que era la misma mujer la incitó a seguirla al jardín delantero, que se prolongaba por los laterales hasta otro más extenso en la parte posterior. La mujer caminaba pegada a la fachada de la casa con paso inseguro y, al llegar al final, giró a la izquierda. Elinor guardó una distancia prudencial para no evidenciar que la seguía. De pronto, la dama se detuvo y miró hacia una zona oscura de frondosos setos altos, muy cerca de la valla que limitaba el jardín por ese lado.

Elinor la vio gesticular con viveza y dedujo que estaba hablando con alguien que se ocultaba en aquel lugar. No se atrevió a acercarse más o se arriesgaba a que la descubrieran. Se limitó a ocultarse junto a la pared y agudizar el oído para escuchar lo que decían. Sus esfuerzos no dieron resultado debido a la distancia y los diferentes sonidos procedentes del salón. Regresó a la parte delantera y se sentó en un banco cercano a la puerta principal desde el que vigilaba a la mujer, que continuaba parada en el mismo lugar.

Apenas transcurridos diez minutos, ella volvió por el mismo camino. Avanzaba con menos energía y los hombros hundidos. Su cuerpo se sacudía como si estuviese sollozando. Al acercarse a la puerta principal, se detuvo unos instantes y sacó un pañuelito de un bolsillo disimulado en el

vestido y se secó los ojos. Inspiró y subió la escalinata de la mansión, perdiéndose en su interior. ¿Con quién se había reunido y qué habían hablado para que le provocara tanta amargura?, se cuestionó Elinor.

Llevada por la curiosidad, se dirigió hacia donde había visto a la dama. Cuando iba a adentrarse en la zona de oscuridad, un tenue resplandor iluminó durante unos segundos unas facciones masculinas. La luz mortecina le confería un aspecto siniestro, que le hizo emitir un involuntario grito, y retrocedió asustada. Se repuso pronto de la impresión, pronunció un torpe «disculpe» y se marchó con prisas a la seguridad que le ofrecía el atestado salón de baile.

Una vez dentro de la residencia, se sintió avergonzada de su infantil reacción. El caballero, que no podía afirmar que se tratase de la misma persona con la que la mujer de cabello níveo se había entrevistado, estaba fumando un cigarro. Se lo había visto hacer a su padre en ocasiones, ya que su madre no toleraba el humo dentro de la casa. Aun así, había experimentado una sensación muy extraña y las hipótesis comenzaron a bullir alocadas en su cabeza.

Si se trataba de la mujer de la fotografía, el hombre con el que se acababa de reunir de forma clandestina podía ser el socio de Lowden… y su asesino. Ese pensamiento la alarmó. Sintió un escalofrío recorriendo su espalda y miró temerosa por encima de su hombro. Si estaba en lo cierto, sería uno de los invitados; incluso cabía la posibilidad de que lo conociera. Tembló. Le provocaba pavor el pensar que alguien de su entorno fuese un ser repugnante capaz de acciones tan viles.

Era una posibilidad y no descabellada. Todo coincidía: un caballero que se codeaba con la alta sociedad, acudía a eventos y nadie sospechaba de él, según la teoría de Phineas. ¿Había ido a reclamarle un nuevo pago a su víctima, de ahí el estado de conmoción que presentaba? No lo descartaba. Lo malo era que no le había visto el rostro. Aquella fugaz visión le mostró una imagen distorsionada, como una máscara macabra. Sería incapaz de reconocerlo. Solo podía asegurar que era un hombre y de altura considerable.

Se reprochó su cobardía. Si no se hubiese comportado de forma tan timorata, huyendo de allí como una niña asustada, se habría quedado vigilando y lo habría descubierto cuando hubiese salido de su refugio. Ahora era tarde para regresar al jardín.

«Una oportunidad perdida que no se repetiría», se lamentó. Quedaba la dama, a la que sí había visto con nitidez. Tenía que descubrir quién era y observarla con más atención para asegurarse de que no se equivocaba de persona.

Regresó a la planta alta y la buscó en el salón de baile y las salas auxiliares. No la vio por ningún lado. Decepcionada, decidió buscar a sus padres. Quería marcharse. Se sentía incómoda al pensar que el asesino de Lowden podía encontrarse cerca y observándola.

Inició un nuevo recorrido por las salas de juego y tertulia hasta que los encontró. Su padre estaba jugando una partida de naipes y su madre, en otra sala, mantenía una animada charla con la señora Pettigrew y varias damas más que no conocía. Le supo mal interrumpir la conversación y decidió aguardar un poco.

Cogió un volumen de la colección de obras de los clásicos griegos que se exponían en un armario vitrina y se sentó en un rincón mientras meditaba sobre lo que había visto en el jardín. Estaba sumida en sus pensamientos cuando vio entrar a la mujer que había seguido. Esta se dirigió con paso inseguro al grupo de tertulianas, entre las que se hallaba su madre.

—Pobre lady Warwick, lleva un tiempo muy demacrada. ¿Saben qué le ocurre? —preguntó una de las mujeres que formaban el grupo cercano a donde Elinor se encontraba.

—Nada bueno, al parecer. Lleva semanas sin salir de casa. El que hoy esté aquí es un

prodigio. Siempre ha tenido en gran estima a los Pettigrew y no habrá querido rechazar su invitación —informó otra de las damas.

—Espero que se reponga —comentó la primera.

—Sería un milagro si ocurriera. Y me temo que el esfuerzo de esta noche no le beneficiará…

Elinor escuchaba expectante la conversación. Había descubierto el nombre de la mujer de la fotografía; no todo se había perdido. Podían recurrir a ella si se quedaban sin pistas para dar con el asesino, y así se lo diría a Phineas. No quería hacerle sufrir más y ponerla en el aprieto, en caso de que estuviese dispuesta a confesar quién era su extorsionador o supiese de quién se trataba. Por lo que había observado en el jardín, era probable que no lo conociese. La zona en la que el hombre se había situado quedaba en total oscuridad. Presentía que el socio de Lowden era muy escurridizo y les costaría dar con él.

La vio despedirse del grupo al que se había dirigido y la siguió con disimulo por si volvía a encontrarse con el hombre del jardín. No ocurrió así. Lady Warwick fue hacia la puerta principal sin pararse a hablar con nadie. Una doncella le entregó su capa, que cubrió los huesudos hombros, y la ayudó a bajar el breve tramo de escaleras hasta el carruaje que la esperaba. Si había alguien dentro de él, no tuvo ocasión de comprobarlo.

Una vez que se hubo marchado, Elinor regresó a la salita con la esperanza de que su madre quisiese marcharse. La había visto hablar con lady Warwick y estaba deseosa de escuchar todo lo que le pudiera contar sobre ella.

Capítulo 32

A primera hora del día siguiente, Phineas ya estaba en pie y decidido a averiguar todo lo que pudiera del fotógrafo asesinado. Tras un contundente desayuno en la misma taberna en la que cenó la noche anterior, se dedicó a recorrer diferentes calles del centro de la ciudad donde el recepcionista del hotel le había asegurado que encontraría varios estudios de fotografía.

Había optado por esa línea de investigación al juzgarla más asequible que consultar los registros de las diferentes juntas vecinales y buscar todos los Lowden que vivían, o habían vivido, en Liverpool y alrededores. Al ser una ciudad pequeña, comparada con Londres, supuso que tendría pocos negocios de ese tipo y que los profesionales se conocerían entre sí. Confiaba en que alguno le daría referencias del difunto, y más si no hacía mucho que había abandonado la ciudad.

En los dos primeros que preguntó no supieron decirle nada ni conocían a ningún profesional apellidado Lowden. Le indicaron un par más, estos en zonas menos céntricas y más antiguos, donde podrían ayudarle. Hacia allí se dirigió.

Como en cualquier ciudad, conforme se abandonaban las calles más céntricas, la pobreza, suciedad y violencia se hacían notar con mayor intensidad. Le costó localizar el estudio de Jacob Sadock por encontrase en una calleja poco transitada y cercana a los muelles. En el letrero de madera que colgaba sobre la puerta apenas se distinguían las letras. La pintura se había desvaído con los años y el clima inclemente de aquella ciudad, siempre azotada por los vientos atlánticos.

Entró en el oscuro recibidor que hacía las veces de tienda y sala de espera. Cuando llevaba un par de minutos allí, y viendo que nadie acudía, tosió para hacerse notar. Escuchó unos pasos cansados acercándose y una mano apareció para descorrer la cortina que cegaba un hueco.

El hombre que se personó debía tener más de setenta años. La espalda encorvada le restaba altura, como si hubiese cargado con una pesada mochila durante muchos años. La cabeza estaba cubierta por una rala cabellera canosa y el rostro lo surcaban profundas arrugas. Solo los ojos aportaban algo de juventud a una figura que parecía sacada de la tumba. Eran brillantes y conservaban el limpio azul que debió de ser uno de sus mayores atractivos en la lejana juventud.

—Caballero… —saludo el anciano con voz cascada.

—Buenos días, señor. ¿Es usted Jacob Sadock?

—El mismo. Viene a hacerse un retrato.

—No es esa mi intención. Deseo información, si tiene a bien dármela.

—¿Qué tipo de información? —demandó con cautela. Achicó los ojos hasta convertirlos en ranuras por las que no cabría ni el canto de un penique.

—Verá, estoy buscando a la madre de Charles Lowden, fotógrafo de profesión, que vivía en esta ciudad hasta hace unos meses, tal vez un año, cuando se trasladó a Londres.

—¿Y por qué cree que conozco a esa persona y sé dónde encontrar a su madre?

—He preguntado en otros establecimientos de este tipo y me han comentado que usted es el más antiguo en esta ciudad y que conocería a su familia.

—¿Para qué la busca? —inquirió, sin dejar de mirarlo con recelo.

La reticencia del hombre no desanimó a Phineas.

—Me llamo James Strudd y soy investigador para un despacho de abogados. Me han encargado localizar a la madre del señor Lowden para entregarle una notificación. —Le supo mal engañar a una persona que desprendía honradez en la mirada, pero no podía arriesgarse a contar la verdad o su ardid podría venirse abajo.

—¿Le ha ocurrido algo a Charlie?

—No sabría decirle. Yo solo hago de mensajero —contestó con aplomo. Uno de los requisitos de su profesión era el disimulo. Él lo había perfeccionado con los años; algo de lo que no se sentía orgulloso.

El anciano pareció desechar sus reparos y se decidió a responder a las preguntas. Si se trataba de un recado importante que beneficiara a la viuda de su amigo, no iba a ser él quien pusiese trabas.

—Conozco a Emma Lowden desde hace años, y a su hijo. A ninguno de los dos los he visto desde el entierro, hace más de un año.

—¿El entierro del padre?

—No, del tío, hermano de John. Se suicidó. ¿Es por ese tema?

—No estoy autorizado a comentarlo, entiéndalo. Son asuntos privados que competen a la familia.

Al hombre pareció convencerle esa respuesta y desapareció la escasa reserva que aún le pudiera quedar.

—Pues como le digo, Herbert Lowden, el tío del Charlie, se suicidó hace un año más o menos. El padre murió dos años antes de una larga enfermedad. Un buen hombre, John Lowden, y un buen amigo. Fuimos socios al principio. Montamos el primer estudio de la ciudad, algo rudimentario, con pocos medios y mucha pasión. —Se le iluminaron los ojos con los gratos recuerdos de la juventud pasada—. Después nos separamos, repartimos el material y nos montamos cada uno por nuestra cuenta. Él se especializó en los retratos de difuntos, algo que yo detestaba. Herbert y Charlie se hicieron cargo del estudio al fallecer John. Las cosas no les fueron bien y tuvieron que vender.

—¿Sabe dónde vive la señora Lowden?

—Si no se ha mudado desde el entierro, vive en Seaforth, donde se trasladó cuando murió su esposo. Pregunte allí; todo el mundo la conoce.

—¿Está lejos de aquí?

—No mucho. A unos quince minutos en carruaje. O puede ir dando un paseo, que no le llevará más de cincuenta. Usted es aún joven y tiene las piernas largas. Yo a su edad hacía el recorrido en poco más de media hora —se jactó con una media sonrisa que la poblada barba canosa ocultó, no así el brillo divertido de sus ojos.

Phineas tiró de la cadenita de oro y extrajo el reloj del bolsillo de su chaleco. Pasaban de las once y calculó que era algo tarde para iniciar el camino. No quería importunar a la señora Lowden presentándose a la hora del almuerzo. Comería en la ciudad y después iría dando un paseo, como el señor Sadock le sugería.

—Gracias, me ha sido de mucha ayuda.

Phineas fue a marcharse cuando vio unas imágenes que le llamaron la atención. Eran un par de

fotografías, una de un bodegón de frutas y otra de un jarrón con un ramo de lirios, ambas coloreadas con primor; un magnífico trabajo.

—¿Están a la venta? —preguntó, señalando las postales.

—Claro. Para eso las expongo. A un chelín cada una.

Phineas sacó la bolsita que llevaba en el interior de la chaqueta y apartó dos monedas de plata.

—¿Las ha hecho usted?

—Sí. Y las ha coloreado mi esposa. Aún tiene muy buena mano para la pintura.

—Felicítela de mi parte, son magníficas. Me llevo las dos.

El anciano las cogió de las manos de Phineas y las metió en un sobre de papel oscuro que selló con cera. Le entregó el sobre y cogió los dos chelines.

—Espero que le gusten a su esposa —dijo antes de que Phineas saliera.

Él sonrió y asintió con la cabeza. Había cogido las postales llevado por un impulso que las palabras del anciano fotógrafo ponían de manifiesto. «A Elinor le gustaría contemplarlas», había pensado, y no se arrepentía pese a que no era probable que se las mostrara.

A las once en punto, hora indicada en la nota que había recibido la tarde anterior como respuesta a la enviada a lady Naumburg, Elinor llamó a la puerta de su residencia. Un lacayo de vistoso uniforme le abrió y la hizo pasar a una acogedora salita iluminada por un gran ventanal que daba a la calle principal.

La dama se paseaba intranquila por el coqueto recinto y, cuando Elinor entró, se dirigió a ella con la ansiedad pintada en el rostro. Al recibir su nota preguntándole si podría ir a visitarla, imaginó que tenía malas noticias que darle y en su mente visualizó el oprobio que se avecinaba. Esa noche no había podido dormir y su rostro reflejaba la angustia que sentía. Se la veía ojerosa y con un rictus de crispación que afeaba sus agraciados rasgos.

—¿Qué ocurre, señorita Welby?, ¿acaso se ha divulgado la…? —No se atrevió a continuar por miedo a que alguno de los criados la escuchara a través de la puerta. Agarró la mano de Elinor y la llevó hacia el interior de la estancia. Ambas se sentaron en el sofá más alejado—. Cuénteme, por favor; estoy muy inquieta.

Elinor detectó en su voz un creciente pánico y se apresuró a tranquilizarla.

—Nada se ha divulgado, no tema, pero sí soy portadora de malas noticias. Ha de saber que Charles Lowden ha sido encontrado muerto en su domicilio.

Diane se llevó una mano a la boca para acallar la exclamación de sorpresa y dolor ante aquella noticia. Aunque el afecto que le profesaba a Charlie había disminuido a raíz de enterarse del tipo de persona que era y de lo que pretendía hacer, el conocer su triste destino la sacudió con la fuerza de un terremoto.

—¿Cuándo… ha sido?

—Ayer, poco después de marcharnos de allí, según parece. Fue asesinado.

En esta ocasión no hizo nada por ocultar el lamento y su cuerpo se sacudió con profundos sollozos. Un inquietante pensamiento la sobresaltó y miró a Elinor con el rostro contraído por el miedo. ¿Y si había sido Nigel el causante de la muerte de Charlie? Si su marido se había enterado pudo…

—¿Se sabe quién lo ha asesinado? —se atrevió a preguntar con un susurro entrecortado.

—Aún no se ha descubierto. El señor Moore, y yo misma, creemos que ha sido su socio en el negocio clandestino que llevaban. La policía está investigando y le sigue la pista.

Un nuevo gesto de pavor cruzó el rostro de Diane.

—La policía conoce la… relación que teníamos. ¡Si se han enterado de que estuve allí querrán interrogarme! —exclamó con voz estrangulada.

—No lo saben, tranquilícese. El señor Moore le prometió que no desvelaría su implicación ni el nombre de su cliente y lo ha cumplido.

—¿Podría acabar haciéndolo? —preguntó temerosa.

—Solo si es necesario, y no lo creo. De todas formas, estamos investigando por nuestra cuenta para aportar datos que lleven a la captura del culpable de esa muerte y evitar que el escándalo pueda salpicarle. Por ello quería hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto. Les ayudaré en lo que pueda, siempre que me aseguren que mi nombre no se relacionará con este asunto —pidió con inquietud. Aunque le afligía la muerte de Charlie, su prioridad era salvaguardar su buen nombre y el de su marido.

—Nos interesa saber cómo llegó a conocer al señor Lowden. ¿Qué le impulsó a hacerse esas primeras fotografías? ¿Alguien la puso en contacto con él, o le sugirió su nombre? Al no ser un profesional conocido y tener el estudio en una zona apartada, nos parece extraño que llegara a dar con él de forma casual.

—Es cierto, si no me lo hubieran recomendado, no habría recurrido a él pese a que llevaba tiempo queriendo hacerme unos retratos. Algunas amigas me habían comentado que era una práctica común entre las damas y quise probar. Recuerdo que fue en una de las reuniones de Fiona Kingsford cuando me animé. Tenía varios repartidos por su residencia y aparecía muy bella en ellos.

»Fiona fue la que me dio el nombre del fotógrafo que se los había hecho. Me habló de cómo lograba mostrar la belleza natural de las personas y la paciencia y amabilidad con las que se conducía en todo momento. Según ella, era un verdadero artista y llegaría muy lejos en esa profesión. El hecho de que se desplazara al domicilio para tomar las fotografías me pareció una garantía. Me dio una tarjeta y le envié una nota para concertar una cita. Charlie me respondió de inmediato y quedó en venir al día siguiente. Desde luego, se lo comenté a mi marido y él estuvo de acuerdo. Fueron dos sesiones durante dos mañanas. Resultó fácil y divertido y los retratos quedaron muy bonitos. Él era tan amable y apuesto y desprendía tanta dulzura que…

Un sollozo cortó sus palabras al recordar lo que había sentido por ese joven antes de enterarse de su verdadera naturaleza, que no era tan bella como su rostro mostraba.

Elinor entendía los sentimientos de lady Naumburg, una mujer de mediana edad enfrentada a una ilusión arrebatadora por un efebo que supo enamorarla y suscitar la pasión que nunca había experimentado. Si analizaba sus propios sentimientos por Phineas, el deseo constante de verle, la emoción que la dominaba cuando estaba a su lado, el temor de que le ocurriera algún percance…, la comprendía y no se atrevía a juzgarla.

—No he oído hablar de ella. ¿Quién es Fiona Kingsford? —preguntó Elinor con interés. No era extraño porque apenas se relacionaba en sociedad, como su madre no dejaba de recordarle.

—Es una dama muy amable y generosa. Es viuda y dedica sus esfuerzos y gran parte de su fortuna a obras de caridad, en especial las relacionadas con los niños pobres. Ella no pudo tener hijos en su matrimonio y se vuelca con los más necesitados. Es la principal benefactora de dos orfanatos para niños en barrios marginales de la ciudad y de alguno más en Irlanda, de donde es natal.

Elinor pensó que sería interesante preguntar a la señora Kingsford por si podía aclararle algunas dudas. No creía que una dama como ella estuviese involucrada, pero pudo ser

embaucada por el atractivo Charles Lowden.

Elinor se marchó con la idea de averiguar algo más sobre la persona que lady Naumburg le había comentado y sabía a quién preguntar.

Capítulo 33

Tras la visita a la residencia Naumburg, Elinor no se dirigió a su casa. Se le ocurrió pasar por Queen Square para comprobar si Phineas había regresado. Quería comentarle lo que había descubierto la noche anterior en el jardín de los Pettigrew. Estaba convencida de que el socio de Lowden se había reunido con lady Warwick para reclamarle algún pago, y podría haberlo identificado si no hubiese huido asustada. Por mucho que se reprochara su ingenuidad, ya no tenía remedio. Asumiría las recriminaciones y le serviría de lección para la próxima vez.

Phineas no había regresado ni enviado ninguna notificación, le explicó Adelaide, que se alegró de verla y la invitó a comer. Elinor declinó la invitación con pesar. Un rato de charla con ella siempre era grato, pero hoy le urgía llegar a casa antes de que su madre se marchara a alguna de sus asiduas visitas.

Le había comentado la noche anterior que acudiría a la reunión semanal en casa de la señora Haseltine, donde se reunía un nutrido grupo de damas para hablar de literatura, moda y otros temas más jugosos, como los últimos chismorreos que circulaban por la alta sociedad y para recabar información sobre posibles futuros pretendientes de sus hijas casaderas.

Cuando llegó, su madre estaba en la salita del desayuno, donde solía almorzar cuando tenía que hacerlo sola.

—Qué extraño verte a estas horas en casa, querida. ¿Te encuentras mal? ¿Has cogido alguna enfermedad en ese hospital al que te empeñas en acudir a diario en vez de estar esforzándote en encontrar un marido? —comentó Elizabeth con su habitual mordacidad.

—Gracias por tu interés, madre, me encuentro perfectamente. Esta mañana tenía un recado que hacer y he terminado antes. Me alegro de encontrarte en casa. Así podremos comer juntas y charlar. Anoche no tuvimos ocasión y tengo interés en hacerte unas consultas.

—Estupendo. Yo quería comentar contigo algunas cuestiones —dijo, y se dirigió al lacayo que aguardaba junto a la puerta—. Oliver, por favor, coloca un servicio para la señorita Elinor.

El lacayo se apresuró a obedecer y Elinor se sentó junto a su madre. Adivinaba de qué quería hablar. Le había presentado a algunos caballeros y deseaba conocer la impresión que le habían causado. La noche anterior, de regreso a casa, invitaron a la señora Carrell a viajar con ellos, y su madre se cuidó de hacer ningún comentario al respecto en presencia de una de sus vecinas.

—Tú dirás, madre —la animó Elinor. Cuanto antes acabaran con ese tema, antes podría abordar el que le interesaba.

—Quería preguntarte qué te parecieron los caballeros que te presenté anoche. Lord Dewing es muy bien parecido, tiene una esmerada educación y me han comentado que posee una aceptable fortuna y muchas tierras en el condado de York —expuso sin rodeos.

A Elinor le quedó claro que el insufrible barón Dewing era el candidato preferido, tal vez porque poseía un título nobiliario.

—Con esos atributos, que no son nada desdeñables, no me cabe duda de que pronto encontrará esposa.

—¿Eso quiere decir que no te agradó? —Era innecesario preguntar, aun así, lo hizo y con gesto de estupor.

—En absoluto. Y que posea una esmerada educación está muy lejos de ser cierto. Ese señor se atrevió a tocarme el trasero mientras bailábamos y, para mayor deshonra, se jactó de su hazaña con una sonrisita lujuriosa. No le abofeteé allí mismo porque yo sí poseo una esmerada educación.

Elizabeth dejó la cuchara con la que sorbía la exquisita sopa de puerros y miró a su hija con expresión de pasmo.

—Nunca lo hubiera dicho. ¡Si parecía todo un caballero! Está visto que nacer en noble cuna no es condición para forjar los modales de un hombre.

—Muy cierto, madre.

—¿Y sir Horace Baxendale? Tiene una buena posición social y económica. Es viudo sin hijos, lo que es una gran ventaja. Así no tendrás que lidiar con pequeños engorrosos que te verían como una intrusa.

—Siento desilusionarte, madre. Me pareció un ser petulante y le olía el aliento a sapos muertos. Debería cuidar más su dentadura si no quiere perder todas las piezas antes de cumplir los cuarenta, que deben estar próximos.

Elizabeth emitió un gemido de frustración; su hija era demasiado exigente. No se desanimó por ello. Tal vez con el tercer aspirante…

—El joven Lloyd-Harrold es encantador, ¿no te lo pareció?, y muy sensato. Ha acabado sus estudios en Cambridge y ya está trabajando en los negocios de la familia.

Elinor sonrió. Dudaba que tuviera tiempo para ocuparse de ellos si se pasaba el día apostando a las carreras de caballos y cabalgando con sus amigos por Rotten Row.

—Aún le faltan unos años para convertirse en un buen candidato —opinó. Al advertir la desilusión en el rostro de su madre, intentó contentarla—. No te preocupes. Lo pasé bien anoche y repetiré en otra ocasión.

—Queda un mes de temporada. Si no te pierdes muchos eventos, puedes tener suerte. —Elizabeth se ilusionó con esa posibilidad. Ya veía una boda en el horizonte para antes de Navidad.

—¿Conoces a Fiona Kingsford? —preguntó Elinor cambiando de tema.

—Apenas. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que es una gran filántropa.

—Así es. Patrocina causas benéficas. Suele organizar reuniones y eventos para recaudar fondos. Asistimos a uno de ellos hace unas semanas. Como siempre, tu padre fue muy generoso.

En el tono de voz empleado por su madre, Elinor dedujo que la señora Kingsford no era de su total agrado.

—Me parece una gran labor, y muy bondadosa por su parte. Me gustaría conocerla y colaborar, si es posible.

—¡Si ya lo haces en el hospital! —exclamó Elizabeth con asombro. Comenzaba a pensar que su única hija no tenía el menor deseo de casarse y prefería emplear su tiempo en obras de caridad, como si se tratara de una religiosa.

—Podría ayudar de forma esporádica.

—Creo que te estás excediendo con tanto altruismo, querida. La generosidad comienza por

uno mismo… y por su familia. Piensa en ti, para variar, y esfuérzate en encontrar un esposo que te proporcione tus propios hijos.

Elinor suspiró. Su madre tenía una idea fija y no iba a desistir hasta que se cumpliera su mayor deseo.

—Hay mujeres solteras y felices, que han formado una familia sin necesidad de casarse. Tienes el cercano ejemplo de Trudy.

—No me hables de ella, por favor. Es muy encomiable lo que está haciendo… y muy escandaloso. Vivir con esa… esa… —No acabó la frase. El pudor se lo impedía.

Elinor no estaba de acuerdo. Trudy no hacía nada vergonzoso; todo lo contrario, ayudaba a niños sin hogar o maltratados y les daba un futuro prometedor. En cuanto a su vida privada, nadie tenía derecho a juzgar en quién depositaba sus sentimientos.

—¿Sabes cuándo organiza la señora Kingsford otro evento para recaudar fondos? Me gustaría acudir —dijo.

—No creo que vuelva a organizar ninguno hasta el otoño. Oí comentar anoche que se marchaba por unos meses a Irlanda.

Elinor reflexionó. Si deseaba hablar con ella, no debía demorarse. Le enviaría una nota para solicitar una visita antes de que se marchase. Esperaba llegar a tiempo.

—Anoche te vi saludar a lady Warwick. No sabía que la conocieras —comentó con la intención de obtener información. Su madre estaba al tanto de todo lo que ocurría en la sociedad pudiente.

—Hacía años que no la veía y en los últimos meses hemos coincidido en alguna ocasión. Sarah es una persona encantadora y discreta. Me apena su actual estado de salud.

—¿Sabes qué mal le afecta? Parecía muy enferma.

—Tengo entendido que es una debilidad del corazón. La pobre ha sufrido mucho y eso acaba minando las fuerzas de cualquiera.

—¿A qué te refieres?

—Ha sido muy desgraciada. La obligaron a casarse muy joven con un hombre que casi le triplicaba la edad y que la tuvo encerrada en el campo hasta que murió hace unos cuatro años. Después de observar un luto riguroso, regresó a Londres en otoño pasado y se incorporó a la vida social. Duró poco. A primeros de año se rumoreó que estaba enferma y apenas aparecía. Me alegra que asistiera anoche al baile, pese al poco tiempo que estuvo. Puede que esté mejorando —comentó esperanzada.

Elinor quedó impactada por la triste historia de lady Warwick y decidió que no se merecía que agravaran su dolor sometiéndola al escándalo que suscitaría el revelar su secreto, ni siquiera a Phineas. Intentaría agotar las vías de investigación para dar con el extorsionador antes de implicarla.

Capítulo 34

Después de un copioso almuerzo, Phineas se puso en camino hacia Seaforth, donde vivía la madre de Charles Lowden. Un entretenido paseo que disfrutó y durante el cual tuvo tiempo de pensar sin distracciones, y no solo en el caso que tenía entre manos.

Se cuestionó ese impulso que le había movido a comprar las dos postales, pensando en cuánto le gustarían a Elinor. Sería una estupidez mentirse a sí mismo y no reconocer que estaba enamorado de ella. Era una de las mujeres más excepcionales que había conocido, con una sagacidad y arrojo que superaban con mucho a la mayoría. También era caritativa y honesta, cualidades que se sumaban a las anteriores. Le agradaba su carácter entusiasta, su sinceridad sin dobleces, hasta su testarudez. Tenía un sentido del humor que le divertía y una amplia cultura en temas afines a los suyos.

Estaba disfrutando de cada momento que pasaba a su lado y, si no supiera que era una idea desatinada, le propondría que fuera su colaboradora. Le seducía la posibilidad de trabajar juntos, compartir aventuras, ideas, opiniones… No iba a hacerse ilusiones, eso era lo máximo a lo que podía aspirar. Elinor nunca llegaría a nada más. Demasiadas cosas los separaban, y el hecho de que ella no albergaba los mismos sentimientos. Acabaría casada con un miembro destacable de la sociedad y se olvidaría de ese periodo en el que disfrutó jugando a detective aficionada.

Aparcó esos pensamientos para centrarse en el caso. Intuía que Lowden había ocultado parte del material que poseía, bien para lucrarse o porque había decidido no continuar con los negocios ilícitos. Cuando el socio lo reclamó, se enfrentaron en una pelea en la que resultó muerto. No creía que se hubiese arriesgado por las pocas imágenes que él encontró. Debía de guardar fotografías o placas de revelado de las víctimas de sus coacciones porque, para las imágenes libidinosas, le servía cualquier prostituta o modelo que quisiera ganarse unos chelines.

Si en el establecimiento no había más fotografías que las cuatro que él encontró, ese material tan valioso lo debió esconder en otro lugar. Que viajara a esta ciudad tres días antes le sugería que podía ser aquí donde lo había traído para apartarlo de su socio.

Confiaba en que su plan saliera bien y consiguiera de la madre de Lowden algo más que información. Era poco probable que estuviese al tanto de la muerte de su hijo. Solo habían transcurrido veinticuatro horas desde que se descubrió el cadáver y, al encontrarse a tantos kilómetros de distancia, la demora en avisar a la familia llevaría algún día más. Prefería no ser el portador de tan triste noticia ni le interesaba informarla o arruinaría su plan.

Cuando llegó a la aldea no le resultó difícil encontrar a alguien que le indicara dónde vivía la señora Lowden. La ausencia de crespones negros en la puerta del *cottage* cercano a la iglesia de St. Thomas, como hubiese sido lo propio en caso de una defunción reciente, le sugería que aún no la habían informado del deceso de su hijo.

Cruzó el cuidado jardín y llamó a la puerta. Le abrió una jovencita de mejillas sonrojadas y

cabello pálido recogido en una gran trenza que le rodeaba la cabeza.

—Me gustaría hablar con la señora Lowden, si puede recibirme. Soy un amigo de su hijo Charles —mintió, al igual que había hecho horas antes con Jacob Sadock. No se mostraría muy propicia a darle información si le decía quién era.

—Pase, por favor —ofreció. Lo condujo hasta una salita amueblada con sencillez y donde todo estaba muy limpio y ordenado. Una mujer estaba sentada en un sillón junto a la chimenea, donde un generoso fuego lanzaba llamas rojizas y alejaba las crecientes sombras que comenzaban a oscurecer la tarde.

La señora Lowden giró la cabeza al escuchar abrirse la puerta y miró al recién llegado. Parecía muy frágil sentada en aquel sillón. Phineas imaginó que estaba enferma, lo que sugería la palidez de su rostro y la expresión de sufrimiento en los claros ojos.

Phineas se acercó a ella y se inclinó brevemente.

—Señora Lowden, soy James Strudd, un amigo de su hijo. He venido a Liverpool por negocios y Charlie me ha pedido que pasara a recoger un paquete que dejó cuando estuvo hace unos días.

Había elaborado una historia para justificar su visita y temía que descubriera la farsa. Basándose en que Lowden no llevaba más de un año en Londres, supuso que la madre no conocería a sus amistades. Era arriesgado y lo único que tenía al desconocer su pasado.

—Gusto en conocer a un amigo de mi hijo. Siéntese, por favor. ¿Le apetece tomar un té?

—Muy amable. Lo tomaría con gusto.

—Maisie, prepara té y trae un buen trozo de la tarta de ciruelas que has hecho. Seguro que al señor Strudd le apetece probarla.

La jovencita se marchó a cumplir con el encargo y la mujer volvió su atención a Phineas.

—¿Usted es fotógrafo como mi Charlie?

—No, señora. Soy pasante en el bufete de un abogado, que está muy cerca del estudio de Charlie. Nos conocemos desde que llegó a Londres.

—Me alegra que tenga amistades allí. Cuando se marchó no conocía a nadie y temí que se sintiera muy solo. Fue una decisión repentina que no aprobé. Aquí podría haber encontrado trabajo en los muelles o en alguna de las fábricas, pero a él siempre le ha gustado la fotografía. Lo heredó de su padre y de su tío, y quería seguir sus pasos. Al liquidar el negocio para pagar las deudas, decidió marcharse a Londres con la esperanza de que lo contrataran como ayudante en algún estudio. Y tuvo suerte porque pronto lo consiguió. —Sonrió complacida. Le había costado dejarle marchar. Era lo único que le quedaba, aunque entendía que él quisiese prosperar.

Por las palabras de la señora Lowden, Phineas dedujo que su hijo no le había contado toda la verdad. El dinero para el estudio no lo había puesto él, solo figuraba como inquilino. Decidió aprovechar la locuacidad y la buena disposición de la mujer para recabar la mayor cantidad de información posible. Cualquier dato, por insignificante que fuera, podía llevarle a descubrir al socio y probable asesino.

—Una saga familiar, según parece —comentó Phineas.

—En efecto. Mi marido fundó el negocio, un estudio muy importante y que daba buenos ingresos. Cuando él falleció, mi cuñado, que acababa de regresar de Crimea, se hizo cargo y fracasó. No le gustaban los retratos de muertos. Decía que ya había visto y fotografiado muchos durante la guerra. Fue un error. Las deudas se acumularon e, incapaz de hacerles frente, se quitó la vida.

—Una tragedia. Permítame darle el doble pésame.

—Gracias, señor Strudd. Fue un duro golpe para toda la familia. Charlie, que era su ayudante, quedó destrozado. Su padre había comenzado a enseñarle el oficio y su tío acabó de instruirlo. —Una lágrima acudió a los ojos de la mujer. La retiró de forma delicada con el pañuelo que ocultaba en la manga de su vestido.

Maisie llegó con una bandeja en la que portaba la tetera con dos tazas y un plato con una generosa ración de tarta de ciruelas.

—Pruebe la tarta. Verá que está deliciosa. ¿El té lo quiere con leche y azúcar? —preguntó la señora Lowden.

—Solo leche, por favor. —Phineas comió un trozo de la apetitosa tarta y coincidió con la mujer—. Tiene razón, nunca he probado una tan rica.

—Ya se lo dije. Maisie tiene unas manos de oro para la cocina —dijo, y miró a la muchacha con orgullo.

—Gracias, señora Lowden —murmuró Maisie ruborizada.

Tras unos minutos de charla insustancial que no le aportaron ninguna información relevante, Phineas se decidió a jugar la baza que había ideado.

—Como le dije al principio, Charles me ha pedido que recoja un paquete que dejó aquí.

La mujer lo miró extrañada.

—No recuerdo que dijera nada sobre un paquete. ¿Le ha dicho dónde está o qué contenía?

—No señora. Puede que lo dejara en su habitación. No es grande, según me comentó —aventuró Phineas. Si contenía lo que imaginaba —algunas fotografías y placas de revelado—, ocuparía poco espacio y podía ocultarlo en cualquier lugar.

—Veré si encuentro algo así. Discúlpeme. —La anciana se levantó con esfuerzo y salió de la salita. Acompañada de Maisie, se perdió por el estrecho pasillo que comunicaba con las habitaciones traseras.

Phineas aprovechó para revisar el contenido de la habitación. Había varias fotografías repartidas por la estancia: sobre la chimenea, encima de una mesita próxima a la ventana o colgadas en las paredes. En una aparecía la señora Lowden junto a un caballero que debía de ser su esposo fallecido. En otra estaba ella sola junto a un niño rubio de unos diez años. Había un par más en las que aparecía Charles de adolescente y otra más actual, tal y como le recordaba.

La que más le llamó la atención fue una en la que aparecían tres figuras masculinas: Charles Lowden, su padre y otro hombre de rasgos similares a los del chico y unos veinte años mayor que él. Debía tratarse del tío Herbert, el que acabó suicidándose por deudas. Tenía una fea cicatriz en su oreja izquierda, probablemente secuelas de la guerra. A Phineas le dio la sensación de familiaridad, como si lo hubiera visto con anterioridad. Imaginó que el parecido con su hijastro le causaba esa impresión.

—Ese es el único retrato que tengo de mi cuñado. Acababa de regresar de Crimea y mi esposo quiso que posaran los tres juntos. Fue una suerte porque no quedó el cuerpo para enterrarlo.

—¿Cómo murió? —preguntó Phineas. Sabía que se había suicidado, no la forma en que lo hizo.

—Se arrojó al mar desde una barca. Solo encontraron su ropa y una nota en la que pedía perdón por el daño que hubiese causado. El mar fue su sepultura. Enterramos un ataúd vacío.

—¿Abandonó el ejército al terminar la guerra?

—Él nunca fue soldado. Acudió a la guerra como fotógrafo y resultó herido durante un asalto al campamento. Un disparo enemigo le dio en la cabeza. Solo le rozó el cráneo y se llevó un trozo de oreja, como se aprecia en el retrato. Yo tomé esa fotografía e insistí en que mostrara la

herida. A él no le gustaba que la tuviera y me pedía que la destruyera. Le hice creer que lo había hecho. Se avergonzaba de su deformidad, cuando debía de estar orgulloso —sonrió al recordarlo.

—Un triste final para un hombre valiente.

—Así es. —Un quedo sollozo confirmó su pesar. Volvió a sentarse en la butaca junto al fuego —. No hemos encontrado ningún paquete en su habitación, ni recuerdo que dejara alguno en otro lugar de la casa. ¿Está seguro de que le habló de un paquete?

—Tal vez lo entendí mal y no es un paquete, o puede que no fuera en ese viaje y sí en otro anterior —acordó con tono pesaroso.

La mujer giró la cabeza hacia la chimenea con un gesto de concentración.

—Solo recuerdo que el mes anterior trajo una caja que, según me comentó, eran placas usadas de colodión. Dijo que eran muy frágiles y no debían exponerse a la luz. La guardó en la vitrina, tras unos libros de la parte alta para que nadie la abriese. Mire usted mismo —indicó.

Phineas sintió una interior excitación ante la seguridad de que había dado con lo que buscaba. Se levantó y revisó con cuidado la balda más alta de la vitrina donde se exponía una colección de textos, la mayoría sobre fotografía. Fue moviendo con cuidado los libros hasta que encontró la caja metálica escondida tras ellos. Estaba atada con una cuerda.

—A esto debió referirse Charles. Tal vez necesita algo de su contenido. Si no tiene inconveniente, se la llevaré —dijo con tono inocente, que intentaba enmascarar la ansiedad que sentía.

—Claro. Ha sido muy amable por desplazarse hasta aquí para hacerle un favor a mi hijo. Es usted un buen amigo.

Phineas sintió que el remordimiento le ahogaba por aprovecharse de su bondad, Lo mitigaba el pensar que evitaría el sufrimiento de personas inocentes si encontraba algo que pudiera demostrar los chantajes.

Tras otra taza de té y un corto rato de charla, Phineas se marchó. Estaba deseando abrir la caja para confirmar que, como esperaba, contenía los negativos de las imágenes que el socio de Lowden tanto ansiaba obtener y por los que había llegado a matar. Si Charles quería desentenderse de él y continuar en solitario con las extorsiones, tuvo que ocultar las pruebas donde no las encontrara; entonces, ¿por qué guardaba en su estudio la fotografía de la mujer de cabello níveo? ¿Tendría pensado reunirse con ella para continuar chantajeándola?

Una vez de regreso a su hotel, Phineas abrió la caja. Como imaginaba, contenía tres vidrios con imágenes muy comprometidas de la misma mujer, que aparecía en íntima unión con Charles Lowden. Ese hallazgo le confirmó que el asesino estaba buscando los negativos cuando registró el estudio y le hizo pensar que debería enfocar el tema de otra manera. Ya no estaba tan seguro de que se tratase del socio de Lowden. ¿Y si el marido de la dama, si lo tenía, o ella misma, estaban interesados en conseguir esas pruebas para acabar con las exigencias?

Otro dilema era si debía comunicarle a McRae lo que había descubierto. Al guardar información estaba incumpliendo su deber y obstaculizando la investigación de la policía; si se lo decía, la encontraría y no se podría contener el infortunio que recaería sobre ella. Era una crueldad causar más dolor a una mujer que debía llevar mucho tiempo sufriendo, y él era incapaz de esa maldad.

Como aún le daba tiempo de regresar a Londres en el último tren de la tarde, partió de inmediato a la estación. Con suerte, llegaría antes de medianoche. Durante las cuatro horas que duraba el viaje tendría tiempo de organizar sus ideas y valorar esa nueva vía de investigación que había surgido. Estaba deseando compartirlo con Elinor y conocer su opinión.

Capítulo 35

A la hora indicada en la nota que había recibido aquella misma mañana, Elinor llamaba a la residencia de la señora Kingsford, en Green Street, una suntuosa mansión junto a Hyde Park. Pese a la cercanía de Cumberland Gate, con su continuo tráfico de carruajes, se apreciaba quietud en aquella zona, una de las más cotizadas por la alta sociedad y por cuyas propiedades se pagaban grandes sumas. También los alquileres eran muy altos, lo que daba idea de la solvencia económica de sus moradores.

Un lacayo con sobrio atuendo abrió la puerta.

—La señora Kingsford me espera. Soy Elinor Welby.

—Haga el favor de seguirme, señorita Welby. —El lacayo la condujo al otro extremo del amplio vestíbulo, al que se abrían varias puertas y de cuyo fondo partía una suntuosa escalera de doble tramo que llevaba a los pisos superiores.

La sala en la que la introdujo tenía un innegable toque femenino. Telas de flores tapizaban sillas y sofás y enmarcaban las ventanas, una gruesa alfombra con motivos florares cubría casi la totalidad de la estancia. Tonos suaves en las paredes y jarrones con flores frescas sobre las dos mesas junto a los amplios ventanales. En una de las paredes destacaba una alta chimenea, en cuya repisa abundaban los retratos con marcos plateados, y una colección de figuritas de alabastro representando bailarinas se guardaban en la vitrina que ocupaba otra de las paredes. La salita rebosaba buen gusto y distinción.

En el centro, sentada en uno de los dos sofás que lo ocupaban, se encontraba una mujer que impactaba por su belleza. La tez era muy blanca, como el alabastro de las figuritas que guardaba en la vitrina, y contrastaba con el cabello de un negro muy brillante. Lo llevaba peinado en un primoroso recogido que le despejaba el rostro para que nada ocultara su perfección. Las pobladas cejas oscuras con forma de ala de paloma enmarcaban unos ojos enormes y de un intenso azul violeta. Las largas pestañas acentuaban el exotismo que se apreciaba en el rostro de la dama, así como los labios generosos de un tono sonrosado. Debía de estar cercana a la cuarentena, o ya la había rebasado; de ser así, su rostro llevaba muy bien el paso del tiempo. Solo unas finas arrugas circundaban su boca y el extremo de los ojos, lo que le aportaba más atractivo.

No cabía duda de que Fiona Kingsford era una mujer hermosa y refinada que destacaba en cualquier reunión y debía acaparar todas las miradas masculinas. Ahora comprendía el sutil rechazo que había detectado en su madre cuando hablaron de ella.

El lacayo anunció a Elinor y Fiona se levantó con agilidad y se acercó a ella con las manos extendidas. Su figura, grácil y exuberante a la vez, iba enfundada en un elegante vestido en tono violeta pálido muy favorecedor. Su alta estatura, acentuada por unos botines de considerables tacones, acentuaban esa majestuosidad que desprendía toda su persona.

—Querida señorita Welby, gracias por su visita —saludó. Su tono de voz era melodioso y

cálido.

—A usted por recibirme, señora Kingsford.

—Fiona, por favor. ¿Me permite que la llame por su nombre?

—Por supuesto.

—Gracias, Elinor. Parto mañana hacia mi hogar en Irlanda y no quería dejar pasar tiempo para conocerla, de ahí la inmediatez de la respuesta. Por amigas comunes, sé de su interés por las causas sociales y espíritu filantrópico, al igual que su familia.

—Es justo que las personas que más tienen ayuden a los necesitados.

—Esa es mi opinión. Por ello, desde que mi querido esposo falleció, dedico la mayor parte del tiempo y buena parte de mis recursos en ayudar a los desahuciados por la sociedad, en especial a los niños. Verá, yo no tuve la suerte de tener hijos en mi feliz matrimonio y a todos mis acogidos los considero como tales. Intento proporcionarles una vida cómoda y feliz, procurándoles la mejor educación posible y, cuando tienen edad, les ayudo a conseguir un trabajo para que se ganen la vida y formen una familia. Es lo que me hace feliz —dijo con una plácida sonrisa que conseguía aumentar la belleza de su rostro al destacar sus altos pómulos.

—Una encomiable labor en la que me gustaría participar, si es posible. Mi madre me ha comentado que acepta donaciones y, además, quiero cooperar de forma más personal.

—¡Qué alma tan caritativa tiene, Elinor! Será un gran honor contar con su ayuda y los niños se lo recompensarán con su aprecio. Los dos orfanatos que costeo en la ciudad, así como los otros dos que se hallan en tierras irlandesas, están gestionados por religiosos, pero todo auxilio que pueda prestar es bienvenido. Cuando regrese de mi viaje, estaré encantada de llevarla a conocer ambos colegios.

—Gracias, esperaré ansiosa —comentó Elinor con sinceridad. Ya que no podía colaborar en Hardwood Hall todo lo que quisiera, se volcaría con los orfanatos que la señora Kingsford financiaba.

—¡Pero qué grosería por mi parte no haberle ofrecido un té o un refresco! ¿Le gustaría tomar una limonada? Con el calor que comienza a hacer, es más apetecible a esta hora de la mañana.

—Me agradaría.

Fiona se levantó y tiró del cordón. Un lacayo acudió.

—Dígale a la señora Hudson que prepare limonada y unos bocaditos variados.

El lacayo se aprestó a obedecer.

Elinor, que había estado observando las fotografías, no perdió tiempo en sacar el tema que le interesaba.

—Unos retratos magníficos, propios de un artista, aunque no debe de resultar difícil conseguir tan bellas imágenes si usted es la persona que capta la cámara. ¿Puedo conocer el nombre del fotógrafo, Fiona?

—Gracias, Elinor. Sin duda, todo el mérito es del profesional que los hizo. Siempre consigue mostrar el lado más hermoso de las personas. El artista es el señor Charles Lowden, un joven muy virtuoso en su profesión.

—¿Tiene estudio en Londres?

—Por supuesto. Si está interesada en hacerse unos retratos, le puedo dar su dirección. Creo que tengo su tarjeta por alguna parte.

Elinor imaginó que aún no se había enterado de la muerte de Lowden.

—Sí, por favor. Nunca me he hecho uno por temor a salir poco favorecida. Creo que él conseguiría obtener una bonita imagen para regalar a mi prometido.

—No lo pongo en duda. Es usted bonita y generosa. Su futuro esposo es un hombre muy afortunado.

Elinor inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Y cómo conoció al señor Lowden? —preguntó. Ante el gesto de extrañeza de la dama, se apresuró a explicar su interés—. Quiero decir que si se lo recomendó alguien o fue casualidad que diera con ese portento.

—No recuerdo con exactitud cómo fue. En alguna reunión alguien debió mencionarlo —dijo de forma vaga—. Siento no ser más precisa.

Elinor se sintió frustrada. Había tenido la esperanza de obtener información que la llevara a descubrir al socio del fotógrafo asesinado.

En ese momento entró una sirvienta portando una bandeja en la que llevaba la jarra de limonada, dos vasos y un plato con bocaditos de pasta de pescado y pepino. Lo dejó encima de la mesa y se retiró. En la bandeja también había un platito con un papel doblado. Lady Fiona lo leyó y frunció ligeramente los ojos.

—Le ruego que me disculpe. Parece que tenemos un problema doméstico urgente —dijo con el rostro serio. La voz había perdido la dulzura que antes mostraba.

Elinor imaginó que debía de ser algo grave y decidió marcharse. No creía que pudiera conseguir más información y permanecer allí solo le retrasaría. Había pensado pasar por casa de Phineas.

—No se preocupe, Fiona. Me marcho. Ya le he robado mucho tiempo. Gracias por haberme atendido.

—Espero verla a mi regreso para hablar de su colaboración —dijo Fiona con una sonrisa encantadora, y alargó las manos para estrechar las de Elinor en un cálido gesto.

—Desde luego. Le deseo un viaje placentero y fructífero.

Una vez en la calle, Elinor cogió un coche de alquiler y se dirigió a Queen Square. Esperaba que Phineas hubiese regresado y con buenas noticias. Ella no había avanzado nada y se sentía fracasada. Había ido con la esperanza de obtener alguna información de la señora Kingsford y ahora se encontraba sin un nombre para seguir indagando.

Phineas había regresado la noche anterior y estaba ocupado atendiendo a un cliente, según le informó Mary cuando Elinor llegó. Preguntó por Adelaide y le respondió que había salido, así que se quedó en la salita a la espera de que terminara.

Phineas no tardó mucho en personarse en la puerta.

—Elinor… —saludó con los ojos brillantes y la media sonrisa que le añadía atractivo a su rostro.

A Elinor no le perturbó la alegría que sintió al verle porque ya había asumido que sus sentimientos por él avanzaban a pasos agigantados hacia el amor, palabra que se le ocurría cuando pensaba en ellos pese a que no lo había experimentado. Con una sonrisa, se levantó y se acercó.

—¿Qué tal el viaje a Liverpool, Phineas? ¿A sido productivo? —preguntó, e intentó enmascarar con un tono de voz neutro la emoción que la embargaba.

Ambos caminaron por el corto pasillo hasta el despacho.

—No todo lo que me hubiese gustado. Sin embargo, ha abierto otras posibilidades sobre el posible asesino que pueden resultar interesantes y, al mismo tiempo, me crea un conflicto moral.

—¿Cuál?

—Si debo ponerlo en conocimiento del inspector McRae o continuar investigando por mi

cuenta —reconoció con gesto de pesar. Era un tema al que le había estado dando vuelta desde la tarde anterior y no conseguía solucionarlo.

—Cuénteme, por favor.

Phineas le hizo un exhaustivo resumen de sus pasos en Liverpool desde que llegó a la ciudad, lo que había averiguado en la conversación con la señora Lowden y del hallazgo de los negativos con baño de colodión, que tenía a buen recaudo y a la espera de tomar una decisión con respecto a entregarlos o no a la policía.

—Creo que el móvil para el asesinato fue recuperar ese material, con el que se pueden revelar varias copias, lo que no afirmo ahora es que se trate del socio. Tal vez el marido, si llegó a enterarse, no quiso ceder al chantaje o ya estaba cansado de pagar y decidió enfrentarse a Lowden. O ella, por los mismos motivos, contrató a alguien para recuperar las pruebas de su desliz —argumentó Phineas.

Elinor disentía de la nueva teoría de Phineas porque conocía datos que él ignoraba. Lady Warwick era viuda, lo que descartaba un marido agraviado, y no creía que hubiese encargado a alguien que recuperara las imágenes para evitar continuar pagando por su silencio. El aspecto de desolación que presentaba era impropio de una persona acostumbrada a acciones tan arriesgadas.

—Coincido con usted en que recuperar esas imágenes y negativos es el móvil que guiaba al asesino, si bien no creo que sea el esposo de la mujer que aparece en ellas. Continúo pensando que se trata del socio, y le explicaré la razón.

Elinor le relató lo que había presenciado en el baile celebrado dos noches antes en la residencia de los señores Pettigrew, sin desvelar el nombre de la dama.

—¿Está segura de que estuvo hablando con el caballero que después usted descubrió entre los matorrales?

—Apostaría por ello. Apenas aparté los ojos para observarla cuando se dirigía al interior de la casa y, a los pocos minutos, fui hacia el lugar. Ese hombre estaba solo, fumando un cigarro. No vi a nadie más por los alrededores.

—¿Podría describirlo? Adelaide tiene muy buena mano para los retratos. En más de una ocasión me ha ayudado a confeccionar alguno según las descripciones que le dábamos —propuso esperanzado.

—Imposible. Era una zona muy oscura y solo vi durante unos segundos un rostro a la débil luz del cigarro, como le he comentado. De lo que sí estoy segura es de que era un hombre porque llevaba un poblado bigote que se unía a unas largas patillas.

—Una pena que no descubriera el nombre de la mujer. Podríamos acudir a ella y enterarnos de quién es su extorsionador.

Elinor contuvo el impulso de revelarle todo lo que sabía. Se compadecía de lady Warwick y temía que, si se lo revelaba, Phineas se viera obligado a ponerlo en conocimiento de la policía. Era un profesional y le causaría un mayor dilema moral ocultar esa información. No quería ser la responsable de causarle más agonía a una mujer que ya había padecido demasiado. Por mucho que le pesase, esperaría hasta ver cómo avanzaba el caso.

—Tal vez no lo conozca. Como le he explicado, él permaneció durante todo el tiempo oculto por las sombras y resultaba imposible verle el rostro. Si se trata de una persona que pertenece a la clase alta, como hemos defendido desde el principio, no va a permitir que le vea por si lo reconoce. Lo normal es que recurra a anónimos y procure no revelar su identidad.

—Esa es la explicación más lógica, o puede que el encuentro no tuviera nada que ver con la trama de chantaje y se trate de algo inocente.

—Si hubiera podido escuchar la conversación… —se lamentó Elinor.

—No podía hacer más sin delatar su presencia y alertarle.

—Así es. Le describiré a mi madre el aspecto de la mujer por si puede darnos alguna referencia. Ella conoce a todo el mundo —mintió para ganar tiempo.

—Nos sería de mucha utilidad si pudiéramos interrogarla. Según sus respuestas, decidiría si lo pongo en conocimiento de McRae o no. Y de lady Naumburg, ¿qué información obtuvo?

—Ella me facilitó el nombre de la persona que le había sugerido a Lowden. Se trata de la señora Fiona Kingsford, una filántropa viuda que patrocina varios orfanatos. Con la excusa de querer hacer una donación, he ido esta mañana a visitarla. Tiene retratos de él, pero no recuerda quién se lo recomendó. Me temo que esa vía de investigación está muerta —dijo con desánimo.

—No se preocupe, hay más posibilidades. Intente descubrir el nombre de la mujer del retrato, es lo mejor que tenemos de momento.

Elinor se marchó con un sentimiento de culpa. ¿Qué era más importante, proteger a una mujer que había sufrido demasiado o descubrir al asesino de un hombre que se aprovechaba de las mujeres y cometía actos ilícitos? Claramente lo primero, pero ¿y si al callar propiciaba que el socio continuara sangrando a lady Warwick o a alguna más? Tenía que razonarlo y tomar una decisión.

Cuando Elinor llegó a casa, una nota de lady Fiona la estaba esperando. Le comentaba que iría a visitar un orfanato en Turner Street esa tarde, antes de partir de viaje. Si deseaba comprobar la labor que se realizaba allí, la esperaba a las cuatro en dicho establecimiento y se lo mostraría con gusto. Le mencionaba que iba a almorzar con una amiga y le preguntaría si recordaba quién les recomendó al fotógrafo que hizo los magníficos retratos.

Elinor contestó que aceptaba su invitación y le comunicaba que estaría allí a la hora indicada. Si lograba el nombre del socio, no tendría que molestar a lady Warwick.

Capítulo 36

Tras la marcha de Elinor, Phineas salió. Había quedado con sir Nigel en su club a las dos de la tarde para entregarle el informe de las pesquisas a su esposa. Como aún era pronto, decidió pasar por Whitehall Place y preguntarle a McRae cómo iba el caso. Según lo que le comentase, juzgaría si le decía lo que había descubierto o esperaba a tener más datos.

Ulysses era una persona razonable y entendería sus reparos para no investigar a la mujer de los retratos. También era un buen policía y su deber le exigía conseguir la mayor cantidad de información que le permitiera detener al asesino.

Phineas se dirigió a la entrada trasera del edifico, que daba a Great Scotland Yard Street, y traspasó las puertas custodiadas por un agente. Desde allí se accedía con mayor facilidad a las oficinas de los inspectores, donde esperaba encontrar a McRae.

—Moore, gusto en verte. Tengo algunas preguntas para ti —dijo Ulysses a modo de saludo.

—Lo imaginaba y he querido ahorrarte el trabajo de ir a visitarme, aunque sabes que siempre eres bienvenido en casa. A Adelaide le gustaría verte.

A lo largo de los años, la amistad se había estrechado y las visitas de Ulysses al hogar de los Moore se hicieron habituales.

—Siento no tener tiempo. Ya sabes cómo es este trabajo: somos pocos y los casos se acumulan. ¿Por qué no te planteas reengancharte? Nos vendría muy bien un intelecto despejado como el tuyo —propuso.

Ulysses le repetía el ofrecimiento siempre que tenía ocasión porque valoraba sus grandes dotes detectivescas y su arrojo, tan necesario en un buen policía, y le gustaría volver a tenerle de compañero. Al mismo tiempo, entendía las razones que tuvo para dejar el cuerpo. El hecho de que no se hubiese esclarecido totalmente la muerte de Alfred Moore era algo que les pesaba a ambos. Sabían que hubo más agentes implicados y que seguían en libertad, protegidos por personas influyentes. Si a él le reconcomía esa injusticia, a Phineas mucho más y era lógico que no desease trabajar en un lugar donde podían estar los asesinos de su padre.

—Estoy muy bien con mi ocupación, gracias. Eso de ser tu propio jefe, con permiso de Adelaide, es muy gratificante.

—Cierto.

—Y bien, ¿qué quieres preguntar?

—Nada importante. Solo me gustaría saber qué te llevó a Liverpool, en concreto a la casa de la madre de Charles Lowden, y lo que averiguaste allí. Como intuyo que no has dejado de investigar sobre el asesinato del fotógrafo, quería saber si has descubierto algo que nos ayude a aclarar el caso.

A Phineas no le sorprendió que McRae estuviera al tanto de su viaje. Sabía que algún agente se personaría en casa de la madre de Lowden y esta acabaría comentando la visita del amigo de

su hijo desde Londres. No iba a mentirle, pero no pensaba revelarle todo lo que había descubierto. Si la señora Lowden no había mencionado las placas de vidrio, él lo mantendría oculto. Le hizo un resumen muy verosímil de sus andanzas por la ciudad con la esperanza de que su amigo no continuase indagando.

Ulysses lo miró con intensidad. Sabía que se guardaba más de lo que le había contado. Tampoco creía la historia del supuesto fotógrafo rival que quería descubrir un negocio ilegal de imágenes lujuriosas; en ese caso, su cliente lo habría denunciado a las autoridades para acabar con la competencia de forma rápida. Apostaba por algo más delicado, como fotografías del cliente, o de alguien relacionado con él, que no quería que se divulgasen y había contratado a Moore para que las recuperara.

Esa hipótesis abría la posibilidad de que el cliente hubiese matado a Lowden. Que Phineas siguiese investigando era muy significativo. Ulysses conocía su honradez y deducía que, en parte, se sentía responsable de esa muerte, de ahí que estuviese intentando esclarecer el caso por su cuenta. Si concluía que había sido su cliente, confiaba en que no se lo ocultaría, mientras debía proteger a la persona que le había contratado. No podía obligarle a desvelar el nombre. Solo si se veía forzado, pediría una orden al juez para que se lo dijera.

—En resumen: no sacaste nada en claro.

—Así es. Fui con la intención de descubrir si tenía un socio, husmeé entre sus cosas y no descubrí nada útil. Admito que estoy en una vía muerta y, como ya he cumplido con el encargo de mi cliente, dejaré el caso. Tengo otros de que ocuparme. ¿Vosotros habéis descubierto algo?

A Ulysses no le importaba compartir la información que tenía. Confiaba en la discreción de Phineas y en su perspicacia para resolver casos intrincados, y este lo era.

—Poca cosa. La autopsia ha verificado lo que ya sabíamos, que murió desangrado por el corte en la garganta. No tenía más lesiones que algunos golpes causados por la lucha previa, en la que debió herir a su asesino porque dejó marcas de sangre por toda la casa cuando realizó el registro; nada que nos sirva para descubrir su identidad. No hemos conseguido información sobre un posible socio en el negocio. Él fue quien suscribió el contrato de arrendamiento del local con la viuda del señor Kassel, su antiguo propietario. Las indagaciones sobre sus costumbres, amistades, relaciones…, nos desvelan que frecuentaba antros de pervertidos, donde hacía negocios con las imágenes obscenas. Vivía solo, aunque tenía amigos especiales. Y algo más relacionado con el tipo de vida que llevaba: estaba enfermo de sífilis en grado avanzado. Las lesiones típicas de esta enfermedad lo demuestran.

Phineas dio un respingo. Si estaba enfermo habría transmitido esa enfermedad a sus compañeros de cama. Otra razón más para que quisiesen vengarse.

Ulysses lo observaba y advirtió el impacto que le causaba esa noticia, lo que reforzaba su creencia de que le ocultaba información. Esperaría unos días y, si no acababa compartiéndola con él, le forzaría a que desvelara todo lo que sabía. Cualquier dato que guardara podía ser importante. No se trataba de un caso relevante, ni estaba recibiendo presión por parte de sus superiores para que lo resolviera de forma rápida, pero a él no le gustaba dejar ningún asunto inconcluso y menos a un asesino suelto por la ciudad para que volviera a actuar.

Phineas se levantó dispuesto a marcharse.

—Me temo que va a ser un caso difícil. Te deseo suerte, amigo.

—La necesitaré. Confío en que me tengas informado de lo que descubras, por si me puede servir —pidió Ulysses.

—Por supuesto. Cuídate.

—Transmítele mis buenos deseos a Adelaide.

Phineas se marchó antes de que Ulysses continuase indagando. Había advertido en el brillo suspicaz de sus ojos que no le creía cuando afirmaba carecer de información o de nuevas pistas. Nunca había infravalorado la sagacidad de su amigo y menos ahora, que tenía más experiencia.

Era muy importante averiguar el nombre de la mujer que aparecía en los negativos. Esperaba que Elinor tuviera suerte con su madre.

A la hora concertada con su cliente, Phineas entró en el club de caballeros en el que lo había citado. No estaba orgulloso de lo que iba a hacer, pero las circunstancias le obligaban. No era la primera vez que falseaba un informe si con ello protegía a un inocente o era causa de un bien mayor, en esta ocasión cumplía ambos requisitos. Estaba convencido de que lady Naumburg ya había aprendido la lección y no volvería a cometer el mismo error. En el fondo, era una víctima y no se merecía que la castigase por ello.

Como la vez anterior, encontró a sir Nigel en un cuarto reservado, para evitar oídos curiosos, mientras saboreaba una copa de brandy. Saludó a Phineas y le ofreció una a él. Cuando el camarero se marchó, y convencido de que nadie los escuchaba, preguntó:

—Y bien, ¿qué ha averiguado? —La ansiedad en su voz era patente.

Phineas le entregaba un exhaustivo dosier con horas, lugares y personas conocidas con las que su esposa se había encontrado, y en el que omitía los encuentros con Charles Lowden.

—Como comprobará, el seguimiento comenzó el lunes de esta semana y ha concluido esta misma mañana, exceptuando los días que pasó fuera de la ciudad, en los que usted me comunicó que viajarían juntos. Durante las mañanas acudía a la residencia de la señora Emily Falkner, en Gloucester Street, una dama muy respetable que vive sola y, debido a un problema de salud, no sale de casa; con posterioridad, iba de compras y regresaba a su residencia. Las dos últimas mañanas no ha realizado ninguna salida. No hemos detectado actividades sospechosas. ¿Desea que continuemos con el seguimiento?

Phineas había mantenido a Bertie vigilando la residencia de sir Nigel las dos últimas mañanas, quien le había informado del enclaustramiento de la dama del retrato que le había mostrado.

Sir Nigel inspiró con fuerza. Había estado en tensión mientras hablaba y al confirmarle que su esposa no le engañaba, o que no comprometía su buen nombre con actividades extrañas, suponía un gran alivio.

—Gracias, señor Moore. No creo necesario que continúe vigilando a mi esposa, su informe me tranquiliza. Había llegado a pensar lo peor. Ya sabe que mi servicio a la Corona exige de una actuación intachable, lo que incluye a mi familia —se justificó. Apuró su copa e hizo una seña al camarero para que le trajera otra—. Se ha ganado usted sus honorarios —añadió, y le entregó un sobre que contenía un pagaré por las seis libras prometidas.

Phineas guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. Estaba avergonzado. Era un dinero que no se merecía porque no se ajustaba a la verdad, mas creía que estaba obrando con honradez y eso aliviaba en parte su desazón.

Apuró su copa y se dispuso a marcharse. En ese instante llegó el camarero con el brandy que sir Nigel había pedido y una imagen se coló en su mente de forma súbita: la de otro camarero que tenía una cicatriz en la oreja que le llamó la atención la última vez que estuvo allí. La misma cicatriz que había visto en una fotografía; en concreto, en la de Herbert Lowden, el tío de Charles, que se había suicidado arrojándose al mar y cuyo cuerpo nunca se encontró. No se había fijado en el rostro. Casi nadie recordaba el aspecto de las personas que les servían excepto si mostraban alguna singularidad, como aquella fea cicatriz en la oreja izquierda que llamaba la

atención.

—¿Se encuentra bien? Está muy pálido —dijo sir Nigel.

Phineas estaba pensando en cuántas probabilidades había de que existieran dos cicatrices iguales y respondiéndose que una entre un millón. Lo más lógico era que el camarero que les había servido la vez anterior fuese Herbert Lowden.

—Disculpe. He recordado que tengo otra cita. —Se levantó con prisas y una interna tensión—. Ha sido un placer trabajar para usted, sir Nigel.

Phineas se apresuró a salir de allí. Debía organizar sus pensamientos y decidir qué iba a hacer. Si sus sospechas eran ciertas, ese hombre era el tío fallecido de Charles Lowden y su socio, el que se encargaba de hacer las fotografías y gestionar las extorsiones. Había pensado en alguien que tuviese relación con gente adinerada y se moviera entre la alta sociedad, pero no tenía que ser uno de ellos.

Un sirviente ocupaba una posición privilegiada. Escuchaban conversaciones, se enteraban de secretos, sabían quiénes eran vulnerables… y podían ofrecer su mercancía de forma clandestina. Tenía la oportunidad de enterarse de intimidades de los matrimonios y decidir cuál era el candidato perfecto para un chantaje. Aunque había un problema: ¿cómo ponía en contacto a su sobrino con las damas adineradas? O tenía un cómplice o era capaz de introducirse en eventos sociales y contactar con esas mujeres.

Fuese cómplice de Charles Lowden o no, el caso era que esa persona había fingido su muerte con el fin de huir de los acreedores, o de algún delito mayor, y solo por eso debía comparecer ante la justicia. Si descubrían que había asesinado a su sobrino, merecía la horca.

Interesado en descubrirlo, Phineas inspeccionó de forma disimulada el club. Al no hallarlo, se decidió a preguntar al conserje. El hombre, sentado tras un alto mostrador que ocupaba buena parte del vestíbulo, levantó la cabeza del periódico que leía y lo miró con sonrisa profesional.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —inquirió solícito. Por la calidad de su atuendo y el hecho de haber sido invitado por sir Nigel, uno de los socios destacados, merecía su deferencia.

—Deseo hablar con uno de los camareros, el que tiene una cicatriz muy ostentosa en la oreja izquierda. Siento no saber su nombre.

—Sé a quién se refiere. Se trata de Hobbes. Es el único con esa característica. ¿Qué desea de él? ¿Tiene alguna queja que dar?

—No, su trato fue excelente. Nos sirvió a sir Nigel y a mí la vez anterior y, en esa ocasión, comentó que había estado en Crimea durante la guerra y que fue herido en los últimos días del asedio a Sebastopol. Quería preguntarle si sabía la suerte que sufrió un primo lejano de mi madre, que estuvo por esas fechas en aquel lugar y del que no hemos vuelto a tener noticias —improvisó sobre la marcha.

—Lo siento. Hobbes se despidió ayer mismo. Según comentó, regresaba a Carlisle, su ciudad natal, por un problema familiar grave y tardaría en regresar.

—¡Vaya, qué contrariedad! Mi madre estaba muy interesada en saber de su querido pariente —se lamentó—. ¿No sabrá dónde vive? Con suerte, aún no habrá partido y podría visitarle.

El hombre dudó solo unos segundos. No era correcto facilitar esa información ni quería desairar a un socio potencial, y menos por un sirviente que ya no trabajaba para ellos. Si le hubiese preguntado por la dirección de algún socio, se habría negado a facilitársela.

—Si me permite preguntar, con gusto se la daré.

Abandonó su puesto y se adentró por un pasillo que daba a las cocinas. Regresó tras unos minutos.

—Uno de los ayudantes de cocina dice que una vez lo acompañó hasta una casa en Blomfield Street, cerca de Finsbury Circus, el número 8.

—Muy amable.

Phineas se marchó lo más rápido que pudo. No quería que sir Nigel lo viera y se preguntara qué hacía allí. Se acercó al bordillo de la acera y paró un coche de alquiler. Le dio la dirección y, mientras llegaban, fue trazando un plan. En caso de encontrarse allí, tendría que avisar a la policía para que lo detuviera. Era probable que hubiese matado a una persona y no podía arriesgarse a que escapara.

Cuando llegó al 8 de Blomfield Street bajó del carruaje y observó con disimulo. Era un edificio antiguo y destartalado. La parcela, que incluía un estrecho jardín muy descuidado, estaba rodeada por una verja de hierro mohoso. La fachada necesitaba un buen lavado de cara y un par de ventanas del piso superior tenían los cristales rotos. La puerta enrejada se abrió al empujarla. Phineas se acercó a la casa y llamó varias veces; nadie acudió a abrir. Rodeó el edificio hasta su parte posterior, que presentaba el mismo deterioro. Parecía deshabitada. Imaginó que había dado una dirección falsa para no descubrirse. De todas formas, encargaría a Bertie su vigilancia por si recalaba por allí.

Capítulo 37

Faltaban algunos minutos para las cuatro de la tarde cuando Elinor llegó a Turner Street, en el distrito de Whitechapel, una zona muy deprimida de la ciudad en la que nunca había estado. El orfanato era un edificio de dos pisos que se encontraba hacia la mitad de la calle, muy cerca de una iglesia, y cuya parte trasera daba a un descampado cubierto de maleza y suciedad.

Bajó del coche de alquiler que la había llevado allí, pagó al cochero y le prometió una buena propina si la esperaba. Calculaba que no iba a tardar más de media hora en la visita y, cuando terminara, no le resultaría fácil encontrar uno. Esa zona era peligrosa para ir caminando sola.

Llamó al portón. Tras una corta espera, abrió una mujer de mediana edad, baja y regordeta. Llevaba un vestido de burda tela en un marrón descolorido y sobre él un gran delantal que había perdido el blanco inicial tiempo atrás. Una cofia sobre la cabeza intentaba recoger el pajizo cabello que se le escapaba en rebeldes mechones y caían sobre los hombros.

—¿Qué desea, señora? No son horas de visita —dijo con tono reprobatorio.

—Me he citado aquí con la señora Kingsford. Soy Elinor Welby.

La mujer permaneció parada sin dejarla pasar.

—La señora no está y no creo que venga —indicó con gesto huraño, y cerró la puerta en sus narices.

Elinor se sorprendió. Esa era la dirección correcta que ponía en la nota, no se había equivocado. Pensó en llamar de nuevo por si la mujer no había entendido el nombre. Desistió. Lo mejor sería que fuese a su residencia y le explicara lo sucedido. De esa forma podría preguntarle si había descubierto el nombre de la persona que le recomendó a Charles Lowden.

Fue hacia el carruaje que esperaba a unos metros cuando un hombre se acercó a ella. Debía tener unos cuarenta y pocos años, de estatura mediana e iba vestido con corrección. La sonrisa amable que curvaba su boca le añadía atractivo a su apuesto rostro maduro.

—¿Señorita Welby?

—Sí, soy Elinor Welby.

—Un placer saludarla. Soy Julius Page, el administrador de la señora Kingsford. —Hizo una leve inclinación de cabeza y prosiguió—. La señora le pide que la disculpe. Ha cometido un tremendo error. El orfanato que iba a visitar está a unas manzanas de aquí. Cuando lo advirtió, le envió otra nota, que imagino no ha recibido. Si no tiene inconveniente, la acompañaré hasta él. ¿Ha venido en su carruaje?

Elinor dudó. No tenía razones para desconfiar de lo que decía el señor Page y, pese a que no tenía interés en visitar ningún orfanato, necesitaba saber si la señora Kingsford había conseguido la información que deseaba. Eso le decidió a aceptar el ofrecimiento.

—He venido en uno de alquiler, que está esperando —dijo, y señaló la dirección en la que lo había dejado, unos metros más atrás.

—Perfecto. Si desea acudir a la cita, podemos utilizarlo. La señora la espera.

Elinor asintió y subió al coche seguida por Page, que había dado al cochero la dirección a la que tenía que ir. El trayecto no fue largo, como le había advertido el administrador, pero a Elinor le resultó incómodo. El hombre tenía una mirada evaluativa que la molestaba. Prefirió mirar por la ventanilla y guardar silencio.

Cuando llegaron a su destino, Page pagó al cochero y lo despidió.

—Preferiría que hubiese aguardado —dijo Elinor con disgusto. Pensaba terminar pronto la visita y aquella zona no le ofrecía seguridad.

—No se preocupe, señorita Welby. La señora Kingsford la llevará en su carruaje cuando terminen.

Le dio la mano para ayudarla a bajar y se encaminaron hacia una vivienda de dos plantas, de ajada fachada y con un jardín delantero de aspecto desolador. Elinor pensó que le hacían falta muchos arreglos para que los niños tuviesen una zona en la que jugar. Supuso que no conseguía la necesaria ayuda para mantener tantos orfanatos, y se prometió hacer una donación. Esperaba que el interior estuviese en condiciones aceptable. Los niños que llegaban allí se merecían un entorno más agradable que el que habían abandonado.

Page sacó una llave del bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta. Se hizo a un lado para que ella entrara, la siguió y cerró. Lo primero que le llamó la atención a Elinor fue el absoluto silencio que reinaba en la vivienda, así como el frío y el olor a humedad; después observó que el vestíbulo estaba casi desprovisto de muebles y otros objetos propios de una casa habitada. Se giró y miró al hombre con una muda interrogación. La sonrisa macabra que este le dirigió le hizo reaccionar: ¡había caído en una trampa!

Intentó huir hacia la puerta y él le bloqueó el paso.

—Deje que me marche —exigió con fingida entereza. El miedo le atenazaba el corazón como un puño de acero. Estaba en manos del asesino de Charles Lowden, no le cabía duda.

El hombre emitió una risotada que provocó un eco siniestro en el edificio. La cogió de un brazo y comenzó a caminar arrastrándola con él. Elinor intentó desasirse y no lo consiguió. La apresaba con tal fuerza que sintió una dolorosa presión en el brazo. Pensó en gritar pidiendo ayuda y desistió. Sabía que era inútil. Aquella casa estaba deshabitada y las paredes impedían que alguien del exterior la escuchara. Estaba en manos de un asesino y su futuro se presentaba muy sombrío.

—¿Quién es usted? ¿Dónde me lleva? ¿Sabe quién soy?

Otra risotada fue la única respuesta; aun así, Elinor no desistió.

—Está cometiendo una estupidez. Mi familia sabe dónde he ido y pronto vendrán a buscarme —dijo a la desesperada. Nadie conocía su paradero porque había llegado en coche de alquiler. Estaba perdida.

Intentó mantener la calma. Cabía la posibilidad de que solo quisiese información, tal vez un rescate. Se aferró a esa idea porque, ¿qué ganaría matándola? No sabía quién era, si bien resultaría fácil identificarle por aquella visible cicatriz en la oreja izquierda. Imaginaba que le había dado un nombre falso y que no era el administrador de la señora Kingsford; entonces, ¿cómo había sabido dónde encontrarla? ¿Había escuchado la conversación o interceptado la nota?, a no ser que ella fuese cómplice.

El hombre siguió sin responder a sus preguntas y la condujo hasta una habitación al fondo del largo pasillo, una especie de despensa estrecha y sin ventanas. La empujó dentro con tanta fuerza que Elinor se golpeó contra una de las paredes y emitió un sonoro quejido. Cerró la puerta con

llave y sus pasos se escucharon mientras se alejaba.

En la oscuridad de aquella opresora estancia, Elinor tembló. Presentía que lo que le aguardaba no iba a ser placentero.

Aún no había oscurecido cuando Phineas llegó a Blomfield Street para relevar a Bertie. Si no advertía nada inusual en unas horas, abandonaría la vigilancia de la casa. Era probable que Hobbes hubiese dado esa dirección porque sabía que estaba deshabitada, lo que sugería que podía vivir cerca de allí. Seguir esa línea de investigación era complicado, ¿por dónde buscar?

Se recriminó por su incompetencia. Si hubiese relacionado solo un día antes al camarero con el tío de Charles Lowden estaría entre rejas. Ahora iba a ser muy difícil detenerle. Se habría marchado de la ciudad, aunque no creía que tuviese intención de viajar al lugar que había comentado. Intentaría continuar con su lucrativo negocio en otro lugar.

Desanimado, llegó a la esquina frente a la casa deshabitada. Bertie aguardaba agazapado para no llamar la atención. La calle apenas tenía tránsito y solo disponía de un par de farolas de gas para amortiguar la oscuridad que pronto llegaría. Por suerte, la niebla no tenía intención de hacer acto de presencia esa noche y no impediría distinguir si alguien entraba o salía de la casa.

En cuanto le vio llegar, Bertie se puso en pie con visible inquietud, que no pasó desapercibida a Phineas.

—Me alegra que haya llegado, señor. No quería moverme de aquí y no he visto a ningún mensajero para enviarle un aviso.

—¿Qué ocurre? ¿Hay actividad?

—La hay. Hace un rato llegó un carruaje de alquiler. Bajaron de él un caballero y una señora y entraron en la casa. Poco después, el caballero salió y se marchó caminando en esa dirección. —Señaló a su izquierda para indicarle hacia dónde había tomado.

—¿Solo se marchó el caballero?

—Exacto.

—Si no ha salido por la puerta trasera, la señora debe de continuar dentro —dedujo Phineas en voz alta.

Cuando decidió vigilar la casa no creyó necesario apostar a otro centinela en la parte de atrás. Colocando a uno al frente tenía cubierto todo el perímetro, a no ser que alguien decidiese saltar la verja de casi dos metros de altura.

—Esa zona no la tenía vigilada y no puedo asegurar que no haya ocurrido. Como le he dicho, por la puerta principal no ha salido nadie más, ni he visto movimiento o luz —añadió Bertie.

Phineas había observado que no había cortinas en varias ventanas. La persona que estaba dentro permanecía a oscuras o en una habitación cuya luz no se proyectaba al exterior.

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó el caballero?

—Calculo que unas dos horas.

—Descríbelo.

—Era poco más alto que yo, iba bien vestido, llevaba el rostro rasurado. Me pareció mayor… mayor que usted, quiero decir, no viejo como mi abuelo. No le vi el color del cabello. Llevaba un sombrero muy calado.

—¿Viste si tenía una cicatriz en la oreja izquierda?, como si la llevara partida y la hubieran cosido mal.

—No me fijé en eso. Ya le digo que llevaba un sombrero grande.

Phineas se dijo que, a falta de la cicatriz que era lo más identificable, el resto coincidía con la descripción de Herbert Lowden.

—Y la dama, ¿cómo era?

—A ella sí la vi bien. Era casi igual de alta que el caballero, con el cabello castaño. Llevaba un sombrero pequeño con unas plumas de colores. Era bonita y muy elegante.

A Phineas no le decía nada, podía ser cualquiera.

—¿Notaste algo extraño?

—Me pareció que ella se pensaba lo de entrar a la casa. No parecía contenta. Y me llamó la atención que llevara un bolso grande colgado del hombro, como una cartera de las que llevan los niños que van a los colegios de ricos, de este tamaño. —Señaló con las manos.

Phineas se alertó de inmediato. Elinor solía llevar esa cartera, pero no podía ser ella. ¿Qué iba a estar haciendo allí, en la casa cuya dirección había dado el tío desaparecido de Charles Lowden?

—¿Estás seguro de que llevaba esa especie de cartera colgada?

—Muy seguro. Era raro porque las damas suelen llevar un bolsito que solo les cabe el pañuelo y el frasco de sales.

Phineas no lo pensó más. Aunque no se tratara de Elinor, la mujer que había entrado en el edificio abandonado y que no había visto salir estaba allí en contra de su voluntad. Podía ser otra dama a la que estuviera haciendo chantaje. Tenía que ponerlo en conocimiento de la policía.

—Escúchame bien, Bertie. Ve a la comisaría de Whitehall Place y dile al inspector McRae o a cualquier otro si él no está, que venga a esta dirección. Es probable que una mujer haya sido secuestrada.

—¿Está seguro? —preguntó con ojos espantados.

—Muy seguro. Date toda la prisa que puedas. Yo intentaré entrar.

Bertie se marchó veloz y Phineas cruzó la desierta calle y se acercó con precaución a la mansión. Un negro presentimiento lo embargaba y rogó con fervor que estuviese equivocado.

Capítulo 38

Con la claridad menguante del atardecer, la casa abandonada se veía más fantasmagórica. Phineas comprobó que ninguna luz brillaba en su interior y se decidió a entrar. Probó por la puerta principal. Parecía resistente y con una buena cerradura. Le costaría abrirla y no tenía mucho tiempo. No sabía cuándo regresaría Lowden ni si vendría solo. Tampoco estaba seguro de que no hubiera alguien más dentro de la vivienda, aparte de Elinor.

Rodeó el edificio y se decidió a entrar por detrás. Las puertas traseras solían tener cerraduras más endebles. No era el caso y, dispuesto a actuar con rapidez, rompió el cristal de una de las ventanas y quitó el pestillo que la trababa. El que lo descubrieran era ahora el menor de sus problemas.

Entró con poco esfuerzo. La estancia a la que había accedido era una especie de zaguán estrecho que albergaba utensilios de jardinería, botas de lluvia y otros enseres. Abrió la puerta con sigilo y escuchó. Como imaginaba, la casa estaba deshabitada. El inconfundible olor a moho, el frío y la ausencia de sonidos eran significativos. Se adentró en el largo pasillo que tenía por delante. A él daban varias puertas.

Fue abriendo una por una y revisando el interior: la cocina, que no conservaba ningún calor de fogones, un cuarto con un catre y una silla, otro con varios enseres inservibles… Cuando fue a abrir la siguiente puerta se la encontró trabada. Le extrañó, ya que ninguna de las anteriores lo había estado. Con la luz que aún entraba por una de las desnudas ventanas del pasillo consiguió manipular con las ganzúas y abrirla. Estaba en total oscuridad, pero le pareció sentir una tenue respiración.

—¿Elinor? —susurró.

Un grito de alegría surgió de un rincón y, de inmediato, una figura avanzó y se lanzó a los brazos de Phineas, que la estrechó en ellos con una felicidad nunca experimentada.

Elinor temblaba a causa de las fuertes emociones que la sacudían. Había pasado tanto miedo que necesitaba liberarlas, y unos quedos sollozos salieron de su garganta. No le importaba mostrar esa debilidad ante él; sabía que la comprendía.

Phineas la estrechó con más fuerza y le prodigó tiernos besos en el cabello. Él también temblaba de temor y rabia. Temor por lo que le hubieran hecho y rabia por no haber podido evitarlo.

—Es el asesino, Phineas. Él me ha traído aquí —dijo Elinor de forma atropellada y sin dejar aquel seguro refugio que constituían los brazos de Phineas.

—¿Estás bien? ¿Te ha lastimado? —Era lo que a él más le preocupaba. La separó un poco para verle el rostro.

—No, no, estoy bien. Solo algo magullada.

Él volvió a abrazarla. No le importaba manifestar sus sentimientos con tanta vehemencia.

Estaba feliz de ver que nada grave le hubiera ocurrido. Ya acarrearía con las consecuencias de lo que estaba haciendo.

—¿Le habéis cogido? —Elinor imaginaba que había avisado a la policía y lo habían atrapado.

—Se ha marchado antes de que yo llegara, aunque le encontraremos.

—¿Se ha marchado? ¿Y por qué me ha traído aquí? —preguntó extrañada.

—Desconozco sus motivos, Elinor. Cuando la policía lo atrape, nos lo explicará.

—¿Sabes quién es? Se ha presentado como el administrador de la señora Kingsford, pero debe de haberme mentido.

—Creo que tengo una idea. Solo confírmame una cosa: ¿viste si llevaba una cicatriz en la oreja izquierda?

—Sí, una muy larga que la partía en dos.

—Es quien pensaba. Se trata del tío de Charles Lowden. Lo dieron por muerto después de encontrar una nota de suicidio y sus ropas en una barca cerca de la costa, en Liverpool. Ha estado trabajando los últimos meses en The Athenaeum, un club de caballeros en Pall Mall. Lo reconocí por esa cicatriz, ya que había visto una fotografía de él en casa de la señora Lowden. Pregunté por su dirección y me dieron esta. He tenido a un chico vigilando desde hace horas, cuando lo descubrí. Él me ha alertado de la llegada de una pareja y de la posterior salida del hombre. Al describirme la mujer, te he reconocido de inmediato.

Phineas la abrazó de nuevo y ella correspondió con alegría.

—¿Él asesinó a su sobrino? —No concebía una acción tan despiadada.

—Es lo más probable, o puede ser otra persona. Debía tener más cómplices en el negocio.

—Creo que la señora Kingsford está implicada y me ha tendido una trampa —razonó Elinor.

—Explícate.

—Ya te comenté que fui a verla. Quería saber por qué había recomendado a lady Naumburg ese fotógrafo en concreto. La excusa era interesarme por sus obras benéficas y ofrecerme a colaborar. Me dijo que se marchaba mañana y que no recordaba quién le había hablado de Charles Lowden. Cuando he llegado a casa había una nota suya en la que me invitaba a visitar uno de los orfanatos que patrocina. Ella estaría allí, según decía, y me lo mostraría. He acudido y no se ha presentado. En la puerta esperaba el hombre, el tío de Lowden, según dices, que ha dicho ser su administrador. Me ha explicado que su patrona se había confundido de lugar y que él me llevaría al indicado. No he desconfiado y ese ha sido mi error. Al llegar aquí, me ha encerrado en este cuartucho. Pensé que seguía en la casa, esperando a alguien. No imaginaba que se hubiera marchado.

—No descarto que ella esté involucrada. Es el enlace con la alta sociedad que les faltaba a tío y sobrino. Le diré a McRae que la investigue. Puede que no sea quien dice ser. Ahora salgamos de aquí. Lowden puede regresar en cualquier momento y venir acompañado.

—Debemos quedarnos. Si lo perdemos, será difícil apresarle —objetó ella.

—Yo me quedaré, Elinor, tú debes marcharte. La policía está avisada. No tardará en llegar y no debe encontrarte aquí. No quiero que corras riesgos quedándote o te enredes en este asunto. Tu familia no sabe nada y debería continuar en la ignorancia. Si te llaman a declarar, tu reputación se verá perjudicada.

—¿Crees que me importa mi reputación y menos cuando no tengo nada de qué avergonzarme? —cuestionó indignada.

¿Es que no había entendido nada en todo el tiempo que la conocía? Ella no era una damisela temerosa de los abucheos. Pensaba decirle a su familia a qué se dedicaba en las últimas semanas.

No tenía sentido continuar ocultándoselo. Su padre lo entendería y hasta la animaría a continuar. A su madre le costaría más convencerla de que se olvidase de sus proyectos. Nunca se casaría, al menos no como ella esperaba, y se dedicaría a desarrollar su vocación con o sin su aprobación.

—Esa no es la cuestión, Elinor. No hay necesidad de que te expongas a la opinión pública. Tú, que perteneces a esa clase social, sabes lo despiadados que pueden ser y las puertas que se te cerrarían. Conservando una imagen limpia, podrás continuar desarrollando las actividades que te gustan y ayudando a personas que te puedan necesitar.

Elinor reflexionó sobre esas palabras. Tenía razón. Si quería continuar con las labores sociales, lo mejor que podía hacer era conservar el anonimato. Si la sociedad la marginaba, no tendría esa oportunidad y quería continuar colaborando con Phineas. En las últimas semanas se había sentido más viva y feliz que en sus veinticuatro años anteriores.

—Está bien. Puede que tengas razón y… ¡Cuidado!

Phineas sintió un leve crujido a su espalda antes de escuchar el grito de advertencia de Elinor y eso lo salvó. Se giró y evitó que el garrote que el hombre portaba le golpeara la cabeza y recayera en el hombro, haciendo que se tambaleara desorientado. Cuando fue a golpearlo por segunda vez, Elinor enarboló la cartera y le golpeó con todas sus fuerzas. No le causó daño, aunque lo distrajo el tiempo que Phineas necesitó para reponerse. Se levantó y cargó contra él. El hombre se golpeó contra la pared. Phineas volvió a abalanzarse y lo derribó al suelo. Un par de contundentes puñetazos lo dejaron fuera de combate.

—Buscaré algo para inmovilizarlo —dijo Elinor, mientras Phineas mantenía vigilado al agresor.

Como no vio nada útil, se rasgó un buen trozo de enagua y se la dio a Phineas, que sonrió. Ella no dejaba de sorprenderle. Una vez maniatado, lo incorporó y lo apoyó en la pared del pasillo. Abrió el gas de una lámpara, para despejar la oscuridad creciente y poder verle con claridad. Era la misma cara que había visto varios días antes.

—Usted es Herbert Lowden, ¿me equivoco? —le preguntó Phineas.

El hombre mostraba una expresión altiva y un brillo retador en los ojos.

—El mismo. ¿Cómo me ha reconocido?

—Vi una fotografía suya en casa de su cuñada, en Liverpool.

—Le dije a esa tonta que la destruyera. Es una sentimental, como su hijo —dijo con acento despectivo.

—¿Por qué asesinó a Charles?

El rostro de Herbert se transformó con un gesto de horror.

—¿Qué dice? Yo no le maté. ¡Es mi sobrino!

—Pero sí era su cómplice en los negocios turbios que llevaba —le acusó Elinor.

—Escuche, señorita. No voy a negar que soy un farsante y un delincuente. Lo que nunca he hecho es matar a nadie, ni en la guerra, y mucho menos a él. Le quería y me era de mucha utilidad.

El gesto de pesar resultaba convincente. Si no creían que apreciara a su sobrino, al menos sí que lo necesitaba y lamentaba su pérdida.

—¿Y qué me dice de la señora Kingsford? Puede que ella le asesinara. Es su cómplice, no lo niegue. — Elinor quería que lo confirmara.

—Fiona es una timadora y no iba a renunciar a una de sus mejores fuentes de ingresos — reconoció, por mucho que le pesara que no fuera verdad.

La muy traidora había aprovechado para huir y llevarse todo el dinero que les quedaba. Él

decidió volver para ver si podía pedir un rescate por la mujer. Sabía que el padre tenía dinero. La suerte no le acompañó. El avispado detective le había localizado y frustrado sus planes.

—¿Quién fue entonces? ¿Sospecha de alguien? Si colabora, la policía lo tendrá en cuenta para reducirle la pena —planteó Phineas.

—No lo sé, créame. Charlie llevaba una vida muy agitada. Frecuentaba algunos tugurios poco recomendables y debió incomodar a alguien peligroso.

—¿Por qué me secuestró? —preguntó Elinor.

—Los vi la mañana que estuvieron en el estudio fotográfico. Después, cuando fue a visitar a Fiona, la reconocí. Solo queríamos saber qué habían descubierto de nuestras actividades y si conocían al asesino de Charlie.

—¿Y qué pensaba hacer después conmigo?

—Nada. La dejaríamos aquí durante el tiempo que necesitáramos para huir al continente, un día a lo sumo. Cuando estuviéramos a salvo, le mandaríamos un aviso a su familia diciendo dónde se encontraba —mintió. No era cuestión de empeorar su estado admitiendo que pensaba sacar un buen dinero al padre.

—¿Y por qué no me interrogó cuando me trajo?

—Fui a avisar a Fiona de que ya la tenía y no la encontré.

Phineas miró a Elinor. Lo que les estaba contando tenía su lógica.

Escucharon unos golpes en la puerta y Phineas se puso en guardia. Cuando vio llegar la alta figura de Ulysses McRae, sonrió.

—Me alegra verte, inspector, aunque llegas tarde.

McRae echó un vistazo al hombre maniatado y sonrió.

—Tan eficaz como siempre, Moore. ¿Tendrás una buena explicación para todo esto?

—Por supuesto. Te facilitaré un exhaustivo informe cuando tenga tiempo para redactarlo. Te presento a la señorita Elinor Welby.

Ulysses se giró hacia Elinor y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Inspector detective Ulysses McRae a su servicio, señorita Welby. Imagino que usted es la dama secuestrada. Espero que no haya sufrido daño —aventuró mientras la evaluaba con la mirada.

—Ninguno, inspector. Gracias por su interés —respondió con aplomo y un atisbo de sonrisa. Phineas le había hablado de su amigo, el sagaz inspector McRae, lo que no imaginaba era que tuviese ese imponente aspecto.

Un leve destello de admiración brilló en los ojos de Ulysses ante la entereza que ella mostraba. Muchas damas en su situación estarían sobrecogidas tras haber sufrido un suceso tan traumático.

—Me alegro. Si no le importa acompañarnos a comisaría, podrá hacer una declaración formal.

—Sobre ese asunto me gustaría hablar contigo —se adelantó Phineas a la respuesta de Elinor.

Ulysses comprendió la intención de su amigo: no quería que se viese comprometida en un escándalo. Indicó a los guardias que le acompañaban que llevaran al detenido al coche policial y esperaran.

—De acuerdo. ¿Puedes adelantarme quién es este individuo y qué ha hecho?

Phineas le hizo un resumen de las pesquisas llevadas a cabo para dar con el socio de Lowden, que había resultado ser su tío dado por muerto, y omitió sus sospechas de extorsión a damas adineradas. También le dio el nombre de la señora Kingsford como colaboradora en el negocio de fotografías obscenas. McRae supuso que se guardaba información, al igual que había hecho con anterioridad. No dijo nada. Si tenía suficiente para detener y juzgar al hombre que se habían

llevado y a su posible cómplice, respetaría la reserva de Phineas.

—Sería conveniente que evitaras mencionar a la señorita Welby. No ha sufrido daño y no quiere presentar ninguna querella contra el detenido. —Phineas miró a Elinor para que confirmara sus palabras.

—Cierto. Si no es necesario para el procesamiento, prefiero no verme implicada. —Coincidía con Phineas en que no le beneficiaba que su nombre apareciese en la investigación de un caso tan escabroso como aquel; ni a su familia, que ocupaba un puesto preeminente en la sociedad.

—Creo que podré resolverlo, señorita Welby. Al individuo no le importará que eliminemos de los cargos el de secuestro. Ya tiene para una larga condena con el de tráfico de objetos prohibidos y de asesinato. Se avendrá a ocultar su participación.

—Es usted muy amable, inspector —elogió Elinor con la mejor de sus sonrisas.

—Es lo menos que puedo hacer por una dama tan valiente. —Apartó la mirada del bonito rostro de ella y se dirigió a Phineas—: En el informe expondré que nos avisaste de que el posible asesino de Charles Lowden estaba en esta casa y acudimos a detenerlo. Tendrás que presentar una declaración.

—En cuanto deje a la señorita Welby en su casa sana y salva me presentaré en comisaría y responderé a todas las preguntas que quieras.

—En ese caso, su intervención queda concluida aquí y ahora, señorita Welby. Ha sido un placer conocerla.

—El placer es mutuo, inspector.

Los tres salieron de la casa. McRae subió al coche policial donde Hebert Lowden permanecía retenido y partió hacia la comisaría. Phineas se acercó a Bertie, que esperaba en su puesto de vigilancia.

—Bertie, te presento a la señorita Welby, la dama que estaba secuestrada.

El chico hizo una torpe reverencia y la miró fascinado. Casi nunca tenía la oportunidad de estar tan cerca de una dama tan elegante.

—Has hecho un gran trabajo, Bertie, te estoy muy agradecida —dijo Elinor con naturalidad y alargó la mano para estrechar la de él.

Bertie se creció de orgullo y le estrechó con efusividad la enguantada mano. Phineas le entregó un chelín por su servicio y él se marchó con el rostro resplandeciente de felicidad.

Capítulo 39

Las sombras se habían apoderado de la calle y una espesa niebla comenzaba a hacer acto de presencia cuando Phineas y Elinor subieron a un coche de alquiler.

Phineas le dio al cochero la dirección de la mansión Welby y le indicó que fuese dando un rodeo; necesitaba más tiempo. Quería hablar con ella y la intimidad de aquel habitáculo era idónea.

Nunca había rehuido los problemas y, pese a que esa actitud le llevaba a meterse en serias dificultades, creía que le beneficiaba. Aplazar las decisiones difíciles no era inteligente ni práctico. Ahora tenía que tomar una que no le satisfacía en modo alguno y que sabía que iba a ser mal recibida. Pero no podía ignorar lo ocurrido esa tarde y los sentimientos que le había provocado.

Elinor estaba sentada frente a él. La mortecina luz de la lámpara de gas provocaba sombras en su rostro, alterado por los restos de tensión padecida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó. Su tono de voz y la mirada inquisitiva de los claros ojos no ocultaban la preocupación que sentía.

Elinor le devolvió la mirada. En ella se apreciaba ese brillo singular que siempre mostraba cuando las emociones bullían en su interior. Había sido una experiencia enternecedora, apasionante y reveladora; la clase de emociones que formaban parte de la existencia, y no solo se refería a los traumáticos momentos en los que estuvo retenida. El apasionado encuentro con Phineas cuando la liberó, la alegría sin límites, el entusiasmo desbordante que sintió al verle, la felicidad que experimentó en aquel estrecho abrazo, el pánico que le atenazó el corazón cuando Herbert Lowden le atacó y temió por su vida… Demasiadas emociones y demasiado potentes como para no llamarlas por su nombre.

Le amaba. Esa era una certeza que no iba a rechazar, el dilema era si Phineas le correspondía. No podía asegurarlo. Había sentido su alivio cuando entró en la oscura habitación y comprobó que estaba a salvo, aunque solo podía deberse al temor por su seguridad. Se sentía responsable, nada más; aun así, se conformaba con aquellas migajas siempre que tuviese la oportunidad de continuar a su lado.

—Claro que sí. No he sufrido maltrato por parte de ese hombre, ni creo que pensase en causarme daño. No voy a negar que fue algo rudo y que pasé miedo cuando me dejó encerrada en aquella habitación oscura. Desde niña ha sido uno de mis mayores temores —reconoció con sinceridad. Ante él no iba a mentir ni aparentar una entereza que no siempre sentía. Tenía confianza para ser ella misma.

A Phineas le pareció que decía la verdad. Era una mujer intrépida que no vacilaba al enfrentarse al peligro, algo que admiraba y que acabaría perjudicándole. Si continuaba colaborando con él, exponiéndose a la inseguridad que su profesión conllevaba, acabaría herida o

muerta. No iba a consentirlo pese a lo mucho que deseaba que continuase a su lado y beneficiarse de su aguda inteligencia, de sus sagaces sugerencias y de su estimulante compañía.

—Corriste un gran riesgo y yo no… voy a permitir que se vuelva a repetir; no con mi consentimiento, al menos. —Las palabras salieron con esfuerzo de la boca de Phineas.

Elinor frunció el entrecejo, gesto que delataba su contrariedad.

—¿Qué pretendes decir?

—No quiero que continúes colaborando conmigo, Elinor. Nuestro acuerdo termina aquí y ahora. Ya tienes material para escribir tu libro, o varios de ellos. —Sus palabras sonaron más cruentas de lo que pretendía. No las suavizó. Prefería que ella le odiara a que sufriera algún daño por su culpa.

La desilusión la invadió. Phineas no la quería a su lado, esa era la realidad por muy triste que fuese. Había sido una ilusa creyendo que valoraba sus opiniones e iniciativas, que albergaba sentimientos parecidos a los suyos. No era así. Solo se trataba de una clienta a la que había consentido algunas libertades, nada más.

—Discúlpame por causarte tantas molestias. Creía que trabajábamos bien juntos, que era una ayuda, no un inconveniente. —Giró la cabeza hacia la ventanilla por la que solo se podían apreciar las sombras que la noche proyectaba en las calles.

La congoja que se apreciaba en su voz fue como una puñalada en el costado de Phineas. No quería herirla y debía hacerlo por su bien.

—No es así. Tu intromisión en las investigaciones me perjudica y pone en peligro mi negocio, del que vivo y del que dependen otras personas. No puedo permitirme perder clientes, Elinor. Y me gusta trabajar solo, sin tener que dedicar tiempo a cuidar y formar a principiantes. Es demasiada responsabilidad. —Estaba mintiendo y esperaba que ella no lo advirtiese.

—Con Percy lo haces.

A Phineas le dolió el rencor que se apreciaba en su voz. Era el precio que debía pagar por ponerla a salvo.

—Él sabe cuidarse solo.

—Entiendo. Lo que no quieres es hacer de niñera de una tonta ávida de emociones fuertes, ¿no es cierto? —acusó.

—No he dicho tal cosa. Sabes que valoro tu inteligencia y tu valor, pero no puedo permitir que sufras ningún daño, y eso es lo que sucederá si continúas insistiendo en implicarte en mis investigaciones. Te repito: es demasiado peligroso y no puedes cargarme con esa responsabilidad.

Sus palabras encerraban tanta desesperación, tantas emociones contenidas, que Elinor sintió un tenue calorcillo extendiéndose por su cuerpo que emanaba del corazón. ¿Y si lo que quería ocultar con ese deslucido discurso eran unos sentimientos profundos, similares a los suyos? El hecho de que no la mirara a los ojos, la rigidez de su postura y la alteración en su tono de voz lo indicaba. Phineas quería protegerla, apartara del peligro al que él se enfrentaba cada día. ¿Eso demostraba que le importaba, aunque lo expresase de forma tan desmañada? No estaría mal averiguarlo.

—Está bien. Si tú no quieres continuar siendo mi tutor, ya buscaré a otro. El detective inspector McRae parece una persona muy agradable que no se negará a ayudarme. Mañana iré a verle y…

—¡No harás tal cosa! —exclamó Phineas, y se inclinó hacia ella con gesto serio.

—¿No? ¿Y por qué debería obedecerte? Ya has dejado muy claro la opinión que tienes de mí:

una molesta caprichosa que se entromete en tu trabajo.

Phineas hizo un gesto de exasperación.

—No lo has entendido, ¿verdad? No te das cuenta de que lo hago para protegerte, que no soportaría ponerte en peligro, que sufrieras algún mal. ¿Sabes cómo me he sentido cuando he descubierto que estabas allí dentro?

—No. Explícamelo, por favor —pidió ella en tono meloso.

Phineas giró la cabeza y volvió a arrellanarse en el asiento. Había sido un arrebato. Era mejor no expresar sus sentimientos. Solo conseguiría ponerse en ridículo y minar la confianza que había entre ellos. Las cosas debían seguir como estaban. No tenía sentido forjarse ilusiones baldías.

—Estamos llegando a tu casa. Si necesitas mi ayuda para dar alguna explicación a tu familia, no dudes que lo haré. Yo he consentido que te embarcaras en esta descabellada aventura y debo asumir mi responsabilidad —dijo sin mirarla. Sabía que, si lo hacía, su firme resolución se tambalearía.

Elinor se levantó de su asiento y se colocó sobre las rodillas de él, que se envaró ante ese repentino movimiento.

—No necesito que des la cara por mí, Phineas, solo necesito que me abraces como has hecho en aquella casa y que vuelva a sentir que te importo —susurró muy cerca de su rostro, mientras lo mirada con un brillo arrebatador.

Phineas se sintió perdido, hipnotizado por aquellos ojos que parecían oro fundido. Advirtió como su férrea voluntad se deshacía como una barra de mantequilla ante el calor de aquel cuerpo menudo y firme. Su dulce aliento le turbaba los sentidos y la calidez de su tenue voz le provocaba un fuego interior difícil de apagar.

Sería una locura sucumbir a su deseo, dejarse llevar por sus sentimientos y demostrarle cuánto le importaba. Elinor no era para él. Pertenecían a clases sociales diferentes. No podía comprometerla con su pasión y arruinarla de cara a la sociedad; nunca se lo perdonaría, y ella tampoco lo haría. Cuando se desvaneciera ese momento de locura, secuela de la tensión que acababa de vivir, recapacitaría y reconocería que estaba cometiendo un gran error.

Cerró los ojos para no ver aquel rostro adorado tan cerca del suyo y respondió con un ronco murmullo.

—Me importas, sí, y mucho. Lo que no debo… no debemos…

—Claro que debemos si ambos lo deseamos. Yo lo deseo, Phineas, ¿y tú?

Phineas comprendió la inutilidad de su resistencia y no respondió con palabras, decidió hacerlo con hechos. La abrazó con pasión y reclamó su boca con una voracidad que sorprendió a Elinor y la agradó aún más. Se pegó a su cuerpo para sentir todo su poder y se entregó a las ávidas caricias de aquellas manos grandes y fuertes, tiernas y cálidas al mismo tiempo.

Ninguno se percató de que el carruaje había parado frente a la residencia Welby y, durante largos minutos, continuaron demostrándose cuánto se deseaban y cuánto se importaban el uno al otro.

Fue Phineas el primero en recobrar la cordura. Con renuencia, dejó de besar aquella boca seductora y la apartó un poco para mirarla. Ella tenía los ojos semicerrados y una sonrisa soñadora curvaba su boca. Estaba arrebatadoramente bella.

—Tienes que bajar.

—Ummm… ¿es necesario? —ronroneó Elinor mientras le prodigaba pequeños besos en el cuello y aspiraba su olor para retenerlo durante las horas que estuvieran separados.

—Me temo que sí, o el cochero pensará que hemos sufrido una apoplejía conjunta.

Ella soltó una risita feliz y le echó los brazos al cuello.

—Mañana nos vemos. Tenemos que hablar. Si damos crédito a la afirmación de Herbert Lowden, aún nos queda por descubrir al asesino de su sobrino.

Phineas suspiró resignado. Así era Elinor, y así le gustaba que fuese.

—No ha servido de nada todo lo que te he dicho antes, ¿verdad?

—No, porque no lo decías de corazón, al menos, en lo referente a no querer que continuemos trabajando juntos.

—No podría soportar que algo malo te sucediese, ¿lo sabes? —Tanto el tono como la expresión de su rostro revelaban la veracidad de sus palabras.

—Sí, como me ocurriría a mí. Pero en la vida hay que correr riesgos si queremos disfrutarla con plenitud. Y sé que nada me pasará si estoy a tu lado —dijo convencida.

Phineas volvió a abrazarla con fuerza. No sabía qué les depararía el futuro. No tendrían una relación normal; tampoco le importaba. Estaría satisfecho mientras ella quisiese compartir parte de su vida con él.

Volvió a besarla con intensidad y la colocó en el asiento. Bajó del coche y la ayudó a ella. La acompañó hasta la puerta de su residencia.

—Buenas noches, señorita Welby —se despidió con formalidad, consciente de dónde estaban, y le cogió la mano para depositar en el dorso un cálido beso.

Elinor respondió con una luminosa sonrisa y llamó a la puerta. Al entrar al vestíbulo su madre apareció en él. Elinor se paralizó al verla. Tenía entendido que esa noche acudían a un evento social que, como era natural, se prolongaría hasta la madrugada. Esperaba que el cambio de planes no se debiera a ningún problema de gravedad.

—¿Qué sucede, madre? ¿Por qué no habéis salido esta noche?

—Lady Clifden está indispuesta y ha cancelado la velada. Me temo que es una excusa para justificar la ausencia de su marido, que lleva desaparecido más de una semana.

—Le habrá ocurrido algún percance —comentó mientras revisaba la bandeja de la correspondencia vespertina.

—No lo creo. Se rumorea que ha emprendido un viaje por el continente con su última amiga, algo que su esposa se niega a admitir.

—Lo siento por lady Clifden. —Elinor quiso zanjar el tema. Estaba deseosa de subir a su habitación. Pediría que le llevaran algo de cena y se acostaría. Estaba agotada.

—Y bien, ¿puedes hablarme de ese caballero del que acabas de despedirte? —demandó antes de que su hija se escabullera como parecía tener intención.

Elinor gimió para sí. Su madre había visto a Phineas y su curiosidad se había disparado. No tenía intención de ocultarles su identidad ni a qué se dedicaba, pero no era el momento adecuado. Si les explicaba en qué estaba metida, tendría problemas para continuar viéndolo, y eso era lo último que deseaba.

—Un compañero de trabajo —contestó de forma vaga.

—Estas no son horas de regresar a casa, por muy importante que sea el trabajo que haces en ese hospital —le regañó Elizabeth.

Elinor no la sacó del error y comenzó a subir las escaleras.

—Tienes razón, ha sido una larga jornada. Me retiro, si no te importa.

—No creas que te libras de darme explicaciones. Tendremos que continuar esta conversación más adelante.

—Desde luego, madre. Que pases buena noche.

Capítulo 40

Elinor bostezó y se estiró en la cama con voluptuosidad. Pese al trauma sufrido la tarde anterior, había dormido como un bebé, acunada por la dulce ensoñación de los apasionados minutos vividos con Phineas cuando la acompañó a su casa.

Volvió a recrearse en ellos con placer y una sonrisa se formó en su rostro al rememorarlos. Cerró los ojos y pareció que volvía a sentir el calor y la dureza del cuerpo de Phineas pegado al suyo, las hábiles manos recorriéndola con vehemencia, sus ardientes besos… Y ella respondiendo con el mismo entusiasmo pese a su inexperiencia.

Debía de ser algo intuitivo, se dijo. Aparte de algunos insulsos besos robados por atrevidos acompañantes durante sus dos primeras temporadas, ningún hombre había llegado a tener esa intimidad con ella y reconocía que era maravilloso, probablemente porque se trataba de él, el hombre por el que su corazón latía con tanta fuerza.

La entrada de su doncella en la habitación le hizo volver a la realidad.

—Hora de levantarse, señorita —saludó Maggie, y fue directa a descorrer las cortinas para que la luz mañanera entrara sin obstáculos.

Elinor refunfuñó por lo bajo y se incorporó con pereza. Eran las ocho de la mañana, su hora habitual de levantarse, pero ese día no le apetecía hacerlo. Prefería quedarse en la cama recreándose en sus ensoñaciones.

—El señor Welby le pregunta si puede acompañarle en el desayuno.

Elinor suspiró. Su madre le había hablado sobre el caballero que la acompañó la noche anterior y quería interrogarla.

—Comunícale que bajaré en unos minutos.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño para asearse. Su padre, muy adepto a las innovaciones que facilitaban la comodidad en los hogares, había hecho instalar en las tres habitaciones del piso superior que ocupaba la familia unos cuartos en los que se ubicaba el inodoro con descarga, la jofaina para las abluciones y la bañera.

Quince minutos después, Elinor entró en el saloncito del desayuno.

—Gracias por acompañarme esta mañana, cariño. Quería hablar contigo.

—Tú dirás —le animó ella mientras se servía del variado bufé.

Gustave inhaló con fuerza. Esos encargos que su esposa le hacía no le gustaban en absoluto.

—Tu madre me ha comentado que anoche te acompañó un caballero a casa y me gustaría saber quién es y qué relación tiene contigo —preguntó. En cuestiones familiares no le gustaba andarse con rodeos.

Elinor ya esperaba esa pregunta y decidió que era hora de confesar la verdad. No quería continuar mintiendo sobre sus actividades y su interés por Phineas. Lo que había ocurrido entre ellos no incluía ningún tipo de compromiso, que nunca le exigiría. Continuaría viéndole mientras

él lo permitiera y no deseaba ocultarlo más. Prefería que fuese su padre, de actitud más abierta, quien comunicara la situación a su madre. Él la entendería y no cuestionaría su decisión.

—En primer lugar, quiero disculparme por haber falseado la naturaleza de mis actividades en las últimas semanas. Me gusta escribir, y no precisamente poesía. Lo que me atraen son las historias de detectives, de misterios por resolver, de cuyas lecturas soy una gran aficionada. Lo que no sabéis es que ya me han publicado varios relatos cortos en *The Morning Chronicle*, que firmo como Robin Goodfellow, y me han propuesto publicar una novela por entregas, algo que me llena de ilusión.

Gustave la miró atónito. Sabía que su hija nunca se conformaría con las típicas actividades que solían realizar las damas de su posición, muy importantes para el bienestar de su familia y que se quedaban cortas a una mente tan curiosa y despierta como la de Elinor.

Ella continuó ante el mutismo de su padre.

—Con esa idea, y ante la falta de experiencia sobre la materia, se me ocurrió contratar los servicios de un profesional para que me enseñase todo lo que necesitaría saber y, si era posible, colaborar en algunos casos reales.

Elinor no podía confesarle toda la verdad. Había ciertas cosas que debía callar, como las salidas nocturnas con su hermano, la que realizó ella sola y que estuvo a punto de costarle muy caro, y las arriesgadas aventuras en las que se había visto envuelta desde que acompañaba a Phineas. Su padre, por muy comprensivo que fuese, no lo iba a aprobar.

—Llevo con esa actividad unas dos semanas. En alguna ocasión le he acompañado en sus investigaciones, cosas sencillas que me han aportado experiencias de primera mano, tan necesarias para dotar de verosimilitud a mis escritos… y deseo continuar haciéndolo. —Elinor miró a su padre con valentía. Había expresado sus deseos y esperaba que los acatase.

—¿Puedo conocer el nombre de esa persona que te está instruyendo?

—Por supuesto. Se llama Phineas Moore, tiene su residencia y oficina en el número 15 de Queen Square.

Gustave tomó nota mental del nombre y dirección para indagar sobre él. No podía prohibirle que continuara con esas actividades ni deseaba hacerlo, siempre que no constituyesen un peligro para ella, pero quería conocer al hombre con el que su hija se relacionaba y por el que, según su esposa, Elinor sentía una visible afinidad.

Elizabeth, que era muy perceptiva para esos asuntos y sabía leer muy bien los sentimientos de las personas, había detectado un interés especial en Elinor por ese Moore que, según le había descrito, tenía el porte y los modales de un caballero, lo que le habría llevado a pensar que pertenecía a su mismo círculo social. Una confusión que no debería importarles demasiado, siempre que se tratase de una persona honrada.

Él no poseía títulos ni patrimonio cuando conoció a Elizabeth. Solo era un joven abogado que comenzaba a abrirse camino en su profesión, con las ideas muy claras y ganas de trabajar. Se enamoraron y decidieron casarse pese a que los padres de ella se negaron en principio. Si había llegado a donde estaba era gracias a su esfuerzo, no a la alta posición de su suegro, sir Michael Rathbone.

No podía cuestionar la decisión de su hija cuando él se había encontrado en la misma situación. Al mismo tiempo, comprendía los temores de su esposa. Elizabeth temía que la reputación de Elinor se viese afectada y, con ello, excluida de la sociedad.

—¿Y me aseguras que tus actividades no suponen peligros innecesarios?

—Padre, cualquier actividad puede ser peligrosa, hasta pasear por Hyde Park y verte arrollada

por un carruaje cuyos caballos se han desbocado o la mano que los guía es la de un borracho. ¿Acaso es menos peligroso trabajar en un hospital donde te puedes contagiar de enfermedades mortales, o en un hospicio de algún barrio marginal plagado de delincuentes? —argumentó convencida.

—No es lo mismo y lo sabes. Si te dedicas a investigar crímenes, te puedes ver implicada en asuntos muy peligrosos.

—Si fuese un varón, como Michael, no estaríamos manteniendo esta conversación, ¿no es cierto? —No esperó la respuesta—. Padre, sabes que nunca seré la hija adecuada que a ambos os gustaría tener. Dejadme que sea feliz con lo que decida hacer con mi vida. Es el mejor regalo que podéis darme y la mayor muestra de vuestro amor por mí.

Gustave la miró con genuino orgullo. Era una persona fuerte y decidida, a la que admiraba por su tenacidad y a la que quería profundamente. Solo deseaba su felicidad y, si ese era el modo de conseguirla, él la respaldaría. Ahora tocaba lidiar con su esposa y hacerle comprender que lo más importante que podían hacer por sus hijos era darles la oportunidad de que fueran felices y dejarles seguir el camino que ellos habían decidido tomar.

—¿Tu interés por el señor Moore es solo profesional?

—No voy a mentirte, padre. Me siento atraída por él, aunque es pronto para hablar de algo más. Dejemos pasar un tiempo para que los sentimientos tomen forma definitiva.

Gustave suspiró y la miró con un brillo de rendido cariño.

—Hablaré con tu madre. Ya sabes que insistirá en conocer al señor Moore.

—Lo imagino —asintió con una sonrisa. No envidiaba la tarea que su padre tenía por delante y no dudaba de que tendría éxito, como en todo lo que ponía empeño.

Cuando Elinor acabó de desayunar, se despidió de su padre y subió a su habitación. Se vistió con la ayuda de Maggie, a la que urgió para que le hiciera un recogido sencillo. Tenía prisa por marcharse. Ardía en deseos de ver de nuevo a Phineas, dejarse arropar por su cálido abrazo y volver a experimentar en sus brazos el torbellino de la pasión.

Capítulo 41

Elinor caminó hasta Berkeley Square y cogió un coche de alquiler, que la dejó en la residencia de Phineas casi media hora después. El tránsito había empeorado con las obras del nuevo alcantarillado y la ciudad padecía el caos de calles cortadas y obstaculizadas, lo que hacía más lentos los desplazamientos. Al final, cuando faltaban un par de manzanas para llegar a su destino, bajó del coche y terminó el trayecto a pie.

—¿Está el señor Moore en su despacho? —preguntó a la doncella.

—Sí, señorita Welby.

Elinor, impaciente, le entregó el paraguas y se encaminó hacia el despacho de Phineas. Tocó y entró sin esperar respuesta. En la estancia estaba solo él, y el corazón de Elinor se alborotó. Cerró la puerta y avanzó con una gran sonrisa de dicha.

Phineas se levantó al verla entrar en la habitación y fue a su encuentro. La estrechó en sus brazos y la besó con pasión. Había estado anhelando ese momento demasiado como para contenerse ahora que la tenía ante él y con ese brillo apasionado en los ojos que debía de ser reflejo del suyo.

—¡Cuánto te he añorado! —le susurró Phineas al oído con voz ronca por la emoción.

Elinor gimió cuando él le recorrió la espalda con sus grandes manos y las posó con decisión en sus caderas para pegarla más a su cuerpo.

Unos leves toques en la puerta interrumpieron el fogoso interludio y los obligó a separarse con prisas. Adelaide apareció en ella. Por la agitación de Phineas y el sofoco que presentaba el rosto de Elinor intuyó que había elegido un momento inoportuno.

—Mary me ha comunicado tu llegada, Elinor. Quería saber cómo estabas. Phineas me comentó ayer el traumático episodio que viviste.

Elinor luchó por serenarse. Era ridículo alterarse de esa forma. Adelaide debía intuir desde hacía tiempo que algo así estaba ocurriendo o acabaría por ocurrir; incluso le pareció que la animaba a ello y le daba su bendición.

—Gracias, Adelaide. Fue una experiencia singular, aterradora en algunos momentos, pero creo que no llegué a correr serio peligro. Herbert Lowden solo pretendía retenerme allí para huir sin ser descubierto.

—Eso es lo que él asegura —intervino Phineas, e hizo un resumen amplio de lo que había sucedido en comisaría, a la que acudió después de dejar a Elinor en su hogar.

Ulysses le dejó presenciar el interrogatorio al detenido. Aseguraba que no había matado a Charlie, que era un activo importante en el negocio de imágenes obscenas que solía vender a caballeros de la alta sociedad, entre ellos a varios miembros del club The Athenaeum, donde estuvo trabajando durante los últimos seis meses, y por los antros de la ciudad, a los que su sobrino acudía con frecuencia. Él hacía responsable de su muerte a alguna de sus amistades en

estos medios, plagados de depravados de la peor especie. Debió de disgustar a alguien, o quiso hacerle chantaje, y firmó su sentencia.

Implicó a Fiona Kingsford en el negocio. Era la que tenía contactos con personas pudientes a las que él vendía las imágenes. Aparte, la mujer conseguía buenos fondos con los donativos para los supuestos orfanatos que patrocinaba, a los que solo entregaba una mínima parte de lo que recaudaba. Según les comentó, Fiona se casó con George Kingsford, un rico industrial mucho mayor que ella, solo por su dinero. El marido falleció a los pocos años y se trasladó a Londres desde Irlanda, donde vivía. Él entró en contacto con ella cuando lo contrató como su cochero. Idearon el negocio y avisaron a Charlie para que se estableciera en la ciudad y colaborara con ellos.

Cuando McRae fue a detener a la señora Kingsford, esta había desaparecido de la casa, que tenía alquilada y de la que llevaba varios meses sin abonar el alquiler. Nadie sabía dónde estaba; tampoco el detenido, al que había dejado en la estacada. Ambos habían ideado secuestrar a Elinor y llevarla a la casa abandonada con el fin de descubrir qué sabía, pero Fiona nunca acudió.

—Si el tío del fotógrafo asesinado supiera dónde se encuentra su cómplice lo diría, al menos, por el placer de verla entre rejas —opinó Adelaide, impactada por el relato de los hechos.

—Me temo que esa escurridiza mujer está muy lejos, con otro nombre y otro aspecto, dispuesta a reclutar a algún socio y continuar con los negocios ilícitos que le permiten llevar la vida de lujos a los que está habituada —se lamentó Phineas.

En cierta forma, se sentía responsable de que una persona tan desalmada continuase en libertad. Si hubiese hecho mejor su trabajo, la habría descubierto antes de que huyese. Le aliviaba el saber que ya no podría continuar con sus fechorías en aquella ciudad.

Adelaide se marchó y, una vez solos, Elinor le expuso sus temores.

—¿Estás seguro de que no ha hablado de las extorsiones?

—Lo estoy. Es inteligente y no va a añadir más delitos a los que penden sobre su cabeza. Con lo que ha admitido y la sospecha de haber matado a su sobrino, pese a que lo niegue, pasará muchos años en la cárcel; si admite lo demás, acabará en la horca. Y no tiene la seguridad de que lo sepamos o confía en que guardaremos el secreto para no implicar a algún cliente.

—Me subleva que no page por esos delitos. Al igual que Fiona Kingsford. Estoy convencida de que ella era el cerebro de esa banda de criminales. Era la que recababa información de las damas que acudían a sus reuniones y seleccionaba las más vulnerables a los encantos del joven Lowden —comentó Elinor con rabia.

—Debe reconfortarnos que la identidad de las víctimas está a salvo y les evitaremos más sufrimientos. —Phineas la abrazó y ella se dejó envolver por su calidez.

—¿Crees a Herbert Lowden cuando afirma que no asesinó a su sobrino? —preguntó Elinor.

—Sí. Como admitió ante nosotros, no ganaba nada con ello y perdía mucho. Aunque Charles le estuviese engañando e intentando hacer negocio por su cuenta, le habría bastado con un buen correctivo. Es probable que sea alguien relacionado con los sórdidos ambientes que frecuentaba. Esa forma de matar es propia de un ajusticiamiento.

—Sería lógico, o puede tratarse de una víctima de los chantajes —consideró Elinor. Había estado pensando sobre ello y cada vez le parecía más factible, en concreto con lady Warwick. Era hora de revelarle a Phineas todo lo que sabía.

—¿Qué te ha llevado a pensarlo? —preguntó Phineas. Ulysses daba por buena la teoría expuesta por Herbert Lowden porque no estaba al tanto de las coacciones, que daban un motivo poderoso al asesino.

—Por la imagen y los negativos que Charles Lowden guardaba de la mujer de cabello plateado. Querría evitar que cayeran en las manos de su tío y de Fiona Kingsford.

—Es una teoría aceptable. ¿Has conseguido averiguar quién puede ser?

—Sí. Al describírsela a mi madre la reconoció de inmediato. Se trata de lady Warwick, una dama viuda que padece una grave dolencia cardíaca, según me comentó. —Elinor no quiso admitir que conocía el nombre de la dama desde la noche del baile.

—Tendría la intención de extorsionarla en persona y evitar compartir los beneficios con sus socios —opinó Phineas.

—O quería evitar que lo hicieran los otros dos. Puede que se compadeciera de su delicada salud y decidiera evitarle más penalidades.

—¿Y para qué matarlo?

—Charles se pondría en contacto con ella para una u otra cosa. Lady Warwick no cedió a la amenaza, o no creyó en sus buenas intenciones, y decidió contratar a alguien para recuperar las pruebas que la llevarían al descrédito social. Esa persona fue a buscarlas, peleó con él y acabó matándolo, después se dedicó a buscarlas por toda la casa de forma desesperada. Debía de ser él a quien vi en el jardín la noche del baile. Había ido a informarla de lo sucedido, de ahí que ella se mostrase tan abatida. —El hombre que vio fugazmente esa noche entre las sombras no se parecía a Herbert Lowden. Era de mayor envergadura y aspecto diferente, difícil de confundir.

Phineas dio unos pasos por la estancia mientras pensaba en lo que ella le acababa de exponer. Como ya le había demostrado con anterioridad, Elinor tenía una gran perspicacia y sacaba conclusiones plausibles que no estaría mal verificar.

—Es una hipótesis interesante y difícil de demostrar. Ella no va a confesar su implicación en la muerte del fotógrafo ni a delatar al asesino si pagó a alguien para que lo hiciera.

—No creo que quisiese ese final para Charles. Es una víctima, no una asesina —la defendió Elinor. No podía olvidar la profunda mortificación que mostraba el rostro de lady Warwick.

—Entonces, es mejor dejar las cosas como están. Se le atribuirá la muerte de Lowden a una persona desconocida y se zanjará el tema. No justifico lo que hizo; tampoco creo que se merezca el castigo que significaría someterla al escarnio público.

—Coincido contigo. Esté o no involucrada, no tenemos derecho a juzgarla. Lo que debemos hacer es hablar con ella. Estará sufriendo un calvario al imaginar que la policía tiene en su poder las imágenes que la incriminan y que pueden interrogarla en cualquier momento. Esa desdichada mujer ya ha pagado su culpa, si la tiene. No permitamos que la constante ansiedad agrave la dolencia que padece. Es nuestro deber asegurarle que no tiene nada que temer y devolverle las evidencias que posees.

—De acuerdo. Le haremos una visita privada. Espero que no se niegue a recibirnos —acordó Phineas.

Capítulo 42

Elinor y Phineas llegaron a la residencia de lady Warwick en Cavendish Square, una hora después. El edificio de estilo georgiano estaba rodeado de un amplio jardín y destacaba por su majestuosidad, pero a Elinor le pareció falto de vida.

Un lacayo de sobrio uniforme negro les abrió la puerta. La elegancia de su vestuario le indicaba que no se trataba de vendedores o cobradores de recibos y no los envió a la puerta trasera, como era costumbre.

—Nos gustaría hablar con lady Warwick, si está en casa. Pregúntele si puede recibirnos. Somos Phineas Moore y la señorita Elinor Welby. —Phineas le entregó una tarjeta de visita en la que aparecía su profesión.

—Lo siento, señor Moore. Milady no recibe visitas —contestó el sirviente. Su rostro serio mostraba una expresión pesarosa.

—Dígale que es por una cuestión relacionada con unas fotografías que su señora estaba interesada en conseguir. —Phineas se mantuvo firme. Sabía que esa era su mejor tarjeta de presentación.

El lacayo dudó solo unos segundos. No le competía a él decidir, y se avino a obedecer.

—Si son tan amables de aguardar aquí… —pidió. Se encaminó hacia una puerta al fondo del amplio vestíbulo y desapareció por ella.

Elinor admiró el entorno. Suelos de mármol, maderas nobles, valiosos cuadros, estatuas adornando las paredes… Todo rebosaba elegancia y distinción, pero tuvo la misma sensación que antes de entrar: parecía una sepultura. Se respiraba un ambiente opresivo, con las ventanas de oscuros cortinajes corridos que impedían la entrada de luz y el absoluto silencio.

Tras unos minutos de espera, se presentó ante ellos un hombre de corta estatura enfundado en un frac negro que añadía seriedad a su semblante.

—Soy Morgan, mayordomo de la casa. Milady los espera. Hagan el favor de acompañarme.

Ellos le siguieron por un pasillo hasta llegar al extenso jardín trasero. En una zona soleada en el centro, junto a una fuente que borboteaba chorros de agua, había una mesa baja y varias butacas; en una de ellas se hallaba sentada una figura femenina.

—La señorita Welby y el señor Moore, milady —anunció el mayordomo. Se retiró y se quedó junto a la puerta de salida, a suficiente distancia para preservar la privacidad de la conversación y pendiente de las órdenes de su señora.

A Elinor le sobrecogió el aspecto de la dama, mucho más débil y deteriorado que unos días antes, cuando la vio en el baile. Sin duda, había empeorado de su dolencia, fuese cual fuese.

Lady Warwick los miró con ojos cansados en los que se apreciaba un brillo de alerta y temor. A pesar de que el sol caldeaba con generosidad aquel lugar, cubría sus hombros con un chal de suave lana y diseño de Cachemira y sus piernas con una manta del mismo diseño, sobre la que

descansaba la tarjeta que Phineas le había dado al lacayo.

—Soy Elinor Welby, señora. Creo que conoce a mi madre —dijo Elinor cuando se acercó.

—Lady Warwick… —Phineas inclinó la cabeza.

La dama respondió al saludo y les indicó con un gesto que se sentaran, aunque no les ofreció nada para tomar. Era obvio que se había visto obligada a recibirlos contra su voluntad. Se la veía agotada, hundida en la butaca.

—Tengo el gusto de conocer a su madre. Hemos coincidido en diversos eventos —respondió de forma vaga. Su voz tenía un timbre fatigado que acompañaba con una respiración rápida y superficial.

—Cierto. Me comentó que la había saludado en el baile organizado por los señores Pettigrew, el jueves pasado, al que asistí. Nos cruzamos en el jardín, tal vez lo recuerde —comentó Elinor, atenta a sus reacciones. Notó cómo se tensaba y el rostro empalidecía aún más.

—No es así, lo siento. Estuve poco tiempo, el indispensable para corresponder a la deferencia de Helen Pettigrew. Somos grandes amigas desde niñas.

La mirada de lady Warwick se volvió soñadora y sus ojos se humedecieron. Pareció que regresaba a su niñez y a tiempos mucho más felices que añoraba. Emitió un profundo suspiro para alejar aquellos recuerdos entrañables y regresó a la realidad. Miró a Phineas. Parecía que el temor inicial había desaparecido, siendo reemplazado por una valiente determinación.

—Y bien, señor Moore, ¿cuál es el motivo su visita?, ¿qué sabe de esas fotografías que, según le ha comentado a mi sirviente, estoy interesada en conseguir? —Se esforzaba en dotar a su voz de un brío que le costaba reunir.

Phineas admiró su coraje. Le había impresionado el aspecto, tan diferente al que mostraba en las imágenes que Charles Lowden guardaba. Había perdido mucho peso y su piel era aún más pálida, casi transparente, dejando ver muchas de las venas que distribuían la sangre por su organismo. Profundas ojeras se marcaban debajo de sus ojos, y la pérdida de cabello dejaba grandes claros en su cabeza. Las manos que, junto al demacrado rostro, eran lo único que se apreciaba de su anatomía, parecían piel y hueso. Había visto a moribundos y tenían el mismo aspecto. No debía de quedarle mucho tiempo de vida.

—Permítame que le explique la situación. Como habrá visto en mi tarjeta de visita, soy detective privado y, en el transcurso de una investigación, me he encontrado con ciertas fotografías de carácter… digamos indecoroso. En una de ellas, así como en diferentes negativos, aparece una dama que identificamos con posterioridad: es usted.

Lady Warwick le miraba con fijeza. Su expresión era impasible, solo sus ojos estaban alerta y decididos.

—¿Esas imágenes están en su poder?

—Así es, señora.

—¿Cuánto pide por ellas? —Su mirada se volvió retadora y su voz sonó con fuerza. Estaba gastando las últimas energías que le quedaban para presentar batalla.

—No hemos venido a chantajearla con esas fotografías, señora. Estamos investigando un caso y queremos información —se apresuró a decir Elinor antes de que Phineas respondiera.

—Explíquense —ordenó.

Elinor miró a Phineas con una clara invitación a que tomara las riendas de la conversación.

—Como le he dicho antes, un cliente me contrató para que investigara a su esposa. La seguimos durante días y nos llevó a descubrir que se veía con un fotógrafo llamado Charles Lowden. Aproveché que no se encontraba en su estudio para hacer un somero registro. Encontré

imágenes inmorales que sugerían un negocio de venta de ese tipo de fotografías, entre ellas una en la que usted aparecía. En días sucesivos, una nueva investigación me llevó a descubrir tres placas de vidrio con imágenes en negativo.

Lady Warwick emitió un leve gemido y cerró los ojos. Dos gruesas lágrimas escaparon de ellos. Como no dijo nada, Phineas continuó con su explicación.

—Esas imágenes eran diferentes. En ellas, la mujer parecía ausente, como si hubiese sido drogada, comparadas con otras en las que las modelos se mostraban sonriendo a la cámara. Nos hizo suponer que habían sido tomadas en contra de su voluntad, y la conclusión lógica fue que lo habían hecho para someterla a chantaje.

Phineas hizo una pausa y la observó, continuaba con los ojos cerrados.

—Con la esperanza de descubrir al cómplice de Lowden en aquel siniestro negocio de las extorsiones, continuamos vigilando. Por desgracia, el fotógrafo apareció muerto pocas horas después y el estudio mostraba huellas de haber sido registrado. Avisé a la policía del delito que se había cometido y le oculté esas imágenes para que la mujer que aparecía en ellas no se viese implicada.

Lady Warwick abrió los ojos y lo miró con un tenue brillo de esperanza que no pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—El socio, que ha resultado ser el tío de Charles, fue detenido ayer tarde y asegura que él no asesinó a su hijastro.

—¿Y ustedes le creen?

—Sí, señora. Creemos que la persona que dio muerte a Charles Lowden no fue su tío, lo hizo alguna víctima de los chantajes o alguien relacionado con ella —concluyó Phineas.

—Muy agudo, señor Moore. ¿La policía defiende esa teoría?

—No he compartido con ella mis sospechas ni las imágenes. Las guardo a buen recaudo.

—Y si no quiere dinero, ¿qué pretende a cambio de ellas y de su silencio?

—Solo esclarecer la verdad. Una vez que lo consiga, se las devolveré o las destruiré si así lo desea.

—La verdad —repitió ella, y sonrió con tristeza—. ¿Saben?, la verdad puede ser un arma poderosa y casi siempre es de doble filo; corres el riesgo de herirte con ella. —Suspiró y pareció crecerse un poco, lo necesario para mostrar una dignidad que creía haber perdido hacía tiempo —. Mas las heridas que me pueda provocar no tienen importancia. Me estoy muriendo. Apenas me queda un mes de vida, según los doctores; ya no me importa reconocer lo que hice.

Elinor y Phineas se miraron expectantes.

—Sí, fui una ilusa y merezco lo que me ocurrió. Después de un matrimonio desgraciado y de tres años de viudedad intachable, me sentí agasajada por la admiración y las atenciones de un joven atractivo y tierno que se ofreció a inmortalizar mi belleza. —Quiso soltar una carcajada y un acceso de tos se lo impidió. Cuando se calmó, prosiguió con su amargo relato—: Como le digo, era una ilusión y, como todas las ilusiones, la vuelta a la realidad fue cruel.

»Un día fui a su estudio. Él quería hacerme unas fotos artísticas, dijo. Quería retratar la diosa que veía en mí. Accedí a ello sin recelar lo que ocurriría. Unas horas después, me encontré en su lecho, desnuda, sin saber cómo había llegado allí, con visibles muestras de… de haber mantenido relaciones íntimas. —Un sollozo quebró la entereza que había conservado hasta ese momento. Se calmó con esfuerzo y prosiguió—. Al cabo de una semana, un caballero llamó a mi puerta. Me enseñó… una imagen que me afrentó y me amenazó con hacerla pública. Me sentí perdida. No tengo esposo, ni hijos, ni familia que me importe. Lo que sí tengo es una reputación, lo único que

me queda, y pagué.

» Al mes regresó con otra imagen y volví a hacerlo, y otra vez más. Hasta que no pude soportarlo. Era demasiada humillación por algo de lo que yo no tenía ninguna culpa y… decidí acabar con aquella opresión. Fui al estudio de Charlie y le pedí el resto de las imágenes. Discutimos y le maté. Registré la casa y no encontré nada. Me marché sin que nadie me viera. Debía de tenerlas su socio.

—¿Fue usted quien mató a Charles Lowden? —cuestionó Phineas. Se resistía a creerla. No coincidía con los datos que tenía y con la forma en la que murió.

—¡Sí, lo hice! —exclamó con una fuerza inusitada, que parecía imposible en aquel cuerpo consumido. No le importó que las lágrimas corrieran por su rostro—. ¿No lo entienden? Había sido ultrajada, humillada y, cuando me enteré de que… —Hondos sollozos sacudieron su cuerpo y le impidieron continuar, era demasiado doloroso.

Elinor se acercó solícita. Una profunda tristeza la invadía. Esa pobre mujer había sufrido tanto que no merecía que incrementaran su suplicio. Era inhumano continuar interrogándola.

—No se preocupe, lady Warwick. Su secreto está a salvo con nosotros. Le devolveremos las imágenes. Nadie la molestará más —prometió, y miró a Phineas para que ratificara sus palabras.

A él no le dio tiempo a responder porque una voz atronadora les hizo girar la cabeza a todos.

—¡Déjenla en paz! ¿Es que no tienen conciencia?

Capítulo 43

Un hombre de unos cuarenta años, de alta estatura, porte elegante, oscura cabellera salpicada de canas y una leve cojera al caminar, se aproximaba hacia ellos con rapidez y en actitud beligerante. Phineas se tensó, preparado para responder a la agresión que presentía. Agarró a Elinor del brazo y la apartó del lado de la dama, colocándola detrás de él.

Cuando el hombre llegó, ignoró a los otros dos y se dirigió a lady Warwick.

—Tranquila, Sarah. Te llevaré a tu cuarto. Debes descansar —dijo con tierno acento. La cogió en sus brazos y cargó con ella.

Phineas observó cómo se alejaba con pasos largos hacia el interior de la casa y sintió que algo se le escapaba, sin saber qué.

—No tiene sentido seguir indagando, Phineas. No podemos poner en conocimiento de la policía lo que nos ha contado o se verán en la obligación de detenerla e interrogarla. Sería una crueldad. Los responsables de las extorsiones ya no pueden hacer daño, al menos dos de ellos, y lady Warwick tampoco.

—De acuerdo. Marchémonos —respondió.

Phineas no creía en lo que la dama les había contado. Era improbable que ella hubiese matado a Lowden, al menos sola. Lo hizo otra persona o tuvo ayuda; no obstante, coincidía con Elinor: ¿de qué serviría avisar a McRae?, lady Warwick no viviría para que la enjuiciaran. Y, en justicia, no se merecía pasar por ese calvario después de lo que Charles Lowden y su tío le habían hecho. Él no quería llevar esa carga sobre su conciencia. Le devolvería las pruebas que tenía en su poder y callaría su implicación.

Se encaminaban hacia la casa cuando se les acercó el mayordomo.

—El coronel les ruega que le esperen aquí.

Volvieron a sentarse y aguardaron en silencio. Phineas tenía una duda y debía corroborarla.

Tras una corta espera, el hombre regresó. Ya no caminaba con la urgencia de antes y su aspecto había cambiado. Sus hombros aparecían hundidos y la expresión de su rostro era de profundo abatimiento, que cambió por un talante belicoso cuando llegó junto a ellos.

Phineas se levantó, preparado para un enfrentamiento si era necesario, y Elinor también lo hizo, incapaz de manejar su creciente desasosiego.

—Coronel James Fairchild —se presentó con acento hosco y mirada furiosa—. ¿A qué han venido?

Elinor se adelantó a responder. Notaba la inquietud de Phineas y no quería que surgieran problemas con el coronel. Su carácter era conciliador, pero respondería con contundencia ante cualquier agresión.

—Sentimos mucho haber insistido en que lady Warwick nos recibiera. No sabíamos que estaba tan enferma.

—¿Y el motivo de su visita? —se dirigió a Phineas. Su mirada tenía un brillo retador.

—Queríamos comunicarle que la persona que la había estado intimidando ha sido detenida y que las pruebas que usted estuvo buscando en el estudio de Charles Lowden están en mi poder; algo que usted ya sabía.

Fairchild evaluó durante unos segundos la respuesta.

—Lo sospechaba, sin tener la absoluta certeza. ¿Y qué piensa hacer con ellas?

—Lo que la señora o usted prefieran. Puedo encargarme de destruirlas o puedo enviárselas.

—¿A cambio de qué? —Su voz sonó intimidante, al igual que el brillo turbulento de sus ojos.

—De que admita que usted mató a Charles Lowden.

Elinor dio un respingo al escuchar las palabras de Phineas y lo miró con la sorpresa pintada en el rostro. ¿Cómo había llegado a esa suposición? ¡Si lady Warwick había confesado!

—Ya veo. ¿Y me da su palabra de que no las entregará a la policía como pruebas del caso?

—Se la doy.

—¿Y de que Sarah no se verá involucrada en este caso, ni después de que fallezca?

—Me encargaré de que el honor de la dama no se vea manchado de ninguna manera.

—En ese caso, no tengo inconveniente en admitirlo. Yo maté a ese ser repugnante y no me arrepiento de ello. No voy a eludir mi castigo, solo les pido que me permitan cuidar de Sarah mientras viva. No le queda mucho tiempo, tres o cuatro semanas a lo sumo, y debo permanecer a su lado, después nada me importará. Todos estos años me ha mantenido la esperanza de reunirme con ella y la vida me lo debe. Me merezco acompañarla en sus últimos días. Tenía la intención de regresar a la India cuando ella falleciera. Aquí no me quedaría nada y allí podría ayudar, luchar junto a mis hombres, pero yo mismo me entregaré. Puede inventar usted los motivos siempre que Sarah no aparezca mencionada.

—Así se hará —le aseguró Phineas, y relajó los músculos que había mantenido en tensión. No le cabía duda de que Fairchild cumpliría.

—Por favor, coronel, ¿puede explicarnos qué relación le une con lady Warwick y qué le movió a actuar de esa forma? —pidió Elinor, que miraba a uno y otro sin comprender cómo Phineas había llegado a esa conclusión y la rapidez con la que el hombre había admitido su culpa.

Fairchild se sentó en una de las butacas con actitud de derrota y un rictus de amargura en el rostro. Ellos también lo hicieron, dispuestos a escuchar su relato.

—La relación que nos une es obvia: nos amamos. Siempre nos hemos amado. Crecimos juntos, ¿sabe? Ella era la hija de un baronet y yo el hijo de uno de los aparceros de la finca. Nos enamoramos y prometimos estar siempre juntos. —Sonrió ante aquellos gratos recuerdos—. Su padre tenía otros planes. No iba a desperdiciar uno de sus mejores activos con un pobre asalariado. Concertó la boda con el vizconde Warwick, de gran fortuna y posición social, sin importarle que fuese un viejo decrépito y un sádico libidinoso. Cuando nos enteramos, intentamos huir. Su padre nos descubrió y lo impidió. Me dio dos alternativas: entrar en prisión por ladrón o enrolarme en el ejército y marcharme lo más lejos posible; escogí lo segundo.

»El marido de Sarah murió hace cuatro años. Al quedar viuda, me buscó. Yo había caído prisionero en Jhansi, durante la rebelión de 1857, y me habían dado por muerto. Permanecí cautivo durante más de tres años, soportando el hambre, las torturas, las vejaciones, solo con la esperanza de volver a Inglaterra y reunirme con Sarah. Me liberaron hace unos cuatro meses. En cuanto tuve oportunidad, regresé. Llegué hace una semana. La busqué. Me enteré de que vivía en Londres, que su marido había fallecido varios años antes, y que no se había vuelto a casar.

Imaginen mi alegría. —Su boca se curvó en un amago de sonrisa que solo llego a cuajar en una mueca triste—. Vine a verla y me enteré de lo que le había sucedido. Ella estaba gravemente enferma. Le quedaba poco tiempo de vida y yo no podía hacer nada por salvarla, por alargarla unos meses más para estar juntos. Fue como si me hubieran arrancado el corazón, la peor tortura que me habían infligido nunca. Ese malnacido le había contagiado la sífilis y el mal había crecido muy rápido en ella.

Phineas ahogó una maldición y Elinor contuvo un sollozo. Qué destino tan triste el de los dos amantes.

—Intentó rescatar las pruebas con las que la extorsionaban —dijo Phineas.

—Así es. Sarah quedó desolada desde que se pusieron en contacto con ella. Le costaba soportar la presión a la que estaba sometida. Temía que las imágenes se hicieran públicas y estallara el escándalo. Su reputación era lo único que le quedaba, sus amistades la darían de lado. Pagó una y otra vez para evitarlo. No se atrevía a enfrentarse a Lowden por si cambiaba de idea y las vendía a algún periódico, como su socio la amenazó desde el primer momento. Hasta que hace un par de meses le confirmaron la enfermedad y se atrevió a enfrentarse con su violador para suplicarle que le devolviera las imágenes. Le dijo que estaba enferma, que él se lo había transmitido. Él se sorprendió, no debía de saberlo y se mostró contrito. Le aseguró que no volverían a molestarla. Quiso justificarse con que le estaban haciendo chantaje por unas fotos comprometidas y se había visto obligado; excusa que ninguno de los dos creímos. Al menos, cumplió su palabra y ya no volvieron a ponerse en contacto con ella. ¿Dónde encontró las imágenes y las placas reveladoras?

—Lowden las escondió bien, creo que no quería que su tío las encontrara y continuara aprovechándose de lady Warwick, como le había prometido. Las placas las llevó a casa de su madre, en Liverpool. Guardaba solo una imagen, que encontré en el registro de su casa y que me llevé. ¿Estaba usted en el estudio cuando amenacé a Charles con denunciarlo y le mostré algunas fotografías? —preguntó Phineas.

—En efecto. Fui al estudio el lunes por la tarde y no encontré a nadie. Estuve vigilando por si conseguía descubrir al socio y no tuve suerte. Observé que había alguien más vigilando el local, un vendedor de cordones. Pensé que se trataba de la policía y no quise arriesgarme a entrar. El jueves por la mañana, temiendo que Lowden fuese detenido y no pudiera conseguir las imágenes y los negativos, entré aprovechando un despiste del chico que vigilaba desde la acera de enfrente. Los oí discutir, después usted se marchó. Cuando se quedó solo, me encaré con Lowden. Me aseguró que había destruido los negativos y ya no le quedaban imágenes de Sarah. No le creí. Supuse que las tendría su cómplice, ya que él era quien se encargaba de contactar con Sarah. Le exigí que me dijera quién era y se negó, me atacó con una navaja y luchamos. Un joven tan enclenque no era rival para mí. Tampoco sentí ningún remordimiento al rebanarle el cuello, como él no los sintió al violar, coaccionar y contagiar esa enfermedad a Sarah. Era lo que se merecía. He matado a muchos hombres en los campos de batalla y me he arrepentido por ello, en este caso no lo hice. —En su rostro solo se advertía desprecio hacia las personas que le habían arruinado la vida a la mujer que amaba y, por ello, a él también.

—Y decidió registrar la casa por si encontraba las pruebas —dijo Phineas.

—Así es. Para mi desesperación, registré el local a fondo y no encontré nada. Le había prometido a Sarah que su tormento acabaría y no lo conseguí.

—Usted fue quien estaba en el jardín de los señores Pettigrew durante el baile que organizaron el jueves —constató Elinor.

—Sí. No había visto a Sarah desde el día anterior y quería comunicarle la muerte de Lowden antes de que se enterara por otros medios. Se alteró más. Temía que descubrieran que había sido yo y me detuvieran. Aún lo teme, por eso se ha inculpado. Doy por supuesto que no la han creído.

—Era imposible que fuese ella, al menos sola. No encajaba con la figura que mi ayudante descubrió, ni tenía las fuerzas necesarias para acabar con la vida de Lowden de esa forma —dijo Phineas.

—Un chico avispado, ese ayudante suyo. Me costó trabajo despistarle. Lo ha entrenado bien.

Phineas hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza hacia esas palabras. Admiraba al hombre que tenía delante. Había sido un digno adversario.

—Coronel, ¿podemos hacer algo por ayudar a lady Warwick? —preguntó Elinor. Estaba conmovida por aquella triste historia y por la devoción que ese hombre valeroso dedicaba al que era el amor de su vida.

—Lo que antes les he pedido, que salvaguarden su buen nombre. Ella no se buscó su ruina, la engañaron. No merece que se la castigue por ello ni sufrir pensando que acabaré preso. Le harían un gran favor mintiéndole, asegurándole que no van a desvelar lo que han descubierto y destruyendo las pruebas. No las traigan, ninguno de los dos queremos verlas, su palabra de que las destruirán me convence. De ese modo no se podrá demostrar en caso de que el socio de Charles confiese el chantaje.

—No creo que Herbert Lowden quiera confesar más delitos de los que ya se le acusa. Mantendrá la boca bien cerrada en ese sentido. Lady Warwick no debió de ser la única y él sabe que, si habla más de lo debido, saldrá perjudicado —expuso Phineas.

Sabía que McRae creía al detenido cuando afirmaba que no había asesinado a su sobrino, y que le estaba ocultando información, pero su amigo confiaba en que actuaba de forma correcta al no desvelar todo lo que sabía del caso. Cuando transcurriese un tiempo, y sin desvelar los nombres de los inocentes, tal vez le contaría toda la historia.

—Les agradecería que me tuvieran informado de los acontecimientos —pidió Fairchild.

—Así lo haré. Como le he prometido, no pondré en conocimiento de la policía lo que he descubierto, puede asegurárselo a la señora. En cuanto a las pruebas que la relacionan con este caso y con su presunto delito, serán destruidas.

—Gracias, señor Moore. Sarah merece morir en paz. Tienen mi palabra de que me entregaré a la justicia cuando ella haya abandonado este mundo.

Phineas había tomado una decisión que creía justa, aunque no resultase ética.

—Por mí, el tema está zanjado, coronel. Charles está muerto y la sociedad ha salido ganando con ello. Uno de los extorsionadores está preso y el otro ha huido. Creo que es mejor dejar las cosas como están. A nadie le beneficiará que usted se atribuya la responsabilidad de esa muerte y sea encarcelado. Márchese, si es su deseo.

—¿Está seguro de esa decisión? —quiso cerciorarse el coronel.

—Lo estoy. Nadie conocerá por nosotros su implicación. —Miró a Elinor y ella, con un leve gesto de la cabeza, le indicó que respaldaba su decisión.

—Gracias otra vez. Como le he dicho, mi intención era regresar a la India cuando Sarah falleciera. Aquí no me queda nada que me retenga y allí puedo echar una mano. Es lo que haré.

—¿Podría venir a visitarla? —preguntó Elinor.

—Será bien recibida. Sarah pasa un rato aquí por las mañanas, pese a que cada día está más débil y permanece mucho tiempo en su habitación. Siempre le ha gustado disfrutar del sol.

Cuando Elinor y Phineas se marcharon, y una vez en la intimidad que el coche de alquiler les proporcionaba, ella se sentó en las rodillas de Phineas y apoyó la cabeza en su hombro.

—Me ha conmovido la historia de esa pareja. Tanto sufrimiento, tanto amor y lealtad, y ahora que podían estar juntos… —reprimió un sollozo—. Ha sido muy generoso por tu parte decidir ocultar la culpabilidad del coronel.

—Era un acto de justicia. Ambos han padecido demasiado. No se merecen añadir más dolor a su desdicha.

Phineas la abrazó con fuerza y la besó. Entendía lo que Fairchild había hecho por la mujer que amaba. Él estaría dispuesto a hacer lo mismo por Elinor.

Capítulo 44

Phineas traspasó las puertas del regio edificio, al que en alguna ocasión había acudido, y uno de los ujieres de vistoso uniforme que custodiaban el lugar le acompañó al despacho de Gustave Welby que, en calidad de asesor jurídico del Gobierno, tenía en el Palacio de Westminster.

El señor Welby le había citado allí y Phineas imaginaba la razón. Unos días antes, Elinor le había comunicado que pensaba hablar con sus padres de sus actividades, y era lógico que quisiese conocerle.

Él también quería aclarar ese tema. Le hubiera gustado pedirle a Elinor que fuera su esposa, pero sabía que era un sueño irrealizable. Aunque ella lo desease, sus padres se negarían a que se casara con un don nadie. Por ello, lo único a lo que podía aspirar era a esa relación laboral y a las muestras de afecto que se prodigaban de forma subrepticia; insuficiente para él y que aceptaba como un regalo mientras que ella quisiese concedérselas.

El despacho se encontraba en el tercer piso. Se trataba de una amplia estancia dividida en dos salas, la primera de los cuales estaba ocupada por un ayudante. Él fue quien le anunció.

—Pase, señor Moore, y siéntese —dijo Gustave cuando Phineas entró.

—Señor Welby… —saludó al hombre de barbudo rostro y sagaces ojos castaños que se sentaba detrás una gran mesa cubierta de papeles.

Gustave le observó sin disimulo. Le agradó su correcta apariencia y la mirada noble y sagaz. Desde que su hija les había comunicado la intención de colaborar con él en las investigaciones que realizaba, sentía interés. A su esposa casi le costó un desmayo cuando le expuso su decisión y tardó en convencerla de que, al menos, le diera la oportunidad de equivocarse.

Como él era una persona práctica y, sobre todo, amaba a su familia, había hecho averiguaciones sobre Phineas Moore. De ellas había deducido que era una persona honrada, que era respetado por su profesionalidad y algo que le contentó: tenía una posición económica muy solvente. Según algunos conocidos a los que había consultado, invertía con acierto el dinero que ganaba y le repercutía buenos dividendos.

Solo había encontrado un infortunio en su pasado, que no se le podía achacar. Su padre, superintendente de policía, había muerto a manos de unos asaltantes en plena calle. El hijo, que por entonces pertenecía al cuerpo, se quejó ante sus superiores de falta de interés en resolver el caso y abandonó el servicio. Centró sus esfuerzos en descubrir a los asesinos, que resultaron ser dos compañeros a los que su padre había denunciado por corrupción y habían sido expulsados. Le ofrecieron el reingreso en la Policía Metropolitana y no aceptó, prefirió continuar como detective privado. Una excelente decisión porque su fama como buen investigador crecía a la par que sus ingresos con ese trabajo.

Partió de la nada y se creó su propio futuro, lo que demostraba que era un luchador; un rasgo que él siempre había admirado en las personas. En cierta forma, se le parecía. Un hombre hecho

a sí mismo, que no se rendía ante las adversidades. Que su hija, a la que consideraba una mujer inteligente e intuitiva, le hubiese otorgado su confianza, ya era una garantía.

—Señor Moore, Elinor nos ha comunicado a su madre y a mí que desea colaborar con usted en su agencia de detectives. Un trabajo singular y que le resulta apasionante, según comenta.

—Para mí lo es, señor. Consiste en ayudar a los demás a solucionar sus problemas, y eso siempre es gratificante.

—Gratificante y arriesgado. No nos gustaría que Elinor se viera expuesta a peligros innecesarios —añadió Gustave, con lo que ponía de manifiesto el mayor de sus temores.

—No dude que pondré todo mi empeño en protegerla, señor. No obstante, valoro la inteligencia y sensatez de Elinor, así como respeto sus decisiones, que toma con total libertad.

—Cierto. Es una mujer adulta y desde siempre la hemos animado a que actúe según su criterio. Como padres nos preocupa su futuro, que conlleva el velar por su reputación. —Gustave había detectado, en el brillo especial que asomaba a los ojos de su hija, un interés en el detective que iba más allá de valorar sus cualidades profesionales. Elinor se estaba enamorando y, si él no correspondía a ese sentimiento, acabaría sufriendo.

Phineas era consciente de dónde quería llegar su interlocutor. Él no era su esposo ni ningún familiar, y el que los vieran juntos podría ser objeto de habladurías. Ante eso, solo podía asegurarle que lo evitaría en lo posible.

—Señor Welby, Elinor es una valiosa colaboradora, como lo ha demostrado en estas últimas semanas, y mi aprecio por ella es genuino. No le quepa duda de que velaré por su buen nombre.

Gustave vio sinceridad en su respuesta y el mismo brillo que en los ojos de su hija, lo que le indicaba que sentía por Elinor algo más que admiración. No estaría de más apoyar ese sentimiento. El señor Moore podía ser un buen candidato para casarse con ella, y el problema que se planteaba quedaría resuelto de la forma más natural.

—Me congratula saberlo, aunque no es suficiente. ¿Puede indicarme hasta dónde llega ese genuino aprecio por mi hija?

Phineas comprendió dónde quería llegar y que su pregunta requería una respuesta sincera.

—Amo a Elinor, señor Welby, y me haría muy feliz si se convirtiera en mi esposa —reconoció Phineas sin apartar la mirada de aquellos ojos fijos en él.

—Entiendo. ¿Y se lo ha pedido?

—No. Sé que no soy un aspirante aceptable. Nuestra posición social es muy diferente e imagino que, como padres, querrán lo mejor para ella —admitió. Había otra razón. No estaba seguro de que los sentimientos de Elinor fuesen más allá de la atracción que sentía por él, como lo demostraba el ardor con el que respondía a sus caricias. Él nunca se casaría con una mujer que no le amase.

Gustave asintió con la cabeza y se arrellanó en el asiento con un interior regocijo.

—Le puedo asegurar que, como padres que amamos a nuestra hija, solo queremos que sea feliz y que aceptaremos la decisión que tome. Si esa decisión le incluye a usted, no dude que será bien recibida.

Gustave sabía que se estaba adelantando y que podía tener problemas. No había consultado con Elizabeth y ella pondría reparos. Ese pretendiente no era lo que había soñado para Elinor; tampoco se opondría si era el deseo de su hija. Como él, solo deseaba su felicidad y verla casada con un hombre honrado que la amase. Moore reunía esas dos condiciones y el vínculo que los uniría resolvía muchos problemas.

Phineas mostró un gesto de perplejidad. ¿Acaso le estaba animando a que pidiera la mano de

Elinor?

—¿Está seguro, señor?

—No lo dude. Usted haga la propuesta y, si mi hija acepta, contará con nuestra bendición.

Phineas abandonó el Palacio de Westminster con una euforia que le costaba disimular; aun así, no debía adelantar acontecimientos. Faltaba lo más importante: proponerle matrimonio a Elinor y, por supuesto, que ella aceptase.

Se dirigió sin demora a Queen Square, donde imaginaba que la encontraría. Mientras trabajaban en un nuevo encargo, se había comprometido a instruir a Bertie en la lectura y escritura para que sustituyera a Percy cuando este se incorporara al cuerpo de Policía. El chaval mostraba buena disposición y asimilaba las enseñanzas con una rapidez que les había asombrado a ambos.

Cuando Phineas entró al despacho, Elinor levantó la vista del cuaderno donde Bertie se afanaba en transcribir con letras desparejas lo que ella le dictaba. Estaba preciosa con aquellos lentes que utilizaba para leer y el gesto de concentración, que le daban aspecto de niña aplicada.

Elinor le recibió con una sonrisa y el acostumbrado brillo jubiloso que mostraban sus ojos después de tantas horas sin verse.

—Buenos días, señor Moore —saludó el chico.

—Bertie, ve a la cocina y continúa allí con los deberes que la señorita Welby te haya puesto —le indicó Phineas. Tenía que hablar con Elinor y no quería demorarlo o perdería el valor que le había acompañado hasta ese instante.

Bertie se apresuró a obedecer. Sabía que Kate le prepararía una buena rebanada de pan con mantequilla y un tazón de leche.

Cuando Bertie salió, Phineas la abrazó y la besó con fuerza. Tantas horas sin verla le creaban una ansiedad que difícilmente podía dominar cuando al fin la tenía entre sus brazos. Elinor respondía con idéntica intensidad. Cada día le costaba más separarse de él por la tarde para regresar a su casa, pero era la condición que sus padres le habían impuesto para permitirle continuar con aquella atípica asociación.

Phineas fue el primero en deshacer el abrazo a pesar de los reclamos de ella, que se resistía a abandonar el plácido refugio de los brazos masculinos.

—Elinor, yo… Quería hablar contigo de… —No encontraba las palabras adecuada para abordar el tema.

—¿Qué ocurre? ¿Algún problema con el nuevo cliente? —preguntó al advertir su indecisión.

Sabía que se había reunido con alguien esa mañana a primera hora y esperaba que no hubiese ningún contratiempo o el cliente se negase a que ella participara en la investigación.

—No… no se trata de eso. Es algo personal. Es algo que quiero decirte y… —Maldijo para sí por su cortedad. Ese era el reto más importante que se le había planteado en su vida porque, de la respuesta de ella, dependía su felicidad.

—¿No estarás intentando decirme que quieres anular nuestro acuerdo? —se le encaró ella y lo miró con gesto enojado—. Si es así, debes saber que…

—¿Quieres casarte conmigo? —pidió Phineas antes de perder el coraje que había acumulado.

—… no me parece razonable el…

Elinor enmudeció. No estaba segura de haber entendido sus palabras.

—¿Qué… has dicho? —preguntó a su vez. Su rostro mostraba una extrema confusión. ¿Le estaba pidiendo matrimonio?

Phineas se quedó lívido y un profundo desconsuelo lo invadió. Había sido una estupidez

pedirle que fuese su esposa. Era evidente que ella ni lo esperaba ni lo deseaba.

—Perdona. Ha sido algo impropio. Olvídalo.

Fue a marcharse y ella lo retuvo del brazo. Su reacción le confirmaba que había formulado esa pregunta y el corazón, que en un primer momento pareció detenerse, comenzó a galopar de forma desenfrenada.

—No es considerado hacer una propuesta de ese tipo y marcharse antes de escuchar la respuesta, ¿no te parece?

Phineas, que había esquivado su mirada, giró la cabeza y se enfrentó a ella con valentía. En sus ojos Elinor leyó la inseguridad que le dominaba y un leve destello de esperanza.

—Es cierto. Sería muy cobarde si no estuviera dispuesto a aceptar una negativa —dijo, y pareció cuadrarse como un soldado ante un consejo de guerra.

Elinor estaba tan feliz que no pudo evitar soltar una carcajada. Le echó los brazos al cuello y se pegó a su cuerpo de forma insinuante.

—En primer lugar, debes saber que has tardado una eternidad en pedírmelo. En segundo lugar, y contestando a tu pregunta, digo que sí. Quiero casarme contigo.

No vio la expresión de admiración mezclada con júbilo que asomó al rostro de Phineas porque cerró los ojos para besarle con un ansia desmesurada, igual que la respuesta apasionada de él.

Capítulo 45

Ocho meses después.

Mary dio unos ligeros golpes en la puerta del despacho y entró.

—Señor Moore, tiene una visita esperando en la salita, un soldado. ¿Le hago pasar?

A Phineas le extrañó. Faltaban unos minutos para las seis de la tarde y no era hora de recibir clientes.

—Sí, por favor.

Se preguntó quién sería. Por lo general, los miembros del ejército no requerían sus servicios, y menos acudían a su despacho con uniforme. Tuvo una fugaz idea de quién podía ser y aguardó expectante. Escuchó los pasos inconfundibles de unas botas en el pasillo entarimado y, de inmediato, se materializó en la puerta una figura vestida con uniforme del 11.º Regimiento de Húsares.

El oficial, de poco más de treinta años, de alta estatura, cabello castaño y rasgos armoniosos que la ausencia de vello dejaba apreciar, no era quien esperaba y se alegró. En las manos llevaba un paquete alargado.

—Señor Moore, soy el capitán Gideon Knight. Gracias por recibirme.

Phineas estrechó la mano que le alargaba y, con un gesto, le ofreció el asiento frente a la mesa tras la que él se encontraba.

—Comprendo que no son horas de importunarle y espero que me excuse. El tren en el que he viajado ha llegado con retraso, y mañana a primera hora parto hacia mi nuevo destino —dijo con tono pesaroso.

—No me importuna de ninguna manera, capitán. Dígame, ¿en qué puedo servirle?

Gideon depositó sobre la mesa el bulto que llevaba.

—Vengo con un encargo. El coronel Fairchild me entregó este paquete para que se lo hiciera llegar cuando él falleciera.

A Phineas le afectó la triste noticia. No había vuelto a ver al coronel desde el día que hablaron en la residencia de lady Warwick. Elinor fue en una ocasión a ver a la dama y le comentó que él seguía allí, cuidando con extrema ternura de su amada, y los tranquilizó sobre el curso de la investigación.

McRae no continuó investigando y daba por buena la versión de que Charles Lowden había muerto a manos de un desconocido, probablemente relacionado con sus contactos en los bajos fondos londinenses.

Herbert Lowden fue juzgado y prefirió ser deportado a una colonia penal en Nueva Gales del Sur, donde cumpliría menos años de condena. De Fiona Kingsford no se volvió a saber nada, había cubierto bien su huida. Ulysses sospechaba que se había embarcado hacia Canadá con la intención de pasar a los Estados Americanos del norte donde, con el revuelo de la guerra civil

que se mantenía en aquel país, podría pasar desapercibida y continuar con sus actividades ilícitas o con la búsqueda de otro marido rico.

Lady Warwick falleció a las tres semanas de su visita. Elinor, que asistió al entierro, le comentó la profunda tristeza de Fairchild. Se despidió de ella. Al día siguiente, se reincorporó a su regimiento y regresó a la India, como había prometido.

—Siento la triste pérdida del coronel. ¿Cómo ocurrió? —se interesó Phineas.

—Murió en acto de servicio, en una escaramuza con facciones rebeldes en la región de Jammu. Luchó con encomiable valor, como era habitual en él, siempre al mando de sus hombres, en primera línea —dijo con visible emoción. No cabía duda de que sentía admiración y respeto por su superior caído.

—En lo poco que conocí al coronel, pude apreciar en él férrea determinación y espíritu de sacrificio.

—Así es. Un ejemplo para sus hombres, por los que dio la vida en un último y generoso acto de heroísmo. Se batió en solitario contra un grupo de insurrectos que nos cortaban el paso, y la brecha que abrió en sus filas nos permitió avanzar. Muchos le debemos la vida.

A Phineas no le sorprendió. Era un hombre de innato coraje que, tras perder a su amor, debió de imponerse la obligación de salvar todas las vidas que pudiera, como así había sido. Se alegró de haber ocultado su implicación en la muerte de Charles Lowden.

Knight se levantó.

—Unos días antes de su muerte me entregó el paquete. Iba a enviarlo en el primer barco que zarpase, pero preferí esperar y aprovechar mi viaje de regreso a Inglaterra para traerlo en persona y asegurarme de que llegaba sin ningún contratiempo a su destino. Era lo mínimo que podía hacer por un gran hombre.

El capitán inclinó la cabeza a modo de saludo y salió con su aire marcial.

Phineas estaba abriendo el paquete cuando Elinor entró al despacho.

—Siento el retraso. El camino estaba impracticable por la nieve caída y nos hemos entretenido más de lo que esperaba —se disculpó mientras se acercaba a él.

A primera hora de la mañana había viajado hacia Hardwood Hall en compañía de Adelaide y del doctor Banks, que estaba interesado en conocer el colegio y visitar a los niños. A ambas les complació ver a Jimmy creciendo sano y feliz en aquel lugar, al que ya había hecho su hogar. Después de pasar el día en tan grata compañía, regresaron a Londres.

Phineas dejó lo que estaba haciendo y la acogió con gusto entre sus brazos. No la había visto desde esa mañana y llevaba muy mal el estar separados tantas horas. Se había hecho adicto a su constante presencia. Desde que se celebró la boda, dos meses antes, apenas se separaban. Ella le ayudaba en algunos casos y dedicaba el resto del tiempo a su novela por entregas, de la que *The Morning Chronicle* ya había publicado las dos primeras con gran éxito. Aunque, sin duda, lo mejor eran las noches de pasión compartida, cuando podían disfrutar con entera libertad de su mutuo amor. Si alguna vez pensó en cómo sería estar en el Paraíso, ahora lo había descubierto.

Tras la boda, Elinor se había trasladado a Queen Square. En un principio pensó que iba a representar un problema el que su madrastra continuase viviendo allí. Pronto advirtió que a su esposa no le importaba, y que agradecía a Adelaide que continuase ocupándose de dirigir la casa, como había venido haciendo de forma magistral durante años, con lo que ella disponía de más tiempo para dedicarlo a las investigaciones y a escribir.

No obstante, y a tenor de los últimos acontecimientos, tenía la impresión de que Adelaide pronto se marcharía. Tras varios meses de indecisión, George Banks se había atrevido a

cortejarla y parecía que a su madrastra no le molestaba en absoluto; es más, según Elinor, estaba enamorada del doctor y, en cuanto él le pidiese matrimonio, aceptaría encantada. Por suerte, continuarían disfrutando de su compañía con solo cruzar la calle, algo de lo que todos se alegraban.

—Ummm… te he echado mucho de menos —ronroneó ella sobre su boca. Para Elinor también había sido una tortura estar todo el día sin verle.

Phineas tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para evitar corresponder a las sutiles demandas del cuerpo de Elinor y a su dulce boca. No era momento ni lugar, por mucho que le apeteciera.

—Tengo trabajo, amor —dijo. La apartó un poco de él y le dio un beso en la frente.

—¿Vas a salir esta noche?

—Solo será una hora. William me espera. Estaré aquí para la cena.

Para sustituir a Percy, que había conseguido ingresar en el cuerpo de Policía, Phineas había contratado a un soldado veterano, antiguo compañero de armas de Walter, que acababa de abandonar el ejército y buscaba ocupación. Viudo y sin hijos, William aceptó el empleo y se acomodó en la antigua habitación del chico. Pronto demostró grandes cualidades para ese trabajo por su carácter resolutivo y esforzado. Phineas confiaba en él y, tanto Elinor como Adelaide, estaban encantadas de que le acompañase en las tareas más arriesgadas.

—Mientras regresas, me daré un baño. El viaje ha sido agotador y estoy entumecida. —Le dio un leve beso y se dispuso a salir cuando vio el paquete.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Lo ha enviado el coronel Fairchild. El capitán Knight, un oficial de su regimiento, acaba de traerlo. El coronel murió en una reyerta en la India. Según me ha comentado el capitán, fue durante un acto heroico que salvó la vida de muchos soldados a su cargo.

—Siento mucho su muerte. La vida dejó de tener sentido para él desde el mismo día que lady Warwick falleció.

—Aunque la empleó en ayudar a evitar la muerte de otros. Una noble misión.

Phineas acabó de abrir el paquete. Contenía un sobre lacrado, el sable ceremonial, varias medallas al valor y un paquete de cartas dirigidas a él por lady Warwick.

Phineas rompió el sello y abrió la carta. Entre sus páginas había un pagaré a su nombre por un valor de cien libras. Sobrecogido, se lo mostró a Elinor y comenzó a leer en voz alta.

Estimado señor Moore.

Espero que disculpe mi atrevimiento, pero confío en usted para que mi última voluntad sea satisfecha y de forma discreta. Ya me demostró que es un hombre de palabra y sé que cumplirá mis deseos.

Mañana parto con mi regimiento hacia una zona conflictiva de la que, tal vez, no regrese con vida, así que no puedo aplazarlo más.

En el paquete que le harán llegar, hay algunos objetos personales que deseo que se guarden en la tumba de mi querida Sarah, junto a la que me hubiera gustado ser enterrado. Como sé que es imposible, me reconfortará saber que algo de mí reposará a su lado.

Junto a esta carta va un pagaré con el que espero se cubran sus honorarios y los gastos que le ocasione mi encargo. Vuelvo a reiterarle mi gratitud. Usted y la señorita Welby me regalaron los días más felices de mi vida, en los que tuve el privilegio de cuidar de mi amada como se merecía y de recibir su amor, que siempre tuve en la distancia. Sé que pronto

nuestras almas se unirán en algún lugar y descansarán juntas. Estoy deseoso de que llegue ese momento.

Les deseo que puedan disfrutar de la felicidad que a nosotros se nos negó, porque no hay nada más importante en este mundo que amar y ser correspondido.

James Fairchild

Phineas miró a Elinor. Ella tenía los ojos húmedos. Aquellas sentidas palabras les habían conmovido a ambos.

Unos días después, y a cambio de una generosa gratificación, Phineas consiguió que el guarda del Cementerio General de Todos los Santos, donde reposaban los restos de Sarah, les permitiera el acceso al mausoleo familiar de los Warwick.

Acompañado de Elinor, separó la tapa de la caja mortuoria y ambos colocaron los objetos sobre el cuerpo de la dama, que aún se conservaba incólume. Volvieron a cerrarlo y permanecieron durante unos minutos en silencio.

—Ya están juntos, como deseaban —dijo Elinor con los ojos brillantes de emoción, y abrazó a Phineas.

—Siempre lo estuvieron. Su amor los mantuvo unidos, pese al tiempo y la distancia.

Phineas la estrechó con ternura y depositó un leve beso en sus cabellos. El coronel Fairchild tenía razón: nada es tan maravilloso como la alegría de amar y ser correspondido.

Nota de la autora

Soy una apasionada de la Historia. Me encanta leer, investigar y documentarme a fondo para dotar a mis novelas de la mayor verosimilitud posible. Procuro que mis personajes caminen por calles que existían en aquella época, o habiten casas que ya estaban allí, e incluir personajes reales que aporten interés a la trama. Utilizo mapas, fotografías o textos antiguos que describen con minuciosidad lo que ocurría en aquellas fechas y sitúan al lector en el tiempo y lugar en los que la historia se desarrolla. Un arduo trabajo y, a la vez, muy gratificante; vosotros, queridos lectores, no merecéis menos.

The Morning Chronicle, el periódico en el que Elinor publica bajo el nombre de Robin Goodfellow, se editó en Londres desde 1769 hasta su desaparición definitiva en 1865. En él escribieron firmas notables como Charles Dickens, William Hazlitt o Henry Mayhew.

Punch, cuyo nombre completo era *Punch, or the London Charivari*, fue una revista semanal ilustrada de humor y sátira fundada por Henry Mayhew y Ebenezer Landells y publicada en el Reino Unido de 1841 a 1992 y vuelta a editar de 1996 a 2002, cuando desapareció de forma definitiva. Durante el siglo XIX tuvo una gran influencia debido a sus artículos y caricaturas de denuncia social y se convirtió en un verdadero azote del Gobierno, fuese del signo que fuese.

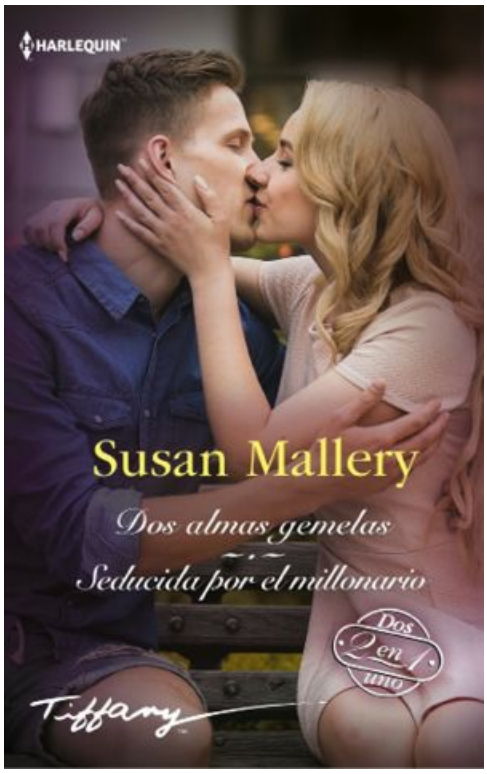
Las hermanas Johanna y Louisa Chandler, con la ayuda de su hermano Edward, abrieron en 1860 dos hogares donde atendían a pacientes con parálisis. Uno de ellos se ubicaba en Queen Square y se llamaba Hospital Nacional de Paralíticos y Epilépticos. En la actualidad continúa funcionando con el nombre de Hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía.

Es muy probable que hayáis oído hablar de Florence Nightingale, a quien también menciono en esta novela. Su labor como enfermera, escritora y estadista es bien conocida. Ella fue la precursora del concepto profesional de enfermería, cuyos métodos comenzó a aplicar durante la guerra de Crimea (1853-1856) y posteriormente en la escuela que fundó en 1860 en el hospital St. Thomas de Londres.

Tattersall’s fue una importante casa de subastas de caballos fundada en 1766 por Richard Tatersall, que se mantiene en la actualidad. Hasta 1865 estaba ubicada en Hyde Park Corner, Londres, después de esa fecha se trasladó a Knightsbridge Green.

El Cementerio General de Todos los Santos, ahora llamado Cementerio Verde de Kensal, fue el primero de los siete cementerios privados de Londres —llamados los Siete Magníficos—, construidos a partir de 1830 para aliviar el hacinamiento de los cementerios parroquiales existentes, ocasionado por el gran aumento de población que la ciudad venía experimentando desde principios del siglo XIX. Es el único de los siete que continúa en funcionamiento.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequiniberica.com


HQÑ
Un
día más
en el
paraíso
AMBER LAKE

Un día más en el paraíso

Lake, Amber
9788411057639
472 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un escándalo, una identidad secreta, una investigación y una historia de amor totalmente inesperada.

Darren Burke, ídolo del fútbol americano, es acusado de agresión por una aspirante a actriz. La joven retira la denuncia a cambio de una importante cantidad de dinero, no así la acusación pública. Cuando el escándalo se desata, la carrera deportiva de Darren se hunde, sus amigos lo dejan de lado y la sociedad en general le considera culpable sin que ningún tribunal haya dictado sentencia. Decepcionado y profundamente herido, decide desaparecer para superar en soledad su dolor y humillación.

Stella Owens, ambiciosa periodista de una revista neoyorkina, se siente fascinada por el misterioso D. Morgan, autor superventas, y decide desenmascarar su identidad. Sabe que, si lo consigue, le supondrá un gran empuje en su carrera y le abrirá las puertas de importantes medios de comunicación. No escatima recursos, algunos poco éticos, para encontrar al esquivo escritor, sin imaginar que en esa investigación va a poner en juego bastante más que su prestigio profesional.

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense… romance ¡elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer


HQN
La sombra de un corazón
Claudia Cardozo

La sombra de un corazón

Cardozo, Claudia
9788413756813
501 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Nunca imaginó que aquella mujer pudiera iluminar su corazón.

Gabriel Hartford se ha convertido en la sombra del hombre que fue. Amargado por el despecho de un amor perdido, decide llevar una vida de desenfreno e infligir a quienes le rodean tanto dolor como el que siente él; pero la llegada de una misteriosa mujer a su vida trastoca sus planes y pone del revés todo lo que creyó sentir hasta entonces.

Sapphira Jones es una joven de origen humilde que arrastra un pasado de penurias e injusticias. Desesperada, no tiene otra alternativa que buscarse la vida como mejor puede, y va dando tumbos de un empleo a otro hasta que termina en la mansión de los Hartford. Allí no solo tendrá que poner a prueba una vez más su valor para subsistir, sino que también conocerá un amor prohibido.

Tal vez el destino decidiera divertirse al unir a dos personas tan distintas como Gabriel y Sapphira; pero es posible que también les hiciera un favor, porque ¿quién mejor que un ser lleno de luz y esperanza para deshacer las sombras que amenazan la felicidad?

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense… romance ¡elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer


DESEO
HARLEQUIN
3 NOVELAS inolvidables
KATHERINE GARBERA
SOLO POR UNA NOCHE
KIRA SINCLAIR
PECADOS DE UN SEDUCTOR
JULES BENNETT
AMOR EN LA CIUDAD DE LA MÚSICA

Solo por una noche - Pecados de un seductor - Amor en la ciudad de la música

Garbera, Katherine
9788411806695
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ómnibus Deseo 531

Solo por una noche

Katherine Garbera

Iris Collins necesitaba urgentemente un acompañante para una boda. El millonario Zac Bisset era el mejor candidato para salvarla de caer en el ridículo. A cambio, ella tenía que invertir en el equipo de regatas de Zac Bisset. Zac era un hombre aventurero y sexy, perfecto para que una heredera cuadriculada como ella lo llevase colgado de su brazo a la boda. El acuerdo era redondo, y todo iba bien hasta que acabaron en la cama. Entonces su relación pasó a ser verdadera, no un mero acuerdo, pero el inesperado telón de fondo de un escándalo familiar amenazó su fachada perfecta…

Pecados de un seductor

Kira Sinclair

Había quien consideraba al millonario Gray Lockwood un pecador. Él sabía que había cumplido sentencia por un crimen que no había cometido. Para limpiar su nombre, necesitaba la ayuda de Blakely Whittaker, la severa y preciosa auditora cuyo testimonio le había enviado a la cárcel. La línea entre la enemistad y la pasión entre ellos era extremadamente fina, si la cruzaba ¿perdería Gray la posibilidad de alcanzar la justicia que tanto ansiaba? ¿Pretendía Blakely averiguar sus más íntimos secretos y sería, una vez más, la causa de su perdición?

Amor en la ciudad de la música

Jules Bennett

El propietario de su nuevo sello discográfico, el hombre a cargo de su carrera profesional, era demasiado atractivo. Tanto que Hannah Banks solo podía pensar en él. Con intención de evitar la tentación, se hizo pasar por su hermana gemela, una mujer mucho más discreta.

A Will Sutherland no le gustaban esa clase de bromas. Quería a la auténtica Hannah en el estudio de grabación y en la cama, siempre y cuando su relación se mantuviera en secreto. Pero cuando una antigua adversaria descubrió la verdad, Will tuvo que decidir entre no hacer pública su relación o declarar su amor a los cuatro vientos.

Cómpralo y empieza a leer


HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer


DESEO
HARLEQUIN
2 NOVELAS Inolvidables
MAUREEN CHILD
UNA MENTIRA INOCENTE
MAGIA EN EL MAR

Una mentira inocente - Magia en el mar

Child, Maureen
9788411806701
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ómnibus Deseo 532

Una mentira inocente

Era solo un trabajo pero ¿sería capaz de marcharse cuando terminara?

Viajar en el avión privado de Luke Barrett y pasar un fin de semana cargado de pasión con él resultó bastante arriesgado para Fiona Jordan. Confiaba en no estropear su misión secreta de convencer al multimillonario de la industria tecnológica para que regresara al negocio familiar. Cuando Luke descubriera la verdad, ¿lograría Fiona evitar la caída? Mezclar el placer con los negocios podría terminar siendo el malabarismo más complicado de su vida…

Magia en el mar

«No deberíamos estar haciendo esto».

«Cariño, nacimos para esto».

Hacer un crucero de lujo en Navidad debería ser como estar en el paraíso, pero Mia Harper tenía que confesarle algo a su multimillonario ex: ¡seguían casados!

Ahora estaba atrapada entre el tremendamente sexy Sam Buchanan y el abrasador deseo que los había rodeado siempre, y, por si eso fuera poco, Sam le iba a hacer un pequeño chantaje, le concedería el divorcio si le daba lo que él quería por Navidad: una breve aventura con ella.

Cómpralo y empieza a leer